L@s nuev@s caníbales

ANTOLOGÍA DE LA MÁS RECIENTE CUENTÍSTICA DEL CARIBE HISPANO



Marilyn Bobes
Pedro Antonio Valdez
Carlos R. Gómez Beras
ANTÓLOG@S

Ediciones Unión
Editorial Búho
Editorial Isla Negra

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

PRÓLOGO

de la más reciente cuentística cubana Como la poesía, la narrativa breve se encuentra hoy en día en franca desventaja editorial si se compara con géneros más favorecidos como la novela, la biografía o el ensayo.
Durante las décadas de los 6o y los 70 los escritores latinoamericanos fueron objeto de la atención universal cuando un numeroso grupo de autores como Gabriel García Márquez, José Lezama Lima, Julio Cortázar y Alejo Carpentier entre otros, protagonizaron un "boom" que los editores del momento redujeron casi exclusivamente a la novela.
Sin embargo, la mayoría de esos autores consagrados por el "boom" (y otros como los inmensos Juan Rulfo y Jorge Luis Borges) se dedicaron a veces absolutamente al cuento corto como una forma de expresión que en algunos de ellos (Cortázar y en alguna medida Rulfo) rebasa en maestría sus novelas, más difundidas y favorecidas por los mecanismos del mercado internacional.
Lo cierto es que, en los últimos años, existen pocas posibilidades para la consagración (al menos en términos comerciales) de un autor que haya elegido la técnica del relato corto para expresarse. Un Edgar Allan Poe, un Antón Chejov o un Guy de Maupassant resultan casi impensables en este fin de milenio.
Quizás esta sea la razón fundamental de que la narrativa cubana más reciente sea relativamente poco conocida en el mundo.
Los narradores cubanos de las últimas hornadas (aquí se recogen cuentos de los nacidos a partir de 1950) han manifestado -y siguen manifestando- una obstinada predilección por el cuento. Aún cuando, desde ahora, sea factible predecir un desplazamiento hacia la novela por muchos de estos autores como son los casos de Abel Enrique Prieto, Miguel Mejides, Leonardo Padura y Ena Lucía Portela, entre otros, que pueden ostentar importantes novelas en el panorama de la actual narrativa cubana.
De cualquier manera la narrativa cubana de los 90 (incluyendo aquella que se escribe fuera de la Isla y que por razones de espacio y de cuestiones concernientes a derecho de autor, ubicación y otros aspectos extraliterarios no aparecen en esta selección) ofrece su mayor esplendor en el relato breve donde la ausencia de maniqueísmos, la preocupación por el lenguaje, -el poder de sugerencia y el rico espectro temático y formal parecen ser características de cualquier muestra posible.
Interesantes individualidades reunidas en la presente nos revelan un proceso de madurez y cristalización en los autores más jóvenes que

aparecen aquí al mismo nivel que sus antecesores en un feliz proceso de sedimentación.
Aun cuando muy pocos cuentistas cubanos han conseguido colocar sus libros en el mercado internacional, los esfuerzos de algunos editores y estudiosos para dar a conocer literatura de valor han propiciado la aparición de numerosas antologías en Europa y América Latina que recogen muestras limitadas, pero casi siempre representativas de la más reciente narrativa cubana.
La presente selección se inscribe en este empeño. El reducido grupo de autores y autoras que presentamos aquí es solo la punta de un iceberg, una mirada parcial determinada por la urgencia y el gusto particular de la antologadora. No descartamos ausencias ni alguna que otra incorformidad.
Hemos tratado de ofrecer un panorama diverso tanto en estilo como en temática. La mayoría de los autores aquí representados han obtenido importantes premios nacionales e internacionales, todos tienen al menos un libro de cuentos publicado.
Esperamos que este esfuerzo contribuya, aunque sea en una modesta medida, a dar a conocer la existencia de un género literario del que todavía -estoy segura de ello- podemos esperar mucho más.

OTRO LADRILLO EN EL MURO – FRANCISCO LÓPEZ SACHA

El carpetero suda la gota gorda después de secarse la calva reluciente con un pañuelo a cuadros, me devuelve la llave y me dice habitación trescientos diez sube por la escalera el elevador está roto. La chapa de cobre de la llave está gastada por el uso y no se le ven los números. La miro y me guardo. Ah, si quieres agua, al final del pasillo hay un tanque. Bueno, responde. El carpetero está sudando a mares y resopla. Un calor del carajo, dice. Tiene la camisa ajada y el nudo de la corbata desajustado. Evidentemente, ayer no se afeitó. Por su barbilla petulante de hombre gordo y soltero le corre una gota de sudor. Ahora, en lo que voy al lobby, espanta una mosca de un manotazo.
La recepción del Gran Hotel, cien habitaciones con baño, es tan vieja y deprimente como la misma carpeta. Cuatro sillones hundidos, forrados de vinil, frente a un televisor desenchufado que vigila la estancia con su redondo ojo gris, una réplica mecánica del carpetero. En el teléfono, mientras descuelgo, veo de reojo un corazón atravesado por una flecha Ana y Puppy se aman y al lado un anuncio escrito a máquina permuto casa dos cuartos agua y luz todo el día por apartamento similar Vedado o cualquier reparto céntrico preguntar por Roberto teléfono 21-0671. La hice, el níquel se trabó. Vuelvo sobre mis pasos y sorprendo al carpetero ensimismado con

los ojos en blanco sumando o restando sobre unos papeles y le pido si me deja llamar desde la carpeta. Que sea rápido me dice y borra un número que le salió mal. Marco, no hay línea, disco de nuevo, ¿ocupado?, entra un flaco de gorrita y pullover y radio portátil que viene sonando Lo mejor de mi amor y le pregunta al carpetero si tiene habitación para esta noche. Hace un momento reservé la última y me señala con el casquillo del lápiz en gesto que pudiera significar me importa poco que sea éste o a otro, total, el Estado me paga puntual, a fin de mes. Pero el flaco no se da por vencido. Prendido a la esperanza, pone el radio sobre el mostrador y se queda clavado con una expresión que quiere ser audaz ¿la última, la última? dice en tono confidencial, de socio. La última.

Entonces bufa y dice ahh y herido mortalmente recoge el radio con sincero dolor y hace como que mira para otra parte. Todavía se queda un momento por el lobby como alma en pena. Se acaba lo mejor de mi amor y el locutor anuncia que para seguir complaciendo peticiones la discoteca popular les trae los tres seguiditos. El flaco desaparece por la puerta y deja tras sí un ligero bisbiseo. Cuelgo. Ocupado otra vez. Siempre da ocupado.

La vida cotidiana es así, imprevisible y azarosa y cruel. Por qué se me ocurrió decirle a Carmen que iba a llamarla en cuanto consiguiera una habitación. Malo, muy malo, porque ahora dependo de un tono de discar como antes dependí de un carpetero. Resolví lo peor, lo más difícil, y alguien gasta su tiempo dulcemente y martilla con cientos de palabras y habla y le responden y uno se desespera y sufre. Es así. Y pasa el minutero, el secundario, por la esfera lumínica de mi reloj Poljot y vuela el punto de las cinco de la tarde. Para crueldad. Carmen debe estar de regreso, a más tardar, a las once y media de la noche. El tiempo justo. Mientras del otro lado dos personas hablan despreocupadamente sobre cosas disímiles, intranscendentes, o quizás te enteraste sacaron calzoncillos por tu letra como si la vida se resumiera a eso y la cotidianeidad fuera un mago que saca calzoncillos de rayitas en lugar de conejos.

Ahora soy yo quien suda mientras el carpetero resopla ruidosamente. Tiene en la mano un file y con él se abanica. Ha dejado las cuentas y los números y me mira con gesto inquisitorio. El sudor me corre por el pecho y tengo miedo que se diluya el efecto de la colonia Fiesta. Ella no me conoce ni me ama y está dispuesta a evaporarse al mínimo contacto con la transpiración. Duro. Hay que buscar el agua en un pasillo y eso roba el encanto de una primera cita. Por suerte pude conservar intacto el único calzoncillo atlético, la garantía de mi poder de seducción. Sólo me falta ella, Carmen, y el tono que no acaba de sonar. El receso en esa larga conversación del otro lado. El timbre. Quince minutos de merienda y el patio en formación, una hilera interminable de uniformes. Nosotros, los becados. Diversos tonos de

marrón y verde en la explanada de cemento y algún que otro instructor mirando fijo. Carmen al frente de su escuadra, la falda carmelita almidonada, las medias blancas ciñéndole las piernas, pelo castaño y flechudo y cara de mujer que sabe mucho. Qué bueno está, suspiró, mientras el jefe de pelotón ordena en su lugar descansen. Debe ser un fenómeno en la cama, golpea detrás de mí la voz de Humberto. Parece ser de las que gritan, concluye, tras la patada general. Los pelotones se desorganizan en su sitio y sube un murmullo de voces hasta el cielo. Carmen se alisa la falda se remarca los muslos y la ropa destella de tanto almidón. Ahora desliza la mirada a lo largo de las filas y pasea la vista en un lento paneo. Es cierto que los ojos le parpadean con chispas y que las pecas le hieren la piel. Es linda Carmen, mucho, casi una mujer fatal. Enfrento su mirada y no me ve. Pasa, y se le mueve el pelo. Entonces tú crees que se ponga, insisto. Todas se ponen, añade Humberto, el Fañoso, a quien nadie le conoce mujer, la cosa está en caerles bien. El jefe de pelotón, Bolaños, se acomoda la boina verde olivo y ante una seña precisa de Neira, el instructor, sacude al grupo con un rotundo atenjó. Sale la escuadra número uno y atraviesa el patio y Carmen se detiene en foto finish y nace un technicolor que diluye el marrón y las pecas y el pelo y el aire todo que adquiere para siempre en la memoria una tonalidad de vino tinto.

Disco de nuevo ante la mirada feroz del carpetero. El cuarenta doce cuarenta rueda por mi dedo y el tubo me resbala por la mano. Debe ser el sudor, o el nerviosismo. El sonido rebota en el oído y de inmediato se transforma en agradable tintineo que penetra hasta el tímpano. Por favor, con Carmen. ¿Carmen? Sí, Carmen, Carmen Cadenas. Un silencio atroz. Ah, sí, la chiquita de al lado ...espere un momento. La mujer deja el tubo en la mesita del teléfono y por el auricular se escucha tenuemente el voluptuoso chancleteo que atraviesa la sala. Esta mujer debe ser casada y vive sola y hace el amor todas las noches porque sus pies caminan con dulzura sobre el piso de losetas floreadas. Y debe ser trigueña, rica, de excitantes nalgas. Se lo voy a preguntar a Carmen. Carmeen, teléfonooo, se siente a lo lejos, como pegado a la baranda de un balcón. Regresan las chancletas suavemente y ondulan las cadera debajo del vestido y una voz empalagosa y tibia de mujer casada me dice por favor no cuelgue viene enseguida y por un segundo quisiera que fuese esa mujer, turgente, sabia, maliciosa, la que estuviese esperando por mi cita. Pero el segundo pasa y alguien vienes corriendo. Es el amor, sin duda. Se escucha el esponjoso taconeo de sus mocasines, el ritmo y el aliento de su andar, su voz precipitada, su pregunta. ¿Alfredo? Y me sorprendo. Sí, soy yo, ¿estás lista? Espera un momentico, Alfredo. ¿Quién?, ¿Griselda?, dile que no, dile que no, mami,

esta noche no, dime. Mira, Carmen, es en el Gran Hotel, habitación trescientos diez, yo te espero abajo, o en la esquina, como prefieras. Espérame en la esquina, Alfredo. ¿Tienes miedo? Un poquito, tengo un poquito de miedo.

Carmen vive en Santos Suárez y se demora media hora en llegar, así que puedo estirarme y caminar un poco. Salgo despacio y dejo al carpetero en sus cavilaciones. Ahora tiene el dedo sobre la sien y medita con aire de filósofo. Listo para la foto de contraportada de una novela que pudiera llamarse La decepción del Gran Hotel, Luis Ramiro y Segura Editores S.A. Bien afeitado y con algún retoque le hacemos cara de viejo escritor. Un poco más calvo, claro.

La calle está casi desierta y el asfalto tiembla de calor. Pasa un Chevrolet destartalado y dobla por Zulueta. En la esquina, un viejo de sombrero y sacó gris aprovecha que nadie le ve para frotarse distraídamente los zapatos en las perneras del pantalón. A esta hora del sábado las casas están mustias y en los portales flota un no sé qué de atardecer. Estas tardes están calcadas del domingo y se parecen a los parques solitarios y a las paradas vacías y a la gente que transita vestida de gris, vestida de trabajo productivo. En tardes como ésta se termina el pase y la ciudad se pone triste porque se encienden los anuncios de los cines y los focos de luz y yo me voy. Me voy y el mar se encrespa en los acantilados de La Punta. Lo veo rebotar contra las piedras y rehacerse, saltar hechos pedazos en la espuma, y retrucarse de nuevo con las rocas. Tardes tristes, sin duda. Tardes de regreso. Sólo Carmen me salva de la angustia. Entro de pase y tiro el bolso por cualquier rincón y duermo y me despierto con sueño y llaman a formar y hago el ejercicios matutinos. Una rutina que incluye la limpieza del baño y la inspección y el chícharo y el pan y sólo cambia y se rejuvenece en las tardes de preparación combativa. Arriba con el rollo de telefonista liniero, trotando por la hierba de guinea, haciendo eses en huecos y barrancos y tirando los cables de campaña. A taparlos con tierra, para que no se vean. A darles picopala con las botas. O metido en un pozo, recargando los acumuladores. Cuidado con el ácido. Cuidado que te quema. O tendido en el campo de tiro, móvil a distancia y el flamante AKM apuntando. La culata recula y el sargento detrás hace señas que sí, que di en el blanco. Pero después vuelve la rutina y la hora de estudio y el de pie y el desayuno con napalm, una papilla hirviente que se le debe comer quien la inventó, y las clases y el patio en formación y entonces conocí a Carmen. esa mañana iba con trenzas y sus ojos castaños refulgían y le pagué el granizado en la merienda. Y le dije, no tienes que decirme que sí, apriétame la mano si me aceptas. Fue en el laboratorio de Química, un minuto antes

de que sonara el timbre. Esa noche no pude dormir. Por eso, y por la alarma de combate.
Julio César Imperatori me advirtió que tuviera cuidado. En las sábanas de las posadas se acuesta cualquiera y pueden tener bichos. Esto es el Gran Hotel, pero es igual. Hay que tener ojo. También me repitió que apagara la luz y conversara primero. Es una forma de tomar confianza, dijo. Le das un apretón bien suavecito y unos besos y lo demás viene solo. Actúa con delicadeza, a la mujer le encanta que la acaricien. Julio César tiene más experiencia que yo y es el primero de nosotros que ha ido al Club 77. Una posada de lujo, con aire acondicionado y todo. Te tiras en la cama y no sientes los muelles. Lo que él no sabe es que desde los últimos pases no pierdo el tiempo en el cine. Salgo por la calle 17 con ella de la mano y atravieso 198 y me ubico en la maraña de almendros cuando cae la noche. La noche en Siboney es un misterio. Los árboles tupidos desbordan el contén y rompen la calle. Lo más crecidos se cruzan por lo alto, allá se mecen cuando el viento los empuja. Las hojas caen dispersas y se mueven por el suelo resbaloso, húmedo, tapizado de almendras. Hay sonidos fugaces y luces que titilan y Carmen recostada en el tronco con la falda suspendida y yo con miedo. Miedo a que pase un carro y nos enfoque, miedo a que venga alguien por detrás. Pero así y todo nos besamos y nos acariciamos y siento la presión de sus muslos y la cálida humedad de la entrepierna y los suspiros y el temblor pero que va, es muy incómodo. Se necesita un cuarto. Le susurro al oído que se baje la falda y la beso en el pelo y de un tirón me abrocho. Ahora la abrazo y respiro su olor y la siento enrojecer. Yo creo que la amo. Sí, la amo.
Carmen dobla la esquina y me sorprende recostado al poste. Viene de azul celeste y le palpitan los senos y está lívida, sin color en los labios. El pelo se le alborota y le cae en mechones por la cara y ella sopla y le vuelan unas hebras. La tomo de la mano y se ilumina. Es que me pongo nerviosa. Alfredo, nunca he venido a un hotel. Entorna las pestañas y relumbran sus ojos y sonríe, y le doy con el dedo en la frente. Ni yo tampoco, pienso, pero no se lo digo. Una última ráfaga de sol atraviesa el vestíbulo como si fuera la luz de un spot light. El sol borra los muebles y los hace intangibles. Circuitos dorados navegan por el aire. Esta es la entrada, pienso, ahora se abre el telón. El carpetero sigue con sus cuentas y se rasca la nuca y no nos mira. Todavía una línea de luz alcanza la escalera y el mármol se vetea de marfil. Parece sucio. Abro la puerta de la trescientos diez y el pestillo resuena débilmente. Carmen se apoya en el rellano de la puerta respirando, y el cuarto suelta un olor a lluvia y a guardado y a hogar deshabitado y silencioso. La cama está arrumbada en un rincón, tendida con una colcha a rayas. Está hundida en el medio, se nota desde aquí. El baño es un agujero

sin puerta ni ventanas y un cubo de metal asoma el fondo por lo que puede ser la bañera. Todo lo demás es gris, ceniciento. No me gusta este cuarto, Alfredo, A mí tampoco. Y nos miramos. Hoy es sábado 22 de junio de 1968 a las seis y cinco de la tarde. El pase termina mañana, a las seis. Este es el único rincón del mundo donde podemos estar solos. El único, Carmen suspira profundamente y suelta la cartera en una silla y me abraza. Suavemente, cierro la puerta.

En efecto, la cama estaba hundida. La toqué con la mano y después me senté y el colchón se fue hasta el fondo como una panetela. Carmen se echó a reír. Aparté la colcha con un poco de rabia y mis ojos se volvieron lupa buscando los bichos. Al parecer, no había. Sólo encontré en el espaldar una inscripción a lápiz labial que me apresuré a borrar. Aquí templó Pirolo, decía, Carmen no se dio cuenta porque estaba en el baño y por detrás sentí su voz como una orden, Alfredo no mires para acá. Y no miré, claro. Ya tendría tiempo de sobra. Y me llegó el sonido de sus pies descalzos y el movimiento de ropas y vestidos. Por dentro, el corazón me latía, como una esponja, suave, consistente, duro y nuevamente suave. Ya estaba en esto, en esto, por primera vez. Lo otro era sufrir, desesperarse, y mirar para acá y para allá. Ahora iba a entrar en posesión de una mujer desnuda, ahora iba a conocer la intimidad. Carmen hace un susurro con los labios para que me de vuelta y alcanzo a ver su mano los que sostiene el cubo. Se me olvidaba el agua, Alfredo. Le doy un beso con los ojos cerrados y deslizo mi mano por su piel. La piel le arde. Vengo enseguida, digo, voy a entornar la puerta. Y salgo casi de puntillas porque todo este ambiente de pasillos me pone los nervios de punta.

Cuando abrí, ya ella me esperaba en la cama. Puse el cubo en el baño y la emoción me hizo dar un traspiés. Coño, se botó un poquito. Carmen era castaña y rosada y ahora parecía de miel. Tenía los colores subidos y respiraba ansiosamente debajo de la sábana. Me acerqué y le di un beso y junté mi cabeza con la suya. Tú me amas, Alfredo, ¿no? Claro que te amo, Carmen. Y me miró con las pupilas encendidas. Anda, no te demores, dijo. Todavía le mordí los labios y noté que temblaba. Claro que yo temblaba, y mucho. Se me aflojó un botón de la camisa y tuve que sacarme los pantalones con cuidado para que no se me notara. Respira profundo, me hablaba en el recuerdo la voz de Luaces, el profesor de Educación Física. Y saca el pecho. Caí como un tronco en la cama y me introduje debajo 1e las sábanas. Aquí se terminaban las teorías y empezaba la práctica.

Carmen se acurrucó a mi lado y le zafé el ajustador. Los pezones saltaron en punta y por alguna rara coincidencia los asocié de pronto con un par de antiaéreas apuntando al cielo. Con estos hierros, el que venga queda, resonó en mis oídos la voz de Franklin, el teniente. Carmen tenía los ojos

cerrados y respiraba hondo y me asaltó la imagen de cuando la conocí por primera vez. Quién iba a decirme entonces que algún día estaría con ella, desnudo, subiendo y bajando por su cuerpo. Quién. Esa es la maravilla del amor, su gran secreto. Una cosa que empieza no sé dónde y que quizás termina alguna vez, una cosa que no tiene garantías y, sin embargo, resulta sólida y fuerte y eterna porque no debe terminar jamás. Y separo las sábanas y descubro su piel, que allí es más blanca, y su vellosidad de color caramelo. ¿Cuándo me enamoré de Carmen? ¿Cuándo empecé realmente a enamorarme de ella? ¿En el patio? ¿En el laboratorio? ¿En el cine, cuando fuimos a ver El caso Morgan y le dije, mira, mira, en la sonrisa te pareces a Vanessa Redgrave? ¿Cuándo? Y la beso en los senos, en el cuello, en la boca, y es tanta la emoción que percibo un vacío en el estómago y una terrible sensación, de que no puedo, de que ahora no voy a poder. Carmen se mueve inquieta y sus piernas se abren lentamente. El teniente Fariñas me apunta con el dedo. A ver, usted, elemento 1110, señale aquí la recámara de gases del mortero. Carmen entreabre los ojos. Con estos hierros, el que venga queda. Carmen abre los labios. La culata recula y el sargento detrás hace señas que sí, que di en el blanco. ¿Te pasa algo, Alfredo? Nada, nada, no sé que me pasa. Y avanzo por su cuerpo y lo recorro y Carmen se da cuenta de que está desnuda. Y enrojece y acaricia mi espalda con sus manos y hace que recueste mi cabeza en su hombro, no mires por favor que me da pena.

Y quedamos tendidos largo rato mientras afuera empieza a oscurecer. Con la hora de verano la noche llega tarde y el tiempo se extravía en la memoria. Conversamos. Ahora me siento tenso y estirado a pesar de que trato de aparentar lo contrario. Pero estoy aprendiendo. Estoy empezando a conocer a Carmen. No ha dicho una palabra del suceso y más bien me divierte y habla de muchas cosas para hacerme olvidar. Ella me ama. Me observa mientras habla y casi me figuro que adivina lo que estoy pensando. Sabe que sufro mucho y después de sonreír y decirme que la vecina del teléfono, la pobre, es una gorda buena como el pan, tiene dos hijos que están acabando con ella y para colmo el marido la dejó por otra, me estampa un beso en la frente.

Se hace noche cerrada y la oscuridad del cuarto se puede cortar con un cuchillo. La adivino en el tacto y la toco y la beso y me vuelvo a acostumbrar a su calor. Y estoy tomando fuerza cuando algo molesto roza el aire y ella crispa los dedos y se aterra y me doy cuenta que voló una cucaracha. Sólo faltaba eso. Me levanto de un golpe y busco a tientas el interruptor. ¿No funciona o es que se fue la luz? Abro un filo de la puerta y el pasillo está a oscuras, como una boca de lobo, con el hálito solitario y difuso a los apagones. Carmen ya está de pie y se pega a mi espalda.

Acompáñame hasta la silla Alfredo, en la cartera hay fósforos. Carmen registra y tantea y suenan cosas y escucho la aspereza del chispazo. Brota una llamarada azul y bailan los objetos en el cuarto. Carmen me alumbra la cara con asombro, como si temiera que durante el apagón yo me hubiera transformado en el abominable hombre de las nieves. La luz le hace siluetas en la mano y el fósforo chisporrotea y se consume. Nos estrechamos fuertemente y me invade una ola de calor. La siento mía, confiable, temerosa, y sobre todo hembra. La aprieto en la cintura Carmen Carmen la beso y la rodeo y le toco los senos Carmen Carmen y ella se derrumba y me toca el pecho Alfredo Alfredo Alfredo.

Ella me abraza y me acaricia duro y yo palpo sus muslos que se abren. Me besa. Nos besamos. La penetro hasta el fondo y su tibieza me sacude el cuerpo, abro los labios achico los ojos y el placer me recorre la piel y me estremece y ella no dice nada, nada, siento entonces su aliento y su pelo en mis manos y la rica sensación de algo que asciende. El hormiguero viene hasta la punta y estalla en una luz incandescente.

Ella se viste despacio y aunque no puedo verla mantengo los párpados cerrados. Yo me visto después abro la puerta. El aire fresco me abofetea el rostro, me infunde el placer, tranquilidad, me hace sentir enorme y despejado. Me despido de todo; de la noche, del cuarto y de la cama hundida, de los objetos que apenas adivino, del fósforo que se prendió una vez y que nunca volverá a consumirse. Carmen se pega a mí. Bajamos. En la carpeta hay un foco de luz y el carpetero se ve rojo y sombra. Le devuelvo la llave que resbala en mis dedos y ahora su calva resplandece. Con la luz se filtra hacia el vestíbulo, los sillones renacen, plenos de intimidad. Salgo del Gran Hotel y me despido también de sus paredes, de su portal oscuro y de su calle. Deambulamos a tientas hacia el Parque Central y la noche se ilumina a retazos, en foquitos dispersos y oscilantes, en leves chisporroteos de la gente que fuma. La Habana está en penumbras, los árboles se comban hacia el cielo y arriba resplandecen las estrellas. Carmen me observa en el silencio y puedo adivinarle la sonrisa. Imagino la vida en este instante como un muro contra el tiempo, y cada decisión, y cada acto, es un ladrillo más que le coloco. En la parada, flotando entre sus ropas y su pelo, Carmen me pide que cante. La beso una vez más. A dúo, muy bajito, cantamos She loves you.

FIN

(Francisco López Sacha (Manzanillo, 1950) Narrador y Crítico. Ha publicado numerosos ensayos y antologías sobre el cuento cubano contemporáneo y la novela “El cumpleaños del Fuego”. Entre sus libros de cuentos se

encuentran “Análisis de la Ternura” y “Descubrimiento del Azul”. Es Presidente de la Asociación de Escritores de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.)

LA MUERTE FELIZ DE ALBORADA ALMANZA – LEONARDO PADURA FUENTES

Alborada Almanza despertó suave pero rotundamente, con la sensación precisa de que algo extraordinario iba a ocurrirle ese día. Apenas abrió los ojos, recibió la punzada nítida de la premonición y trató de encontrar la causa de aquel alborozo que la embargaba después de otra mala noche, plagada como siempre de pesadillas calientes y en colores que ya ni se preocupaba por recordar. Desde la cama observó el almanaque que ella misma había fabricado y aunque el santo del día era su amado San Rafael Arcángel, la fecha no le resultó reveladora pues no era su cumpleaños ni el de nadie conocido y mucho menos el día ansiado en que despachaban los mandados en la bodega.

Con lentitud, para no incomodar la rigidez de la artritis, la anciana se incorporó en la cama y se calzó las raídas pantuflas. Entonces reunió fuerzas y tomó impulso para levantarse: de un solo golpe quedó en pie, perfectamente erecta, y fue entonces cuando empezó a temer que su hermoso despertar no fuera más que otra jugada sucia de las pesadillas que le provocaban el hambre, el calor y la vejez. Sin embargo, ahora todo era agradable y leve, muy parecido a la vigilia. Un sueño así tengo que disfrutarlo, pensó, y como ya estaba segura de que podían ocurrirle cosas inusuales, aun cuando no fuera su cumpleaños ni el día de la compra de los mandados, caminó con determinación hacia la cocina y buscó una revelación incontestable de que estaba en un sueño en el pomo donde guardaba el café. Con alegría vio que el recipiente estaba repleto del polvo negro y oloroso cuya ausencia tanto la hacía sufrir: su cuota de 2 onzas quincenales apenas le alcanzaba para tres desayunos y los doce días restantes debía calmar el crujido matinal de sus tripas con los cocimientos de anís, de hojas de naranja o de cogollitos de anón que solía preparar con mucha azúcar para sentir en su sangre un poco de energía que le ayudara a vivir otro día.

Mientras el agua para el café se calentaba, Alborada buscó en la despensa el cartucho del polvo de cereal con sabor a tierra y efectos astringentes que tragaba algunas mañanas y recibió una sorpresa mayor: allí estaba, intacta e invicta, una lata de leche condensada, con dos vaquitas en la etiqueta y las letras rusas que tan bien conocía: desde hacía lo años aquella leche cremosa y pesada había desaparecido de los mercados de la Isla y encontrarla allí, dispuesta para ella, podía ser el mejor de los regalos

posibles si no hubiera sido porque en el fogón, junto al agua que ya hervía con el polvo del café, Alborada descubrió dos pastelitos de guayaba, de aquellos que cada mañana de su vida, entre 1933 Y 1967, le obsequiara su difunto esposo Tobías, hasta que la panadería del barrio fue clausurada por la Ofensiva Revolucionaria y desaparecieran para siempre los crujientes pastelitos de guayaba junto con los montecristos de chocolate, los masarreales de coco y las torticas de Morón.

Vale la pena soñar así, se dijo Alborada mientras colaba el café y recibía el regalo de su aroma vivificante, capaz de despertar a un muerto. ¿Y si me despierta a mí?, se alarmó la anciana, que optó por invertir sus hábitos perdidos y comenzó el desayuno devorando los dos pasteles, para luego beber la leche condensada y dejar para el final la lenta degustación de aquel café preciso, que le resultó más amargo por la ingestión previa de los pasteles y la leche dulce. Con mucho miedo, Alborada paladeó el café y esperó el despertar fatídico, con el eterno dolor en los huesos y los crujidos en las tripas: incluso cerró los ojos, para hacerlo todo del modo más natural, pero cuando descubrió que en su boca persistía el sabor del café, comprendió maravillada que no iba a ser fácil salir de aquel sueño exótico y absurdo.

Cumpliendo un mandato de su piel, Alborada se desnudó en la cocina: dejó caer en una silla la vieja bata de dormir que ya había perdido todos sus encajes y luego desató el cordón que sostenía el blúmer sobre los huesos de sus caderas y dejó que este corriera hacia el suelo. Aunque se trataba del mejor sueño de, su vida, todo seguía pareciendo tan real que Alborada prefirió no correr el riesgo de mirar su cuerpo devastado por la vida y el hambre de los últimos años, y caminó hacia la ducha con la cabeza en alto, dispuesta a bañarse con un jabón Palmolive, a cepillarse los dientes postizos con pasta Gravy y a perfumarse con la loción de Avón que había visto por última vez como regalo de su cumpleaños 48, allá por 1962.

Mientras el agua la purificaba y el jabón Palmolive acariciaba su cuerpo, Alborada se sintió acompañada. Era una sensación remota, como todas las que estaba recuperando esa mañana, pues desde la muerte de Tobías, 22 años atrás, nadie había compartido el baño con ella.

-Qué bueno es no sentirse sola -dijo en voz alta, pues la sensación de compañía era tan palpable como cada uno de los pequeños placeres rescatados del olvido, como la agilidad que volvía a sus músculos fláccidos, como los deseos de no despertar jamás y vivir eternamente en aquel mundo donde los pasteles de guayaba, la leche condensada, el jabón Palmolive y sobre todo el café -café puro, sin mezclas horripilantes- resultaban tan posibles como lo era su ausencia en el otro mundo donde había vivido en los últimos años. Allá, en la amarga realidad de su vida real,

más de una noche se acostó con hambre y mientras miraba el cielo estrellado por las rendijas del techo, tímidamente le había pedido a Dios y a San Rafael Arcángel que le concedieran una muerte rápida e indolora que la librara de las pesadillas, del calor y de los cocimientos matinales cargados de azúcar.
-Por eso estoy aquí -dijo la presencia y Alborada tuvo la intención de cubrirse, pero algo la detuvo-. Me alegra que huelas bien...
-¿Eres tú? -preguntó la anciana.
-Quién si no: yo soy Rafael, uno de los siete arcángeles que están al servicio del Señor y que pueden llegar a su presencia gloriosa. Tú querías que viniera y el Señor me permitió complacerte...
-¿Entonces...?
-Sí, Alborada, estás muerta como querías, y yo vengo a buscarte. Perfúmate bien, que nos vamos al cielo.
-Ay, Dios mío -susurró la anciana ante la idea de perder lo que hacía tan poco había recuperado.
-¿Qué pasa? ¿Por qué dudas?
Alborada corrió la cortina del baño y vio ante sí a un mulato alto, fuerte, luminoso, completamente desnudo, al que le faltaban las alas que debía tener, pero que, entre las piernas, lucía una brillante verga surcada de venas moradas y con un glande rojo y pulido, como las manzanas que en otros tiempos Alborada ofrendaba a su querida Santa Bárbara.
-No te pareces a él... -dijo, sin poder apartar la vista del magnífico atributo del recién llegado e indicando hacia la esfinge rosada que tenía en el cuarto.
-Mejor di que él no se parece a mí. ¿Es que no te gusta como soy?
-No, no es eso... es que eres tan humano. Y, bueno, tener que irme así, ahora...
-Tú lo pediste. Como hoy es mi día, el Señor me concede escoger a quién puedo llevarme y del modo en que puedo llevármelo. Y como tú eres casi una santa, yo quise complacerte.
-Pero cuando quería morirme no tenía café, ni pasteles, ni leche... y ahora que los probé otra vez...
-¿Prefieres quedarte por esas tonterías? ¿No ir al cielo y condenarte al infierno?
Alborada sintió temblores. Ya sabía que estaba muerta y no le importaba, porque los dolores y carencias de su vida jamás regresarían. Lo terrible era que tampoco regresarían el sabor triste pero real del café mezclado que bebía seis mañanas al mes, el olor de la albahaca con que sazonaba todas sus comidas, y la expectación por saber con quién se casaría la muchacha buena de la telenovela. La vida podía ser terrible, pero era la vida.
-Sí, Alborada, estás muerta y vas al cielo.

-¿Y si no quiero? -se atrevió a preguntar. Ya nada peor podía ocurrirle y de pronto descubrió que aquel extraño diálogo, en la más absoluta desnudez, la hacía sentirse desinhibida, libre del miedo con el que siempre había vivido. Lo terrible es que esto me pase cuando estoy muerta, pensó.
-Lo siento -se disculpó el arcángel y por primera vez sonrió-. Así es la vida: unos van al cielo por valientes, otros por cobardes. Ya no hay remedio: yo soy el premio a tu miedo...
-Gracias por tu sinceridad... -susurró la anciana recién muerta y al fin se atrevió a mirar su cuerpo: seguía siendo viejo, arrugado, con los huesos a flor de piel: un mal recuerdo de su otra existencia, una maligna evidencia de que hay milagros que nunca ocurren. Entonces comprendió que lo mejor era obedecer, como siempre hizo: total, el infierno ya lo conocía y quizás en el cielo hasta hubiera los pasteles de guayaba y el café que tanto extrañaba cuando estaba viva y miraba con tristeza la despensa mustia de su cocina.
-¿En el cielo hay pasteles?
-Siempre recién horneados. Por eso es La Gloria, ¿no? -Menos mal... ¿Puedo hacer algo más antes de irnos? -Depende, Alborada -musitó el arcángel.
-Es muy fácil: quiero ver el mar, quiero acariciar un perro y quiero oír un danzón.
El mulato celestial volvió a sonreír y Alborada advirtió un rubor en sus mejillas.
-Concedido -dijo-. Con la condición de que me dejes bailar el danzón contigo. Hace siglos que no bailo.
-Será un honor -dijo Alborada y miró el atributo espectacular del mulato venido del cielo. Pensó que su cobardía había valido la pena: al fin y al cabo iba a un lugar donde había pasteles de guayaba calenticos y Dios le había otorgado la mejor de las muertes posibles, al ritmo de "Almendra", su danzón favorito.

FIN

(Leonardo Padura (La Habana, 1955). Narrador, ensayista y periodista Su obra publicada en Europa y en su país es altamente apreciada por los lectores de su serie de novelas policiacas "Las cuatro estaciones". Ha obtenido numerosos premios nacionales e internacionales y ha publicado dos libros de relatos: “Según los años pasan” y “La puerta de Alcalá y otras cacerías”.)

SUS SENOS – HUGO LUIS SÁNCHEZ

Acarició el rostro perfilando cada detalle; deteniéndose en la comisura de los labios, los arcos de las cejas, los párpados, el horizonte vertical de las mejillas, las cavernas nasales, y fue armando con el conocimiento de estas sensaciones y las sensaciones de este conocimiento, un semblante que bien pudiera ser el suyo.
Se apartó poco a poco hasta que le apareció el cuerpo cortado a la mitad, y después íntegro, en esta ilusión de una ilusión de la ilusión de un espejo empotrado entre los azulejos del baño -en perenne asechanza de sus descuidos de hembra desnuda- y único desliz refractario que se le permitía: el resto de los espejos en esta casa de espejos estaban cegados por mantos, fijos en el marco superior para que colgaran por su propio peso.
Se quiso observar quemada por el sol, como pocas veces en su vida había pensado estar, y definió que así se quedaría para que la piel ardiera a cada momento siempre y se le ahogara en pequeños y muy múltiples quejidos reclamando el frescor de aires venidos de tierras secretas, enrarecidos por la lenta incineración de esa pesadilla que la perseguía exigiéndole enlazar unos mundos con otros mundos, con asteroides, planetas libres; unas dimensiones con otras dimensiones... pero respetando la ley de que todo está fijo por raíces a la bóveda celeste, sin cambiar jamás de forma. Se quiso observar así ahora, cuando se prefería cubierta por esta capa dorada, para que nada entrara ni saliera por sus poros, mientras consideraba que su dependencia del sol provenía de mirarlo fijo, hasta caer en la alucinación de ser iluminada primero por un resplandor que correría por sus entrañas y por otro más noble, después; entonces sí le llegaría la ocasión de castigarse a mordiscos la piel expuesta como una sábana sobre la arena.
Desde hacía mucho tiempo ya, el tiempo siempre es mucho, era capaz de reconocer esta dependencia suya del sol; necesitaba de él tanto como de la playa, y necesitaba febrilmente de su amiga la playa con niñas perdiéndose en el laberinto monstruoso de los castillos de arena y sus gigantescas torres; y de su amigo el mar, magnífico, con techos de olas sobre regiones de valles y montañas submarinas empeñadas en llevar hasta la más sencilla idea a ese remoto y sombrío reino. Y luego, también aquellas nubes azules que amaba, ¡cuánto amaba!, confidenciales compañeras de cada ocasión, ocupando el lugar del cielo. ¿Qué están diciendo hoy las nubes, el ideograma de las nubes? Dicen lo que una quiere que digan, tan dignas y complacientes son.
Y es que se sentía bien. La playa era su verdadera dimensión; tan pronto podía ser agua, como aire, como sueño sin temor a perecer en cada una de sus configuraciones al encontrarse de súbito con la enorme atalaya -conocedora de alturas-, que con racionalidades burdas destruirá las imágenes de sus caros proyectos oníricos, y la obligará a ir de regreso al

cuerpo, en el que no quería pensar. Por él estaba cansada, contra él se había agotado; su animal no era de los que se morían a golpes fantasmales, por el contrario, cualquier momento dedicado en favor de su espíritu podía unificar las múltiples cabezas de su personalidad y combustionarla como ese olor a incienso que la seguía paso a paso desde toda la vida. Tenía que cansar su soma para poder crear la tranquilidad del silencio, la tranquilidad entre un silencio y otro, y respirar, sin el peligro de adormecer el alma y ni de permitir que lo otro volviera.
Entonces corrió todo lo que pudo sobre la arena mirando hacia el cielo y cayó, y se hinchó los ojos de proporciones pensando que esa noche descansaría, que la espuma del colchón no la estaría espiando como en otras oportunidades porque se iba a desplazar ligera, para sentir a plenitud toda la comodidad de su espalda y ese sabor a globos húmedos de aire del que sabía disfrutar cuando respiraba en tiempos de paz.
Dejó los pensamientos y de mirarse en el espejo del cuarto de baño. En definitiva nunca había estado siquiera cerca del mar, para qué engañarse. Le temía al mar y al día, al calor, a los planos sin límites, a lo que le pudiera decir el siseo de las olas. Le pareció en aquel momento que los azulejos sudaban y se reían. Tocó el pomo de la puerta y se detuvo. Se puso la bata de baño, no quería seguir viéndose desnuda, así que sintió alivio cuando se cubrió. Abrió la puerta y salió.
La casa había sido construida, desde quién sabía cuándo, para sugerirle constantemente las evocaciones de su forma, su única y real forma. En lugar de tiestos, tapices, solo había lunetas de todos los estilos posibles: redondas, con puntos acromados; redondas y suaves con la Cruz de Calatrava en el centro y los bordes; no redondas y otras más: la veneciana de tres fases de hondísimas perspectivas con incrustaciones de rosas y hojas que un día perteneciera a los Bioy... todas formando muros de refracción y burla por su afán, vano afán, de poner gruesas cortinas que evitaran la luz en el recinto donde vivía encerrada como en una cripta. "¿Qué camino es este?", se preguntó en voz alta mientras alisaba el vestido y recordaba que en muchas otras oportunidades se había interrogado igual.
-¿Qué maldito camino es esté? -repitió.
Fue hasta la sala. No le quedó más remedio que mirarse pasar entre las rendijas de luz que el cortinaje descuidara en los espejos. Los presentimientos, esos seres microscópicos que colgaban de sus orejas, saltaron de alegría.
Cerró los ojos y avanzó con los brazos extendidos. Abraxas. Llegó a la sala y se dejó caer en un amplio sillón. Rápido. Tenía que buscar algo en qué pensar rápido, de lo contrario todo estaría de nuevo perdido y debería empezar otra vez y otra y otra y no sabía si tendría fuerzas para escapar,

aunque cada vez lo quería menos. A fin de cuentas debía vivir entre el bien y el mal; no se puede ser totalmente ángel ni aún si se es el demonio preferido. Pero sucede que disfrutaba tan queda cuando su cuerpo descendía a las profundidades abismales de la vida y buscaba con desesperación algo que destruir para que el horror que llevaba dentro la liberara y pudiera ascender en un torrente de claridad negra desde esas remotas ciudades trastocadas en los misterios de su mente.
Tenía que buscar algo en qué pensar. Si aunque fuera... pero no podía retener las imágenes; el tiempo de consolidación en su memoria se licuaba. Una punzada le partió de los dedos y un estallido se generalizó por su cuerpo. Sus manos se asieron al mueble queriendo penetrarlo.
-No deseo pensar. Estoy cansada -dijo.
Si algún día pudiera sentirse independiente y abrazar una realidad; si necesitara saber quiénes la rodeaban después del atardecer cuando caminaba por las calles; si tuviera fuerzas para empezar por ahí; si lograra dominar ese instinto que la atraía hacia la casa donde, es verdad, se sentía bien, tan bien... ¡Muy bien! Le gustaba construirse veredas sobre la alfombra de damasco y moverse de un lado a otro para que sus...
Se levantó de inmediato. Caminó hasta la vitrina. Escogió uno de los vasos, el de óvalos verdes. Lo cambió por otro largo y transparente. Buscó hielo y agua y los sirvió en el recipiente que colocó al lado del sillón. Se sentó de nuevo. Empezó a observar el cristal sudado por el hielo. ¿Tenía sed? Jugó a deslizar los labios por el recipiente. Bebió. Después de correr, moverse por túneles rojos, el agua llega al horno donde se vendrán a sedar las células de esta y aquella parte; y es que ese cuerpo estaba hecho a semejanza de la Tierra, que guarda en su seno, celosamente oculto, un lindo lago en el que pacen en libertad todas las pasiones, los pecados y los futuros irrevocables. Se creyó una de esas células, anatómicas y plásticas, que beben sin saciarse. No saben cesar.
El vaso tropezó con uno de sus pezones. Ella bajó la mirada. La evocación. ¡Cómo le gustaba que el aire le besara el pecho y moviera sus ropas! Sus senos comenzaron a inflamarse, corrientes de aires de colores formaron remolinos dentro de sus conos. Violetas y nubes violetas. La transparencia de la tela. Tubos diabólicos, destructores, poderosos... capaces. El pezón inició así su diferenciación del resto. Había adquirido con más profundidad su tono rosado, intenso, formado por un labio relevante, hinchado. Mísiles, plantas que buscan con su carga de muerte al sol y que en un buen amanecer se desprenden de sus ataduras en el suelo y vuelan a buscar la tranquilidad definitiva y la amenaza del espacio.
Y fue empezando a ser. Con dos alas de papel de China, tocadas de polen y destellos dorados, abandona la mariposa su viejo mundo para encontrar en

la vida lo que busca o para confundirse en la historia. Nadie tan rápido como ella en perderse entre vapores y tratar de ver, porque hasta allí ha sido visto, el final de los caminos, el inicio de los caminos. Es allí donde la belleza de un día, el humo de todos los lienzos que arden, crepitando tiempos, el ruido de una magnífica sinfonía de insectos inimaginables y la poesía dudosa de si el viento, de si la letra, le dan vida -en espasmos en espasmos- 'a los seres que solitarios pueblan el fondo de los mares, en zonas que incluso han querido ser olvidadas. Ella es la conversión en perversa deidad, es la última razón, el despojo, el abandono de la suma de las cosas, de montículos de cosas acumuladas en medio de abundantes penalidades. Cadena de adquisiciones, de falsas miradas de incomprensión, de descansos; cadena de cuanto se posee. La cadena de excrementos y de miedo. En su totalidad, el insecto es un monstruo que pulula y traza, con sus movimientos en arabescos, el código milenario de todo el conocimiento posible. Genio inicuo que estudia y memoriza el pánico de sus rasgos para mantenerse igual generación tras generación. Pero a pesar de ello, son sagas amorosas. Ella era como ellas y siempre se encontraba esperando el día de repetirse para hacerse de amplias multiplicidades, para crear una sombra, una mancha negra, y nublar y poblar de espectros los ojos y los cerebros y el dolor. Es un rictus gnoseológico que viene codificado en cada uno.

Dio un brinco, incorporándose. Se encontró de pronto desnuda y con las manos apretándose con fuerza los pechos. "¡Ah! ¿Comenzará otra vez?", se preguntó. Empujó con vigor sus senos hacia el cuerpo, como tratando de introducirlos en la caja torácica. No podía, estaban vivos y sabía que dentro de poco se tendría que abandonar otra vez a la sed de esos tentáculos que subían y bajaban y se revolcaban dentro de ella.

-¡Me voy a bañar! -gritó.

Corrió hacia el baño, entró en la bañadera. Abrió el grifo del agua caliente a todo lo que daba para empañar lo antes posible el espejo en los azulejos. Los sonidos y el vapor llenaron la pieza. El líquido la iba cubriendo como una cascada. Miró entre sus senos y vio, allá en la unión de las piernas, un tupido monte de vellos acariciados por una mano. Se frotaría con lociones. Una y otra vez se acariciaría la piel.

Se separó del agua. Buscó a tientas un frasco cualquiera y se vertió encima su contenido. Aparecieron las burbujas. ¡Qué más daba volver! Los globos de jabón la cubrieron. Desde la arista de uno de sus senos inició una caída una pompa azul; luego brillaron dentro de ella centenares de deseos que flotaban impasibles. Era ahora una gran esfera que descendía anatematizando su espacio y, cuando llegaba al final, era rota por el ruido del agua al precipitarse, mientras muchas otras emprendían nuevos

descensos. Se observó borrosa en el espejo, donde su cuerpo era apenas una sugerencia de cuerpo. "Caer, caer, caer", se dijo.
Deja que se caiga, que él se caiga, que el jugo de sus vísceras empape el firmamento, que el tiempo a él asignado lo abandone para siempre hasta más allá del fin; déjalo que se consuma: ya comenzará el juego de buscar otro entre otros. ¡Cómo lo desea! Quien anhela así entrega su vida. ¡Tómala! Él también lo sabe. Esa es la última ley. Para qué ocultar mentiras en el rostro entre las arrugas de la risa.
Ella cerró la llave y abrió otra de un tirón. Al golpe del agua fría desapareció la espuma y con ella las imágenes estallaron, sordas. Se secó y vistió casi al instante, en lo que caminaba del baño al dormitorio. Buscó debajo de la cama los zapatos, jugueteó con los dedos sobre la cómoda y salió de la habitación.
Abandonó la casa. Anduvo por la calle apresuradamente, mientras la noche la iba cubriendo. Las estampas de su vestido la seguían de cerca. Cruzó la calle e inició una lenta e hipnótica marcha. Ya no quedaba nada por hacer; había comenzado y ella se encontraba sentenciando a alguien, como en otras muchas oportunidades. Pero, ¡por qué sentenciando si con el misterio del amor lo hiciese todo eterno, eterno en el placer!; y él (ellos) podrá (podrán) hacerse pequeño (pequeños) para pasar a través de la vida sin ser observado (observados) y conducir su (sus) futuro (futuros) por ese túnel de deleites que arrastra desde su primer día una densa lluvia y un alegre brillo de feria, así como a la melodía y a los ritmos perdidos de otras épocas, trastocados ya en la memoria de los hombres, en la que seres en celo como ella se devoraban unos a otros en duelos mortales.
Eso ya no lo volvería a saber nadie más, su secreto sólo se descubriría en el instante final en que el gozo no permitiera reflexionar que se estaba entregando la vida a un simple -en el tiempo- e inmenso -en el disfrute- momento, en el que se camina y camina leyendo en las paredes la verdad de los misterios, hasta llegar al fin de otros mundos, origen de la existencia de esos monstruos. Sobre el suelo, cubierto por el polvo de los milenios, se irían formando huellas de oro, en las que estaría escrito que la eternidad es el diminuto presente, inmediato, feliz, puro, única justa posibilidad.
Ella lo hará cambiar.
Ella te cambiará.
En un gran soplo entrarás en un planeta líquido, de algas y soles azules. Entrarás para quedarte quieto y alegre en un campo de girasoles que añoran cuando buscan, detenidos, algo en el cielo y se mueven por la fuerza de una brisa que sólo ellos sienten.
Sí, por eso cuando ella te encuentre en la multitud y te seleccione, te llevará hasta su nido y tratará de encontrar en ti la paz, el descanso y la

energía para comenzar de nuevo sin darte tiempo a que adviertas a nadie. No serás más que una imposibilidad, es cierto. Descubrirás y sufrirás un único instante, como el que toma impulso. ¡Adórala! Ella es sencillamente el poder que teme no encontrar en ti la savia que la libre de la putrefacción, de la descarnación.

Pero antes se esfumará. La presentirás detrás de una puerta, en el techo, dentro del aire. Te sobrepondrás a un vano temor y le permitirás que se materialice de nuevo. Ahí estarán sus ojos rutilantes. Se abrazarán, temblarán. Avanzarán hacia el lecho, dejando las ropas levitar en la premura, queriendo caerse con suavidad, hundiéndose en un viento de algodón. Le dirás que quisieras conocerla para poder aunque sea llamarla cuando la necesites, la que siempre será desde ahora, y no decirle Ella. Te responderá que no se puede, que nadie se conoce, que nada se repite. Entonces le suplicarás que te deje intentarlo tranquilo. Sugerirás que quizás poniendo la boca como ella te acaba de enseñar o lamiendo sus piernas o gimiendo o buscando a tientas sus partes en la oscuridad. Le preguntarás por qué no se cuelga un nombre y se hace un poco real si eso r - le ruede costar nada. Ella no responderá y sólo dejará que sus manos descansen en ti.

Girará colocándose boca arriba y sentirás que avanza desde tus pies. Querrás indagar por qué te rogó cerrar las ventanas para que la penumbra los llenara, para que la oscuridad la confundiera, pero no harás nada. Ella te implorará que no pienses más; que dejes de preocuparte porque pronto se elevarán para ti y para la primavera de los endriagos todos los puentes que conoces y luego escucharás sus súplicas, como un día creíste oír cuando amaste a la primera mujer; la escucharás rogándote que hagas silencio, que no te resistas, que te dejes llevar.

Y entonces surgirá la brisa que con un leve golpe violentará de par en par las hojas del ventanal en el mismo momento en que tú abrirás la boca, exhalarás y encontrarás, en la profundidad, al fin, sobre tu pecho, perforándote, unos senos que te arrancan de las entrañas el amor a la vida y el temor a la muerte.

FIN

(Hugo Luis Sánchez (La Habana, 1950) Ha publicado el libro de relatos “La Utopía de Nils Holgersen” (1990) y ha obtenido menciones y premios en el Concurso de Cuentos Hispanoamericano Juan Rulfo que convoca Radio Francia Internacional. Sus cuentos han sido antologados en su país y en el extranjero.)

LAS TIERNAS MANERAS – MIGUEL MEJIDES

Mi nombre de pila es Francisco Parri. Desde niño me auguraron las bondades del genio, por un oráculo que puso su mano en mi cabeza y dijo sentir los remotos latidos de Oscar Wilde. Soy o fui, para desgracia mía, profesor de Literatura Inglesa en ese universo que es el instituto Bachiller y Morales de la ciudad. Me gasto franelas de buen porte, un borsalino alumbra mi cabeza, y un reloj de plata antigua cuelga de mi pechera.
Mi infancia transcurrió en una casa solariega y con geranios en un patio que parecía el Edén. Después de la muerte de mis padres, me mudé a este discreto apartamento. El apartamento lo he ido adecuando a mi espíritu. En la sala tengo una preciosa mesa donde descansan mis pipas, las cuales no utilicé hasta hace poco, por mi ya preterida aversión al tabaco. En la habitación que da a la terraza, almaceno mis libros. Hay medio centenar de volúmenes de poetas ingleses, que me regaló mi entrañable amigo Rodríguez Feo, que Dios tenga en la Gloria. También, y no podía faltar, con sacrificios y hurtos, he completado una Enciclopedia Británica.
Este lugar me ha observado trabajar en mi colección de monedas del siglo xix cubano. Poseo fichas del ingenio "Deidad" y del "Fin de Siglo"; monedas acuñadas por ese engendro comercial que fue el Bagá, ciudad muerta al otro lado de la bahía. También tengo monedas de Palmira, la Guyana, Ceylán, y la República del Uruguay. Esta obsesión no ha sido más que la continuación de la obra de mi padre, que con celo y pasión acumuló el mercurial olor de la plata y el oro.
En lo referente a las labores domésticas, desde la muerte de mi madre, una señora de respeto y prestancia las hace. Viene cada mañana y sacude los estantes con los libros, limpia las monedas, y cambia la ropa blanca por esa manía que me persigue de dormir en sábanas limpias. Doña Asunción es una gracia de Dios. Su único pecado radica en no saber disfrutar la poesía. Le leo mientras hace los quehaceres, y ella se sonroja. Es cuando le digo que la buena poesía exorciza la sangre humana.
Pero lo que nos ocupa, nada tiene que ver con mis delirios domésticos. Mi vanidad jamás se ha permitido escribir. Trataré de hacerlo, y perdonen la inmodestia, como Henry Fielding, ese ciudadano nacido en Sarpham Park. Es riesgoso contar una historia, lo sé. En realidad yo no quiero ser escritor, sólo un acusante estudioso de la impunidad.
Recuerdo la mañana de septiembre en que el instituto abrió las puertas a un nuevo curso. Desde que entré al aula me percaté de que no iba a ser un año fácil. En la primera fila estaban los aplicados, los que siempre van a obtener buenas calificaciones. Al final, los de camisas abiertas y bocas de insensata perdición. Desde un principio impuse las reglas. Dije con

severidad que como profesor de Literatura Inglesa iba a exigir disciplina. Hablando estaba, cuando arribó Carlos Pellicer. Era delgado y con un tic metálico que le hacía mover el cuello. Al justificar su llegada a deshora, sonrió como un duende. Desde que habló supe que era un condenado. Me recordó mi figura en mis años de estudiante. Lo que ni remotamente podía imaginar es que aquel niño contendría una historia tan infeliz.

Durante el primer mes, evité preguntarle. Él tampoco insistía mucho en responder. Pero bien sabía que esa situación no podía durar. A principios de octubre, en una mañana de martes, leí el capítulo de Tom Jones referente al matrimonio del Capitán Blifil y Miss Bridget Allworthy. Pedí una valoración y hubo silencio en el aula. Insistí y fue cuando Carlos levantó su mano. Quise darle la larga y fui al pizarrón y escribí el epitafio del Capitán Blifil. Hice un comentario sobre los atributos de bondad que siempre se le quería endilgar a los muertos. Pero Carlos continuaba con su mano en alto, deseando hacer valer su condición de alumno aventajado. Tuve, ante esa terquedad que sabía a donde iba a conducir, contra mi voluntad, que dejarlo hablar. Pronunció el inglés con limpieza y preciosa cadencia. Pero el cuello, ¡ay, ese cuello!, no se le mantuvo quieto. Carlos entornaba los ojos y se estiraba, como si fuera a entrar a las nueve puertas del paraíso. Al concluir, fue el hazmerreír.

-Tienes que sobreponerte -le dije al final de la clase-. Visita mi casa y te enseñaré algunas cuestiones que te ayudarán a vivir.

En la tarde, el muchacho llamaba a mi puerta. Le pregunté si le agradaban las infusiones y me respondió que le gustaba el té. Supe, ya, que era yo, igual a mí cuando yo tenía esa edad. Le serví una regia taza de té. Luego hablamos de la conveniencia de dominar una lengua como la inglesa. Así estuvimos charlando unos veinte minutos. A las cinco y media le hice saber que iríamos al grano, pues a la seis en punto yo tenía la costumbre sagrada de escuchar el noticiario de la BBC.

-Diariamente se burlan de ti -le dije-. Un día y otro se burlan. Lo de hoy fue escandaloso.

Fui hasta mi habitación y regresé con dos pesados tomos de la Enciclopedia Británica. Los puse sobre los hombros de Carlos y le pedí que los retuviera junto a su cuello. "¡Ahora habla todo lo que desees, hijo!", le dije. Comenzó a recitar de memoria "The Rayen" de Poe. A medida que iba adentrándose en el texto, los ojos se le alumbraban y un infinito goce le hacía temblar. Carlos era el cuervo, a su alrededor nevaba, y las cortinas de púrpura y seda del poema, lo envolvían como un seráfico viajero. El Nevermore llenó de una cálida temperatura mi apartamento. Y su cuello entre los pesados tomos, su rostro apresado entre las cubiertas, no tenían esa debilidad mutilada. Era un valle con deseos de decir algo sagrado.

-¡Brillante! -grité entusiasmado.
-¿Me los presta, señor? -me dijo.
-Claro -me puse de pie para despedirlo. Iban a ser las seis, el Big Ben en cualquier momento correría su carrillón-. Ve, aprende que el peso de la sabiduría -y señalé la Enciclopedia- no sólo ejercita la mente.
Pero a la larga, de nada sirvió la Enciclopedia Británica. Después de una tibia mejoría, Carlos se mantuvo igual. Llegué a la conclusión que lo mejor era respetar su ser. Yo trataba que los demás entendieran, pero mis esfuerzos eran infructuosos.
-Indisciplina a todos -me dijo el Director una tarde.
-Él es así, ¿qué se puede hacer? -le dije.
-La literatura le hace daño, profesor.
-No, lo que pasa es que él es del aire -dije orgulloso.
Aún no sé si fue baladí mi visita a la familia de Carlos. Vivían en la calle Roloff, cerca del viejo matadero de la ciudad. Llegué con aire ceremonial, saludando con una cortesía comedida y no dejando el más mínimo resquicio para que descubrieran las intenciones de mi presencia, si es que alguna tenía. La madre era una mujer pequeña, de mirada tártara, y constantemente se pasaba las manos por el vestido que había perdido la brillantez del estampado. Pienso que con ese gesto quería quitarse el olor a tuétano, pues vivían de los huesos que hurtaba su marido en el matadero, y a los cuales ponían a freír y sacaban manteca para vender. Al padre de Carlos se le descubría la bravuconería de cuchillo. Los grandes bigotes semejaban manubrios de una bicicleta de madera.
-¿Y dígame? -me dijo con impertinencia al verme receloso y yo hablé tonterías. Comenté sobre las experiencias del doctor Campbell en las escuelas públicas inglesas. El hombre me miraba con descaro y sin interrupción se acariciaba los bigotes. A la mujer se le acentuaba la mirada tártara. La casa seguía suspendida en las tenebrosas brumas de los huesos fritos. ¿Qué hacer con aquellos dos seres humanos que olían a manteca?
-¿Y a usted no le apenan las vacas? -dije para salir del trance. Él me respondió rápido:
-¿Y a usted comerse las vacas?
-Debe haber un cielo y un infierno de vacas -fue lo único que atiné a responder. Él sonrió y pude observar que tenía pequeños molares, incisivos de muchacha. Aquella boca no encajaba en su letal oficio. La miraba y mi conversación se confundía, se perdía en un arroyo impuro. Fue cuando decidí marcharme. Ya en la calle, la boca empezó a perseguirme, la veía en los espejos, al mirar al cielo. A Carlos le pregunté por aquella boca, y él me respondió que era de sangre, que su padre se alimentaba de la sangre de las vacas que sacrificaba. Pensé en la Transilvania, en el castillo derruido en

las brumas de un sendero, en las hojas mustias de un camino, en las sombras de los amores ocultos. Y como conocedor de mis pesadillas, empecé a asustarme.
En las semanas siguientes, poco cambió la correlación en el aula. Carlos arrastraba una decena de apodos. Nos estábamos acostumbrando a las vejaciones. Creo que hasta el propio Carlos lo había tomado como algo que no tenía solución. Ya raras veces me visitaba. Cuando lo hacía era para pedirme un libro o para preguntarme sobre algún poeta que recién había descubierto. Me leía sus sonetos, escritos en inglés. Poseía esa rara clarividencia para colocar la palabra precisa. También, por sí solo, realizaba el aprendizaje del francés, y ya yo no dudada que él era un pequeño genio políglota.
Por lo demás, mi vida transcurría con la misma parsimonia. Mis visitas al café El Sol no se interrumpían. Era una añosa costumbre mía, dos veces a la semana, en las tardes, irme a tomar un anisado. Claro que ya *no había anís. Sólo se vendía un café *adulterado y puesto en horma con una azúcar quemada. Los más viejos hacían la cola desde temprano y se pasaban la tarde comentando sobre las privaciones y la vida cruel que les había tocado. Luego el café El Sol se convertía en un lugar tranquilo. Observaba los espejos biselados de antaño, la estantería de recio cedro, las vidrieras donde un día se mostraron los dulces más fantásticos de la ciudad. El reservado al final del salón, se había convertido en un cobertizo donde los dependientes dormían. Las banquetas de la barra estaban despojadas del barnizado. Un viento de cuaresma había detenido las edades del progreso en aquel lugar y sólo quedaba la enfermiza conformidad de que nada más era posible hacer.
Entre mis tés, mis visitas al café El Sol, las burlas para con Carlos, pasé el invierno. No hubo un solo día de frío. Fue un invierno canicular, como si ese solsticio hubiese sido condenado al letargo de agosto. Mayo estaba al doblar la esquina. En las dos últimas semanas de abril, comenzaba la labor de hormiga laboriosa de doña Asunción. Acumulaba alimentos, sin regatear precios. Iba y venía, lavando legumbres, recogiendo hojas de salvia y guanábana, y de cuantas existen para hacer expectorantes, porque en mayo, con las lluvias, aparecía mi gripe anual. No más que el viento del sur se levantaba y ya yo caía en cama.
En ese año, los aguaceros se atrasaron, pero ya a mediados de mes estaban con su impertinencia. Recuerdo aquel inicio de noche que al abandonar el café El Sol, sopló un brisote desde el mar y súbitamente empezó a llover. Llegué empapado a la casa y doña Asunción, que ya recogía para irse, me dijo que a la mañana siguiente empezarían las fiebres. Reforzó mi cama con una colcha de lana, puso a hacer un caldo de

alas de gallinas, y me dijo que bien temprano estaba de regreso. Yo, como cada año, no salía de mi gozo. No tendría que pasar durante más de una semana la tediosa lista de alumnos, no recondenarme por las ofensas a Carlos, mandar a la porra las reuniones del claustro.

En esta ocasión las fiebres no fueron inclementes. A las diez de la mañana me levantaba e iba a la biblioteca. El humor irónico de mi preferido fantasma, que creía que aún habitaba en mí por la predilección del oráculo, el magnífico Oscar Wilde, llenó mis primeros días de enfermedad. Releí con gusto "La balada de la cárcel de Reading". En mi habitación, desde adolescente, tenía un retrato de Oscar, un pequeño y fino retrato encima del mantón de Manila que perteneció a mi madre. En él se veía a un Oscar Wilde de mirada extraviada, con un chaleco de gris impecable y anudado a su cuello un pañuelo malva, que le daba la prestancia de los que nacen en Dublín.

En esos días febriles, yo maldecía mi poca ventura al nacer. Mi suerte pudo ser peor, quizá mi nacimiento en esta isla fue un bálsamo al pie de la posibilidad de haber visto la luz bajo un árbol de África. No obstante, pensaba en los dioses eternos, en sus geografías. Pensaba que bien pude ser un japonés que admiraba los carmoranes, un hombre amarillo degustador de ritos esotéricos, admirador del cinabrio, ese elíxir de la inmortalidad de los taoístas de la China. Y sin embargo, había nacido entre negros, que si bien secreteaban con la poesía del monte, en verdad ni remotamente transmitían la sabiduría oriental en la armonía de fuerzas espirituales. Lo que ansiaba, y no me apena, era el fervor de haber transitado el inicio de la vida en Dublín, ese Dublín de los coches tirados por portentosos caballos, el Dublín escéptico, repleto de la agonía de un mundo desintegrador. El dublinés Francisco Parri, me repetía, sabiendo que mi nombre era de una urdimbre falsa.

Carlos vino el miércoles de esa semana, a sacarme de mi abismamiento. Doña Asunción me despertó más temprano de lo usual y me dijo que el muchacho me esperaba. Salí a recibirlo envuelto en mi bata, una locura de felpas y buen gusto. El muchacho se puso en pie y me saludó. El cuello ahora lo mantenía tenso, sin agonía. Me contó lo que sabía de antemano. El profesor suplente era un renegado que pronunciaba el inglés como un mejicano en una película gringa. Al rato, después de sacarle bien la tira del pellejo al profesor suplente, pasamos a mi cuarto-biblioteca y estuvimos platicando durante una hora. Recuerdo que fue inclemente, como suelen ser los jóvenes, con Conrad. Le expliqué que el polaco tenía la fuerza de un animal mitológico, que otros escribirían el inglés con mayor elegancia, pero ninguno tenía la voluntad y la bravura de Conrad. Luego él me mostró uno de sus poemas. Era soberbio. Los versos cantaban al llanto de un amante,

un incomprendido amante que moría de amor por un caballo. Era imposible reunir tanta belleza. El amante amaba a un caballo de huesos de tromba, un cataclismo de sudor y goce.
-Es bello -dije.
-La gente buena se enamora de los animales -dijo y luego se despidió. Me recordó la excursión a las playas rivalvas del norte, excursión que emprendía la escuela cada año. Dije, para mi vergüenza, que odiaba el mar, y también argüí que mi gripe era un reloj, ni un minuto más ni un minuto menos.
El resto de mi convalecencia fue placentera. El jueves recibí un paquete postal remitido desde la Universidad de Cambridge. Unos meses atrás había escrito a ese rectorado pidiéndole información sobre el próximo curso. Les decía que tenía un hijo y que andaba a la búsqueda de una verdadera universidad para que concluyese su formación. El rectorado al responderme había agregado un plegable con la lista de las prestigiosas figuras, incluidos tres premios Nobel, que habían pasado por sus aulas. Pero lo que me llenaba de goce, es que me habían creído un inglés perdido en el trópico. Mi remitente era el de Richard Warwick, idéntico nombre del Conde y General inglés muerto en la batalla de Barnet en 1471. Era la primera ocasión en que se me respetaba y hablaba como a un súbdito de la patria inglesa, de la reina. El idioma precioso y ajustado al escribir, mi sicología, no transparentaba a un latino. Eso me contentó tanto, que olvidé la gripe, al mismo Oscar Wilde, y empecé a escribir con idéntica estratagema y pasión a todas las universidades de habla inglesa en el mundo. Escribí a Sidney, Harvard, Yale, a todas. Fui feliz, nunca lo había sido tanto.
De mis ensueños me sacó doña Asunción en la noche de sábado. Indagué el por qué de su presencia, le recordé que no me gustaba que me visitaran después de las seis de la tarde, que cómo se había atrevido a violentar mi soledad. Habló de la lluvia, de las mariposas que acompañan a mayo y agrian la leche al posarse sobre la nata, y luego se fue. Sólo el lunes supe realmente a lo que había venido.
El domingo lo pasé en discusiones con las operadoras telefónicas. Después de mucho insistir, ellas lograron el número de la residencia del Cónsul inglés en Santiago de Cuba. Me había atrevido a llamarlo para legalizar la ciudadanía de mi hijo Richard Warwick, idéntico nombre al de su padre. El cónsul tenía una voz nasal y lejana. Dijo que jamás había tenido noticia de que viviese en Cuba un tal Richard Warwick, y menos dos Richard Warwick. Fue renuente a concederme una cita y me pidió que no lo molestara, luego colgó el teléfono.
Muy descorazonado quedé. En Cambridge me recibían como a un inglés y, sin embargo, aquel cónsul no deseaba reconocerme. Pensaba en los

disimulados rencores de una isla. Ese día lloré mucho, por esa manía que siempre me abochorna al ser ganado por la melancolía. Lloré sobre mis pipas, sobre mis viejos libros, frente a un espejo, donde vi a un hombre que semejaba un adicto al agua lustral. A las nueve de la noche, con la parsimonia de un anacoreta, saqué mi leva, mis botines, cepillé el sombrero y dejé listo todo para el primer día de clases después de la gripe. Esa noche dormí mal, soñé con el caballo del poema de Carlos, con Richard Warwick, me despreciaba por no haber tenido un hijo. "¿Por qué no fui capaz de amar a una mujer?", me decía.

Camino del instituto en la mañana, me encontré los mismos rostros que me habían acompañado durante siglos. Saludé a las mujeres que con sus agonías de lunes barrían los portales, al vendedor de periódicos, al farmacéutico que flotaba en los olores de las hojas del eucalipto. Era vivir reproduciendo palabras corteses, colocándome y quitándome el sombrero una y otra vez. Ya en el instituto, fui a mi casilla y tomé el listado de los grupos. Esos listados con los nombres de jóvenes que serían imbéciles que se mancharían con las pesadillas de la adultez; jóvenes, los menos, que lograrían lo que se propondrían con sus vidas. Allí guardé el sombrero, y alisándome el cabello, con la timidez de cuarenta años repitiendo igual gesto, me apresté a transitar el pasillo que llevaba a las aulas, ese laberinto que me hacía caminar erguido, con el cuello firme como una espiga de estirpe y fuerza, y que en realidad escondía mis debilidades, mi miedo, mi terror a la burla, mi poco tino para que mi sonrisa hiciera la felicidad de los demás.

Al arribar al aula, me encontré en el pizarrón el dibujo de un caballo percherón y un letrero debajo:

¿ES POSIBLE AMAR A UN CABALLO?

Aún los muchachas estaban entrando. Los noté intranquilos, apesadumbrados, diría que tristes. Una alumna se levantó y fue al pizarrón y borró el dibujo del caballo y el letrero. Dijo que estaba pintado desde el viernes o el lunes. Pasé de inmediato a contarles de mis lecturas en el transcurso de la gripe. También les hablé de Cambridge, les mostré los plegables editados en esa universidad.

Luego comencé a pasar el listado. Cuando iba por el sexto de la lista, eché de menos a Carlos Pellicer. Pensé que nuevamente llegaría tarde. No* hice caso y nombré otros tres alumnos. El aula seguía tranquila, silenciosa. Pensé entonces en el letrero: ¿ES POSIBLE AMAR A UN CABALLO? Medité si en algo tenía que ver con el poema de Carlos. Hice un chiste con los caballos. Nadie se rió, como siempre sucedía. Luego, con mi inglés

victoriano, conté fábulas de la Edad Media donde los hombres se reproducían con animales. Les dije de la mujer que deseaba vivir eternamente entre el mar, la tierra y el cielo, y que para lograr su propósito tomó esperma de un pez, un caballo y una alondra, y que tal osadía la convirtió en un minotauro con las tres realezas de la naturaleza. Finalmente, conté, descubrió que los cazadores le disparaban por ser alondra, que los hombres querían atarla a un carruaje por ser caballo, y que la única libertad que le quedaba era el mar, y a él fue y se hundió en las aguas con la sonrisa de la felicidad y nunca más se le vio.
-Entonces Carlos fue al mar para ser feliz -dijo la muchacha que momentos antes había borrado el pizarrón.
-¿Y qué tiene que ver Carlos con esta historia y el mar? -dije.
Nadie quiso responderme. La muchacha que antes había hablado, salió llorando. Los demás también se fueron. Quedé solo, completamente solo. "¿Qué está pasando?", me dije. Fui como un cascarrabias hasta mi taquilla y allí vi que la muchacha me esperaba. Iba a exigirle una explicación y ella no dio tiempo. De súbito dijo que Carlos se había ahogado en la excursión del sábado. "Está muerto, con los ojos grandes, negros y brillosos, con las manos repletas de las piedras del fondo." No podía creerlo. Un temblor me abatió. Parecía que mi cuerpo iba a morir, como si me hubieran partido el cuello. Fui para mi casa y me encerré. Por tres días no me levanté de la cama. Sólo llamaba por. teléfono a los alumnos de ese curso. En la pesquisa descubrí que a Carlos lo ahogaron, descubrí que en un juego cruel lo lanzaron al agua dando por hecho que sabía nadar y Carlos una y otra vez se asomaba entre las olas, creyendo que el juego duraría unos segundos y el juego duró una eternidad. Carlos rescatado con las piedras del fondo en sus manos y con sus ojos negros repletos de incredulidad.
Nunca he podido saber quién comenzó aquello. ¿Pero realmente hacía falta? Todos lo vieron, profesores y alumnos se escudaron en la sonrisa que Carlos mantuvo mientras moría, una sonrisa que sólo existió porque por primera vez lo tomaron en cuenta. Desde ese lunes en que vi en el pizarrón: ¿ES POSIBLE AMAR A UN CABALLO?, estoy enfermo de humanidad. Hoy cumplo un año de mi jubilación. He tenido que conformarme con el té que se vende en las farmacias y olvidar los aromas de la China. Sobre mi mesa de trabajo está el catálogo que concluyo sobre mi colección de monedas. Pronto terminaré y lo remitiré a la universidad de Sidney. Es la única a las que antes escribía, que aún responde mis cartas. Hoy nadie cree en la paternidad de Richard Warwick. También sobre mi mesa de trabajo están los dos tomos de la Enciclopedia Británica que un día presté a Carlos. El portarretratos con la foto de Oscar Wilde, cayó por imprudencia de doña Asunción y se le rajó el cristal, y el pobre Oscar tiene una

cicatriz en la frente. Pronto tendré que fumigar, las mariposas de la primavera que agrian la leche, andan esculcando los rincones de la casa. Olvidaba decirles que he comenzado a fumar en mis pipas, a mi edad qué daño puede hacer el tabaco.

FIN

(Miguel Mejides (Camagüey, 1950) Narrador. Ganó el Premio David de cuento en 1977 por su libro “Tiempo de Hombres”. En 1981 recibió el premio de cuento de la Unión de escritores y Artistas de Cuba por su libro “El jardín de las flores silvestres”. Ha publicado, además, otro libro de cuentos, “Rumba Palace”, en 1996 y la novela “Perversiones en el Prado”, en 1999.)

BUMERANG – ADELAIDA FERNÁNDEZ DE JUAN

Me gustan los papeles níveos, lisos, que provoquen deseos de acariciarlos.
Se entretuvo en tocar la hoja durante largo rato, dilatando el momento de empezar a escribir, sabiendo que nada superaría la extraña lujuria del horizonte de una página virgen.
Una impecable hoja de papel merece respeto. No estoy segura de estar a la altura, de lograr el alcance que haga perdonar el brusco rompimiento de la paz de esta blancura.
Sin embargo, tenía demasiadas ideas acumuladas como para permitirse el lujo de dejarlas flotando. Sabía que mientras estuvieran en revoloteo era como si no existieran. Y tenían que ser escritas y no dichas, porque era el único modo de estar segura de haberles permitido vivir.
Debía escribir de inicio aquellas palabras que facilitaran el entendimiento de lo que vendría después. Palabras que fueran tenues, que se ordenaran formando oraciones carentes de emoción. Aún mentalmente, organizó las primeras:
Me acerqué a ti en la glorieta del parque, no porque me gustara tu figura de gladiador, ni porque escucharas el *Bolero* de Ravel, sino porque sospeché que estabas fumando marihuana. Debí imaginar que al no sentir la euforia que prometías, podría terminar sin sentir absolutamente nada. Pero no fue así.
Quiero contarte lo que te debo; no encuentro otra forma de mostrarte lo agradecida que soy, como tú querías.
El Bolero desapareció en cuanto supiste que yo lo disfrutaba, y no volviste a la marihuana después de la única noche en que mis carcajadas por poco nos

delatan. La noche en que, al fin, todo me resultaba ajeno. Me viste entumecida por las tantas horas en igual posición fetal, me llevaste al mar y me dejaste caer entre las rocas. Me explicaste que era un remedio eficaz, y yo, violácea del frío y de los rasguños, te creí.

Me llevabas desde ese día a bucear, fascinado por el silencio aterrador del agua.

Me encantaba cuando te escondías entre los arrecifes, y de pronto me asustabas con un abanico de mar, haciéndome creer que era la aleta de un tiburón. Decías que así se endurece el alma, y era verdad.

Una tarde frotaste mis piernas contra unos corales rojos para demostrarme que la sangre era del mismo tono, y luego cubriste mis heridas con la áspera arena del fondo.

No me gustó tanto lo de la cueva, pero igual me emocionó. La encontramos por casualidad -dijiste-, y el agua casi nos congela. Nos metimos dentro, y estaba tan oscuro que apenas veíamos las paredes. Las íbamos esquivando en la medida en que nos arañaban aristas filosas y, por señas, te pedí regresar. Tu giro fue tan brusco que la turbulencia de agua me cegó aún más, y perdí el rumbo.

Te busqué a tientas, sin saber si ya empezaba a salir o si seguía entrando en la cueva, y no te encontré. Pasé tanto tiempo buscándote que casi se acaba el oxígeno, y no sé cuándo, desfallecida, hallé la salida y fui hasta la superficie.

Estabas en la orilla, sin traje de buceo, y me esperabas sonriendo. Dijiste que había sido una prueba de voluntad y fortaleza y que te sentías orgulloso de que yo las hubiera vencido.

Que todas las personas eran clasificables también dijiste. Que hasta ese momento yo había pertenecido a la cuarta categoría y que, a partir de la cueva, había ascendido a la tercera. Y que la medalla me la ibas a dar enseguida. Como yo no tenía fuerzas, me arrastraste hasta los pinos, me quitaste el traje y estuviste besando todo mi cuerpo con la lentitud de un pez. Así pasamos la noche, y me sentí feliz.

Feliz es demasiado, pensó. No quería trasmitir nada que fuera definitivamente fuerte. Mejor sería decir bastante. Me sentí bastante bien a tu lado. Una frase lo suficientemente tibia como para pasar inadvertida. Le gustó y, una vez vencida la primera parte de la coherencia a la que aspiraba, imaginó que le escribiría a continuación:

Te agradezco la forma y el recurso que empleaste para demostrar mis imperfecciones. Una vez que me hiciste dura y con la voluntad que considerabas imprescindible, me enseñaste que sólo a través del conocimiento de los defectos se puede alcanzar madurez en la conducta, y lograste que no me avergonzara. No sabes cuánto te lo agradezco.

Spaguettis al dente quiere decir *al dente*, y no esta pasta amorfa que acabas de hacer, me dijiste en aquel almuerzo mientras esparcías cada uno de los spaguettis sobre mi cabeza. Fíjate bien, decías, la textura perfecta es la que se logra al partir uno de tus cabellos. Es así como se sabe cuándo sacarlos del agua hirviendo. Te he derramado esta pasta porque sólo así serás capaz de aprender y recordar cómo los italianos logran los spaguettis al dente, tal como los pedí. Y si lloras de esa manera, es porque no logras concentración en lo que te digo. Luego, me llevaste a la ducha, me bañaste, y perfumaste mi pelo con agua de violetas. No te conté que me ardía el cráneo, porque el descubrimiento de lo correcto, en cuanto a lo que acababas de enseñarme, fue superior a esa molestia, que considerarías banal.

Así aprendí a no saludar a nadie por los caminos, porque eso sería demandar afecto, y la debilidad de los humanos, decías, debe ser siempre encubierta.

La teoría de la coraza necesaria no llegué a comprenderla del todo, pero aún así, te debo la tranquilidad que ahora tengo. Nadie puede saber qué sientes, me explicabas, y para eso te ayudan las dos convicciones que integran la fortaleza.

La primera es la filosofía de la resignación. Nunca implores, no dejes saber lo que sientes, ni siquiera para ti misma. Confórmate con aquello que los demás sean capaces de darte.

La otra convicción a la que debes llegar es a la superioridad de tu ser. Me hiciste saber, en detalle, cuán lejos yo estaba de haberme acercado a dicha superioridad, pero que a tu lado, si prestaba la debida atención, quizás con el tiempo lo lograra. La grandeza está dada por la magnitud del egoísmo, recordar que los modestos tienen razón, y que los genios, en apariencia abominables en su egolatría, y simplemente superiores en realidad, debían ser premisas constantes, dijiste. Y yo te creí.

Había llegado a un punto sin retorno en su afán de comunicarse con él y, a pesar del terreno avanzado, se sentía insatisfecha. Seguía sin estar segura de haber escogido las mejores palabras para sus ideas. No le importaba lo que él creyera, el juicio que él emitiría ya lo sospechaba y, precisamente por esa indiferencia, se sentía en la necesidad de continuar. Llegar al final era la mejor de las sorpresas. Así, despejó su mente de toda la hojarasca anterior, para concentrar sus fuerzas en lo que, con suerte, lograría escribirle.

Fuiste tan vehemente en tus explicaciones y yo las aprehendí tan bien, que no te diste cuenta.

Cuando me hablaste de la Osa Mayor y de la importancia de la luna en las influencias de los comportamientos humanos, me pareció que hablabas de figuras infantiles, de punticos y redondeles que no me decían nada nuevo.
A través del dominio de tus hemisferios cerebrales, eras capaz, decías, de regular la secreción de tu páncreas, del avance de catecolaminas por la sangre según las órdenes que dabas a tu antojo hacia tus glándulas suprarrenales. Para demostrármelo, un día cerraste los ojos y la piel de tus brazos empezó a transpirar un líquido frío, viscoso, y lejos de admirarte me pareciste de una repugnancia cadavérica. Me separé instintivamente, no con susto, sino sintiendo pena por tu cuerpo.
Consideré que resultaba penoso malgastar energías en sudar, con tantas cosas grandiosas a las que dedicarse, y no te diste cuenta.
Hacer el amor era un acto que ni ese nombre tenía entre nosotros. Lograste convencerme de la vulgaridad de sentir placer en el momento en que los fluidos se mezclan. Así como nadie grita al orinar ni gime cuando expulsa un vómito, carecía de sentido dejar escapar un chillido en el instante de una mera necesidad que pertenece a la fisiología.
Como formaba parte de tus convicciones, que ya eran mías, dejé de permitir que me besaras. Consideré que resultaba vergonzosa esa muestra de afecto, incongruente con tu filosofía, y no te diste cuenta.
Por esa época, empecé a dedicarme a los objetos que me rodeaban, y nunca lo supiste. Amar a una silla, por ejemplo, cumplía con nuestras exigencias vitales: desarrolla el sentido del tacto, nos enseña que la lisura existe. Al mismo tiempo, una silla es durísima y tiene el olor de su materia y cuando la muerdes, compruebas que los sabores varían no sólo de una silla a otra, sino que en una misma hay diferentes sabores, y pueden cambiar hasta los colores. Y ella nunca se enterará. Ni sufrirás la humillación de que sepa lo que estás sintiendo.
Un mar pacífico, digamos, puede ser rojo como aquellos corales, pero también puede ser pálido, como tu piel, y cuando vas separando los pétalos, los vas tocando y sientes una suavidad única. La suavidad de un mar pacífico puede ser orgásmica. Cuando terminas de deshojarlo, allá en el fondo, existe un minúsculo trocito ligeramente resbaloso por fuera y pétreo por dentro, que en la lengua resulta más dulce que un cundeamor y también más dulce que los pistilos de las picualas.
Todo eso lo sé, y ni esas flores, ni los jazmines (los de cinco hojas y los del monte) sabrán nunca lo que les hago cuando los froto por mi cuerpo, allí donde nunca tocaste. En los pliegues de los codos, en las corvas de las rodillas, en el dorso de mis manos y por los talones, me froto jazmines.

Y a las almohadas las muerdo sin que griten, y meto mi nariz en las polveras. Me encanta el estornudo, y contemplar cómo cae, inocente de mi morbo, cada pedacito de polvo. Y nadie lo sabe. Ni siquiera tú.
Le parecieron adecuadas las últimas frases. Y suficientes las confesiones. Su generosidad le hizo sonreír. Se estaba desnudando el alma para él, agradecida eternamente.
Lo dispuso todo para comenzar, pero quedó súbitamente embelesada.
Le gustaban tanto los papeles níveos, lisos, que le provocaban incontrolables deseos de acariciarlos.

FIN

(Adelaida Fernández de Juan (La Habana,1961). Médico y Narradora. Recibió el premio Luis Felipe Rodríguez de cuento de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba en 1998 con su libro de relatos “Oh vida”. En 1994 publicó otro libro de relatos “Dolly y otros cuentos africanos” que ha sido traducido al inglés.)

LOVE STORY – ABEL PRIETO

Ellos no fueron novios en la Secundaria (como han afirmado, sin fundamento, algunas vecinas del barrio): todos sabíamos que Conchita lo amaba desde entonces, o desde siempre, manteniéndose a distancia. Todos habíamos ensayado un par de bromas en torno a aquel amor imposible entre la gorda y melancólica Conchita, y Pepe, el atleta sonriente, el rompecorazones más popular de Santa Felisa. Todos nos enteramos, sin demasiado asombro, del encontronazo nocturno, jadeante, sin futuro, de pie los dos en el pasillo, Pepe un poco borracho, Conchita entregándose como sólo se entregan las muchachas gordas, castas y solitarias si -por azar- tropiezan en la oscuridad con el Príncipe Azul. No hay dudas de que aquello ocurrió, y fue cuando Pepe ya estaba en la universidad y Conchita repetía (bruta, la pobre, incapaz de digerir los logaritmos) el segundo año de un Pre que no terminaría nunca. Pero novios, no; qué va. Quien conoció a Pepe en su época de oro, puede asegurar que ni por mil pesos hubiera caminado una cuadra de la mano de Conchita. Hizo lo del pasillo oscuro porque se había tomado unas cuantas cervezas, y los socios -por joder, viendo los ojos de carnero degollado que ponía Conchita- le dimos cranque. O quién sabe por qué. Pero al día siguiente, o al minuto siguiente, se arrepintió y lamentó una mancha en su limpio historial construido a base de pepillas muy sexys o, en todo caso, divorciadas con apartamento y buen sueldo. Y la reacción de Pepe fue ofenderse: pero no nos cargó el muerto a

los que lo tranqueamos en la fiesta, ni al impulso que lo arrastró al pasillo (impulso que ahora, con el tiempo y todo lo ocurrido, habría que analizar más detenidamente). Le echó la culpa a Conchita, se ofendió con ella y le retiró el saludo.

Después, Pepe, ya graduado, se casó y -como tantos otros socios se fue del barrio. Los que nos quedamos, vimos con cuánta crueldad pasaba el almanaque por encima de Conchita. Engordó más, y en las piernas bolsudas se le ramificaron las várices. Se ponía vieja a una velocidad supersónica, con mucha mayor rapidez que las demás mujeres del barrio. Y es que también se dejó caer: no le importaban la gordura, ni las canas, ni la moda. Para colmo, la madre se enfermó de algo que la dejó inválida, y Conchita abandonó su puesto de cajera en una pizzería y se dedicó a bañar a la vieja, darle la comida, sacarla al balconcito por las tardes para que cogiera sol. Ella salía únicamente para ir a la bodega, y caminaba arrastrando los pies, gorda, muy gorda, con su jabita de saco en la mano. Ahora la gente afirma que Conchita estaba esperando, que ella siempre supo lo que iba a pasar. Lo cierto es que un hombre cincuentón, calvo y bien vestido, estuvo rondando la casa sin lograr ni una sonrisa a cambio. Y según las vecinas mejor informadas, hubo otro pretendiente: un mulato alto que ganaba una millonada como chofer de taxi. Los dos fueron alejados sin remedio por la mirada ausente, enorme, de Conchita. No sólo resultaba inexplicable que ella, tan gorda y avejentada, conservara magnetismo como para atraerse dos pretendientes: a los ojos del barrio era triplemente inexplicable que se diera el lujo de rechazarlos. Como si supiera lo que iba a pasar.

Mientras tanto, Pepe cosechaba éxitos laborales e iniciaba con entusiasmo un segundo matrimonio. Se le podía ver una o dos veces al mes, cuando visitaba a los viejos. Ya no practicaba basket, y le había salido una barriguita. Fue la época en que empezó a venir en un carro estatal, y nos regaló a los pocos socios que vivíamos todavía por allí, unos bolígrafos plásticos, muy bonitos, traídos de afuera. No le guardaba rencor a Conchita, y estaba claro que ella aparecía incluida en el amplio saludo que Pepe lanzaba hacia el barrio cuando descendía del automóvil. Por supuesto, en esos momentos todo el mundo miraba a Pepe y a nadie se le ocurría buscar los grandes ojos de Conchita en el balcón de enfrente: cuál sería la expresión de aquellos ojos, qué habría en ellos, es un dato que el barrio ya no podrá obtener.

La vida de Pepe era tan intensa y luminosa como árida y opaca la de Conchita. De la primera nos llegaban noticias frecuentes gracias al padre, lleno de legítimo orgullo: jubilado y locuaz, el viejo tenía un solo tema de conversación (Pepe, sus hazañas) y con él recorría el barrio después de la comida. Muchas veces mostraba fotos y tarjetas postales de los países

visitados por Pepe; o bien describía en detalle el reloj japonés -provisto de calendógrafo, despertador, brújula y horóscopo- que ejecutaba celosamente sus complejísimas funciones desde la muñeca de Pepe; o quizás aportaba, bajando la voz con una sonrisa de complicidad, el rumor de un posible cambio de estructura donde estaban implicadas una zona del aparato ministerial y varias empresas, con motivo del cual vendría forzosamente un ascenso importante para su hijo; y siempre, a manera de conclusión, nos guiñaba un ojito lujurioso, para decirnos que estuviéramos tranquilos: que el matrimonio no había domeñado al Tenorio infatigable, al rompecorazones de Santa Felisa, que Pepe mantenía un ritmo de aventurillas bastante activo, y que el exceso de trabajo y de responsabilidades no había menguado un ápice su legendaria vitalidad. De este modo el viejo nos mantenía al día, y el barrio podía hablar así de uno de sus hijos descollantes con referencias de primera mano.

Una tarde que nos cogió a todos por sorpresa, Pepe regresó. Acababa de divorciarse por segunda vez, y se veía cansado, mientras extraía del carro cajas y cajas de cartón, y una tonga de percheros con buena ropa. Su saludo a la gente se le quedó a medias, como si el codo derecho no le funcionara bien. Alguien advirtió que estaba sin afeitar, y eso, en Pepe, siempre tan cuidadoso de su aspecto, era un mal signo.

Los viejos lo recibieron con la mayor de las alegrías, y concentraron sus fuerzas y recursos en hacerle la vida lo más fácil posible. Destinaron al hijo el mejor cuarto de la casa, con cama matrimonial y todo, y ellos se acomodaron en el cuarto chiquito y la cama estrecha que habían pertenecido a Pepe en los lejanos días de su niñez y adolescencia. La madre hizo filigranas para garantizarle un menú variado y altamente nutritivo, y el padre -durante las siestas de Pepe, los domingos- se convertía en un cancerbero implacable que reprimía el alboroto y las carreras de los niños a través del portal.

Sin embargo, aunque había regresado al barrio, en cierto modo Pepe no había regresado. Para los viejos socios se hacía difícil acercarse a él: hacía mucho tiempo que los bolígrafos plásticos se habían roto o gastado, y Pepe se mantenía huraño. Jamás se daba una vuelta por la mesa de dominó, que seguía en actividad, desafiando los años, bajo el bombillito de la bodega; ni tenía un rato para recordar los ya borrosos quinces en el Patricio, las fiestas en La Copa, en casa de Lucy, las caminatas hasta el Anfiteatro.

Cuando la mamá de Conchita murió, Pepe sólo estuvo quince minutos en la funeraria. Tal vez lo esperaban reuniones urgentes, y el barrio y la propia Conchita supieron justificarlo. Era la época en que Pepe llevaba a todas partes la misma cara de preocupación, cargada de malos presagios.

Luego el carro desapareció de su sitio habitual, y la gente observó con explicable curiosidad cómo Pepe entraba y salía del barrio por sus propios pies. Caminaba con paso ligero, balanceando en la mano derecha su maletín diplomático. Miraba al frente con cierta rigidez y, para asombro de muchos, sus hermosas camisas comenzaban a desteñirse en las axilas y en el cuello.

Conchita, por su parte, había reconquistado su puesto en la pizzería. Ahora empleaba mucho tiempo sentada en el balconcito, donde zurcía cualquier cosa y dejaba vagar los ojos inmensos por el atardecer del barrio.

Los profetas a posteriori que nunca faltan, los que quieren pasarse de listos, se permiten hablar de "antecedentes" y "señales". Especulan acerca de un supuesto intercambio de miraditas que notaron tal o más cuál día, y algunos, influidos por revistas de divulgación seudo científica, han aludido a una corriente telepática que atravesaba la calle, uniendo con un hilo invisible el balcón de Conchita y la casa de Pepe. En realidad, nadie escapó del asombro, ancho, definitivo, que cayó sobre el barrio como una niebla densa.

Aquel domingo inolvidable en que Pepe cruzó la calle, paso a paso, y subió la escalera hasta el apartamento de Conchita, todos estábamos cogiendo fresco o jugando dominó o conversando en el grupo de la esquina. Todos pudimos verlo y adivinar que ocurría algo trascendente para Pepe, para Conchita y (¿por qué no?) para el propio barrio. El dominó se interrumpió unos segundos. La gente dejó de hablar de lo que estaba hablando, y quedó pendiente de la escena.

Pepe, contra su costumbre, anduvo despacioso. Miraba, ya sin rigidez, al balcón que se alzaba al otro lado de la calle. Y esta vez sí vimos a Conchita: sus grandes ojos rejuvenecidos, casi diríase que tiernos, recibiendo al que se aproximaba.

FIN

(Abel Prieto (Pinar del Río, 1950). Narrador y ensayista. En 1969 obtuvo el Premio 13 de Marzo. Ha publicado los libros de cuento “Los bitongos y los guapos”, 1980, “No me falles, Gallego”, 1983 y “Noche de sábado”, 1989 y la novela “El vuelo del gato”,1999. Desde 1991 hasta 1997 presidió la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Actualmente es Ministro de Cultura de Cuba.)

OPCIONES PARA ESTRENAR EL AGUACERO – ANNA LIDIA VEGA SEROVA

Mi madre y yo peleamos. "No seré más tu madre" -anunció con ira. "Entonces me ahorcaré" -respondí llorando. Me agarró y me dio con la chancleta por todas partes. Luego me encerró en el cuarto. "Hoy no habrá muñequitos" -dijo a través de la puerta cerrada. Planeé mil formas de venganza. Al final me dormí con ese sueño pesado que sucede a las lágrimas. Me despertó con un halón por el hombro: "Dale a bañarte." En el baño, prendida del tubo de la cortina, se mecía una soga con su correspondiente nudo. "¡Ahórcate!" -gritó- ahora tienes que ahorcarte!" Mi amigo Oscar me besa en el cuello mientras pasa las manos por debajo de mi pulóver. Ahora me dirá que tengo la piel suave -adivino. "¡Qué piel tan suave tienes!" -dice. Ahora llevará las manos a mis senos. Me los acaricia. Ahora dirá que le gustan. "¡Qué rico - dice- no te imaginas cómo me gustan tus tetas!" Mi amigo Oscar lame mi cuello y su lengua crece, crece, como una serpiente de agua. "No sé paró qué te parí -gritó- eres una desgraciada." Se aferró a mis pelos con el puño y embutió mi cabeza dentro del cubo. La saqué, tosiendo, pero me la volvió a empujar dentro del cubo. Intenté contar: uno, dos, tres, cuatro, cinco... Allá en el fondo no podía oír sus palabras. Sólo la voz como una sirena entrecortada. La lengua se enrosca en mi cuello asfixiándome, trato de liberarme, tosiendo, pero sigue tirando un anillo tras otro, un anillo tras otro. "¿Qué cosa es esta porquería?" -sostenía entre el índice y el pulgar, como quien sostiene por una pata a una cucaracha muerta, el dibujo que me había hecho mi novio del cuarto grado, no recuerdo su nombre. Era un dibujo muy lindo de un corazón pintado de rojo atravesado por una flecha, con un resplandor rosado alrededor y unas letras de todos los colores formando la palabra AMOR.

Al fin logro arrancarlo de mí. "¿Qué pasa?" -pregunta mi amigo Oscar muy asombrado. Dibujo un corazón en la arena y lo atravieso por una flecha. Escribo con grandes letras las palabra AMOR debajo. Ahora tomará mi mano suavemente. Toma suavemente mi mano y la acaricia. Ahora la besará. Se la lleva a los labios y la besa. Con el índice y el pulgar de la otra mano, como quien atrapa la otra pata de la cucaracha muerta, tomó la otra punta del dibujo de mi novio del cuarto grado, no recuerdo su nombre, y lo rajó en dos. Unió los retazos y los rajó en dos. Unió los retazos y los rajó en dos. Unió los retazos. Los rajó. Unió. Rajó. Me abraza, me dejo abrazar, me besa, me dejo besar. Su boca es húmeda, enorme, su boca es un cubo sin fondo. Sumerjo la cabeza en el cubo de su boca, aguanto la respiración y cuento: uno, dos, tres, cuatro... "¡Cochina!" -gritaba sacudiendo delante de mi cara la sábana con las manchas de mi primera regla. "¡Puerca!" -me abofeteaba con la sábana, otra vez, otra vez. Ahora intentará quitarme el pulóver. Me separo, para quitármelo, también me quito el short, me

acuesto sobre un corazón dibujado en la arena y una flecha me atraviesa la barriga. Mi amigo Oscar se acuesta encima de mi barriga sin notar que la punta de la flecha se clava en su piel. Ahora comenzará a lamerme por todas partes. Se paró al lado de mi cama con una expresión muy grave. "A partir de los quince años -pronunció solemne- la joven se convierte en adulta. Ya eres mayor de edad y debes..." -"Cumplo catorce, mamá, hoy sólo cumplo catorce." Me lame la sangre alrededor de la flecha, arrastrando la boca hacia abajo, siempre hacia abajo. Ahora me quitará el blúmer. Me lo quita torpemente, lo tira con el resto de la ropa. Ahora se desnudará. Mis juguetes saltaban del balcón para abajo y un tumulto de niños los atrapaban en el vuelo. ¿Todos mis juguetes decidieron suicidarse? Le arranqué a una negrita mi conejo Gaspar y subí las escaleras. Ahí estaba ella vaciando mi cesto. Abre mis muslos rajándome en dos como quien raja en dos un papel. Siento una rata caliente hurgando entre mis muslos. Ahora me la va a meter, ahora. Sacó de la cesta mi libro de Perrault y lo arrojó al aire. Mi libro de Perrault se hizo una paloma pinta. La rata está dentro, sale y entra, cada vez más rápido, cada vez más profundo. Ahora va a morderme y arañarme y gemir. Sacó de la cesta mi colección de caracoles y los lanzó al aire. Mis caracoles se convirtieron en libélulas fosforescentes. Me muerde, me araña, gime. La rata ya no es una rata, ahora es un baobab enorme, echa raíces dentro de mí, me perfora con sus raíces, me hará estallar. Ahora me hará estallar. Algo estalló en mi cabeza. Me arremetí contra ella, le aprisioné el cuello con todas mis fuerzas, la levanté en vilo y la lancé al aire. "Así, qué rico -gime- sigue, no pares." Mi madre se convirtió en una nube y llovió. Mi amigo Oscar se estremece y echa un río de lava dentro de mi vientre. "¡Ay! -dice-, qué rico, qué rico." Ahora irá a llover.

Mioara me contó algunas historias sobre su infancia en el comedor del Instituto delLibro. Raúl Aguiar entró en la conversación y también contó algunas historias. Yo las empaté, inventé impar de cosas y salió este cuento.

Mioara me cae muy bien, me sorprendió hace poco con sus poemas. Raúl también me cae bien y ha escrito cosas que me gustan, pero no tiene mucha suerte.

FIN

(Anna Lidia Vega Serova (San Petersburgo, 1968). Poeta, pintora y narradora. En 1996 obtuvo el Premio Especial de la Asociación Hermanos Saiz y en 1997 el premio David por el volumen de cuentos “Bad painting”. Su segundo volumen de relatos, “Catálogo de Mascotas” fue publicado en 1998.)

NARCISO EN UN ESPEJO – JOSÉ FÉLIX LEÓN

La historia comenzó en el Scheherazada.
Yo había regresado de Berlín. Hacia el amanecer estamos sentados en un muro frente al edificio América. No puedo recordar. No puedo nada. Nos despedimos, dice. Me acompaña hasta el apartamento. Saca la llave de mis bolsillos. Abre la puerta y me empuja levemente al interior. *Adiós, malandra.* No contesto. Lo abrazo y tengo una erección terrible. La puerta se cierra. La historia terminó.
La timidez del narrador ante un argumento cien por ciento real me parece una de las paradojas más bellas que existen en la literatura. Aclaro: yo no soy un escritor. Acabo de leer una página del diario de Katherine Mansfield y recuerdo ese día.
Yo había regresado de Berlín.
Entré en la oscuridad del Scheherazada y tuve la sensación de estar en una de aquellas discotecas de Berlín: impersonales, frías. Se escuchaba Bjórk. El estrépito de la música aumentaba y experimenté la sensación de ahogo común en esos sitios. El Scheherazada es pequeño. En los sesenta Elena Burke cantó aquí. En medio de la oscuridad, recostado a la pared de una esquina, intento parecer alegre y consigo parecer patético. Los muchachos son iguales a los de Berlín, más lindos. Las muchachas son menos y algunas tienen caras tristes.
En el baño hay dos tipos fumando. El de gorro de látex y grandes ojos azules me mira atentamente mientras orino. Siento su mirada clavada en mi nuca. Termino. Me vuelvo. Entonces debo detener la historia y volver a Katherine Mansfield.
Se estaba muriendo. Había escrito en su diario: *Una vez más me hago la eterna pregunta. ¿Qué es lo que dificulta tanto el momento de la expresión literaria? Si ahora me sentara y me pusiera a escribir sencillamente alguno de los cuentos que ya están incluso redactados y listos en mi mente, me pasaría días enteros escribiendo.* Yo nunca he pasado días enteros escribiendo, yo no soy un escritor.
En el Scheherazada hacía frío. Era octubre.
Es octubre y no puedo vencer mi timidez. Recuerdo las habitaciones enormes de la casa de mis padres. Recuerdo días como estos, días como hoy. Escucho en mi memoria a Marta Strada y vuelvo
la cabeza. El de gorro de látex me hace un gesto con la mano y sonríe.
Su sonrisa es limpia. Tiene veinte años, imagino. Tomo el cigarro y halo dos patadas. El humo se cuela en los alvéolos pulmonares. *Días como hoy*, cuántas veces la ocasión de almacenar estas historias. Salimos a la pista.

Bailamos los tres. Me dejo llevar. Estrellas. Luces de colores. *Chemical brothers.* Manadas de muchachos entran por la puerta de acceso en el otro extremo. El de gorro de látex no deja de mirarme. En la oscuridad puedo sentir sus ojos recorriéndome. Es alto. Se llama Ricardo y cuando dice su nombre agrega: un nombre común. Una de las muchachas que baila a mi lado se sitúa entre Ricardo y yo. Hago espacio. Lleva un arete en forma de lágrima bajo el labio inferior, el pelo largo. Luego sabré que se llama Osiris, como el dios egipcio. Que va todos los domingos a bailar sólo para ver a Ricardo. Que estudia en el preuniversitario del Vedado y que todos sus amigos saben que está loca. Ricardo la aparta y sigue bailando frente a mí. La muchacha camina unos metros hasta la cabina donde ponen la música y comienza a fumar. El efecto de la hierba hace que la música sea lenta, que todo sea lento. El mundo es una inmensa naranja, pienso y vuelvo al baile.

Ricardo estudia en la escuela de diseño y no tiene veinte años. Veinticinco, dice cuando le pregunto. Habla una especie de jerga que me parece cómica y abstracta. Era la primera vez en mi vida que visitaba una discoteca en mi país. El Scheherazada no es exactamente una discoteca ni yo soy un escritor, así que me decido a continuar la historia.

Katherine Mansfield había escrito: *cuando uno se siente pequeño y está enfermo y aislado en un cuarto lejano, todo lo que pasa más allá es maravilloso...* Yo había visitado el más allá. La semana en Berlín me decepcionó. Había esperado encontrar la ciudad de Wim Wenders. *El cielo sobre Berlín* estaba gris, nunca vi un cielo tan triste. Luego, en La Habana, las calles fueron mi refugio. En la desolación y sordidez de las calles de La Habana había vivido desde mi regreso, embriagado con aquella sensación de no estar en realidad en sitio alguno. La enorme verja de la casa de *Amada*, en Línea, había dejado de significar. Muchas cosas habían dejado de significar y por primera vez sentí que estaba enfermo. Sentí el peso de mi enfermedad. Por eso visité aquella tarde el Scheherazada. Por eso estoy ahora bailando con dos muchachos en el extremo más alejado de la pista. Por eso he leído en los últimos días las cartas y el diario de Katherine Mansfield y por eso sé que no soy un escritor.

Osiris regresó y bailó con más fuerza. Se contoneaba frente a Ricardo y a mí. Era una muchacha bellísima. Levantaba los brazos y cantaba aquella canción de Smash Mouth: *Walkin'on the sun*. Yo saldría a coger aire. Me sentaría en una silla frente a la puerta de entrada y entonces, realmente, vería por primera vez a Ricardo. Está loca, habría dicho. Viene todas las semanas sólo para verme. Y yo lo estaría viendo. Los ojos claros, de un gris casi azul. Los hombros blancos, más blancos aún que los míos, fuertes, tatuados con un elefante de Dalí. Camiseta rojo vino y blue jeans a la cadera. Extendería una mano y me ayudaría a levantarme. Eso se te quita

ahora mismo, habría dicho, y yo por arte de magia me sentiría mejor. La falta de actividad física de esas semanas me había engarrotado los músculos. Hacía mucho tiempo no visitaba el gimnasio. Volveríamos a entrar.

Quería comenzar una vida nueva. *Londres, Redclive Road, 47 ,5 de julio. - Esta tarde, cuando vuelva a casa, pues tengo que salir para comprar fruta, je commencerai encone una vie nouvelle. Volved la página y veréis que buena me he vuelto. Voy a ser una muchacha distinta*. En el Scheherazada yo había sido un muchacho distinto. El mundo particular y cerrado de mis seres humanos había desaparecido. Bailamos hasta las ocho de la noche. Luego el encanto se esfumó, los sirvientes volvieron a ser ratones y la carroza se convirtió en calabaza. Me despedí de Ricardo sin que él lo supiera, voy al baño, había dicho, y desaparecí. En casa, frente al refrigerador, abrí el sobre de AZT y pensé en lo extraña que se había vuelto la *vie nouvelle sin futuro. Soñé con Esenin. Escucha, corazón impuro / corazón de perro mío. / Para ti, para el ladrón, /oculto en mis manos un cuchillo frío*. En el sueño yo estaba sentado en una habitación en penumbras y frente a mí estaban Esenin y Lermontov. Esenin tenía los ojos de Ricardo. Lermontov decía en ruso versos de *Demon* y comencé a ver chaquetas azules y caras amarillas, campos devastados, mujeres y hombres jóvenes que devoraban raíces y montoncitos de tierra llevándoselos a la boca con sus manos negras de uñas levantadas. Al despertar pensé en Stalin y leí a Katherine Mansfield. Estaba feliz y recordé que el día anterior había comenzado una nueva vida.

El domingo siguiente llegué más temprano. Eran las cuatro de la tarde y nadie bailaba todavía. En la pantalla de video beam estaba Bjórk. Me senté en una mesa vacía y pedí una cerveza. Ricardo llegó media hora después. Venía con una amiga. La muchacha sonrió y decidí descubrir un rostro conocido. Ella también es diseñadora, habría dicho. Estaríamos hablando y yo tendría la cara roja como un tomate y pensaría en mi sueño y miraría a Ricardo y la gente hablaría sin parar y Bjórk *all is full of love*.

La muchacha fue amable y cordial. La amabilidad y la cordialidad son estados lamentables que a veces ofrecen resultados de cómoda eficacia. Alas cinco nos levantamos y fuimos los primeros en bailar. La euforia que experimentaba era inexplicable. Días después entendería que debía y no quería contenerme. Días después decidiría abandonar *la vie nouvelle* y lo conseguiría, aunque siempre tendría la sensación de haber esperado demasiado.

Osiris llegó con una pandilla de jovencitas arrogantes. Nuevamente bailó junto a Ricardo. Recordé, en algún momento, aquella "cándida historia" de un escritor cubano que hablaba del hombre nuevo. Pensé en el hombre del

futuro. Estaba allí y nos miraba con ojos que guardaban un secreto inviolable. En ese mismo instante detuve la historia, encendí un cigarro y volví a Katherine Mansfield.

Las cuatro de la madrugada. ¿Ya es de día ahora a las cuatro? Salto de la cama y corro a la ventana. (...)¡Cuántas veces he contemplado esta hora cuando era muchacha! (...)La puerta extraña se cierra tras la desconocida y entonces me deslizo entre las sábanas. Y espero a que las sombras salgan de los rincones y tejan su tela sobre el papel de las paredes.

La tela me envolvía y ocultaba la mirada del hombre del futuro. Osiris se acercó todo lo que pudo a Ricardo. Ricardo se apartó y Osiris tuvo uno de aquellos ataques que ya me habían contado. Se tiró de cabeza contra una pared y luego al suelo. Ricardo y su amiga me arrastraron afuera. Nos reímos y sobre sus labios quedó marcada la espuma de la cerveza. Esa tipa está loca de verdad, dijo la amiga. Se llamaría Inés y trabajaría diseñando estampados de camisetas. Sería alta y en su ropa siempre luciría alguna diminuta mancha de pintura. Bailamos sin parar hasta las ocho. Osiris no apareció más. Nunca volvería a verla.

Mi alegría y mi tristeza habrían desaparecido. Durante la próxima semana trataríamos de vernos a diario. Él me esperaría a la salida de la Facultad y yo llevaría los libros bajo el brazo, como un escolar. Caminaríamos mucho bajo la llovizna fría, sin hablar casi, midiendo nuestro espacio como boxeadores. El parque de H y 21, los bancos del parque de 17 y 6, la sombra de los álamos de la calle Paseo. Yo nunca diría nada y sentiría miedo: horror. Ricardo traería manzanas y sus labios se detendrían mucho tiempo en la corteza roja. Yo hablaría de literatura por decir algo y me aburriría mortalmente. Hablaría del espacio de tiempo que hay entre la Odisea y Esquilo: de los líricos arcaicos. Ricardo parecería realmente interesado y yo luciría falsamente entusiasmado por su interés. Hablaría de Mimnermo y citaría dos o tres versos de Nanno, el famoso *tís de bíos*. Arquíloco, Alemán, la buena de Safo. Y luego le contaría, como si se tratara de una novela, la indefensión que sentían aquellos hombres ante el poder de los dioses. Epatar. Hablar de otros asuntos y no pensar en uno mismo. El temor del hombre arcaico sería mi propio temor ante Ricardo, yo estaría solo e indefenso.

21 de enero. Este día me ha parecido un sueño. El cabello de W., su bastón, su americana, sus dientes, su corbata, de todo me acordaré.

Como se dice vulgarmente `estoy harta': El viaje, las flores y estas mujeres. El chal de seda negra de Jinnie, y su alfiler con una perla. Este aseo refinado me ataca los nervios.

Pasaba horas bajo el agua, en el baño. Había caído en las redes de mi propia tentación. No era ya un ser humano. La parte humana que hubo en

mí se inmovilizó ante la visión de unos ojos de un gris tan azul y un gorro de látex. Él quería de mí la parte que veía: y yo sabía que era imposible dar el primer paso. Que era absurdo dar ningún paso. La noche, que es mi vida, llegaba a su fin. Me presento ante un público nutrido que atisba desde las gradas la oscuridad del escenario. Y yo estaba allí. Deslizándome en la oscuridad. Inventando una historia que no podría *contar* por lo sano.

Me ofrecía en el altar y Ricardo levantaba en su mano el arma sangrante. ¿Cómo adivinarlo? Hubiera contado la historia de otras mil maneras. Pero necesitaba palpar y sentir la agonía de una profundidad que llevara mi propio sufrimiento. Yo me ofrecía sano, intacto, generosamente. Mi dilema era el dilema más antiguo: el del hombre que no sabe ver dentro de sí. El del hombre que sólo comienza a ver cuando queda ciego. Yo estaba ciego y había comenzado a ver.

Esto fue lo que vi.

Vuelvo a la casa y me siento frente al libro de Katherine Mansfield. Escucho el timbre de la puerta. El gorro de látex caería sobre el suelo de madera encerada y mostraría el pelo. El placer, el miedo al placer. Finjo estar ocupado con unos asuntos pendientes. No sé fingir. Vuelve la percepción de una carencia, la sobreabundancia de un vacío. Tengo la sensación de estar frente a uno de esos manjares prohibidos de que hablan las escrituras. Yo frente a mí mismo. La tentación es estar frente al placer y no sentir que es inútil. Ricardo parado en el umbral de la puerta del balcón hablaría de cualquier cosa. En algún momento me levantaría de mi asiento y descubriría un parecido físico increíble entre Ricardo y lo que podría ser yo. El tamaño de las manos, los labios, la curva de los hombros. Somos casi iguales, diría, todo el mundo lo. comenta.

El tacto devolvería la sensación de una superficie azogada, un espejo entre los dos. Me estaría comiendo a mí mismo en un dulcísimo acto de antropofagia. La materia de que están hechos los cuerpos sería idéntica. Narciso y un espejo. Me negaría a tocar la materia suave e inerte. Me negaría a todo. ¿Podría sostenerme en la sequía del cuerpo impermeable el simulacro del cuerpo de Narciso? Deshecho y en silencio lo contemplo: la ambición indescifrable los racimos dorados y la corteza áspera de la naranja que al tacto de su' cuerpo se consumirán.

Lo que pasó con Ricardo es que logró conmoverme, conmovió mis estructuras mentales adaptadas a la idea de la vida que para mí siempre ha simbolizado la muerte. Con una sola mano lo desnudaría. Pasearía desnudo por la habitación. Yo lo miraría sin moverme. Conversaríamos. Fumaríamos un cigarro y yo olvidaría la prohibición terminante de fumar, viviría instantes al borde de todas las prohibiciones. Ricardo gesticularía con un pincel que trazaría dibujos en el aire y yo recordaría nuevamente, esta vez

sin hablar de ellos, a mis poetas arcaicos: *se alegraba llevando una rama de mirto y del rosal la bella flor; y su cabellera sombrea los hombros y la espalda.*

El peligro para Ricardo radicaba en el lenguaje propio de nuestros encuentros: las relaciones humanas son frágiles hasta que establecen su propio código. Ricardo conoce este código y por eso teme. Para revivirme y revivirlo me despido. Se marcha después de repetir quinientas veces: a mí no me importa, hay miles de personas en el mundo que llevan una vida normal estando enfermos. Tenía su lenguaje propio, pero el código es común. Es una condición, habría agregado y yo cerraría la puerta y pensaría en mi mala suerte que no me hizo poeta ni escritor. Recostado al marco de roble luciría realmente patético y tendría un ataque de risa: la risa del dolor. A mis pies se formaría un charquito de orine azogado.

Decidí ocultarme. No lo recibí más en mi casa. No volví a verlo hasta ese día. La vie nouvelle había terminado. La vida real sería apenas un reflejo en la superficie plateada de la orina. Habría perdido el miedo y la necesidad de analizarme. Una de las últimas tardes que salimos, conocí en el Centro de Prensa Internacional a un fotógrafo pelirrojo que nos tiró unas fotos desnudos. Miro las fotos y no me reconozco. Entonces había llamado sufrimiento al estado de alegría más sano que jamás sentí. Mi rostro en la foto no es como el de ahora, una plegaria. Mi rostro dice que no hay cuento, que un rostro como el mío no tiene nada que contar. Mi rostro es impasible, neutro en el amor. Había sido obligado a una profundidad que me ahogaba y en la que era imposible salvar todo sentimiento. Estaba Dios y yo era un hombre frente a él.

Miro las fotos y descubro que son bellas, la belleza velada de lo efímero. Las coloco junto a la reproducción del retrato de Katherine Mansfield. La veo con un vestido de pana gris, el pelo corto y la línea delicada de la nariz y la boca. Lo veo tendido de espaldas, con un brazo colgado fuera de la cama. La acción sucedería en la realidad y me habría descubierto comiendo de Ricardo un pedazo de mí mismo: los labios, el semen que huele a yerba pisoteada, el azogue del orine y el dolor.

Era domingo y era el Scheherazada. Al llegar recordé unos versos de una poeta muy famosa en los ochenta: *los sábados por la noche/ los jóvenes van al Scheherazada / hacen el amor en los pullman* resbalan /por la cuerda floja y sin voluntad de/ un cualquier amor que los impulsa a ser /exóticos aburridos pero jóvenes al fin. Los versos en verdad me parecieron pobres, habían pasado más de diez años y era lo mismo. Le entregué un dólar arrugado al portero y entré.

Ray oflight. Madonna. Nadie bailaba pero el sitio estaba lleno. Ricardo apareció diez minutos después. Un beso en la mejilla. El gorro de látex

llegando hasta las cejas. La nada titilaba en el gris de los ojos que también podrían ser azules. La historia oscilaba a cada vuelta como un disco negro, torcido por la humedad sobre el plato del tocadiscos. En el baño bloqueó la puerta con la espalda y nos besamos. Enciende un cigarro que ha preparado cuidadosamente. La vida real deformada por las gruesas lágrimas que no se desprenden de los ojos. Una semana después Ricardo dejaría de existir y yo trataría de inventarlo escribiendo una historia que me haría comprender que no soy un escritor. La simetría de los espejos me sugeriría la composición anular y el final sería lo mismo que el principio. Bailaríamos hasta la madrugada. Beberíamos ron. Nos besaríamos bajo las luces de colores. El hombre del futuro se esfumaría y descubriría que su lugar siempre estuvo en otra parte.
Yo había regresado de Berlín.
La historia comenzó en el Scheherazada.
Hacia el amanecer estamos sentados en un muro frente al edificio América. No puedo recordar. No puedo nada. Nos despedimos, dice. Me acompaña hasta el apartamento. Saca la llave de mis bolsillos. Abre la puerta y me empuja levemente al interior. Adiós, malandra. No contesto. Lo abrazo y tengo una erección terrible.
La puerta se cierra.

FIN

(José Félix León (Pinar del Río, 1973) ha obtenido la Beca de Creación Literaria Onelio Jorge Cardoso de la revista La Gaceta de Cuba y el Premio Dados por un proyecto de novela. Ha publicado, además, los poemarios “Demencia del hijo” (1996) y “Donde espera la trampa que un día pisó el ciervo” (1997).

COSAS DE MUÑECAS – MYLENE FERNÁNDEZ

-Yo no resisto a esa gente que quiere ser más americana que Clinton. Yo sí soy muy cubana. A mí me gustan los frijoles negros y templar bien.
Barbie se inclina con movimientos felinos que nunca abandona, sobre su taza de café con leche. Barbie vestida de Donna Karan New York y con ese Chanel 19 que compra a contrabando y que yo sé que es falso aunque no se lo digo y cruza las piernas muy blancas y bien torneadas. La abundancia de grandes espejos y fotos suyas, estiradas hasta la dimensión de un póster, indican que se gusta mucho. Su físico es un capital y ella sabe que tiene que administrarlo porque es todo con lo que cuenta para cumplir su sueño de un apartamento en Brickell y un buen crédito en Saks.

Barbie espera que la aconseje. Ahora no usa la talla 2 de cintura ni puede hacer acrobacias sexuales. Está en la fase de derrota de un plan que inicialmente parecía muy bien calculado. Había pescado un millonario joven, nervioso y con muchas ganas de hacer locuras. -Era un bebé. Las primeras veces hicimos el amor y yo me porté modosita. Hasta que un día le dije: Hoy vamos a templar. Estos yuppies de aquí son unos tontos en la cama. Ahí fue cuando ese hijito de papá supo lo que era pasarla bien. Estaba loco conmigo y yo con él, su propiedad horizontal en Key Biscayne, su infancia en París y su LEXUS del año.

-No quiero pasarme la vida en ese bar, durmiendo de día y con unas ojeras que me llegan al piso, tomando pedidos y cargando bandejas. Tengo várices y la piel se me está ajando. Aguanto fanfarronerías de contadores muertos de hambre y bravuconerías de tipos sin más educación que la marca del carro. Al tercer trago te tocan las nalgas y un rato después te están invitando a cuanta cochinada genera la mente de un borracho. Todo esto para vivir en Coral Gables y tener un TOYOTA del año. i0 crees que los millonarios se pasean en transportations por Hialeah?

No, Barbie. Tampoco compran en K-mart ni Wallmart, sino en Burdines, de donde nos hemos robado tanta ropa de INC y Tommy Hilfiger.

El primer día por poco me muero, pero habías trazado una estrategia que no podía fallar. Ir muy bien vestidas, calzadas y perfumadas, con unos bolsos grandísimos para echar las cosas, llevarlas al auto y luego comprar algo. Regresar a los tres días con cualquier pieza a que te hagan un refunda la tarjeta de crédito y hacerte a la vez de un guardarropa y una jugosa tarjeta. Todo fue bien hasta el día que fuimos a devolver la chaqueta negra de hilo. Sin el comprobante, por supuesto, y como siempre porque es un regalo que me hicieron y no me gusta, no me sirve o no combina. La jefa del piso se puso intolerante porque siempre estamos pidiendo refund y nunca tenemos comprobante. Me voy a ver obligada a llamar al security. Yo estaba muerta de miedo y tú, tan tranquila. Sólo hay que esperar un tiempo a que se olvide de nuestras caras o que la asciendan, se vaya al norte o se muera.

Se para desnuda ante el espejo. Algo se le nota y eso la pone de muy mal humor. El diseño de su ropa no admite una onza de sobrepeso. -Cuando salga de esto, todos los comemierdas de Biscayne van a saber quién soy yo.

Le costó mucho decidirse, Víctor siempre horrorizado de pensar que ella saliera embarazada y todos los problemas que eso le traería con su familia. No fue fácil lograr que se equivocara con lo de los días. Cuando se enteró casi va a parar al psiquiatra. Le preparó citas en las mejores clínicas de aborto y ante su negativa de privarse de un hijo de él, con sus rizos y su

risa, empezó a agredirla. Y sus amigos a hacerle el juego. Y nuestro pequeño mundo se dividió en dos. De un lado los niños ricos, aristócratas y tontos y del otro nosotros: inteligentes, pobres y recién llegados. Y Barbie, manzana de la discordia, alma-mater con hilo dental elevada de la categoría de putilla interesada a la de doncella seducida y abandonada. Y vaya si nos compramos la bronca. Nos pinchábamos las gomas de los carros y nos poníamos beepers de madrugada. Una historia como la de las pandillas de West Side Story.

Nadie sabe en qué hubiera parado aquello si no hubiera aparecido Bernie, rubio, rosado y ojiazul como una foto Kodak. Y tan americano como si fuera descendiente directo de los peregrinos del Mayflower. Con una casa en South Miami tan blanca que parecía que iba a hacer la primera comunión. Piscina, jacuzzi y cancha de basket. Dios se lo trajo a la pobrecita Barbie que tanto había llorado por el hijo de puta de Víctor. Y uno no se lo puede dejar todo al Gran Hacedor. Es muy bueno Bernie; piensa que Barbie está sufriendo mucho, pero no va a cargar con el hijo de otro así que fuera lo que queda de esta historia fallida. ¿Quién ha visto a un guerrero ir a la batalla sin su mejor arma? ¿Cómo atrapar a Bernie hecha una gorda torpe, de movimientos lentos y abdomen inexorablemente creciente? Y así el rubicundo Bernie con sus gestos corteses y afeminados decidió la partida.

Llegamos a la clínica carísima, y traté de organizar mi tiempo para no ponerme ansiosa. El embarazo estaba avanzado y, de todas formas, eso siempre es un riesgo. Llevábamos tres días anunciando que tenías pérdidas y estabas muy mal, que parecía que ibas a perder el bebé. Pero ahora yo tenía miedo de que algo saliera mal. Eres una cabrona, Barbie, pero yo te quiero mucho.

Recordé todas las travesuras que hicimos juntas. Las veces que cogíamos botella para ir a Santa María y nos negábamos a montarnos en cualquier cosa que no fuera un LADA azul ministro. O cuando nos quitábamos las trusas en el agua y las tirábamos en la arena y luego decidíamos quién tenía que ir desnuda a buscarlas. O la noche del L'Aiglon, en la que aquel loco nos invitó a cenar chuletas con el dinero que le había sacado a unos holandeses a los que les había leído la mano y después no quiso leer las nuestras por más que le rogamos. Los Festivales de Varadero, a los que llegábamos con una mochila y terminábamos en la pista bailando con Oscar D'León o conversando con los músicos de Patxi Andión.

Cuántas veces destendí tu cama para que tu padre pensara que habías dormido allí. Cuántas veces cambiamos los preservativos de lugar para que él no los encontrara; hasta que los halló Camila que sólo tenía tres años entonces y a la que nosotras le escogimos el nombre por la película

argentina que exhibían en el Festival de Cine, aunque nosotras no las veíamos porque nos pasábamos todo el tiempo en la piscina del Nacional.
Y luego aquí, cuando nos encontramos de nuevo nos creímos invencibles. ¿Lo somos, Barbie? ¿Te acuerdas de las veces que hemos ido a Biscayne a morirnos de envidia y a trazarnos metas? Y lo que hemos llorado porque, a fin de cuentas, estábamos solas y rodeadas de cosas buenas que a veces nos parecían inalcanzables.
Recuerdo nuestros preparativos el día de aquella boda en Brickell Key. Estabas convencida de que entraríamos plebeyas y saldríamos princesas, como Grace Kelly.
-A los hombres hay que trabajarles los instintos básicos -y me abres tu closet como quien abre la puerta del Jardín de las Delicias. Me miras y calculas algo. Me mides, pesas, analizas mis tonos, me haces un test instantáneo de personalidad y comienzas a poner piezas de ropa encima de la cama.
Cuando me miro al espejo comprendo una verdad útil. No soy bella como para darme el lujo de ser sutil y Barbie lo sabe. Ha trabajado como una obrera sobre mí y aquí está el resultado. Me observa complacida con su obra y comienza su arreglo. Conoce su cuerpo, lo usa, lo doblega. Domina su pelo y su cara de puta lánguida. Saca el máximo partido de cada centímetro de piel. Verla oficiar esta ceremonia es una fiesta pagana. Ya no se usa la sombra en los ojos, los colores de labios son carmelitas y el pelo en tonos caobas. Perfume en la nuca por si te abrazan por detrás. Las ojeras se cultivan al estilo de los vampiros de Coppola. La ropa interior, exquisita siempre. Uno no sabe cómo va a terminar la noche.
Cuando llegamos al edificio, lleno de porteros con levita, botones dorados y gorras de plato, me hiciste un guiño cómplice. El lobby de mármol y mil sirvientes lazarillos para conducirte, indicarte, adularte. Un último piso voyeur con sus cristales a la bahía y las alfombras hechas para algo mejor que pisarlas. Bandejas llenas de orfebrería culinaria y toda la cristalería del mundo conteniendo esas bebidas que se miran y no se tocan. Y muchos viejos, hombres maduros y muchachos ricos que miran a Barbie, reina indiscutible de la noche, con una lascivia muy prometedora.
Allí conoció a Víctor y empezó todo este rollo. Allí se emborrachó de alegría cuando él le prometió llamarla a su regreso de París, a donde él volaba esa misma madrugada para asistir a la boda de su hermana hombruna e insípida. Cuando traté de arrastrarla al baño para echarle un poco de agua en la cara se resistió como una gata. -¿Y mi maquillaje, qué?
Barbie. Bárbara. Diosa guerrera. Virgen sin niño. Cuando decidiste cambiarte ese nombre tan de allá, por el de las muñecas que imitan la vida falsa me morí de la risa. Pero hiciste muy bien. Nadie sabe mejor que tú lo

que lastra un nombre de mulata culona a una sílfide de Vogue como tú. Naciste para cambiarte de ropa y exhibirte, para pisar lenta o caprichosamente con tus piernas largas y que otros lidien con la pobreza que es tan aburrida y poco seductora.
El tiempo pasa. Casi me he quedado sola en el salón de espera. Me consuelo esperando en eso de no news good news, pero enseguida me alarmo. ¿Por qué nadie me da noticias? ¿Qué te están haciendo ahí adentro? Me viene a la cabeza un collage tridimensional de todas las noticias de Primer Impacto, Ocurrió Así y los noticieros portavoces sádicos de los horrores que suceden en las clínicas de abortos. Tú no tienes que ver con la sangre ni los despojos, la fealdad ni el dolor.
Trato de leer y no puedo. Trato de rezar y no me acuerdo. Invoco a los grandes pecadores de la Historia y les pido clemencia para Barbie. Un último chance para esta Magdalena de biscuit. Y todo lo bueno que hemos compartido, y todo lo malo que hemos exorcizado juntas me parece un epitafio en tu lápida. ¿Quién te va a llorar? ¿Quién te va a guiar por el infierno a donde seguro vas a ir luego de un juicio sumarísimo y celestial, si a los habitantes de allí les da por hablarte en inglés?
Saliste con ese paso grave con que llevan las heroínas elegantes los dolores de lujo. Corrí hacia ti. Eras de porcelana.
En el buzón te esperaba un ramo de rosas amarillas y una tarjeta de Bernie anunciándote visita por la noche. Y empezaste a dar órdenes.
Había que preparar el set donde tú, con tu camisón de seda abotonado con calculado descuido, yacerías como otra Dama de las Camelias en las sábanas caras de tu cama imperial. Menos mal que compramos cortinas nuevas. -Pon la lámpara aquí. Tráeme aquel vaso. -El reguero desaparece como tragado por las gavetas, los zapatos bajo la cama. El cuarto es perfecto con su media luz de vitrales y Barbie es una convaleciente tan linda y tan frágil.
-Debiste haberte lavado la cabeza -digo al ver su pelo pegado al cráneo-. Ahora vas a tener que esperar unos días.
-No la tengo sucia. Me eché gel para ir a hacerme el aborto. ¿Tú crees que además de la mala cara que seguro iba a tener, también iba a salir despeinada? Ni muerta.

FIN

(Mylene Fernández Pintado (La Habana, 1963). Narradora. Ha obtenido mención en dos ocasiones en el concurso de la revista La Gaceta de Cuba. En 1998 ganó el Premio David de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba

con el libro de cuentos “Anhedonia”. Ha sido incluida en varias antologías de cuentos cubanas y extranjeras.)

LOS HERALDOS NEGROS – ALBERTO GUERRA NARANJO

Un buen escritor de ficciones, como es de esperarse, apela a cualquier tipo de variante para mostrar su verdad. Pero en el caso del reconocido escritor M.G., debo confesarlo, la regla ha superado la excepción. Reñir con el hermano de su esposa en plena calle, a mi juicio, no es razón suficiente para que M.G. incluya ese percance en la historia que le conté hace un tiempo.

Eufórico, la pasada semana, en su oficina, me leyó unas páginas demasiado distantes. Para él todo comienza en la escena del garaje, sitio donde sutilmente catarsiza sus problemas personales. En presencia del mecánico dos personajes amenazan con cabilla y piedras a un extranjero. Segundos antes el mecánico, sumergía la mitad del cuerpo en el interior de un auto; el extranjero, con evidente nerviosismo, sólo observaba. Entonces llegan esos dos personajes sin esconder su agitación. Tal como ocurrieron, y en mi propia reconstrucción de los hechos, contrario a la versión de M.G., esta es una de las últimas escenas. Sólo coincidimos en que el extranjero es alto, corpulento, rubio; y el auto, bien cuidado, con un brillo inmenso. He aquí un motivo para calificar esas páginas de demasiado distantes. Página que en aquella oficina no creí oportuno contrariar ni aplaudir. A ningún escritor (menos si oficia en otros menesteres, mi amigo es gerente en una empresa de esta ciudad) causa beneficio el destrozo o el aplauso de un texto aún no terminado. Preferí desviar mis reflexiones hacia la inmundicia apreciada en las páginas de otros escritores, nuestros contemporáneos.

Transcurrida una semana de aquella lectura, razones que vinculo a la sinceridad me obligan a sentar frente a la Remington. Inexplicables razones. A riesgo de afectar mi amistad con M.G. ellas predominan en mis actos. Necesito contar, y de paso enmendar, la verdadera historia. Al emprenderlo, no lo niego, asumo otros riesgos: emular con un verbo superior al mío, y con alguien que ha obtenido numerosos reconocimientos en el mundo de las publicaciones. Me consuela, en cambio, que nunca el sacrificio al mostrar la verdad, para quien ejerce la escritura, constituye un acto tardío. De ocurrir algún percance en la intención el primer culpable soy yo mismo; cometí un craso error entre escritores. Jamás a otro, si no están concluidos, deben referir los planes literarios, menos si ese otro, además de escritor, es amigo. Para mayor información de mis posibles lectores, en el supuesto caso en que llegara a publicarse esta versión, debo añadir que la historia contada a M.G. a su vez me fue referida por otro escritor. Tal como

he obrado con el nombre del gerente, por razones éticas, sólo apelaré a sus iniciales. Su nombre es J.L., verdadero protagonista de los hechos, pero incapaz, según sus propias palabras, de atemperar en su escritura excesivos sucesos cotidianos. Dando palmadas en mi hombro, en su casa, me alentó a que escribiese esa historia; luego, entusiasmado, no reparó en invitarme a unas cervezas en un bar cercano y de moneda libremente convertible. Esa tarde, entre un mar de latas que empañaron la formica y el mantel, acepté. Sin embargo, mi nuevo trabajo hasta hoy, dirijo un Departamento en un Centro Nacional de Cultura, forcejea con esas intenciones.

J.L., de haber escuchado esa lectura (por cierto, mis dos amigos aún no se conocen), advertiría al instante que M.G. fue víctima de contratiempos personales. A pesar de enmascararlos prevalecieron en su texto los golpes propinados al cuñado, los gritos de su esposa, la mirada de unos cuantos vecinos. A partir de esos golpes, me confesó M.G., poco importaron para ellos mis esfuerzos desde la posición de gerente. M.G., arrastrado por impulsos poco racionales (hizo sangrar en público la nariz del cuñado, después de un desafío de este último), transgredió los límites de una familia y de un barrio que, sin ser suyos, hasta ese instante lo habían recibido con los brazos abiertos. Esa es la tesis en que fundamenta su historia. Excelente, pero desviada de los verdaderos hechos referidos por J.L. Advierto: bajo ningún concepto pretendo ser absoluto. Acaso desconozco que toda historia adquiere el punto de vista y la intención de quien la escribe. Asumiré a J.L. protagonista de los hechos, aspecto desatendido por M.G., pero consciente de no ser J.L. No fui quien caminó preocupado ese domingo por una de las calles de su barrio. No fui quien pensó en César Vallejo mientras caminaba, No vivo en su barrio. Apelaré a recursos donde resulte verosímil contar la historia en la que no fui protagonista, para no ser víctima, como lo es M.G. por parte mía, de la implacable censura del propio J.L.

Ese domingo J.L. no consiguió el préstamo que un amigo le había prometido. Sin trabajo, sin negocios, sin ideas para al menos escribir un buen texto, era un hombre lleno de hastío. J.L. recordaba estos versos: Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé, cuando vio a dos tipos y a un colchón camero en la acera de enfrente. Tíranos un cabo, socio, le dijeron. J.L. maldijo haber tomado esa calle. Cuando me va a pasar algo, dijo, alzando su lata de cerveza, minutos antes tengo el presentimiento. Tíranos un cabo, socio, volvieron a pedirle señalando hacia el colchón.

J. L. tomó una de las puntas resignado a echar suerte con ellos durante un buen rato. Era un colchón camero, de esos que se doblan en el medio cuando se les intenta levantar por las esquinas. Faltaba un cuarto hombre y

ese domingo no había un alma en la calle. J.L. después de unas cuadras pudo haberse evadido pretextando algún asunto de urgencia, llegó a pensarlo, estuvo a punto de esbozar las palabras que pudieran alejarlo de aquel par de tipos, pero, de manera inexplicable, se dejó llevar, posponiendo ese momento. Recorrían unos metros, las manos resbalaban y el colchón caía al suelo. Para todos el calor resultaba insoportable. No puedes imaginarte lo que es cargar algo que no es tuyo durante tantas cuadras, gritó J.L., presa ya del efecto de unas cuantas cervezas, el peso se multiplica maldiciendo al par de tipos. J.L. soltó el colchón y el gordo lo miró de reojo. Todos deseaban detenerse, pero sin sentirse culpables. Era como si mentalmente llevasen la cuenta de quién fallaba más al sostenerlo. J.L. resultaba perdedor hasta el momento.

Los tipos eran un par de marginales -dijo J.L.-, el más alto tenía un casquillo de oro en un diente. Le decían Maladoy.

Veo el cartel en la puerta -dijo Maladoy, entreteniendo, amenizando, levantando la moral del par de socios- y le pregunto a una jeva por el colchón.

Pasa a verlo -dijo ella, soltando la escoba, acomodándose el pelo, permitiéndole entrar- también vendemos la cómoda, la máquina de escribir, todo eso.

Era un cuarto lleno de libros -dijo el gordo, sudando, boqueando, como un gordo- papeles y libros, nada más.

No sabes qué marca era la máquina -pregunté a J.L.

A mí nada más me interesa el colchón -dijo Maladoy- me caso el martes.

No -dijo J.L.-, estoy puesto para las computadoras.

Con esa cómoda completas el juego de cuarto -dijo ella.

Lo estaban vendiendo todo -dijo el gordo soltando su esquina, el colchón cayó al suelo, los ojos se posaron en el gordo-, esa gente seguro se va del país.

No, qué va, nosotros no nos vamos -dijo la mujer arreglándose el pelo.

Y por qué tanta venta barata -pregunté a J. L.

Se había muerto el viejo de la casa -dijo Maladoy.

Era mi abuelo, un escritor famoso -dijo ella-, hoy por la mañana fue el entierro.

Querían salir rápido de la memoria del viejo -le grité a J.L. camino del baño.

El nombre ella lo dijo, pero ya no me acuerdo -dijo Maladoy.

Tremenda ganga, Maladoy -dijo el gordo-, tremenda ganga con ese colchón.

Sudaron excesivamente. J.L. vio en el rostro del gordo esa lástima que provocan los gordos cuando sus fuerzas se agotan arrastrando un colchón. Volvió a pensar en César Vallejo, en esa triste fotografía de César Vallejo

que aparece en todos los libros escolares, lo curioso es que a mí nunca me da por pensar en ese hombre, me dijo J. L. Sintieron desde los televisores las voces norteamericanas de la película del domingo. Maladoy, agotado en sus propios recuentos, prometió para cuando llegaran sacrificar unas cuantas cervezas de la boda. J.L., mientras escuchó la promesa, detuvo su mirada en el diente de oro. Maldijo otra vez haber tomado esa calle. Enrolado en una jerga de códigos difíciles se sintió un bicho raro. Para M.G. apenas cuenta la angustia en el traslado del colchón, menos el estado depresivo de J.L., su carencia de dinero, la manera en que los versos de otro portador de la tristeza se le enclavaban en su mente. Incluso, llega a obviar que esta historia se desarrolla en una tarde de domingo, donde no había un alma en la calle. El colchón permaneció en la acera mientras Maladoy apeló al viejo recurso de brindar cigarros, necesitaba levantar los ánimos de J.L. y el gordo. Fumaron, sudaron, conversaron refugiados a la sombra de un muro. Faltaban, según el gordo, más cuadras que las recorridas. Me sentí un pobre diablo, me dijo J.L., no más que un pobre diablo. El gordo, sin dejar de calcular esa distancia, aplastó el cabo de cigarro colocando encima su zapato y toda su pereza. J.L. no dejó de observarlo, se le antojaba como personaje de un posible cuento. Pensó: Y el hombre... Pobre... pobre. Vuelve los ojos, como cuando por sobre el hombro nos llama una palmada; vuelve los ojos locos, y todo lo vivido se empoza, como un charco de culpa, en la mirada. Fue en ese instante cuando vieron aparecer un carro por una de las esquinas de la calle. Era una esperanza, salir de allí, dejar ese colchón, perder de vista de una vez al par de tipos, llegar al cuarto, ponerme a escribir, me habían entrado ganas de escribir, dijo J.L. El Lada frenó ante el reclamo de las seis manos que, desesperadas, le hicieron señas. Tíranos un cabo, socio, dijo Maladoy mostrando el diente, después reconoció en el otro a un viejo conocido del barrio. Coño, Palomino, tíranos un cabo en esto. El del Lada, detrás de unas gafas muy oscuras, titubeó un instante ante aquella escena. Suplicaron, explicaron, convencieron, incluso, con la promesa de unos laguer bien fríos para el final del camino. Palomino aceptó, dijo J.L., pero por sobre las gafas se le notaba el titubeo. Acomodaron el colchón en el techo del carro. Fue entonces cuando J.L. trató de zafarse de aquellos dos tipos, bueno, señores, ha sido un placer haberlos conocido, dijo. Pero Maladoy mostró el diente. Y los laguer, socio, y los laguer, sube, vamos, sube. J.L. no supo qué hacer, en la casa me esperaba la rutina de siempre, me dijo, y ya había perdido la cuenta del día en que tomé la última cerveza. Indeciso, se vio sentado en el asiento trasero de aquel carro. Partieron. Entonces comenzó el zigzagueo, dijo, muerto de risa J.L., con la alegría nadie se dio cuenta de que Palomino estaba borracho. Era evidente que estaba borracho. M.G. al

recrear esta escena sustituyó al chofer del Lada por el de una camioneta. Cuando escuché la lectura me pareció ingenioso ese cambio, luego comprendí que de ese modo se adulteraba la historia en su raíz esencial. He aquí algunas razones:

Primero: En agonía semejante ante el traslado de un colchón camero la aparición de una camioneta no resulta casual; sino calculada, tramada, pensada por quienes lo trasladan o por quien, indolentemente, escribe esas páginas.

Segundo: Las probabilidades, siendo domingo, de que aparezca un Lada por una de las esquinas de la calle, y no una camioneta, son más reales y favorecen la historia.

Tercero: La camioneta es puro invento de M.G., y para legitimarla se vio obligado a no especificar que era domingo.

Cuarto: El propio J.L. me dijo que apareció un Lada.

Desde las ventanillas las manos estuvieron aferradas al colchón. Evitaron su caída a causa de tanto zigzagueo. Palomino, interrumpiendo el cuento de Maladoy acerca de su compra barata, protestó por tanto peso en el techo de su Lada. Así no podemos seguir, dijo, de ninguna manera. Maladoy, mostrando una sonrisa con todo el brillo de su diente, reafirmó la promesa de los laguer y propuso veinte pesos por encima. M.G. en su texto manejó la situación describiendo al chofer como típico traficante de muebles en su camioneta, alguien capaz de soltar un gargajo por encima de las cabezas de sus acompañantes. En cambio, según J.L., el chofer que conoció jamás soltó escupitajos durante el trayecto. Sólo protestaba, me dijo, recordando que hacía un rato se encontraba muy bien en casa de unos socios. Ellos no pronunciaron palabras, lo dejaron refunfuñar largamente en un lenguaje demasiado tropeloso. Valía la pena ese riesgo, de lo contrario, aún estuviesen con el colchón sobre la acera. Palomino, con las gafas en la frente, se dejó guiar por las indicaciones de Maladoy. La ruta era sencilla, línea recta y luego doblar a la derecha. Poco problema, dijo J.L. antes de llegarse hasta el baño, en un domingo donde no había un alma en la calle.

Dale derecha en la próxima, dijo el dueño del colchón. Palomino sonrió con cierta ironía. Cuántas veces me lo vas a decir, asere, preguntó, bostezó, aceleró. El colchón, por mucho que lo impedimos, dijo J.L., cayó al suelo. Bajaron. Vieron sumergida buena parte en un charco de agua. Maladoy, desconcertado, corrió a levantarlo, J.L. y el gordo lo fueron a ayudar. A ver si no comes más mierda, gritó Maladoy. Pues con guapería esto no sigue, que te parece, ripostó Palomino. El corazón de tu madre, dijo el dueño del colchón. La tuya, dijo el borracho. Fue una pelea donde la balanza se inclinó desfavorablemente, los golpes de Palomino quedaron en el aire y por cada uno recibió tres en pleno rostro. M.G. establece en esta pelea, otras

ocurrirán varias escenas después, una inevitable comparación con la de su cuñado. Se describe en el papel de Maladoy (sin llamarse Maladoy, por supuesto), muy seguro de la situación y conectando al rostro de un cuñado que lanza golpes al aire con las manos abiertas. La nariz preocuparía al cuñado como mismo preocupó a Palomino que recostado al Lada pareció como si formase parte de él. J.L. al impedir la pelea soltó el colchón, corrió hacia ellos, dejen eso, caballero, dejen eso, dijo, y el gordo quedó solo y sin fuerzas para sostener aquel rectángulo mojado. Lo vio caer dulcemente hacia el charco. El borracho después de encontrar sus gafas limpió su nariz rota. Maladoy, manoteando en un rincón, escuchó el consejo que brindó J.L. Después no tuve otro remedio que convencer al borracho, dijo, desconocía hasta ese momento mi capacidad para la diplomacia. Logró convencerlo. En todo el relato, a mi juicio, convencer a un hombre que sangra por la nariz para que continúe trasladando el colchón de quien lo ha agredido, es el acto menos verosímil. He obviado las palabras exactas que pronunció J.L., tampoco deseo referirme a las descritas por M.G., pero tal como indican los hechos Palomino fue convencido. Otra vez en el techo del Lada colocaron el colchón. Otra vez transitaron por unas calles desiertas. J.L. al verlo manejar en ese estado sintió lástima, su nariz continuaba sangrando, a pesar de las gafas, y de la altanería con que se comportaba aquel chofer. A su lado quien guiaba era el gordo, Maladoy continuó refunfuñando en el asiento de atrás. Las gotas de agua pestilente rodaron hacia el techo del Lada, y desde el techo recorrieron los brazos de quienes lo sostenían. J.L. prefirió contemplar el paisaje, ser testigo otra vez de esa cotidiana geografía que establecen los barrios. Vio jardines cercados y en perfecta poda, vio portales ausentes de alma porque era domingo, vio la Empresa donde realizó su último trabajo como C.V.P. Recordó lecturas, eternas madrugadas simulando vigilias cuando era leer lo que resultaba importante, leer y escribir textos donde se entregase el alma. Pensó en su alma. Otra vez le ganó la tristeza, otra vez se sintió ridículo en compañía de aquellos tres tipos, otra vez Vallejo tomó fuerza en su mente, el puño del poeta sosteniendo toda la tristeza del rostro en la fotografía. Te pasaste de cuadra, dijo el gordo, en ésa era donde tenías que doblar. Palomino maldijo haberse pasado de cuadras, dobló acelerado en la próxima esquina, las gotas corrieron como hilos por los brazos de J.L. El Lada tomó por una calle repleta de baches multiplicando el zigzagueo. Era imposible sostener el colchón, resbalaba, golpeaba, chorreaba. Palomino apagó otra vez el carro. Bájense, así no pienso seguir, dijo. Qué pinga te pasa, asere, gritó Maladoy, y se bajó del auto. El gordo y J.L. también se bajaron. Pues tienes que seguir, dijo alguien que J.L. no pudo precisarme, porque ahora estamos más lejos que antes. Palomino negó con la cabeza. Nosotros dijimos dónde

tenías que doblar, dijo el gordo, aquí te metiste tú mismo. Palomino, no compliques esto, sugirió J.L., el gordo tiene razón. Fíjense, dijo el borracho, los dejo en la avenida, pero con ustedes y con ese colchón yo no sigo. Volvieron a sentarse en el Lada, volvieron a sostener el colchón, volvieron a transitar aceleradamente. Tomaron por calles no preferenciales, violaron todas las señales del tránsito, por suerte para todos, dijo J.L., era domingo. Cuando doble, dijo Palomino, recuerden que los dejo en la avenida. Resignado, Maladoy prefirió mantenerse en silencio, J.L. aferró su mano al colchón ante el aumento de la velocidad. El borracho dobló en una esquina, las gomas chirriaron en el pavimento, el gordo apenas tuvo tiempo de prevenir al borracho, su pie llegó al freno demasiado tarde.

La aparición del extranjero, advierto, no es en la primera escena, como establece M.G., sino a partir de este instante. Acompañado de su mulata, en uno de aquellos portales, sólo atinó a cubrirse los ojos cuando vio al Lada estrellarse contra su precioso Cadillac. Recuérdese, además, que sólo es en la descripción del extranjero y de su auto donde M.G. y quien esto escribe coincidimos. Para ambos el extranjero es alto, corpulento, rubio; y el auto, antiguo, bien cuidado, con un brillo inmenso. El rubio sin abrir la puertecilla del jardín ganó la calle, la mulata lo siguió, nerviosa, hasta el lugar del choque. Detrás quedaron el par de asientos en el portal. El colchón, por el impacto, estaba en el suelo. Palomino, desconcertado, abrió la puerta del Lada, no quiso bajarse, prefirió sacar un pie y apoyarlo en la calle. Su mano también se cubrió el rostro. El extranjero contempló desfigurada la parte delantera de su Cadillac, no lo podía creer, entonces la emprendió a puñetazos contra el Lada. Gritó: Fuck you, fuck you. Palomino levantó la cabeza del timón, dijo: Oye, socio, sólo fue un accidente. Pero el rubio, indignado, no le dio tiempo a que terminara la frase; trasladó sus puñetazos y patadas hacia la puerta; la puerta trató de cerrarse, pero el pie del borracho lo impedía. Un par de lágrimas semejantes a los goterones derramados por el colchón durante el viaje, gritos y finalmente un llanto apagado evidenciaron el dolor de Palomino. El extranjero, no obstante, insistía en romperle la pierna. Personificado en el hombre que golpea, M.G. desliza otra vez argumentos para consolidar su tesis. Según la caracterización realizada (M.G. resulta excelente en caracterizaciones) el extranjero es apreciado por los vecinos del barrio, dona medicamentos, obsequia gorras, pullóveres y siempre una frase alegre para la madre de Milagros, supongamos que la mulata se llame Milagros, aunque la descrita por M.G. no sea mulata, sino negra con trenzas artificiales. La muchacha, muy nerviosa, gritó, Déjalo, Jimmy, y su grito resultó semejante al de la esposa de M.G. cuando éste peleaba absurdamente con su cuñado. En delantal la madre de Milagros pronto estuvo asomada y con ella numerosos

vecinos. La película de Tanda del Domingo fue reemplazada por otra película. Mujeres, adolescentes en short, hombres descamisados presenciaron la escena. Sin embargo, al no situar con exactitud el lugar de los hechos M.G. incurre en faltas graves:

Primero: En ambas versiones el auto de Jimmy se encuentra aparcado junto al contén, pero en la mía, tal como ocurrió en realidad, el extranjero y su mulata lo observan desde los sillones de un portal.

En el caso de M.G. la mulata no estuvo presente por encontrarse en las Tiendas, será su madre quien, consternada, le contará después.

Segundo: M.G. sitúa la vivienda de la mulata (recuérdese, para él una negra con trenzas artificiales) en un solar de La Habana Vieja. Es conocido que la vida en permanente desconfianza de un solar impide, tanto a extranjeros como a nacionales, aparcar un lujoso auto junto a la acera.

Tercero: La vida en un solar se realiza en espacios interiores, y no indica posibilidad de disfrute como la de los portales.

Cuarto: J,L. afirma que estaban sentados en un portal.

A partir de esos golpes, tanto para Jimmy como para el propio M.G. la vida quedó dividida en un antes y un después de una pierna y de una nariz rota. Por muy merecidas las golpizas, y por distinguidas que fuesen sus personalidades, uno desde su furgoneta con símbolos empresariales y otro desde un antiguo Cadillac, al regresar a esos barrios, los vecinos los mirarían cuestionándose siempre aquel acto de irracionalidad. He aquí la tesis de mi amigo M.G., excelente, repito, si por ella no hubiese malogrado la verdadera historia. Jimmy, por su parte, golpeó ferozmente la puerta, es decir, la pierna del borracho, desconociendo la tesis que gracias a sus golpes hilvanaría alguna vez un escritor llamado M.G. Los vecinos observaron la crudeza de los golpes. J.L. no quiso intervenir, comprendió que existen hombres marcados y Palomino, evitándolo o no, era uno de ellos; sintió lástima, o tal vez un poco de miedo, aquel era un escándalo de una magnitud a la que no estaba acostumbrado. Lamenté mil veces no haberme marchado cuando tuve la ocasión, me dijo. Sin embargo, estuvo allí, contemplando cómo despedazaron la pierna del pobre Palomino, sin hacer nada. César Vallejo también fue un hombre marcado por los golpes, pero otros, de índole mayor, golpes como del odio de Dios, como si ante ellos, la resaca de todo lo sufrido se empozara en el alma. Golpes que abren zanjas oscuras en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte, se dijo. Era un linchamiento personal que mantuvo a los presentes en un estado de incomprensible parálisis hasta que una voz, sobrepasando los alaridos de Milagros, no pudo contenerse y gritó Abusador. Grito suficiente para que hombres descamisados, mujeres en delantales, niños y jóvenes en shortpanes gritaran Abusador, como si se tratase de un coro gigantesco en

un acto de reafirmación nacional. Milagros, desesperada, se interpuso entre Jimmy y la puerta diciendo, Lo vas a matar, y éste todavía con rabia miró alrededor y no sólo vio a Milagros y a su madre en delantal. Sintió, vio, descubrió a todo un barrio con los brazos en alto gritando Abusador, Abusador, y de inmediato fue presa del pánico. J.L. y Maladoy fueron capaces de captar al instante ese pánico, se lo notamos en un gesto, me dijo, o quizás en sus ojos. Milagros también logró captarlo, sin desprenderse de su musculoso brazo rogó, Jimmy, vete, por tu madre, vete, y el rubio, como si fuese un niño sorprendido en una grave falta, arrancó el Cadillac muy nervioso y partió bajo el coro compacto que todavía gritaba.

J.L. sintió una lástima inmensa por el dolor del borracho. A su vez, aún no puede explicárselo, asoció esa lástima con la situación de hastío en que se encontraba. Palomino con su dolor físico y yo con mi otro dolor, me dijo J.L., éramos una misma cosa. Entonces decidió hacer algo, Quédate cuidando el colchón, le dijo al gordo, y luego con una seña conminó a Maladoy para que lo siguiera. Corrieron. Preguntaron. Buscaron, apelando al sentido común, el destino de un Cadillac brilloso. Era un modo auténtico de alcanzar sinceridad con los obstáculos que en los últimos tiempos le imponía la vida, y mientras corría apareció en su mente un joven poeta memorizando versos en una cárcel andina, unos colegas de calabozo celebrando aquellos versos, los senos irregulares de su esposa, la de J.L., no la del poeta, una ventana, nieve en alguna calle parisina, gritos, cabos de cigarros consumiéndose en sus dedos, hojas estrujadas alrededor de una cama, unos bolsillos muy vacíos y unas manos que no cesaron de registrarlos, un cementerio, mucha soledad y un ataúd bajando acelerado al interior de un hueco. Fue el dueño del colchón a quien se le ocurrió la idea, Vamos a llegarnos al garaje de Aroche, dijo. Fue una buena idea, sonrió J.L. proponiéndome otra cerveza. Llegaron. Vieron un cartel que anunciaban que Aroche arreglaba todo tipo de carros, y la puerta entreabierta. Entraron muy despacio. Allí estaba Jimmy, allí estaba el Cadillac, allí estaba Aroche escuchando la explicación del extranjero. J.L. tomó un par de piedras y miró a Maladoy que de inmediato no supo qué hacer, Coge esa cabilla, le dijo. De espaldas Jimmy permaneció concentrado en su Cadillac, se veía mucho más fuerte que los rubios de esas películas, me dijo J.L. Fue Aroche quien descubrió la visita. Qué se ofrece, caballeros, dijo. Nada contigo, Aroche, el asunto es con ese. Maladoy quedó atrás, su labio inferior desprendido a pesar de la cabilla, era evidente que estaba nervioso. What is the problem. Jimmy quedó sorprendido por esa visita, era lo que menos se esperaba. Que te vamos a romper a ti y a ese carro, so maricón, ese es el problema. What. Caballero, caballero, dejen eso aquí dentro. Aroche dio dos pasos

atrás. J.L. amagó con tirar una piedra al parabrisas del Cadillac, el extranjero intentó acercarse a J.L., pero Maladoy levantó la cabilla. Jimmy clavó su mirada en aquel par de piedras, luego la dirigió al pedazo de hierro que permaneció en el aire. No, al carro no, okay. Qué quieren. J.L., desafiante, avanzó hasta casi pegarse a su nariz. Le rompiste la pierna a mi hermano y te voy a matar. Aroche notando la seriedad del asunto fue un poco más atrás y prefirió callarse. Jimmy extendiendo las manos se sintió ganado por la derrota, era evidente. Wait a moment, wait a moment, bas-ta-ya-de-vio-len-cias, okay. Aroche desde atrás se animó un poco. Sí, caballero, dejen eso aquí, hablando la gente se entiende. Jimmy llevó una de sus manos al bolsillo del pantalón. Cuánto quieren, les doy dos-cien-tos y que-da-mos-en -paz-okay. La voz por poco no me sale en ese momento, me dijo J.L., sólo me dio por amagarle con las piedras. En-ton- ces, cuán-to. Cuatrocientos o te rompo el carro. Okay, okay, cuatrocientos. El extranjero puso el dinero encima del Cadillac. Las gotas de sudor corrieron por el rostro petrificado de Maladoy, quien permaneció todo ese tiempo con la cabilla en alto, como si no pudiese creer lo que estaba viendo. J.L. con demasiada paciencia y las piedras sobre el Cadillac se dispuso a contar, distribuyó en cuatro grupos de a cien todo aquel dinero, después lo juntó y lo metió en un bolsillo. Me sentí como un hombre ausente de sí mismo, me dijo, alguien que está en un límite y lo quiere transgredir y transgredir. Procura que mi hermano no se complique. Jimmy se secó el sudor con el brazo y bajó la vista. Aroche movió a ambos lados su cabeza, la cabilla aún estuvo aferrada a las manos de Maladoy. J.L. le hizo señas para que la botara, la cabilla hizo el ruido de todos los hierros cuando chocan contra la pared. Ojalá no tenga que volver a verte. J.L. escupió, y partieron. En el camino Maladoy no se cansó de elogiarme, me dijo, se le veía más nervioso que al propio extranjero. M.G., es oportuno aclararlo, no fue capaz de pormenorizar con lujo esta escena, ensimismado en sus propios contratiempos olvidó la verdadera esencia de esta historia. Ayer, desde mi oficina, le llamé para comunicarle que había escrito mi versión de los hechos, le sentí contrariado a través del teléfono, casi me exigió leerle al instante, tuve que justificarme argumentando una reunión urgente. Confío en que M.G. sea razonable y me disculpe por esta obsesión de ser honesto. J.L. detuvo su marcha antes de llegar a la avenida, no quise volver a encontrarme con ese borracho y mucho menos con ese colchón, me dijo. Extrajo el fajo de billetes, Maladoy los miró y todo el diente, que estuvo guardado mientras se encontró en el garaje, allí mostró su brillo. J.L. volvió a pensar en César Vallejo, lo imaginó avanzar por una de las calles de parís con mucha hambre y un fajo de billetes bajo el brazo. Los golpes, son los golpes. Después contó cien dólares y los extendió, Toma, para que disfrutes

tu boda. Maladoy, desconcertado, pareció feliz con lo que no esperaba, sólo dijo, No hay problemas, socio, no hay problemas. J.L. avanzó unos pasos. Y dale algo al gordo, dijo, guardándose el resto. Maladoy, todavía con aquellos cien dólares en la mano, lo vio partir, silbando, rumbo a casa.

FIN

(Alberto Guerra Naranjo (La Habana, 1961). Narrador y guionista de cine. Ha obtenido el primer premio de cuentos de la revista La Gaceta de Cuba en dos ocasiones: 1997 Y 1999. También ha recibido el Premio Ernest Hemingway en 1998. En 1999 fue becado por el DAAD en Berlín. Ha publicado dos libros de cuentos: “Disparos en el aula” (1992) y “Aporías de la Feria” (1994).

DEDOS EN FORMA DE CÁLIZ DE FLOR – ERNESTO PÉREZ CHANG

Porque el Suizo le dijo a Jacob que no tuviera más sueños con Brigitte y porque Jacob le aseguró al Suizo que lo había intentado pero no puedo controlarlos, que no sé por qué, si Brigitte tenía el cuerpo de una araña peluda, se le aparecía en sueños ñeff ñeff para enseñarme El Detestable y me chorrea la cara ñeff ñeffy me engulle la nariz. Brigitte es un monstruo, Suizo, y yo estoy en el sillón y ella se lanza sobre mí, apoyada en los brazos o en el aire y le pregunta Jacob, ¿tú eres un estúpido?, y él todo cuanto deseaba era que ella no derramara sus viscosidades encima de ¡Uf!, por Dios, Brigitte, pero la muy puerca le acariciaba insistente con sus dedos en forma de cáliz de flor y me salpica agua de sentina ñeff ñeff ¡una cosa así no se hace, Suizo!
pues, porque cada cosa tiene su nombre exacto, Jacob puaf, y sólo es cuestión de conocerlo... puaf, tú me entiendes Jacob, y porque Jacob pensó tengo miedo dijo sí, Suizo. Y se dio un buche para entonar la carne ñeff ñeff que sólo fue un sueño, Suizo, y sólo eso. ¿Tu nunca has visto un muerto, Jacob? puaf y se tocó las entrepiernas. No, Suizo, no. Y él dijo je je puaf, mientras le guiaba la mano a Jacob. Entonces toca aquí.
porque K. K. Pató fingía estar dormido, no pudo más y acomodó la cabeza en las piernas del Suizo mientras le aconsejaba a Jacob hunde los dientes en El Detestable y hazle cualquier destrozo porque era eso lo que ella deseaba en lo más profundo de su alma y por eso, Jacob, Brigitte se te aparece en sueños Perra pidiéndote una mordida. ¿Tú no ves que cuando habla contigo siempre se rasca una teta? y porque Jacob ñeff ñeff le respondió que eso me da ganas de vomitar y el Suizo se quedó callado

acariciando la cabeza de K.K. Pató no hubo réplicas a Jacob porque mejor era quedarse dormido.
porque Jacob siguió despierto y al poco rato, tú no crees, Suizo, que KK. Pató es un asqueroso y porque el Suizo le dijo a Jacob que más asqueroso es soñar con Brigitte y tú lo que quieres es ... puaf. Porque al Suizo no le interesaba hablar de Brigitte pues yo sólo quiero que acaben los sueños con El Detestable en sí porque te ves muy ridículo, Jacob, y eso no te pega. Ven, recuéstate aquí.
y Jacob se acomodó en la otra pierna del Suizo y la cabeza le quedó junto a la de K.K. Pató que es un asqueroso porque quiere morder a Brigitte ñeff ñeff que es una puerca ñeff ñeff.
Mira, Jacob. Y le quitó unas ramitas secas que las tenías enredadas en el pelo, Jacob. Pero aprovechó, Jacob, y te acarició la oreja la muy puaf ¿cómo te dejas? ¿Cómo te va? y porque Brigitte no quería que Jacob se fuera se le prendió a un brazo como si no entendiera que me tengo que ir, Brigitte. Además ñeff ñeff vamos en direcciones contrarias. Pero no importa, yo sólo caminaba por caminar y por eso puedo cambiar el rumbo, Jacob. Y vi cuando le sonreíste, Jacob, y creo que por eso debes aplastarla, dijo K.K. Pató y subió la cabeza hasta el abdomen del Suizo porque no quería estar cerca de Jacob. Si no puedes de verdad, prueba en el sueño. Levántate del sillón y regodéate en el crach crach que realmente deseas puaf. No reprimas el impulso y deja que el martillo te muestre su omnipotencia. No seas tan ingenuo en suponer que ella no lo espera. Y K.K. Pató se revolvió de risa porque el Suizo le hizo cosquillas en la nuca y ¡Ay, cabrón, no sigas que me cago!, y porque KK Pató rodaba jajá y repartía manotazos, Jacob se levantó para dejar que el alud siguiera hasta las entrepiernas del Suizo puaf ¡Ay, cabrón, que te llevas mi alma si me escupes! Ven, Jacob, tómate un buche y acuéstate aquí. Y allí se acostó, al lado del Suizo, porque KK. Pató se había apoderado de las piernas de puaf puaf y dejaba poco lugar al "asqueroso de Jacob», ¿Verdad, Suizo, que Jacob es un asqueroso? Pero el Suizo Ven aquí y le acarició el pelo a Jacob y apretó la cabeza de KK Pató entre las piernas jajá, Suizo, qué me ahogas y se viró hacia Jacob y le besó la frente. No sueñes más, puaf. Y de esa forma, dicen, regañó a K.K Pató.

Caricias

Porque Jacob acomodó la cabeza en el pecho del Suizo, K.K. Pató se levantó de un salto para buscar la botella ¡Mierda! y porque estaba vacía la rompí porque me dio la gana y ahora puaf, tendrás que recoger los cristales o te los hago tragar. Porque KK Pató suplicó al Suizo que no me pegues, tú verás, Suizo, yo te repongo la botella y puaf se lo quitó de encima porque

ya KK. Pató se le había amarrado al cuello y le sacaba la lengua a Jacob y el Suizo vio la burla por el espejo y lanzó a KK Pató sobre los cristales y Sangre, Suizo, eso es sangre cabrón. Pero puaf puaf, el Suizo Te voy a cerrar la boca de un puñetazo para que no jodas más a Jacob, ¿tú no ves que tiene pesadillas con Brigitte? puaf y encendió un cigarro.

sangraba y silencio

Toma, límpiate. Porque K.K. Pató echaba sangre por la boca y por el muslo y el Suizo no quería que manchara el colchón puaf. Límpiate y dale a buscar otra botella. Ve tú y sugirió también que fuera Jacob, pero el Suizo lo amenazó con el puño puaf y K.K. Pató recogió la ropa porque no voy a irme desnudo, tú lo que quieres es quedarte con el asqueroso. Y porque el Suizo le agarró los pelos puaf y le obligó a arrodillarse y le quemó la espalda con el cigarro, K.K. Pató berreó ¡Cabrón, me las vas a pagar! y le besó los pies al Suizo mientras miraba a Jacob de reojo.

Mira, Jacob. Le dijo Brigitte y le apretó la mano porque no quiero que te vayas. Y señaló la casa donde vivía y le pidió que entres, guanajo, no ves que quiero que entres. Porque no había nadie, Brigitte se le sentó en las piernas y le dijo Desnúdame, Jacob y porque Jacob, ¿tú eres un estúpido? y se echó a llorar ñeff ñeff, ella misma tuvo que desnudarse y le dijo toma, toma, Jacob porque le acercó El Detestable a la boca para que veas que todo es así de simple.
porque él estaba tieso como un muerto ella no siguió, Jacob. Y le dijiste puerca puaf y te quedaste para ver si continuaba acariciándote con sus cochinos dedos en forma de cáliz de flor y así no quedaba por ti. Y el Suizo pensó que K.K. Pató se iba a demorar un buen rato buscando otra botella y se acostó encima de Jacob. Y Jacob Yo te quiero Suizo y le acarició las espaldas y puaf puaf apretó las piernas ¡Ay, Suizo! porque Jacob se había volteado porque K.K. Pató se demoraba y el Suizo le había dicho no sueñes más con Brigitte, una cosa así no se hace. Puaf puaf ñeff.
y el Suizo no dejó que Jacob se moviera porque le aguantó las manos y yo dejé que lo hiciera porque Suizo, yo no sé lo que es un muerto pero debe ser algo terrible. Y el muerto es una cosa así puaf que se evapora, Jacob, que se evapora.

Esto es lo que pude encontrar y porque la sangre había manchado el pantalón El Policía estuvo haciéndole algunas preguntas a K.K. Pató. Pero todo está bien, todo está okei y como es sábado o domingo Puedes Irte Pero Antes Dame Tu Carné. Y porque eso fue todo, oíste Suizo, no hubo

problemas. Puaf puaf, el Suizo dijo esto sabe a mierda y como no había terminado con Jacob apartó la botella y se olvidó de K.K Pató que miraba a Jacob, inmóvil, bajo el Suizo.
porque para quitártela de arriba tienes que tirarla al piso y aplastarla, Jacob. La sorprendes cucaracha y le haces plaftt con la chancleta. O te le orinas arriba pues para eso te sobras de asqueroso.
Pero el Suizo dijo déjalo tranquilo y le lanzó un zapato a K.K. Pató que recogía los vidrios para agradar al Suizo. Él nunca más puaf volverá a verla, ¿no es así, Jacob? Pero Jacob ñeff ñeff contestó no sé y el Suizo le pasó la lengua por la cara, le mordió los labios y Jacob, sin llorar, dijo sí.

Jacob, Jacob, le gritó Brigitte y él siguió porque en el otro banco estaba el Suizo esperándolo. Jacob, Jacob y tuve que mirar porque ella me tocó por la espalda y me dijo Jacob, ¿tú eres un estúpido? y como era de noche me agarró la mano y le dijo a Jacob tócame. Y porque insistía yo le dije basta y ella ja ja ja tú eres un estúpido. Y como sabía que tú estabas mirando, Suizo, me dio un beso en la boca ñeff ñeff.
¿te gusta, Jacob? Y porque el Suizo prendió un cigarro y comenzó a reír sarcástico puaf, Jacob No, Suizo, es una araña y sólo son sueños. Pero K.K. Pató le acercó el cenicero al Suizo que dijo déjame ver la herida y K.K. Pató No es nada y le contestaron puaf vete a la mierda.
y porque K.K. Pató vio que el Suizo volvía a abrazar a Jacob reprochó no soy yo quien sueña con Brigitte y puaf otra vez el labio sangró Bestia.
ven aquí puaf dijo el Suizo y KK. Pató dejó de llorar y preguntó qué. Acuéstate junto a Jacob, ordenó el Suizo y se apartó para que K.K. Pató pudiera pasar. Así. Y el Suizo dijo no puaf que lo abraces que quiero verlos juntos como a dos siameses. Y porque K.K. Pató no quiso y Jacob estaba tieso como cuando estaba con Brigitte, el Suizo los amenazó con el cigarro porque así puaf verán cómo no hay más celos.
porque K.K. Pató sangraba por el muslo y por la boca, el cuerpo de Jacob parecía que sangraba también. Y porque no me gusta Suizo ñeff ñeff, dijo Jacob, el Suizo se dio un buche y puaf tu verás que ya nunca más sueñas con Brigitte. Muévete más y K.K. Pató Sí, sí, como tú digas Suizo y porque había terminado el cigarro quiso apagarlo en la espalda de K.K. Pató que dio un golpe crash en la nuca a Jacob y Tú Tienes La Culpa, Suizo, Tú Tienes La Culpa puaf, eres una mierda, Sale de ahí.
porque no vuelve en sí, Suizo, y está manchado de sangre, K.K. Pató salió de la cama y Mira a ver, Suizo, Tú Tienes La Culpa. Y porque el Suizo no se movía, K.K Pató se encerró en el baño, Suizo, porque me cago, haz algo y mira esa sangre, yo creo que está muerto. Puaf, está soñando con Brigitte puaf. Y el Suizo se subió sobre Jacob y le escupió un buche en la cara puaf

porque tu verás cómo esto lo reanima. Y como Jacob movió la cabeza y abrió los ojos, el Suizo lo tiró al piso porque te voy a mear la vida para que no sueñes más con esa puaf. Y se le sentó en el pecho.
Eres un cerdo, Suizo, le dijo Brigitte cuando lo encontró en el parque. No oigas a esa perra, dijo K.K. Pató. Pero el Suizo hizo puaf y je je je y me enseñó las entrepiernas y me dijo es la preferida de Jacob puaf je je je y yo no tuve valor para darle una patada, Jacob. Tócame, Jacob, tócame.
y Jacob quiso quitarse al Suizo de encima y el Suizo, inclinándose sobre la cara de Jacob dijo esto si es un buen bautizo y orinó santificado seas sobre el cuerpo de Jacob. Y porque el Suizo no se levantaba y Jacob parecía muerto, K.K. Pató, que salía del baño, le suplicó basta basta y como no me detuve puaf porque se moría de celos puaf dejó que el martillo le mostrara su omnipotencia, Jacob. Eres un cerdo, Suizo. Praft.

Porque K.K. Pató se retorcía en una esquina del cuarto y lloraba, yo te dije, Brigitte, corre hacia el resplandor. Sí, Jacob, tú eres un estúpido. Pobre Suizo, Brigitte, pobre Suizo ñeff ñeff. No puedes tocarme, Jacob. Así como estás no puedes tocarme. Él dijo Brigitte, corre hacia el resplandor, pero KK Pató se retorcía y el Suizo sangraba. Es así de simple.

FIN

(Ernesto Pérez Chang (La Habana, 1971). Narrador y crítico. Obtuvo en 1998 la Beca de Creación Onelio Jorge Cardoso otorgada por la revista la Gaceta de Cuba y en 1999 el Premio David de cuento con su libro “Últimas fotos de mamá desnuda”.)

LOS ARETES QUE LE FALTAN A LA LUNA – ÁNGEL SANTIESTEBAN

Siente en su espalda todo el peso de la noche, saca el cosmético y se retoca para ocultar las ojeras. El taxista la mira por el retrovisor y no puede reprimir una sonrisa cínica, sabe que huele a sexo. Cuando extiende el dinero él aprovecha para tocarle la mano, la detiene por unos instantes, pero decide soltarla al verle su mirada molesta. Como siempre, al bajar del auto estira el cuerpo y trata de ocultar cualquier malestar; responde a los vecinos que la saludan desde los balcones, los portales, y ella devolviéndolos, uno a uno, pacientemente, sacando de la jaba grande pequeñas jabitas con desodorante, jabones, pasta dental, y las entrega, y ellos estirando los brazos, desesperados, su obligación, dice, su cruz, y logra por fin acercarse a la casa. La madre está en la puerta, halándola por el brazo. Vamos, amor, que no eres Dios, le quita lo que ha quedado de la

jaba, y la sienta en el sofá, el esposo le alcanza un cojín para que ponga los pies, y le va quitando los zapatos, las medias, les da masajes, se los besa, la abuela trae una bandeja con café y jugo de naranja, bien frío para mi niñita, que no deberías darle nada a esa gente, no lo agradecen; además, los santos se pueden poner celosos, porque la suerte que te brindan no debieras regalarla sin su consentimiento, siempre te lo digo, y hace un gesto para besarla pero la rechaza, estoy extenuada, dice la nieta, pero me tengo que ir rápido. Una cita, ¡ah, qué pena!, lamenta la abuela, pensaba prepararte una comida deliciosa, pero bueno, primero el trabajo, después los placeres, dice sin pensar y se apena por las miradas de reproche de su hija y del esposo de la nieta, aunque Xinet continúa con los ojos cerrados, como si no hubiese escuchado, o no le importara. La madre interrumpe y lee la libreta de notas: llamó Alicia, que sólo te queda esta semana para hacerle la carta al rector anunciando el fin de la licencia académica, y la próxima reincorporación a los estudios. Pasa un rato callada, no sé si pueda, mamá, cuando uno entra en esto es difícil salir, he engañado a tanta gente, todo se convierte en una madeja imposible de desenmarañar, los compromisos, abandonar el nivel de vida, porque lo saben, ¿verdad?, se acaban los buenos gustos y volvemos a lo mismo, la abuela se persigna y mira a su virgencita de la Caridad, la madre estruja la libreta de notas y el esposo baja la cabeza, todo se resume en un denso silencio interrumpido por la madre que continúa con la lectura de la libreta; ahora es Berta, la vecina, que por favor, le llegó del campo una hermana del esposo, quiere que le des un minimotécnico, lugares, horarios, tarifas, a ver si la muchachita se encamina y sale adelante, porque allá en su provincia la cosa está peor que aquí, dice la madre y hace una pausa, que no sabe los meses que no dan jabón ni pasta de dientes, la gente lava con hierbas y esas cosas de indígenas, eso para ni contarte de los alimentos, ¿a dónde vamos a ir a parar, virgencita?, se lamenta la abuela, y Xinet abre los ojos, quita los pies del almohadón, dice que es malo quejarse por gusto, y la abuela apenada se pone la mano en la boca. Xinet necesita descansar, que a la pariente de Berta le diga que mañana venga a verla, porque de verdad que hoy está extenuada, y mueven la cabeza diciendo que sí, y se levanta a encerrarse en el cuarto mientras la madre cierra las ventanas para aislarla del ruido. El esposo la sigue, entra también al cuarto, se sienta en la cama a mirarle el pelo sobre la espalda, sabe que no le gusta que la toquen hasta que se bañe, hasta que no se quite cada huella o residuo de olor que le recuerde de dónde viene, y reprime las ganas de besarla o acariciarla, porque se molesta, ni a ella misma le gusta tocarse. Él permanece inmóvil, atento a cualquier petición, para de alguna manera sentirse útil. Mira al lugar en que debería estar la foto de la boda, ahora escondida, evoca

imágenes de la luna de miel, la convivencia, después las cosas que comenzaron a faltar, la comida, el jabón, el aceite, las ollas vacías, el día en que sus compañeras de aula la trajeron con fatiga, la humillación, la certeza de vivir un tiempo de crisis donde hay que apartar el amor para arañar la tierra. No sabía qué hacer y se desesperó hasta que lo detuvieron por revender piezas de bicicletas, conocer la estación, sus celdas, los gritos y empujones de los policías, la multa elevadísima, la opción cero para la casa, el caos. Asustados por las noticias de enfermedades por mala alimentación. Entonces la aparición de aquella amiga, nos ayudaría a resolver el problema, recuerdas que dijo, Xinet solo tendría que salir por las noches con ella, al principio eran dos o tres horas, luego fueron aumentando. Y ahora se mueve sobre la cama, lo mira y sonríe, ¿sufres, mi amor?, y él niega apretándole los pies, los besa y se excita y le muerde las rodillas, los muslos hasta que ella lo aparta y se dirige al baño. La sigue y se sienta sobre la taza mientras ella se ducha, espera un rato en silencio, ¿estás ahí, mi amor?, sí, mi niña, le responde: siempre voy a estar aquí, y ella: por favor, dime algo diferente, ¿diferente?, sí, algo nuevo, eso, lo importante es que sea nuevo, y él piensa ¿qué puede ser nuevo?, se levanta, mira al techo, las paredes, los pies, y el espejo, y en el espejo hay otro hombre distinto mirándole, que dice 'yo', y él sigue observando al recién descubierto. Ella saca la cabeza detrás de la cortina, sale y se detiene a sus espaldas, mira también al hombre del espejo, después a él, ¿quién es? Y le responde con un movimiento de hombros, ¿te pierdo?, insiste ella, fue de mutuo acuerdo, ¿no? Sí, le responde, sabía ya lo de no soportar las miradas ajenas, pero ahora, no puedo con la mía tampoco, estoy convencido de que no resulta, encerrado entre estas paredes, imposibilitado de poder aportar un dólar a esta casa, esperándote entre dos mujeres, que no lo dicen pero lo piensan, me siento el zángano de la colmena, ¿me entiendes?, regresa al cuarto y lo deja allí con el desconocido del espejo que mantiene una ligera sonrisa. Se viste, después el arreglo frente al espejo, y se observa, ¿soy yo?, ¡qué importa!, le dice la otra y sonríe, la de acá mueve los hombros y esboza también una sonrisita cómplice, mira al baño, todavía está allí, palpándose el rostro. Al principio siempre es así, piensa, luego se acostumbrará, y sale del cuarto, de la mesa se levantan la abuela y la madre, come algo antes de irte, hijita, no puedo, aunque sea algo ligero, abre la puerta de la calle y se inventa una amplia sonrisa que mantendrá hasta el regreso. Xinet, la llama, y es él acercándose, ¿cuál eres?, le pregunta, no sé, le dice besándola en la frente, ¡suerte!, le grita cuando se aleja apresurada. Muchas manos la despiden y los niños juegan a su alrededor pidiéndole chicles y caramelos que promete para la vuelta. Y se aleja y le hace señas a un auto de alquiler: Universidad de La Habana, por

favor, le dice al chofer y se lleva un chicle a la boca. El auto es viejo y de cada tornillo le salen decenas de ruidos. Xinet le da varias vueltas al chicle y lo escupe por la ventanilla. Mira lo que fue la Calzada de Jesús del Monte, los portales oscuros por el tizne de los gases de los ómnibus, y sus colas interminables; horcones que sostienen la mayoría de las casas y apuntalan techos por donde se filtran la lluvia y el sol, viejos agachados por las aceras que cambian o revenden cigarros al menudeo, exhiben aguacates, manos de plátanos, tiendas cerradas con sus lumínicos rotos. Después cierra los ojos. No quiere pensar, pero le es imposible apartar la imagen del rector, saber que el sueño de ser una profesional se le escapa. Cuando los abre están pasando frente a la escalinata, aquí, por favor, le avisa, y el auto frena bruscamente. Ella se queda esperando para que le diga cuánto cobrará, el chofer gira la cabeza y le recorre el cuerpo mientras calcula, levanta tres dedos, y Xinet saca tres dólares de la cartera, se baja y va hacia la escalinata, para que el Alma Mater, la virgen de los estudiantes, le cuide las espaldas. Camina por la avenida temerosa. Constantemente se revisa la ropa y arregla algún detalle. Mira hacia la izquierda, más allá está el rostro de Mella, tan serio y hermoso. Cómo le hubiera gustado haber sido Tina. Reconoce por el lazo las últimas flores que le compró, ya están marchitas. De repente siente vergüenza porque le parece que Mella la observa severo y frío como el bronce, ¿disgustado?, ¿con nosotras?, ¡si solamente intentamos sobrevivir!, muy cerca hay otra muchacha que pide botella y la mira molesta, porque siente la amenaza, le pertenece el espacio de la acera por derecho de llegada. Xinet rápidamente comprende, y para que sepa que no la va a importunar ni está pescando, se aleja del borde de la acera y mira con insistencia el reloj. La otra capta el gesto y se desentiende para seguir con el brazo estirado a cada auto de turismo que pasa, hasta que se asusta y lo baja con rapidez, camina apresuradamente hacia la parada y trata de confundirse entre la gente; enseguida Xinet se percata del peligro y se sienta en la escalinata, saca un libro de no sabe qué asignatura, lee, subraya con un lápiz, marca con asteriscos, y ya pasa el patrullero, lento, la mirada amenazante de sus ocupantes, pero a ella sólo le han marcado una advertencia gracias al carné de estudiante universitaria, no tiene la culpa si frente a donde estudia hay un hotel que ofrece turistas a las muchachas sin pudor, les dice cuando la han interceptado; el auto sigue, la alcanza casi en la parada, la llaman, le hace un saludo militar, carné de identidad, por favor, lo entrega, acompáñenos, y desde el patrullero, a través del cristal trasero, la joven mientras se aleja, observa con envidia a la estudiante absorta en su lectura. Xinet, cierra el libro rezando: Alma Mater, por favor, concédeme que mi cita venga antes de que esos den la vuelta; después a Mella, con su rostro inalterable, no

seas malito, sabes que no me gusta hacerlo, y sabes que el hambre gusta menos, no olvides tu huelga en la Cabaña, lo flaco que te pusiste, anda, ayúdame en ésta, te prometo traerte flores, pero no me abandones, te lo pido por el amor que tú también tuviste con una extranjera. Una vieja pasa vendiendo maní y la interrumpe, un loco registra el latón de la basura en la esquina, allí mismo un joven se lanza sobre los autos para limpiar los parabrisas; algunos le dan propina, otros sólo le sonríen; unos niños piden chicles y moneditas a los turistas. Y ahora es otro auto, que avanza también con suavidad, desafiante, pero que la hace sonreír, se detiene, y antes de entrar, Xinet le hace un guiño al Alma Mater, y le tira un beso al busto de Mella, los adoro, dice entre dientes y el hombre pregunta ¿what? y refuerza la sonrisa besándole la mejilla, levanta el dedo pulgar en señal de que no se preocupe, todo bien, él saca un mapa y ella cierra los ojos y traza círculos con el dedo. Sabe que eso les da gracia, son tan simples, les gusta que las cosas parezcan originales, aunque sepa exactamente dónde cae el dedo, tiene el mapa medido, un lugar sencillo, barato y apartado, ¿what? repite, "Dos Gardenias", wonderful, y sonríen, buscan el lugar por las grandes avenidas limpias, con césped recién cortado y lumínicos de colores; llegan al restaurante, varios niños se les abalanzan, ofrecen cuidar el auto, fregarlo, les abren las puertas amablemente. Beben, cenan, él la mira con deseo, Xinet se muestra complacida, las manos agarradas, todavía no se ha dejado besar, "táctica y estrategia", piensa y sonríe, aún no sabe qué sacar de él; multarlo sería rápido y darle una tarifa más fácil, pero le gusta jugar, conocer hasta dónde puede llegar, quizás encuentre al que la saque definitivamente de la calle, no pide mucho, ni edad ni belleza ni que sea soltero, sólo buenos ingresos para poder terminar los estudios sin fatigas ni mareos; interrumpe el silencio cuando abre el mapa, house, rápidamente calcula, cayó en el jamo, puede sacarle algo más, y le señala el barrio, la casa, y complacido le pide entre palabras y gestos que quiere visitarla; se niega, mi familia no sabe, y pone rostro de susto, de pánico, pero él insiste, dice que es bueno, y le enseña el pasaporte: single, queda un rato haciéndose la reflexiva, y verdaderamente pensaba en por qué las cosas siempre salían iguales, como en un guión; le gustaría que se mantuvieran así, no le agradan las sorpresas, se reafirma que ya tiene experiencia, cada vez le es más fácil manejar las situaciones; está bien, acepta y vuelve a hacer el gesto con el pulgar, ¿okey1 confirma, le señala, te harás pasar por teacher, iteacher? Sí, yes, visita la university, okey, yes, se sitúa la mano sobre un seno, fingiendo susto por lo difícil de la situación, y él pone cara de payaso que gusta de las situaciones difíciles, afuera hay varios niños alrededor del auto a quienes reparte moneditas, y se encaminan a su casa; antes, detiene el auto en un lugar cualquiera, compra cervezas, refrescos,

vino, y regresa alegre, Santa Claus y la Caperucita, piensa Xinet, mientras él aprovecha para liberar una mano del timón y tocarle una pierna, y se la regresa, bad boy, le repite y acepta un beso antes de llegar al barrio; detienen el auto frente a la casa, los vecinos inventariando las jabas, los niños que se quedan alejados y la saludan con un gesto cómplice; llegan hasta la puerta, el timbre, aparenta estar asustadísima y se lo hace evidente, aunque sonríe también, está segura que ha logrado ponerlo nervioso, la madre abre la puerta, recibimiento de familia bien llevada, después la abuela, otro beso, y sale el esposo, no sabe si el de antes o el nuevo del espejo, mi hermano, dice y los presenta, y el muchacho sonríe, después un beso en la frente como hermano, pero siéntese, por favor, pide la madre, y lo sientan en el sofá, y todos alrededor quedan mirándola, evidentemente pidiendo, exigiendo una explicación para esa situación tan particular y embarazosa, que el hombre compruebe que no es usual una visita extranjera, y Xinet se limpia la garganta y lo presenta como profesor, teacher, la ayuda él, ¿teacher? sí, mamá, una visita a la escuela, y el hombre asiente, ha querido conocer una familia cubana, compartir, se esfuerza por explicar, ¡ah, ya!, entiende finalmente la madre, ¿desea café?, what? coffee, dice la hija, oh, yes, coffee , y la abuela corre a la cocina y se quedan mirando sin decir nada, pregunta por el father, y la madre le asegura que falleció hace años, desde entonces ella ha tenido que tomar las riendas de la casa, usted sabe, dos hijos, ¡como andan las cosas hoy día!, la crianza se hace muy difícil, dice mientras se imagina a su esposo en alguna playa de Miami bebiendo cervezas y comiendo tamales; la abuela pregunta desde la cocina si se lo hace cortadito, y la madre se levanta para decirle al oído que es la primera vez, se supone que no sepan la forma de hacerlo en su país, deben esperar a que les explique, para luego, como si lo hubiesen recién aprendido, preparárselo en la siguiente oportunidad, y el hermano pregunta ¿de dónde es?, y no entiende, la madre que regresa sonriente piensa que con los italianos, brasileros y franceses es mucho más fácil, y siguen los gestos para que comprenda, y logra entender, ¡oh, yes, house, Toronto , ¡ah, qué bien!, canadiense, dice la abuela mientras trae las tazas de café cubano, mi sueño era visitar las Cataratas del Niágara, la belleza más grande del mundo, y mira a su hija porque esta vez no se confundió con las otras variantes, según la nacionalidad: la torre de Pisa, Copacabana, o la torre Eiffel, y el visitante huele el café y cierra los ojos, wonderful, bebiéndolo con delicadeza, después las cervezas y el vino, la abuela prepara mariquitas, tostones, conversan, cerca de las diez de la noche decide retirarse, y ya en la puerta dice con gestos y algunas palabras apenas comprensibles y otras que adivinan o suponen, que ha pasado una velada maravillosa, le besa las manos a la madre, a la abuela, después un

abrazo al hermano, y Xinet lo acompaña hasta el auto, ¿tomorrow. sí, mañana, se besan en la mejilla y le aprieta la mano y las nalgas y quiere besarla en la boca, ella lo aleja sonriente, él no insiste, abre la puerta y dice bay! desde el auto en marcha. Entran, cierran la puerta, caen exhaustos sobre los muebles, pensaba que nunca se iba a acabar, dice la madre, ¿creen que de verdad le gustó el café?, indaga la abuela, da igual, dice Xinet mientras se dirige al cuarto, y el esposo la sigue, la ayuda a quitarse los zapatos. Ella entra al baño y desde la ducha le pide que le cuente algo viejo, ¿algo viejo?, sí, muy viejo, y él piensa, se mira los pies, el techo, se levanta, el espejo que vuelve a decir "yo' y se palpa el rostro. Entonces ella sale del baño, se acerca y también descubre que en el espejo hay un anciano, te perdí, afirma Xinet, y él mueve los hombros; entran al cuarto, le ayuda a peinar su pelo largo frente
a otro espejo mayor donde observan a un anciano que peina a otra anciana. Después hacen el amor, y duermen el mismo sueño, una tormenta de viento echándoles arena en los ojos y que los separa mientras ellos tratan de impedirlo bajo la mirada de la abuela, la madre y el extranjero, que dentro de una caja de cristal ríen estruendosamente, la madre y la abuela lo besan en la boca, se empujan celosas y el hombre ríe, y ríe sin ver las serpientes que se arrastran en su dirección, y despiertan asustados, buscan la hora, tiene que volar para que llegue a tiempo a la cita, y él le pone los zapatos y le alcanza el vestido mientras Xinet se arregla el pelo y se pinta los ojos, le echa la pasta en el cepillo, apúrate, ¿llamo un taxi?, y en un torbellino de imágenes llega el taxi, sube, y arranca con prisa, se pierde bajo el ruido y el polvo. Cuando llega a la escalinata está el hombre dentro del auto, conversando a través de la ventanilla, con una pareja de jóvenes que permanecen de pie en la acera, y sonríe cuando la ve en el taxi, y deja de atender a los jóvenes que comprenden y se alejan molestos. Xinet entra al auto, él va a besarla, se sonríe al verla celosa, you don't understand, sí entiendo y muy bien no-soy igual-que-ésas yo no te saqué el dedo para-fingir-una-botella-y conquistarte, fuiste tú el que vino a la escalinata donde yo estudiaba atraído por mi pelo, según dijiste, para conocerme; simplemente me caes bien y te veo como un hombre cualquiera a mí me gustan los hombres mayores que yo me atraen por desgracia eres extranjero y eso hace un poco difícil la relación porque socialmente no está bien visto, y aquí sí hay que vivir con la gente y acatar los cánones de la sociedad; y finge quedar sin aire, impotente, cierra los puños y se los muerde y llora, trata de calmarla, I'm sorry, la abraza, y poco a poco se calma, teme llevar las cosas al extremo y todavía la otra muchacha conversa con el joven, rondando la presa, y se van, él le pone el mapa sobre las piernas y señala Varadero, ¿Varadero?, ¿y la escuela?, piensa

poner el rostro de desilusión y se percata de que es un mal síntoma, no debe agobiarlo con problemas y sonríe, no importa, dice, y se alejan de La Habana. Le va nombrando las playas, pueblos y lugares turísticos en el recorrido. Ya en Varadero las cosas son más fáciles, hombre que entra a un hotel cualquiera, y pide habitación, no en español, y siempre le contestan: yes, sir. Después llama a la casa y dice dónde se encuentra, posiblemente se demore una semana, me ha comprado ropa y regalos para ustedes, me preguntó si mi hermano tenía novia, seguro que para regalarle algo también, es un hombre de detalles, gentil, de esos que suelen llamar "pepe", ya le hablé para el televisor en el cuarto y aproveché que se quejó del calor para soltarle lo del aire acondicionado y surtió efecto, espérenme el fin de semana próximo, chao. Y todo el día lo pasan pidiendo servicio de habitación, y al descubrir sus intimidades ella prefiere no hablar más y le rehuye. En la noche deciden regresar. Todo el camino en silencio, a veces, it's cold, sí, hace frío. Llegan a la casa por la madrugada. Se despiden y promete regresar en la mañana. La madre pregunta qué pasó. Nada, cambiamos los planes, entra al cuarto, desea dormir, ¿me podrías explicar rápidamente?, pide él, sí, rápidamente, se dedica a llevar muchachas bonitas para burdeles donde se las pidan, da a escoger el país que se desea, ¡como si fuéramos bobas!

Apenas pueden dormir el resto de la noche. Se halan la sábana, suspiran. Dan vueltas sobre el colchón. En la mañana ella queda tendida sobre la cama mientras él se viste, prepara una maleta, la mira, el pelo, las piernas, las nalgas, se siente excitado y quita la vista, pone el maletín en el hombro, abre la puerta y la abuela sale de la cocina donde ha preparado el café, ¿te vas?, y mueve la cabeza asintiendo, ¿quieres café?, va a decir que sí, pero mira por la ventana y dice no, estoy apurado, sale y camina hasta el auto, lo saluda y entra, good morning, le responde pasándole la mano por la mejilla, no contesta, mira por el retrovisor derecho, y donde se supone que esté sentado un joven, no hay nadie; el auto que acelera buscando el mar, para después perderse por todo el litoral rumbo a Varadero, nice day, dice y le acaricia una pierna, el muchacho no le contesta, vuelve a quedar en silencio, le crecen los deseos de quitarse la mano de encima, pero aprieta los dientes y los puños mientras observa el mar, a una gaviota que planea y después cae en picada buscando su alimento, simplemente el mar, en lo apacible de sus olas, sí, bella mañana, dice, y le sonríe.

FIN

(Ángel Santiesteban (La Habana, 1966). Narrador. Premio Luis Felipe Rodríguez de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en 1995, con su

libro “Sueño de un día de verano”. El cuento de esta selección pertenece a otro libro de cuentos todavía inédito.)87

HELLULAND – ENA LUCÍA PORTELA

Cosida a mi sueño desprovisto de enanitos, Nilsa dibuja barcos. Con un creyón magenta Nilsa despierta los barcos y los vikingos de la cartulina grande. Barcos grandes de la cartulina grande. Barcos llenos de velas color magenta. Vikingos color magenta. Con la cartulina grande Nilsa, cosida a mi sueño desprovisto de enanitos, despierta los barcos y los vikingos del creyón. Leif Ericson da una orden y los barcos color magenta salen a navegar. Pero Nilsa ha dibujado barcos sin brújula color magenta sobre la cartulina grande. Barcos grandes, llenos de velas, sin brújula. Leif Ericson y sus vikingos color magenta se pierden en el océano grande de la cartulina grande. Cosida a mi sueño desprovisto de enanitos, Nilsa, asombrada, dibuja la isla de Terranova color magenta.

FIN

(Ena Lucía Portela (La Habana, 1972). Narradora. En 1997 obtuvo el Premio nacional de Novela Cirilo Villaverde de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba con “El pájaro: pincel y tinta china” y en 1999 ganó el Primer Premio de Cuento en el concurso Juan Rulfo de Radio Francia Internacional. Su libro de cuentos “Una extraña entre las piedras” apareció en 1999.)
88

MANERAS DE OBRAR EN 1830 – PEDRO DE JESÚS

A los seis meses de publicada La Carta, recibí un sobre de mediano tamaño cuidadosamente sellado con goma, precinta y varias presillas metálicas. El esmero hiperbólico en el hermetismo, unido a la ausencia de identificación del remitente, otorgaba al acto de rasgar el sobre una avidez casi temblorosa que aún recuerdo. No atiné a romperlo.
Los numerosos pliegos de papel que había dentro estaban escritos en máquina y sin firma, lo cual aumentó el misterio del asunto y mi curiosidad. La primera hoja constituía una pequeña nota donde la persona anónima elogiaba La Carta y confesaba haber corroborado con su lectura una "intuición muy poderosa" que acerca de mi destino como "gran escritor" había tenido cuando ambos éramos adolescentes y estudiábamos juntos en el mismo grupo.

Ella -era una mujer- también escribía, pero se consideraba carente de imaginación: absolutamente todas sus historias eran autobiográficas y/o reales. Esa razón le impedía enseñarlas. Ahora, venciendo a medias ese prurito, me enviaba una de ellas en la que había cambiado los nombres de las personas y los lugares para evitar ser reconocida. Me pedía leerla y luego, si no era mucho esfuerzo, mandarle una valoración a cualesquiera de los tres apartados de correo que abajo indicaba.
Se disculpaba por el anonimato; la posibilidad de hacer el ridículo con sus escritos la sobrecogía. De cualquier forma, terminaba, podía llamarla Madame Rénal o Julien Sorel, incluso Matilde: ella no estaba en contra de los triángulos amorosos ni tenía que ver con el personaje de La Carta.
Me saludaba y debajo añadía una posdata donde confesaba ser pésima para los títulos e insistía en que le sugiriera uno para su "cuento", así, entre comillas.
Inmediatamente pasé la página y empecé a leer la historia:

"Ayer intentaba dormir y a través de la persiana del cuarto oí gemidos, gritos agudos, graves, agudos de nuevo, y por último, gemidos. Sentada en la litera, con las piernas apretadas por los brazos, escuchaba con frialdad, reduciendo mi ser a los oídos.
"Aunque el acto no lo hiciera, yo debía conmoverme. Era un reto.
Intenté masturbarme a expensas de los sonidos. Podía reconocer cada uno de los movimientos y posiciones de la pareja por la variación de sus voces; albergaba absoluta certeza sobre cada una de sus peripecias amatorias. Era tan fácil imaginarlo. Pero no me excitaba.
"Cuando terminaron, ambas tiradas sobre el colchón, opuestas, sudorosas, exánimes, comencé a masturbarme, reconociendo mi propio cuerpo, en silencio, para que nadie pudiera adivinarlo.
"Esto sucede a diario. Estoy rodeada. Rebeca y Alicia viven dos pisos más abajo; en el de encima, fogosos y aún más sonoros, un negro y una mulata; al frente, un muchacho precioso, de ojos azules, piel blanca y pelo rubio. Tato se pasa temporadas sin visitas nocturnas, pero cuando empieza alguna buena racha, siento a sus amantes ponerle una almohada en la boca para impedir que grite. En ocasiones no basta y acaba mordiéndose las muñecas. Una vez le clavó los dientes en el hombro al amante de turno y se armó una trifulca que me desveló el resto de la madrugada.
"Vivo testificando la vida de los vecinos para compararla después con la mía. Es un vicio, y resulta lacerante. Me propongo no ser patética al hablar de esto, y soy: de principio a fin. Cómo no serlo.
"Mañana viajaré hasta Camagüey, a ver a mi familia, y la casa que poco a poco ha dejado de ser mía, a caminar por calles que no reconozco de tanto

conocer y encontrar gente que disfrutaría desaparecidas. Lo único grato es Laura. Ni siquiera ella.
"Sabe que voy, me esperará en la terminal de trenes. Irá vestida con unos chores de mezclilla bien cortos y un pulóver ancho y largo cuyo borde inferior coincidirá con el de los chores. Parecerá desnuda. La desnudez exacta que ella practica y yo tanto admiraba. Nos besaremos con efusividad y nos apretaremos despacio, fuerte. Ese abrazo es lo que sobrevive.
"Pasamos años durmiendo en un cubículo oscuro, poblado de parejas similares a la nuestra. Para las otras lo importante era una compañía en medio de la noche, defenderse de las miradas o de los toques de los intrusos que se infiltraban en el albergue. Nosotras no teníamos miedo sino necesidad de nosotras mismas. Conciliábamos el sueño acariciándonos los brazos, la cara, los muslos o el abdomen, con la yema de los dedos o la punta de las uñas. Competíamos para ver cuál lograba mantenerlas más largas.
"Mañana Laura me ayudará con el maletín, lo amarraremos en la parrilla de la bicicleta, luego montaré delante, y me conducirá hasta la casa. Es tan habitual como los sonidos que me circundan. Otro vicio. Laura aguardará a que yo coma algo para explicarme sus desavenencias con Carlos. Me pide consejos. Como y escucho. Ya no me atrae una historia tan larga y repetida; se parte y vuelve a crecer, con un poder regenerativo extraño y eterno, semejante al de las uñas.
"Ahora jugamos a tenerlas más cortas. Me fastidia la competencia y al mismo tiempo me seduce. Ella siempre vence. Le permito ganar, me agrada rendirme al castigo, invariable: narrarla última experiencia sexual de la perdedora.
"Antes también la engañaba, el propósito era no escuchar los detalles de su vida íntima con los novios; no toleraba sus descripciones prolijas, casi pornográficas; me producían celos enormes, impotencia. Era virgen, el desconocimiento me hacía sentir inexperta e incapacitada. Le contaba lo único posible: la última masturbación, el último sueño, la eterna fantasía. Ridículo.
"Ahora no. Es muy placentero agobiarla con historias sexuales inauditas cuya protagonista soy yo. Finjo pudor mientras narro para que no se percate del artificio. Exagero mis lances eróticos y a partir de ésos invento otros; demuestro que puedo enseñarla, avasallarla.
"Esta vez le describiré el acto sexual entre Rebeca y Alicia, como si yo fuera Alicia. No costará ningún esfuerzo ubicarme en la perspectiva de las dos muchachas, narrar lo principal: los besos, las manos, los ángulos, los dedos, los pezones, la lengua... Incluiré los gritos y los gemidos otorgándoles un carácter secundario (terrible aceptar que vivo de eso, lo

secundario), me situaré en mi perspectiva, podré, seré un oído anónimo que Rebeca y yo presentimos en cierto momento del acto y a causa del cual nos mordimos furiosamente para ahogar los gritos. Rebeca tuvo que apelar a la almohada porque, adolorida, la empecé a golpear con los puños cerrados por la espalda. Luego discutimos. Reconstruiré el suceso del rubio que vive frente a mi cuarto. No sé si utilicé esa historia en otra de mis ficciones; cabrá de nuevo, la variaré; el secreto radica en transformar las experiencias de los demás y hacerlas parecer distintas y mías. Laura, aunque la haya oído antes, se mostrará jubilosa, interesada, sorprendida. A veces creo que ella es cómplice del juego; a veces, no. Me confunde."

Enfrentaba aquel texto creyendo a pie juntillas en su carácter autobiográfico y realista. Era un stríptease (casi un chisme) de alguien que había conocido y de quien poseía de pronto y gratuitamente detalles muy íntimos. No obstante hallarlo bien escrito, sin grandes arabescos o aspavientos, apenas podía discurrir sobre esas cuestiones y mucho menos avanzar en la lectura; la conciencia de que testimoniaban una vida concreta y ajena a ellos mismos, me impelía a diseccionar los primeros párrafos una y otra vez buscando pruebas para corroborar o refutar las múltiples hipótesis que se me iban ocurriendo sobre la identidad de esa vida.
Eché el "cuento" a un lado para enviarle una breve nota a la autora:

Madame Rénal:
Imposible opinar sobre su historia. Necesito saber quién es usted. ¿Por qué no me enseña el original donde están los nombres de las personas y los lugares verdaderos? Sea valiente, asuma la autobiografía y el realismo hasta el final, no coquetee con ellos.
Stendhal.

Enseguida proseguí la lectura:
"Aunque yo perdiera en la competencia de las uñas, Laura acababa atiborrándome la cabeza de sus victorias sexuales. Todas las estrategias resultaban inútiles, enfermaban más. Ahora no:.Laura se regodea confesándome sus contradicciones y fracasos. Muchas veces interpreto en el cambio un signo de lástima: miente porque se compadece de mi inferioridad. Otras, es, presumo, un ardid de Laura para acercarnos.
"La última vez que fui a Camagüey, Laura me pidió hacer el amor. A pesar de la sorpresa, no comenté nada. Jamás había imaginado que pudiera acostarse con otra mujer. Intenté sobreponerme, me desvestí, ya ella lo había hecho mientras hablábamos. Apretarla de otro modo. Ir más allá de nuestra costumbre adolescente. Nunca estuve clara de si realmente yo

quería eso o si lo anhelaba tanto que el miedo al rechazo hizo desaparecer el deseo. ¿Por qué Laura había decidido aquello? Fui torpe, ni un instante logré desprenderme de mi pensamiento. Ella me besaba, me tocaba, ¿yo qué hacía? Nada, la miraba afanarse, interrogando con los dedos y los ojos, cuál era la forma, Claudia, yo sabía más del sexo entre mujeres, le dijera, por favor. Me separé. Laura preguntó si ella me gustaba. Terrible. No respondí.

"Cuando regresé a La Habana, Jorge Ángel estaba esperándome en la terminal de trenes. Apenas lo saludé. Inquiría con insistencia sobre el fin de semana. Dije haber dormido las setenta y dos horas. Mi fastidio era evidente. Entre nosotros no existía compromiso de fidelidad; sin embargo, Jorge Ángel se ilusionaba con la idea de formalizar la relación. Me perseguía con flores, dulces, cartas de una grandilocuencia cursi y muñecos de barro feísimos amasados por él mismo. El enamoramiento suyo me alarmaba y constantemente lo zahería.

"Jorge Ángel resultaba un hombre formidable en la cama. Era lo único que yo exigía de él. Sus erecciones duraderas me exaltaban. Tenía eyaculación retardada, creo. Eran horas de exterminio mutuo.

"Ya todo terminó. Terminó. Terminó. Se lo he repetido muchas veces y al parecer no son suficientes. Él persevera. En el último encuentro me acusó de lesbiana; el comentario recorría la beca de punta a cabo. No le negué mis contactos con mujeres. Asombrado, preguntó si él me gustaba. Titubeé. Temía ser franca y esperanzarlo, pero sentí oportuna la sinceridad. Sí, me gustas. Y más: muchísimo.

"No entendía el gusto simultáneo por hombres y mujeres. Aclaré: no son las mujeres y los hombres, sino ciertas mujeres y ciertos hombres; y añadí: no es al mismo tiempo siempre, podía ser en tiempos diferentes. Seguía sin entender ¿Estaba segura de que él me gustaba? Callé, no soportaba su incredulidad. ¿Qué partes de su cuerpo te gustaban, Claudia? Su pene, sus muslos, su pecho, su boca. Él.

"Mientras lo decía experimentaba deseos de extenderme y besar las partes que iba nombrando. Lo incité a desnudarse, de pie, sobrecogido, hermoso. Sin un vello que ocultara sus músculos duros, su piel tersa. Sin un vello que se interpusiera entre mis dedos ávidos y su pecho. Me erizo de sólo recordar. Lo toqué mucho, despacio, casi imperceptiblemente. Lo toqué con urgencia, estrujándole la piel, que recuperaba enseguida la lisura. Adoraba esa lisura, daban ganas de estropearla.

"Nos besamos. Hicimos el amor y después de terminar, aparentó dormirse. Necesitaba quedarse conmigo esa noche. Adiviné sus intenciones y fingí despertarlo. Se restregó los ojos. Vete, balbuceé. Se incorporó en la cama, los pies descalzos sobre el piso limpio, las nalgas desnudas sobre la sábana

sucia. Vete, repetí. Preguntas de nuevo, quejas, súplicas. No rotundo, sin explicaciones: vete.
"A los pocos días, Jorge Ángel andaba propagando mi lesbianismo; se había sumado al coro. Otro."

Aquella mujer me fascinaba. Acerca de alguien así hubiera escrito un relato brillante, tal vez el que me faltaba. Haber coincidido ambos en el tiempo y desconocerla sin embargo, me parecía un crimen. Todos los rostros del pasado que iba rescatando mi mente rehusaban pertenecerle. Por suerte, la respuesta llegó rápida, en un sobre pequeño:

Estimado Stendhal:
Ni Stendhal mismo pudo o quiso hacerlo. En cuanto a mí, si leyó bien la historia, "vivo de esas mentiras' Eso es lo único estrictamente autobiográfico y/o realista en ella. Si me decidía mostrarle el `cuento " en las condiciones del anonimato, fue porque pensé que usted podría colocarse por encima de ellas. Pese a la curiosidad suya, aún lo pienso, y espero.
Atentamente,
Julien Sorel.

Me desconcerté; no sabía si juzgar agresivas o elegantes las palabras, si considerar la situación una broma o algo muy serio. Tan apegado estaba a la idea de la historia confesional, que las declaraciones de la carta me decepcionaron un poco. ¿Tendrían algún valor las cuartillas aparte del que les confería mi creencia inicial? Venciendo al tedio que ahora me provocaban, las revisé:

"Desde hacía casi dos meses, varias lesbianas de la beca habían comenzado a agruparse en un clan estridente que fue aumentando el número de sus miembros de modo vertiginoso hasta incluir a muchachas ajenas al mundo universitario. Por la capacidad expansiva y la agresividad con que se proyectaban, las bautizaron Las Vikingas. Eran el escándalo del momento. A cualquier hora se les hallaba en el vestíbulo del edificio, en la escalera de acceso, en la calle o en los propios cuartos. Eran ubicuas, y sus juergas, perennes.
"Permanecí al margen de ellas mientras pude. La tarde siguiente al regreso de Camagüey, Nancy, vikinga connotada con quien había sostenido una relación bastante convulsa algún tiempo atrás, me invitó a tomar unas botellas de ron con el grupo. Sin intención erótica mediante, acotó.
"La proposición era un reto. Por antiguas discusiones, sabía que Nancy censuraba el silencio sobre mi vida sexual. Me acusaba de miedo y

autorrepresión; la rebatía aclarando que si bien era intolerante con la confesión y exhibición perpetuas que los demás siempre reclaman para asimilar a una como persona realizada en el sexo, y tal convicción evitaba demostraciones públicas de aventuras íntimas; no pretendía -sin embargo- el secreto absoluto sobre ellas, ánimo absurdo en la beca, un lugar tan entregado a los placeres de la `comunicación'. Simplemente me resistía a la connivencia con la cultura del pregón y su más moderno sucedáneo: el anuncio lumínico.

"Por supuesto, no confesé que delante de Laura procuraba mostrar y hasta exagerar mis `avances' en materia de sexualidad. Nunca hablé a Nancy de esa incoherencia aparente. ¿Habría comprendido que para mí era como si Laura fuera el mundo y a través de sus oídos yo gritara lo que el mundo ansiaba escuchar?

"Acepté la invitación sin titubeos. Firme. Que se convenciera de. que no tenía miedo. Sentí unos deseos infantiles de afocar, de ponerme en evidencia. Abracé a Nancy por los hombros y para sugerir cierta intimidad le silabeé algo ininteligible al oído. Sonrió sin comprender y me golpeó con tosquedad una nalga. Fuimos hasta el grupo, parapetado en la acera del frente, y me presentó a las desconocidas, ese día eran sólo dos: Rocky y La Bombón. Una no trabaja ni estudia, y la otra es bailarina de cabaré: compromisos. Las besé teatralmente, con estrépito. Fui introducida, según palabras de Nancy, como una tuerca por cuenta propia.

"Seguí actuando. Soy capaz de un histrionismo que logra confundir a todos, o a casi todos, incluso a mí misma. Una vez desatado, pierdo la conciencia de lo que soy. A semejanza de una máscara que no pudiera quitarse sin destruir el rostro que la soporta. A lo mejor tienen razón quienes afirman que la máscara es el sostén del rostro, y tal vez el rostro es la primera máscara, o cualquier otra. Quizá sea cierto que la única realidad es el histrionismo ilimitado, y las máscaras no oculten nada sino, por el contrario, constituyan la sola forma de revelar algo, sean la suprema evidencia.

"Al llegar a este punto me pregunto qué soy. Quién. No me soy evidente.

"¿Soy la que se acerca a Rocky, acabada de conocer, y pregunta qué número de Rocky es, el cuarto o el quinto; es boxeadora profesional o amateur, le aguantaría un round? ¿Soy la que insinúa a La Bombón le deje probar un pedacito; sirve lo mismo de fresa o chocolate, dónde lo tiene, por qué no lo saca para hacer entre todas un pastel de bombón?

"¿Soy la que se dobla a carcajadas, de pronto llega y dinamiza el grupo con chistes, los de ella, esa otra que no sé si soy; la que mientras señala sin recato con el dedo hacia la beca, manifiesta saber que desde los balcones toda la gente se cuestiona en ese mismo instante cuál de las dos, tú o La Bombón, es la hembra y cuál el macho?

"¿Soy la que pide, por favor, Bombón, abraza a Rocky, sé papi solariego, náñigo ortodoxo; y tú, Rocky, por favor, déjate abrazar, estilízate, mueve las pestañas, taconea? ¿Soy la que les pide, por favor, intercambiarse las posturas una y otra vez, volverlos locos, a los eternos mirones, que no sepan nunca cuál es la hembra y cuál, el macho?
"¿Soy la que, cuando La Bombón protesta y dice que en realidad ellas no son hembra ni macho, en todo caso son unas perras y duras y riquísimas hembras tropicales, subraya que es un chiste, ¿no se ha dado cuenta?, y para jugar y ser efectivas ha de emplearse el código del adversario?
"Ellas no comprenden lo del juego, el código y el adversario; estoy hilvanando palabras en frases aprendidas en otro mundo, la universidad, frases ajenas ya mías. ¿Soy la que se apropia de esas frases y las usa creyéndolas suyas?
"Siempre me atrapan falsas disyuntivas. Como si mi vida hubiera sido un camino ancho y largo que súbitamente, en un tiempo que ya no recuerdo, se convirtió en múltiples atajos angostos, enrevesados y dispersos, y el designio de mi existencia consistiera en ir descubriéndolos y recorrerlos todos, feliz, despreocupada, gozosa de tanta pluralidad y divergencia, para de vez en cuando, y con el temblor propio de un atavismo, sentirme extraña y errante en una madeja irreversible, y empezar a padecer la nostalgia de aquel camino ancho y largo, único, que un día pudo haber sido la vida. Como si estuviera muerta. O un gesto intermedio entre la vida y la muerte me hubiera acontecido."

Datos excesivos. Demasiado ambicioso y monocorde. Pero un demonio particular lo recorría. No, me dije, nadie puede inventar algo tan inquietante y vívido. Esa pasión, ese terror, son reales. Sentí admiración, y hasta envidia por la autora, a pesar de sus torpezas literarias. Le escribí una misiva desesperada:

Inolvidable Matilde:
No la enamoro porque soy incapaz de resbalar del seis a otro número en la escala de Kinsey, como usted debe de saber si me conoce (La Carta no es autobiográfica). Sin embargo, desearía tanto encontrarme con usted, hablarle, escuchar otras historias suyas, que esta necesidad mía es un enamoramiento irremediable. Sospecho ha debido suponer desde el principio lo que me pasaría y tenga preparado el desenlace de este juego epistolar. Todo depende de usted, querida mía. He caído fatalmente en las redes del amor, y anulado, apenas dispongo de fuerzas para enviarle esta esquela.
Eternamente suyo,

No sé si Stendhal o si Julien Sorel.

Mientras aguardaba la respuesta, releía el texto:

"Pese al desánimo de las desconocidas ante la propuesta, no paro de hablar: me escudo en la elocuencia. Desde la beca me observan aclimatada en el ambiente: cuchichean, disimulan, sonríen: soy la noticia. A partir de este día vendrán las miraditas indiscretas, inquisitivas y burlonas; mereceré el recelo, esa sutileza fallida. Me ruboriza el protagonismo -sólo un instante- y continúo con la perorata.
"Aprovechamos que el encargado de vigilar la puerta ha ido al comedor para que Rocky y La Bombón puedan entrar a la beca. Subimos por las escaleras hasta el piso siete. Hacemos comida, empezamos a tomar.
"Me agrada Rocky. El juego es para ella quitarle la butaca a Virginia cuando va a sentarse y reírse de la caída; el código, el número que se coloca después de las direcciones o se dista para llamar a distancia. El adversario parece no existir para Rocky, ni siquiera al mirarme con atrevimiento delante de La Bombón. Le pusieron Rocky por las zancadas torpes, el rictus agresivo de la boca, los gestos huraños, la voz oscura. Sugiere el desamparo de un animalillo, La Bombón al revés: delicada, cadenciosa en el andar, con muslos y brazos salidos de un molde, pero de una vulgaridad repelente.
"Rocky es de Villa Clara, y vive desde hace cuatro años en Centro Habana, en el cuarto de La Bombón. Para cubrir gastos, traban relaciones con extranjeros. Rocky está esperando en estos días la quinta visita a Cuba de un gallego que está muerto con ella desde la primera. La Bombón rompió con su italiano de siempre, no costará mucho esfuerzo conseguirse otro, aunque sea latinoamericano. Prefieren a los hombres; según La Bombón, una extranjera es muy difícil de atrapar, escasean. Además, una mujer siempre engaña más fácil a un hombre que a otra mujer. (Yo discrepo, no lo digo.)
"Después de la medianoche alguien propone jugar a la botella. Somos siete. Aprobamos por unanimidad y nos sentamos en círculo sobre el piso. Nancy es quien le da vueltas a la Havana Club vacía. La primera vez se detiene en Virginia y todas preguntamos algo atrevido acerca de su vida sexual. Siempre es así: la gente no quiere saber otras cosas.
"Yo me pliego a las expectativas grupales. Interrogo sobre sexo, a Virginia, luego a Nancy, a La Bombón. La botella habrá de detenerse en mí y seré acribillada con lo mismo. Me cae.
"Soledad se muestra interesada en conocer detalles de mi relación con Jorge Ángel. Digo la verdad, las respuestas son tics: somos amantes, me

gusta, es maravilloso en la cama, se está enamorando de mí. No, Claudia, para Soledad es evidente; quiere detalles. Me impulsan hasta la mentira. Trato de evadir los detalles, una vez que recurro a ellos atosigo a los oyentes, llego al naturalismo, veo lo que describo con una nitidez absoluta, lo creo cierto, asumo la ficción, no es más una ficción. Invento tanto y con tal vehemencia, que la sordidez del mundo que construyo es creíble y provoca estupor. Todas escuchan. Me fascina tener un auditorio, reinar sobre él. En mi voz, Jorge Ángel y yo éramos una pareja distinta, otra; y, no obstante, algo se empeñaba en mantenernos reconocibles en medio de aquella sarta de embustes. Una mentira así siempre es verosímil. Vivo de esas mentiras. Laura me cree; es inocente de mi juego.

"A Nancy le interesa el tema Laura, si nos hemos acostado ya, si estoy enamorada de Laura. Protesto: son dos preguntas. A La Bombón se le ocurre asumir la segunda. No estoy de acuerdo. Rocky me convence, se esfuerza por hacer ostensible la impresión favorable que le produzco. Mientras las demás atienden a los movimientos de la botella, Rocky me observa con fijeza. Miro en ambas direcciones alternativamente, temiendo ser indiscreta y a la vez entusiasmándome. No imagino una aventura con Rocky. Sin embargo, la incito, me encanta

verla arriesgar por una desconocida su relación con La Bombón, que ya se ha dado cuenta de las miradas y disimula con una agudeza demasiado precaria.

"Siempre sucede al descubrir la atracción de alguien, no soy capaz de rechazar o ser fría; acepto la complicidad, insuflo esperanzas. No sé si es timidez, vanidad o alma de puta. Lo disfruto mucho.

"Laura y yo no nos hemos acostado nunca. Miento, desinformo. No aseguro estar enamorada, sólo que ella me gusta. Y terminando de articular anclo los ojos en Rocky, de frente, sin intermitencias. Quiero ser caótica, confundirlas.

"No hay confusión sino vítores estruendosos. Todas menos La Bombón gozan del mensaje lanzado al rostro de Rocky; Virginia hasta le palmotea el hombro, felicitándola. Son crueles. Lo soy. La Bombón carcajea por no morirse. Nadie pregunta, elucubran otro ataque. La Bombón se levanta para ir al baño, Rocky la sigue. Experimento una ajenidad brusca, me hallo entre seres extraños. Debo irme, digo, ya de pie. Nancy hala mi brazo, me zafo; Soledad arguye que aún faltan preguntas, camino hasta la puerta, y en el momento de abrirla escucho la voz de La Bombón, que regresa: vamos a hacer un pastel de bombón, ¿no habías sugerido la idea esta tarde? Risas colectivas. Aquello me duele. Simulo vacilar, muevo la cabeza, sonrío -la última concesión-, y parto."

Pasaron los días y las semanas y no recibía respuesta. Temiendo un extravío de mi mensaje, lo copié tres veces por el borrador y mandé uno a cada apartado de correo. Casi al mes apareció en mi cuarto un mulato bellísimo de ojos negros y nariz afilada. Atisbar las turgencias de su cuerpo a través del jean ajustado era pavoroso. Con refinadas construcciones verbales y ademanes que rozaban lo versallesco, preguntó por mi nombre, le dije sí, yo era yo, y entonces sacó de la mochila un sobre anaranjado y lo puso en mis manos. Matilde La Mole me devolvía las cartas. Estupefacto, lo invité a sentarse, a que se tomara una limonada, un té, un café, y revelara quién era Matilde.
Él no ofreció resistencia, fue a posarse justo al lado del "cuento", desperdigado sobre el sofá. Sentí un pudor repentino por que adivinara que la curiosidad me había arrastrado a recitarlo casi de memoria. Recogí las hojas de un manotazo y las llevé a la cocina. Sí, me sabía el final, era grandioso:

"Al día siguiente aparecerá en mi cuarto con una botella de alcohol preparado. Vendrá a declarar que le gustan mis tetas. Si yo no hubiese actuado con reticencia, habría destruido la farsa desde el inicio. Repudiaba la sorpresiva desfachatez de Rocky, pero no la asociaba con pose alguna, sino con la supuesta incapacidad natural suya para emprender de otro modo una conquista amorosa. Yo carecía de ingenio para responder a palabras transparentes que cortaban. No poseía argumentos confesables ante una claridad que valoraba auténtica. La acusé de vulgar. Se defendió, impasible: Yo no adorno las cosas. Ala cáscara, cáscara; al boniato, boniato. Muerta de miedo la boté del cuarto. Se fue para venir otra vez, muchas más. Siempre a ver mis tetas.
"Hubiera podido evitar los encuentros, esconderme en otros pisos, esfumarme de la beca, no dejarla pasar. Habría significado una demostración del miedo. Estaba atrapada en mi propio juego e intenté asumirlo con elegancia. Apenas me movía del cuarto, dejaba la puerta abierta, esperaba.
"No obstante las precauciones, Rocky me descubría: tienes miedo. Eres más cáscara que boniato. Presumes de dura y eres una pendeja. Le ripostaba: no presumo de nada; no me conoces. Blandía entonces su frase dilecta: ni quiero conocerte; es demasiado complicado. Sólo quiero tus tetas.
"Mentira, hablábamos sin convicción. Ella insistía en el asedio por razones parecidas a las mías para aceptarle las miradas la noche de la botella. Cuando la sospecha de esa verdad me iluminó, decidí exponerme. La invité a quedarse, a que destapara la botella, y tocara mis tetas.

"El nerviosismo la delataba, prefería los rechazos. Me tocó: no sentí nada. Me besó: tampoco. Lo dije, y más: a ella le ocurría lo mismo. La confirmación fue separarse. Enseguida llegó Jorge Ángel. Si le hubiera permitido inmiscuirse abiertamente en mi vida, habría censurado aquella compañía. Soy intransigente con la independencia; él no compartía esas ideas, las acataba porque era el único modo de permanecer a mi lado. Se fue. Rocky también. No volvió jamás.

"Por la noche Jorge Ángel regresó e hicimos el amor sin hablar del asunto. Al día siguiente terminé con él y tampoco lo mencionó; ni al otro, ni al otro. Hasta que el último lo vomitó en mi rostro. Me gusta que un ademán o una sílaba sorpresivos revele a la gente su falta de elegancia, su incapacidad para la mentira o el silencio.

"Me expliqué sin remilgos; hicimos el amor y al final reiteré la negativa de continuar la relación.. Vete, dije. Creo haberlo contado ya. El hecho que falta por relatar es la llegada de Laura. Súbita. Siglos hacía que Laura no lo era. Apareció en mi cuarto al día siguiente. Al día siguiente. Dos semanas después. Cinco milenios antes. Molesta obligarse a ordenar esta historia con acotaciones temporales recurrentes y obsesivas; sería agradable dejarme seducir por los recuerdos, describir ese instante imborrable sin necesidad de ubicarlo en el tiempo, sin explicaciones, sin aspirar a la coherencia o a la incoherencia. Sería magnífico hablar de Laura sin aspiraciones, ni siquiera la aspiración de hablar de ella. Hablar únicamente.

"Pero es imposible, o a lo sumo, una posibilidad engañosa.

"Laura había llegado de Camagüey a entregarse, definitiva, nítida.

Me enseñó las uñas, anunció que se las estaba dejando largas de nuevo; sospechaba mis artimañas para perder la competencia y no quería participar de la situación tan absurda después de este encuentro. Ahora se sentaría frente a mí y obviando la longitud de las uñas asumiría la derrota simbólicamente, y contaría su última experiencia sexual.

"La había tenido con una muchacha, muy amiga suya, entrañable, su amiga de dormir juntas durante años en el pre, su amiga virgen y timorata para el sexo que de pronto había comenzado a conocer y experimentar todo con avidez y euforia, y se había convertido en un Kama Sutra ambulante. Esa muchacha había sido su confidente de siempre, el oído atento, el salmo, el bálsamo; y de repente no fue más, y ella la sintió escurrirse entre tantos cuerpos diferentes, y Laura pensó que para rescatarla debía ser un cuerpo más, otro. A lo mejor aquel apego adolescente, aquel idilio, escondía otras añoranzas, otros apegos, un gran silencio.

"Sin embargo, cuando Laura se desnudó, y la tocó y se besaron, Laura sintió que tampoco aquello resolvería nada, la muchacha seguía comportándose con una frialdad de espanto, Claudia. Fue peor. Por eso

estaba aquí hablándote francamente, muchacha. Claudia. Amiga entrañable. Oído. Salmo. Bálsamo.
"La abracé, la abracé, la abracé; sólo puedo decir que la abracé. Fueron minutos abrazándola.
"Serle recíproca en la franqueza tal vez fuera saludable en ese instante, pero habría significado un retroceso, malograr lo poco que había alcanzado, enfermarme después. Más. Lo transformé todo, mentí con elegancia. La condené, la humillé. Le dije que había conocido otras amistades, otro mundo, más pleno, más auténtico: ella había quedado atrás, atrás, perdida para siempre; era sólo un recuerdo. Que hacernos el amor había probado la incompatibilidad, el vacío, la distancia. Lloró largamente, durmió esa noche en mi cuarto, en otra cama, y al amanecer se fue.
"Mañana viajaré hasta Camagüey. Lo único grato hubiera sido ella, que me esperaría en la terminal de trenes, casi desnuda. Nos besaríamos con efusividad en las mejillas, nos apretaríamos despacio, fuerte. Ya en la casa, me hablaría de Carlos, nos enseñaríamos las uñas, yo perdería y seguiría mintiéndole sobre mi felicidad, vengándome por mi impotencia; le contaría el acto sexual entre Rebeca y Alicia como si yo fuera Alicia. Y así.
"Pero mañana no será así, será como si no fuera a Camagüey, y no fuera yo, y nada hubiera sido.
"Como si."

Sentado ya, y consumiendo los brebajes, el mulato confesó ser bailarín como el personaje de La Carta, un cuento que lo había cautivado. Me había visto varias veces por la calle y en alguna que otra fiesta, pero nunca imaginó que fuera el autor. Un día, mientras esperaba para entrar al cine Trianón en medio de una batahola enorme de pájaros, un muchacho tumbó su pamela tratando de tocarme por el hombro. ¿No me acordaba de la pamela? Exhibían La ley del deseo y se había travestido para la ocasión, ese día era rubia, un truco, no preguntara cómo lo había conseguido. ¿No lo recordaba? ¿El muchacho era mi amigo o mi pareja? No respondiera, no, era una indiscreción de su parte. Estaba obsesionado conmigo, le gustaban los hombres como yo, había averiguado en el ambiente por mí hasta enterarse de casi todo. Miraba sin esperanzas un acercamiento y decidió aquello. Él era Madame Rénal, Matilde La Mole, Julien Sorel. Escribía por hobby y de los seres que inventaba, prefería las tuercas. ¿Me había interesado el cuento de Claudia? Él sabía que no era gran cosa, no importaba, lo había utilizado como pretexto para adentrarse en mi mundo. Nada más había leído La Carta. ¿Yo no tenía otros relatos?, ¿por qué no los publicaba? Él intuía que detrás de esa mano que escribía algo así, vibraba un hombre pasional, loco, un amante extraordinario.

Decir que el asombro me paralizaba es una convención necesaria en historias de este tipo. El asombro me paralizó, aunque hubiese intuido que el mulato era Matilde desde que lo vi en el umbral. Me atraía, pero entre nosotros resultaba imposible ir más allá de aquella conversación. Estaba al tanto hasta del suceso con el muchacho que me había cantado el número de Amanda Miguel, era amigo suyo, le cantaba lo mismo a todos.
Matilde conocía a la mayoría de mis supuestos personajes: era un peligro. Delante de su sapiencia historiográfica, yo estaba obligado a reconocer en mi obra una especie de memoria retorcida y solapada, retazos de autobiografía vendidos como ficción. Matilde me hacía sentir el peor escritor del mundo.
Mientras él desarrollaba su conferencia sobre mí, yo meditaba sobre lo inconveniente de rechazarlo. Si él tomaba venganza propagando su saber por toda La Habana, el éxito del libro podría empañarse. Ciertas etiquetas me acompañarían siempre. Testimonial. Realista. Etcétera. Etcétera. En ese momento las misivas y el cuento de Matilde cobraban otro sentido: ataques agudos contra mi "literatura", chantaje sutil para acceder fácilmente a mi cuerpo. No, no podía ser tanto, él solo había leído La Carta. Tal vez no era bailarín y asumiéndose como tal, procuraba otra coincidencia más con el cuento para burlarse. No, la paranoia impedía razonar con claridad y astucia. Al diablo aquellos delirios. La solución era simple: quedar bien con mi cuerpo y con la literatura. Me acostaba con Matilde y luego escribía la historia de principio a fin, sin quitar ni poner nada. Un golpe maestro. Nadie creería que todo había sucedido realmente.
Y así obré. Hice el amor con Matilde, con Madame Rénal, con Julien Sorel - el mejor. Antes de marcharse sugerí en broma un titulo para su texto, Maneras de obrar en 1830, así Stendhal había nombrado uno de los capítulos de El rojo y el negro. "Es perfecto, querido", dijo, donándome el prodigio instantáneo de sus grandes dientes por detrás de los turbadores labios estirados. "Pero Claudia no tiene nada que ver con Matilde", agregó truncando la sonrisa. Tanta frialdad advertí, que en la puerta lo insté a regresar cuando quisiera, yo había terminado con el muchacho bello que le tumbó la pamela en el cine y estaba necesitando una aventura sostenida, y si era con un amante de mis cuentos...
No vino, ni siquiera porque, además, prometí leerle los otros del libro.

FIN

(Pedro de Jesús (Fomento, 1970). Narrador y ensayista. En 1998 publicó “Cuentos Frígidos” en Madrid, libro de cuentos cuya edición cubana apareció

en el 2000. Ha publicado además la novela “Sibilas en Mercaderes” en 1999. Ha sido antologado en su país y en el extranjero.)
102

IMPERFECCIONES – AIDA BAHR

La abuela se suelta y anda por la casa, con las trenzas grises medio deshechas, a veces descalza, a veces desnuda; se escapa como arena de un reloj, tropieza con las puertas que no están donde ella espera, levanta las tapas de las ollas, amarra las cortinas con cordones de zapatos; escapa mientras puede, siempre escapa. La casa se alarga en pasillos mal cortados, los mosaicos se manchan o se alisan; siempre al final encuentra un espejo, aunque tenga que buscarlo en el cuarto donde duermen los que hacen el amor, o en el baño donde la ducha es lluvia tímida. Siempre que encuentra el espejo hay gritos, manos que la arrastran, protestas, maldiciones; los espejos se vuelven negros huecos donde la abuela se hunde llorando -angustia infinita de no haber captado el reflejo-; pero la angustia pasa y vuelve el recuerdo, por eso se suelta y anda por la casa, provoca catástrofes cuando hay visitas; los pasillos la pierden y termina en el medio de la sala, toda desgreñada y triste llamando a Santos para que la rescate. ¿Y por qué no darle el espejo? Tal vez así se quede quieta en su cuarto, sentada, acariciando el cristal frío. Aprovechar que nadie mira, que nadie ve cómo el espejo busca a la abuela esta vez. Ni ella misma lo nota, porque está muy ocupada en zafarse, en liberar ese único brazo que queda sujeto por el nudo. Siente el espejo cuando lo tiene sobre los muslos, ese mínimo peso, óvalo de brillo que la sorprende y llama. La mano libre lo levanta, asoma su rostro flaco y arrugado, los mechones canosos sobre la frente. Sonríe. No advierte cómo el nudo se desprende, no se admira de poder levantarse; lleva el espejo hasta la pared donde el clavo lo espera porque le pertenece. La abuela se aparta el pelo de la frente, desata sus trenzas muy despacio, endereza los hombros consumidos, sonríe, llama: Santos. Con el pelo suelto se ve menos abuela, con esa forma de ladear la cabeza y entornar los ojos tiene algo de niña. Un casi temblor que la recorre y sus manos a punto de tocar sus hombros dicen que espera que alguien se le acerque. Lo invoca: Santos. Primero es una sombra, después como una mancha, el espejo crece y se redondea, ella se peina y sus manos desaparecen bajo la oleada negra que todavía conserva surcos de las trenzas. Lo presiente antes de oírlo, su piel lo huele y se eriza; Santos está detrás y va a abrazarla, emerge del espejo como si naciera, la envuelve como si la vistiera, la obliga a arquear el cuello con sus besos, a derramarse en un torrente de susurros que se oyen Santos, Santos, aunque

no lo diga; el cuerpo vibra ante el espejo, se agita entre los brazos de Santos, se vuelve... se vuelve... ¡Santos! El espejo está preso por el clavo en la pared. ¡Santos! Es un aullido que enloquece. La abuela es vieja y arrugada y busca frenética, tumba el sillón y la mesita, choca con la cama y se cae, arranca las sábanas, se convierte en un grito sin pausa hasta que la agarran, la sacuden, la levantan, la tiran en la cama. Se deshace en sollozos sin lágrimas, sin sonidos, puro gesto que busca su reflejo. La abuela es una mueca de dolor infinito. El espejo era fijo y muy pequeño.

FIN

(Aida Bahr (Santiago de Cuba, 1958). Narradora y guionista de cine. Ha publicado los libros de cuentos “Hay un gato en la ventana” (1984), “Ellas de noche” (1989) y “Espejismos” (1998). Sus cuentos han sido antologados en numerosas selecciones cubanas y extranjeras.)

LOS HITOS – PEDRO PEIX

Negra y decapotada, sobre la tostada hojarasca del, camino, la victoria presidencial venía de vuelta a la ciudad. Atrás había dejado la estancia de Oro León, último destino de los paseos dominicales del Presidente, pues allí te brindaban cigarros y anís, "nadie podrá reprocharte tus años en el gobierno", cómo disfrutabas esas dos horas rituales en la glorieta del jardín, "apenas te quedan meses para abandonar con honor el poder", siempre salpicadas por largos silencios que únicamente mitigaban las jaulas de los canarios y el vaivén de las mecedoras, "debes estar orgulloso, Pepe, has pacificado el país y has logrado una buena labor administrativa", cálido y sostenido sentiste el abrazo y el eco franco de la despedida, "no soñabas con ser Presidente y ya eras entonces el mejor tirador de Montelirio", al tanto que lo veías cerrar el portón mirarte partir en la victoria que ahora atraviesa por un estrecho cortejo de flamboyanes, lenta y plácida, empujada por una yegua blanca que tu fiel cochero, Tapia Luzbel, no necesita fustigar porque los domingos son días de serenas monotonías, de invariables respuestas que tu edecán elabora con lacónica espontaneidad, "sí, general, usted tiene razón: qué buena gente es su compadre Oro León", o si no más allá, en un recodo familiar, "es verdad, general, qué hermosa sombra dan estos flamboyanes", contrariamente al cochero, un negro alto con sombrero de hongo, enfundado en un uniforme azul de botones dorados, "¿qué harías, Tapia, si trataran de asesinarme?", la voz ronca y reposada, "vivo o muerto, don Pepe, yo siempre estaré a su lado", diez años antes era un simple peón de tu hacienda, laborioso y honrado, eso lo

sabías, ni siquiera en los diluvios de septiembre se perdía una sola cosecha ni desaparecía o se ahogaba animal alguno bajo su guarda, osado y corajudo, te lo había demostrado, mucho antes de que fueras Presidente, batiéndose con un machete contra unos prófugos que trataron de violar, en tu ausencia, a doña Remigia, dormitando a la hora de la siesta en la hamaca de la galería, tu esposa, entonces joven y cándida entre diez manos ávidas que se lanzaron sobre la desnudez de sus muslos, apenas descubierta por la brisa, ella seguramente estará ordenando la cena y abriendo los grifos de la bañera, para cuando llegues, puntual y satisfecho como todos los domingos, habituado ya a los vivas y saludos de la gente al verte salir y entrar a la ciudad, habituado ya a la orilla enrojecida del crepúsculo desvaneciéndose sigilosa por entre las ramas de los flamboyanes, habituado ya a la postura bamboleante del edecán, bostezando en el trayecto de vuelta y luego cabeceando sobre el mismo hombro de Tapia Luzbel, aletargados ambos sobre el pescante de aquel coche que de pronto sentiste que perdía su ritmo habitual, "¿qué pasa, coronel Nazareno?", despertándose, restregándose los ojos, "nada, señor Presidente, parece que hay un carro en medio del camino", sacando la cabeza lo viste atravesado en la avenida, de color rojo y al parecer abandonado, justamente cuando oíste a tu cochero gritar, "ihey!, quiten rápido ese carro, ¿no oyen?", casi segundos antes de que vieras salir de entre los árboles de una estancia vecina, a un grupo de hombres apuntándote con sus revólveres y vociferando nerviosamente, "¡alto ahí!, ¡alto ahí!", y adelantándose hacia el coche al tiempo que disparaban sus armas mientras el edecán sacaba la suya, de pie sobre el pescante donde ya Tapia Luzbel empezaba a azuzar con el látigo la yegua blanca que corría desbocada, arrastrando el coche de un lado para otro y evadiendo, afortunadamente, por escasos centímetros el carro que la obstruía, "los vio, general, los vio, por mi madre que los conozco, ¡a todos, mi general, a todos!", y luego retornando al camino sin avería alguna en las ruedas, sanos y salvos, volviendo la cabeza para ver solamente la silueta rojiza de aquel carro solitario que repentinamente se llenó de gente apresurada y arrancó con las puertas abiertas en vía contraria a la que tú llevabas, perdiéndose a toda velocidad en el polvo de una emboscada que ya habías dejado atrás.

Entonces comenzó la tarde a desmoronarse de sombra, a perfumarse el aire con el aroma de los naranjos plantados a la vera del camino, a multiplicarse mi ira sobre el pescante que había decidido abandonar para protegerlo a usted, mi general, sentado a su lado le describí uno por uno los rostros y la vida de los asaltantes, no iré yo a saber la casa en que viven, el apellido que los identifica, los apodos que los confirman, los lazos que los unen a

través de estas mismas cercanías, estancia tras estancia fue rememorando las desavenencias, los rencores mal disimulados, las hostilidades traducidas en ausencias y frialdades a propósito de un banquete conmemorativo o de una simple ceremonia oficial, resquemores y dudas que tú habías sospechado pero que, no obstante, pensabas que se habían olvidado al llegar a la presidencia y tal vez muchos años antes, porque sí, porque eran tus amigos, tus allegados más íntimos, incluso sus compadres, mi general, descendientes casi todos de las familias más hidalgas y acaudaladas de la capital, menos uno, mi Presidente, menos uno que tenía los ojos embalsamados de odio, sí, ese mismo, al que poco le faltó para subirse al coche, ¿no te diste cuenta tú, Tapia, de cómo siguió disparando mientras los demás huían?, había que ver, general, cómo insistía, estaba decidido a matarlo, ni siquiera escuchaba a los otros cuando le gritaban que se escondiera, que ya habría otra oportunidad, y él disparando hasta que se le agotaron las balas y de pura rabia tiró el revólver al suelo, claro que lo había visto, por supuesto que lo conocía si ya doce años antes, en el ajusticiamiento de Lilí Cienfuegos, uno de los tantos tiranos que gobernó a su antojo la isla, había jurado vengarse de la muerte que tú mismo, con tus propias manos ejecutaste contra su hermano, ¿un pobre diablo acaso?, ¿un delincuente común?, ¿un enemigo político?, tu rival más peligroso, Pepe Góngora, tu oponente más firme en la lucha por el poder, ¿lo recuerda ahora, su excelencia general don José Góngora y Carrasco?, bien podría ser un malentendido, todo el país estaba en guerra, la capital sitiada, Barrancas y Montelirio estremecidos por el terror y el saqueo, Atajo Viejo y Pasopronto incomunicados por el ir y venir de los muertos, por su trepidar escalofriante que congestionaba todas las calles y hacía sacudir de cólera las aldabas de todas las casas, de alguna manera tendrá la gente que reconocerlo, se fusilaba a diario, en cualquier parte, se linchaban sospechosos, se ahorcaban prisioneros, se torturaban rehenes, era la guerra, una guerra más desatada entre generales ambiciosamente desesperados, ¿quién era yo entonces?, dímelo tú, Remigia, consuelo y refugio de todos mis desvelos, en qué charca harinada de estrellas me encontraste, mi noviecita de pueblo, mi noviecita de besos limpios y apretados, te, diré que estabas herido y con miedo, tumbado entre llagas y lágrimas en un oscuro pantano de Montelirio, huyendo de la tropa de Lilí Cienfuegos, de las patas enfangadas de sus caballos que perseguían sin compasión al más remoto cómplice, Pepe, al más lejano pariente de los conjurados, a tus padres, a tus hermanos, a tus amigos de farra, a esas mujeres de mala vida que sacaron de aquella casa indecente para ponerlas en fila, con la piernas abiertas en plena calle, ellas también te conocían, Pepe, habían estado contigo y a mucha honra se lo dijeron a los guardias, desde las ventanas todo el pueblo

de Montelirio lo escuchó, ¿quién no sabía que tú eras uno de los conjurados, uno de los principales justicieros de Lilí Cienfuegos, quién, si hasta yo misma, que no andaba nunca en asuntos de esquinas, lo sabía borde y onda de mi llanto?, qué puedo hacer si el pasado me apunta con índices sangrientos, razón ha de tener mi conciencia en olvidar, no me queda más remedio que soñar enemigos, ubicarlos cuando ya los tenga en medio de la cara, reconocerlos incluso después de la muerte porque cualquier hombre puede albergar venganzas que ni mi más alta investidura, ni siquiera mi más calculada cautela pueden vencer, es una verdadera traición, mi general, deje que lleguemos a la ciudad para que usted vea cómo van a caer estos asesinos, indignados, temblorosos, ordenándole a Tapia Luzbel, "date prisa, Guanguan, date prisa que estoy loco por atraparlos", y el señor Presidente aparentemente tranquilo, despreocupado, tratando de reflejar serenidad, pensando en desplegar una estrategia más eficaz y expedita que la del coronel Nazareno, "lo mejor será detenernos en la próxima estancia y llamar por teléfono a la fortaleza de la ciudad", moviendo la cabeza negativamente, con gesto desconsolado explica el cochero, "es una desgracia, don Pepe, ¿no recuerda ya que el último diluvio tumbó todas las líneas que había por aquí?", arremetiendo cada vez con más ímpetu al látigo sobre el lomo de la yegua, "cuánto tiempo falta para llegar a la capital, Guanguan?", y él sin responder, frenando de golpe ante la aparición de un coche que se cruzó de pronto en medio del camino, "otra emboscada, general, otra emboscada! ", gritó saltando de la victoria y disparando contra tres hombres que vestidos de militar, se bajaban del coche abriendo fuego con sus carabinas en dirección al asiento en que iba el Presidente, herido al instante en la mano derecha, sin tiempo a sacar su revólver y viendo impotente cómo caía fulminado en tierra el coronel Nazareno, y viendo luego cómo los asaltantes huían despavoridos por entre la maleza mientras Tapia Luzbel sacudía las riendas y restallaba el látigo, abriéndose paso por encima del coche volcado de los conjuros en un camino en donde ya la noche había terminado de rellenar sus más obscuros senderos.

A ciegas, bajo el pesado ramaje de las ceibas, la victoria presidencial avanza a toda marcha. Atrás, en el asiento ensangrentado, el general José Góngora y Carrasco, apenas atina a ver el lomo fantasmal de la yegua, a escuchar los fatigantes resoplidos de un animal sobreexcitado que solamente sigue corriendo gracias a la destreza del cochero, "¿está usted bien, don Pepe?", y otra vez el chasquido del látigo como un relámpago a ras del suelo, los mismos grillos salmodiando las sombras, tu cara de espanto, Remigia, cuando me veas llegar, "ya falta poco, don Pepe, no se preocupe", ¿quién podrá creerlo?, ni siquiera ustedes que atentaron contra mi vida, podrán creerlo, ni siquiera ustedes porque serán pasto de mi

venganza, en tu nombre y en el mío, coronel Nazareno, en la memoria de tu cuerpo acribillado habré de vengarme, pocos minutos han de faltar para perseguirlos por dondequiera que se encuentren, fortalezas y cuarteles no dormirán, esta justicia me pertenece, ¡en pie guardia republicana!, ella supo sojuzgar a los malhechores que se negaban a verte convertido en Su Excelencia, general don José Góngora y Carrasco eso no pudieron impedirlo, ni el mismo Rosendo Hurtado bravuconeando por lomas y cañadas llegó a resistir los años del despeine, árbol por árbol, surco a surco, no quedó vivo un solo animal, una sola rata, Rosendo Hurtado, que pudieras llevarte al estómago para seguir paleando en Montelirio, por eso eres responsable, Señor Presidente, por otorgarle a tantos generales potestad para el crimen, respaldo y municiones para que aquella carnicería que retorció el vientre de todas la muchachas que vivían en los cerros, oh general, qué fácil es fusilar con insomnio, qué fácil en nombre de la paz ciudadana ejecutar rivales de burdeles y galleras, qué fácil asesinar militantes de otro bando que no tienen tu enseña ni tu estirpe, óigase bien, qué general he sido enterrando sables y clavando espuelas, ya no recuerdas cuando las metías de raíz en los ojos de los muchachos que cortejaban a Remigia, de los muchachos que también la querían y que ya nunca más volverían a verla, iracundos y ciegos estarán buscándome, urdiendo emboscadas y conjuras hasta sacarme las entrañas con las manos, hasta verme podrido sobre la mortaja de esta gran venganza encadenada, también sus hijos, Señor Presidente, los hijos de los hombres que usted fusiló crecerán con las fiebres de los más duros rencores, anónimos quizás, campesinos y herreros, mayorales y chulos, sastres y barberos de pueblo, reclutas y prebostes de cuartel, braceros y brujos de bateyes, trabagallos y aborteros seguramente han vivido todos estos años mascullando una venganza artera y calculada, ellos son hijos de la guerra, mi general, no los olvide, crea en este cadáver tirado sobre el camino, algo más que el rastro de la muerte puedo ofrecerle, voces de alerta que suben por mis ganglios fétidos, consejos de una carroña que aún tiene palabras para usted, mi general, palabras para prevenirlo contra la deslealtad, contra la inquina de los más ingratos que tú de alguna forma protegiste, sin saber que el odio también sabe sonreír y obedecer, por muchos años lo he sabido, coronel Nazareno, y ahora más que nunca se lo agradezco, ahora que la victoria presidencial atraviesa por un recodo obscuro erizado de altos pinos, "a toda prisa, Tapia, a toda prisa!", porque nuevamente te han emboscado, y nada puedes saber en aquella obscuridad donde solamente puedes sentir tu mano descuartizada, las ráfagas intermitentes que se incrustan en las puertas del coche que rebotan en los estribos y en el pescante, que parten en dos el mismo látigo de tu cochero, "ahora sí, Guanguan, ahora sí que los

jodimos", exclamas jubiloso cuando rebasas el fuego cerrado de los conjurados, cuando alcanzas a ver, a lo lejos, las primeras luces de la ciudad, la última curva de los asedios por donde calladamente te despiden vivo, los pinos, compadre, esos nobles centinelas de la resina que por breves segundos pensaron cotejar tu muerte.
"¡Al fin, Tapia, al fin hemos salido de este infierno!", era tanta tu alegría que ya no sentías los huesos que habían asomado por la piel de tu mano derecha, el mismo sudor sanguinolento que había impregnado todo tu cuerpo, que había manchado tu chaleco y tu pantalón, horas antes blancos e impecables, sin una gota de anís ni siquiera una brizna de ceniza, tal como te había contemplado tu amigo Oro de León en aquella estancia que nunca imaginé que fuera el punto de partida de tantos infortunios, en verdad, compadre, que de haber sospechado la más recóndita conjura, no te hubiera dejado partir de este solaz que ahora el azar a circundado de afrentas, pero me alegra comprobar una vez más tu suerte, compadre, desde siempre la he admirado y bendecido, no sabes cuánto hubiera dado por sacar nuevamente del armario el sable y las espuelas de los primeros años, pelear como entonces y ofrecerte mis propias vísceras para escudarte de cualquier encrucijada, ya muy atrás la has dejado mientras oyes el chirriar de las ruedas, su pesado y torpe rodar, al cual no haces caso porque estás feliz, entusiasmado con la implacable represalia que vas a desatar, envanecido tal vez por tu aura invulnerable, por esa nueva sensación que experimentas al sentirte súbitamente un ser predestinado, "me sobra destino, Tapia, ¿entiendes?, ¡me sobra destino!", lo viste brillante y sudado, ya sin sombrero, más negro que nunca sentado en el pescante, casi encorvado sobre las riendas que apretaba firmemente con los puños, más bien doblado sobre su regazo como si un fuerte dolor lo oprimiera, quejumbroso, abatido, ensangrentadas las hombreras del uniforme, de esa forma lo viste, de espaldas a ti y luego volteándose, sin soltar las riendas aún envueltas entre las llagas de sus manos, lo oíste musitar con esa voz ronca que tanto conocías, "vivo o muerto, don Pepe, yo siempre estaré a su lado", esas palabras te llegaron al corazón, justas, limpias y certeras como las seis balas que el cochero Tapia Luzbel descargó sobre el pecho del Presidente, una tras otra, impasiblemente, al tanto que hacía caminar la victoria rumbo a la ciudad, murmurando para sus adentros, "yo también, don Pepe, era uno de los conjurados, yo también, general, soy un hijo de la guerra".

FIN

(Pedro Peix nació en Santo Domingo. A publicado los libros “Las locas de la Plaza de los Almendros”, “La noche de los buzones blancos”, “Pormenores de una servidumbre” y “El fantasma de la calle El Conde”, todos de cuento; así como las novelas “El placer está en el último piso” y “El Brigadier”. Es el autor de “La Narrativa Yugulada”, una de las antologías de cuentos más importantes del país, y coautor de la antología “El síndrome de Penélope” en la poesía dominicana.)

NINGUNA HUELLA – LUIS MARTÍN GÓMEZ

1

Las llamas se reflejaron en sus ojos.
Nuevamente todo había terminado con el fuego. Ni un pedazo de papel, ninguna fotografía, nada.
La primera vez fue a los trece años, después de su primer poema. Se desveló para escribirlo, pero al final no le gustó y lo echó al cesto de basura. Así comenzó su manía. La mañana siguiente, en el colegio, se la pasó esperando el toque de salida. Recordó que sólo había estrujado el papel con el poema y le preocupaba que alguien pudiera reabrirlo y leerlo y descubriera que tenía su firma. Cuando regresó a la casa, encontró el cesto en el mismo lugar y con toda la basura de la noche anterior. Respiró tranquilo al recuperar su poema arrugadamente intacto. Lo releyó forzándose a verlo bueno., No, es una porquería, se dijo mientras lo rompía. Su alivio duró poco. Esa noche apenas durmió unas horas, pues se le ocurrió el absurdo de que Pascual, su rival en el colegio, interceptaría el camión recolector de basura, tomaría los fragmentos de papel con el poema y los pegaría para leerlo con tono burlón ante los compañeros de clase. Debí garabatearlo encima, romper los pedazos en más pedazos y éstos en pedacitos, se recriminó.
El resto de la semana temió la risotada de los demás estudiantes, quienes, por el contrario, se molestaron por su agresividad cuando conseguían acercársele.
Lo que sucedió después definió su enfermedad. Imaginó hasta creerlo que en el vertedero municipal algún buscador de desechos reconstruiría su poema y sin entenderlo lo dejaría a la vista de todos. El fin de semana compró todos los periódicos con suplemento literario para revisar si lo habían publicado. Puede que haya caído en manos de otro poeta y que me haya plagiado; el poema es malo, pero es mi poema. En realidad, deseaba que alguien se atribuyera el poema, porque de esa forma se libraría de tal responsabilidad. Intentó convencerse de que resultaba imposible localizar

las piezas de un papel entre miles de toneladas de basura. No obstante, fue después de la tercera docena de periódicos cuando aceptó que su poema había desaparecido para siempre.

2

Sucedió por un descuido. Una noche olvidó empacar los papeles rotos y al amanecer la sirvienta de la casa los echó en el cesto de basura de la calle. El viento soplaba fuerte y los trocitos volaron junto a las hojas
secas. Corrió a recogerlos. Parecía un desquiciado cazando moscas, con los cabellos largos ondulando por la brisa, los espejuelos torcidos y su cuerpo flaco que casi flotaba en medio de la calle donde se insinuaba la lluvia. Mira, se decía para justificarse, este pedacito tiene mi firma: ¡qué no haría con él un crítico literario en el futuro -fantaseaba.
Poco a poco su inquietud por el destino de sus escritos se convirtió en obsesión. Todo lo rompía: cartas, recados, apuntes, libretas con números telefónicos, agendas, listas de compra; ya no sólo porque tuvieran su nombre; si estaban escritos con su letra, los hacía trizas. Con el tiempo fue desarrollando técnicas para deshacerse de sus textos. Dispuso fundas de distintos colores para botar los papeles según su importancia: en fundas color gris, los comunes; en las de color amarillo, los comprometedores; y en las de color rojo, los ultrasecretos: sus poemas. También la forma de romperlos era distinta en cada caso. Trituraba los poemas, casi los pulverizaba; en cambio, se deshacía más rápido de los apuntes de colegio. Si le tocaba desaparecer algún escrito camino a la casa, echaba un pedazo en un cesto, otro pedazo en un cesto distinto, y se guardaba el resto para asegurarse de que quedaría incompleto.
No puedo arriesgarme, no puedo arriesgarme; otro descuido y echaré todo a perder, se repetía a cada momento. Pero volvió a descuidarse en más de una ocasión. Dentro de varios libros que obsequió a algunos amigos se le escaparon borradores que olvidó romper. Y no rescató a tiempo los documentos que mezcló por error con una carta que envió a su padre al extranjero. Sin embargo, fue el poema que le devolvió la lavandera de la casa lo que lo hizo decidirse. La tinta estaba parcialmente corrida y los bordes del papel ablandados por el agua, pero podía leerse. No recordaba cuándo lo había metido en el bolsillo trasero del pantalón.
Entonces pensó en el fuego.
Gritó de emoción al remover las cenizas en el anafe comprobando que ni una letra se había salvado. Sonrió. El fuego lo acaba todo, no deja huellas. Desde entonces, siempre llevaba consigo una caja de fósforos. Así como antes todo lo rompía, ahora lo quemaba todo. En la calle, en la casa, en los

jardines del colegio, dondequiera prendía su fogata y esperaba hasta que los papeles se consumieran por completo para no tener dudas de su destrucción.
Estaba tranquilo. Engordó un poco. El fuego le daba paz.

3

Su madre, alarmada por las advertencias de los vecinos, hizo que fuera al psiquiatra.
-¿Te castigaron alguna vez por equivocarte? -le preguntó el psiquiatra tratando de establecer el origen de su perfeccionismo que intuyó desde que lo vio reorganizar el escritorio ordenando los adornos, los libros, el bloque de recetas y el teléfono con simetría exactísima.
-No lo recuerdo muy bien -le respondió él mientras cerraba un ojo para comprobar visualmente que los libros estaban justamente a una pulgada del borde de la. madera-. Creo que no, aunque siempre sentí miedo de que me castigaran si me equivocaba.
-¿Sabes? -le comentó el psiquiatra en tono amigable-, nuestros padres no saben el daño que nos causan cuando nos hacen creer que somos perfectos; ¿crees que somos perfectos?
No respondió. Fuera de la clínica, aprovechó la tardanza del autobús para quemar unas líneas que había dibujado nerviosamente en la sala de espera del consultorio. Luego puso cuidadosamente en la cajita un fósforo apagado en sentido contrario a los fósforos sin usar para recordar que tenía que revisar unos documentos que guardaba en la casa. Quedaban dos o tres fotografías, el acta de nacimiento, el diploma de séptimo grado, algunas tarjetas postales y tres o cuatro poemas. Lloró al terminar el inventario. No era para menos. Había dedicado casi todo su tiempo a disimular sus pasos y a los diecisiete años no tenía nada que mostrar con orgullo. ¿Para qué cuidar mi pasado sí carezco de méritos? se preguntó con amargura.
Se sumió en la depresión. Los papeles formaron pequeñas montañas que le dificultaban caminar y tuvo que abandonar la pequeña oficina que había improvisado en la habitación de servicio aprovechando que la sirvienta había dejado el empleo por temor a morir quemada. Durante semanas, no le preocupó si alguien leía a escondidas sus escritos, si moría antes de incinerar sus poemas impublicables, si le hurtaban un poema premiable. Durmió, sobre todo, y en los' pocos momentos en que estuvo despierto no hizo otra cosa que balancearse en la mecedora de la habitación imaginando ser un poeta laureado.

-El temor a equivocarte -le aconsejó el psiquiatra en una de las consultas- te impedirá concluir tus trabajos; debes terminar algo, aunque no quede todo lo bueno que deseaste.
El escuchaba mirando sus dedos, con los que hacía un curioso juego de combinaciones. Alternó una vez más el meñique con el mayor y el anular con el índice antes de contestar:
-Si uno dispone de todo el tiempo para hacer algo, ¿por qué no hacerlo perfecto?
-Quien no se arriesga al abismo no alcanzará la cima -casi recitó el psiquiatra, sabiendo que a él le gustaba escribir poemas.
-No puedo... -empezó a decir e hizo un gesto de enfado porque alternó el índice con el mayor y éste con el meñique, cuando a la vuelta tocaba alternar índice con meñique y mayor con anular.

4

Otra vez en la habitación y balanceándose en la mecedora, pensó en todo lo que pudo haber hecho y no hizo. Hubiera completado un primer
libro, o ganado un premio en un concurso universitario, o por lo menos publicado unos poemas en la prensa. Cada balanceo parecía marcar el tiempo que transcurría inexorablemente. Es mejor no publicar algo de lo cual arrepentirse luego... Cierto, no he hecho nada, pero tengo lo que muchos desean: la tranquilidad de no haberme equivocado... Si no he hecho nada imperfecto, entonces soy perfecto...
Recordó que tenía que deshacerse de los montones de papeles que permanecían acumulados. Paró de mecerse, se levantó y fue hacia su pequeña oficina. Al entrar, sintió estar ante un cementerio de ideas. Rebuscó en sus bolsillos la cajita de fósforos.
¿Te hicieron elogios que te inspiraran metas demasiado dificiles? rememoraba las palabras del psiquiatra, mientras encendía los papeles. Miró el fuego con aire ausente. Las llamas crecían amenazantes,
crepitaban. Prueba a equivocarte, nadie te juzgará por ello, no debes sentirte culpable...
Sus ojos centellearon, angustiados primero, después aterrados, hasta que ennegrecieron, como los papeles y las fotografías.

FIN

(Luis Martín Gómez nació en Santo Domingo, en 1962. Varios de sus cuentos han sido premiados en certámenes nacionales, como el de Casa de

Teatro y el de Radio Santa María. En 1999 obtuvo el Premio Nacional de Cuento con su primer libro, “Dialecto”.)

UNOS GATOS EMPUJAN LA PARED – JULIO ADAMES

Tal parece que todo está podrido, muerto, sucio de sombra. Todo es escombro en esta nada en que también tú apareces sobriamente podrido, deshecho en el flequito de luna que golpea la ventana. Podrida luna, te dirás ahora, ahora que el vaho ha comenzado a invadirlo todo, sin precisión, sin rumbo, apenas dejando resbalar la noche, ese chorrito amargo y oscuro que se cuela por la ranura de la puerta como reptando, como atrapando una porción del cuerpo que, indiferente, se pudre en el último rincón del cuarto, sin proyectar siquiera un último triángulo de sombra. Dulcemente pudriendo sobre una pila de colillas, entre húmedas y acres tufaredas, vómitos de celuloide y manchas de hiposulfito de sodio y alcanfor.

Ahora sí. Ahora ya no podrás recurrir al viejo truco a base de imposibles minucias en que solías aparecer perdido al fondo del callejón o en cambio infinito a la entrada del lente con el solo hecho de mover el diafragma de la cámara fotográfica a tu antojo. Ahora no. Cada embestida, cada trago amargo de la vida, te sumerge más y más hondo, te asedia, te empuja, te mete hasta los tuétanos en este pastoso fango en que de pronto empiezas a perder el sentido de las cosas, aquellas que te desdibujan en el abandonado entorno de la sinrazón. Para qué salir a la calle entonces, te dirás. Para qué inventar sueños, si siempre nos acosa el sucio cansancio de estos días, si siempre es lo mismo, si siempre es nada cuando de eso, precisamente, se trata esta vez: de una ficción, de una terrible confusión de cuarto oscuro, pelos de gata, arañazos de sangre y maullidos, y no de la utopía de una simple visión de celuloide.

(VOZ No. 1): y sabían la última sobre el fotógrafo dizque cuando era un muchachito se divertía quemándoles las colas a los gatos e incluso hasta hace poco se llegó a rumorar y a mí no me lo crean que eso de la pentax me super al hombro es sólo un montaje que la verdad es que se trata del extraño caso de un desaforado copulador de gatas.

(VOZ No. 2): a ella yo la conozco de hace tiempo y créanme que la tipa no es fácil a propósito saben ustedes cuál era su hobby preferido en aquel tiempo coleccionar longplays sí así como lo oyen los coleccionaba de todo tipo pero los que más le gustaban eran los interpretados por Raphael de España; la tipa no es fácil y yo sé bien por qué se lo digo todavía recuerdo el tremendo lío en que nos metió cuando estudiábamos en el instituto evangélico y fue que la muy puta nos llevó a fumar al traspatio de los baños

y en medio de la ronda comenzó a bailar a contorsionarse como cobra egipcia mientras se iba quitando los zapatos los pantalones la blusa todo todo hasta quedar en cueros así como lo oyen en pelota y nosotros aplaudiendo y el consejo directivo que entra en escena y los muchachos que corren y ella allí parada exhibiendo su humana naturaleza como si nada lo cierto es que a ella la castigaron dejándola encerrada durante dos noches en la biblioteca del internado y me dicen que logró esconder varias cajetillas de cigarrillos y que allí se las pasó fumando y garabateando en siendo libros de filosofía todos.

(Como que se te va la voz. Como que te pesan los párpados. Como que escuchas un lejano repiqueteo de campanas. Te estás pudriendo. Estás más muerta que de costumbre).
La guagua bajó por el parquecito Las Flores y la dejó frente al edificio de mampostería con balcón, color naranja descascarado.
Y bien, qué se le ofrece preguntó él, sin dejar de fumar, apoyando un brazo en el dintel de la puerta.
Vine por lo del anuncio respondió ella, mostrando un periódico atrasado.
Y ahí mismo le voló una mariposa en la sonrisa. Pero antes, él logra captarla: dos ojos en ascuas; atractiva, quemada de sol, alta, elástica, pantalón color seco y blusa de satén con nudos en las puntas, gestos, boca...
Me parece usted demasiado joven observó él. Además, a veces se trabaja hasta muy entrada la noche y...
No se preocupe le interrumpió. No pienso defraudarlo, además, ya antes he tenido este tipo de experiencia. En cuanto a mi edad, es lo de menos. Siempre he sabido tomar mis decisiones.
Le pareció muy inteligente. La hizo pasar a la sala de estudio donde después de conversar un rato se pusieron de acuerdo y, allí mismo, decidieron pormenorizar lo relativo al contrato: pagos, vacaciones, horas extras, poses al desnudo, kodak tecnicolor, posiciones verticales u horizontales, hormiguitas de luz, etc., etc.
(Se oye un golpe seco. El miedo se agolpa. Los manchones de noche estremecen el patio desierto, los árboles solos. Alguien espera).
Es noche, nada más, y tú estás solo, en este inexorable rodar pendiente abajo, a tientas, dando tumbos, la mirada perdida en la perplejidad del miedo que ahora te acosa, te rompe, te socava hasta los genitales. Tú estás dejándote arrastrar, desalentado, buscando un asidero, un punto claro en qué asir el pensamiento, un trocito de lógica que ruede en la conciencia y te permita reconstruir palmo a palmo tu propia realidad en la última visión estética de este cadáver que se pudre en tus ojos, definitivamente.

Entretanto, ella no, sólo te mira, te ve palidecer en esta extraña dimensión de luz donde las palabras son vómitos de flash, de pie en el balcón, regocijada en este extraño ámbito de magia y oropel, alcanzada a ratos por un flequito de luna temblorosa, distraída y abstracta, pensándote la otra, la que anhela ser, la que no eres, ninguna, esa que alborota el oro de su cabellera porque así lo quiere él, porque cada día le exige más esa empresa para la que ofrece sus fotografías; y tú no quieres hacerlo quedar en ridículo, porque ya te sientes parte de su bella locura, cómplice o espía de su propio universo y que te inclines un poquito y que intentes atrapar los bordes de luz que se desbordan en la puntas de tus dedos y que afuera está lloviendo, que por qué no aprovechas para desandar la lluvia, flotando, así como volando rota y sin espacio, y que de ti depende el viaje al extranjero (a Europa preferiblemente) y que tus nalgas, coño, si será que no ve tu lindo trasero el muy maricón, esos senos tuyos agredidos por la luz de la luna, tu cuerpo, tú misma entre fulgores; sí, tú, que no te sabes transgresora de este primer estadio; tú, que ignoras ser posesa de este rito; tú, que, sin embargo, te impones primeriza en esta extraña versión de luz y sombra.

Y él, descorriendo cortinas, orientando tu cuerpo hacia la luz, hacia posturas lúdicas cada vez más inverosímiles, retocándote de luz y kodak tecnicolor, soltándote a tu libre albedrío, asesinándote el miedo con los ojos, hurgando en tu sombra las noches que ambos deshilacharon en el Monumento; así, golpeando rostros imaginarios sólo para reconstruirte en unas fotos; o si no, nadando río arriba o río abajo en tu "acuarela del río que pinta de azules mi lindo romance, en el mundo no hay marco más divino y bello para nuestro amoooor..."; en permanente graduación de asa; despertándote inéditos pichoncitos de demonios. Y tú, cayendo cada día en el incesante vértigo que te condena y te redime y que te ha llevado a adoptar posturas cada vez más insólitas e imprevistas de brazos al aire y piernas a horcajadas, con saltitos de. gata y paseítos por la calle el Sol y todo, sólo para que este maricón de mierda te devore, te trague, a ver si así lo haces olvidar toda su absurdidez de pelos y porquerías de gatos en el tejado.

(Dijo que podía sentir los ojos en el palpo de esa voz acalambrada y simple. Que la cara no se le arropaba de sombras cuando la veía y la veía invisible en cuanto el lente lo arrojaba feliz y desgraciado sobre ella. Dijo que sí al cuerpo que lo entrampaba, que sí a la belleza. Que podía entrar en una zona de su calor, moverse, charlar allí con ella y sentirla lejana).

Sentir su frío aquí, ahora, obnubilado como estás, echado como un trapo en el piso sin siquiera sentir que ya nadie merodea tus cosas, esas ilusorias esquinas captadas por tu Nikon 12o apenas iniciada la imagen que se

pudre, que se pierde en el fondo de esos ojos inconmensurablemente hermosos, con fotos de Marilyn Monroe y todo.
Que sí, que se pudre el cuerpo como algo ritual, anónimo, destrozado, ofrecido en diásporas de luz y que no obstante parece que el sopor te ha ido venciendo, aplastando, pues ya no tienes ganas ni de salir afuera, a la calle, y has optado por este enclaustramiento que en todo caso no es ni mejor ni peor que cerrar una puerta y quedarte encerrado, y menos ahora que todo esto retorna a su principio y se repite como un rollo infinito, mientras tú te vas quedando atrás, deslizándote por la ternura digital de la joven intensa que noche tras noche viene hasta ti y toma sus poses con una exactitud envidiable, con una exactitud que tú aprovechas para ponerla a transitar despacio por una vía de luz que, por otra parte, sería imposible sin una previa graduación del lente que facilite un mayor acopio de claridad a través del reflex, al través de esta sombra circular que te ahoga como algo ritual, anónimo, destrozado, ofrecido en diásporas de luz...
Pobrecita, se te ve tan sola. Y tal parece que sí, que esta vez te pudres definitivamente. Morir es fácil. No tienes ni siquiera por qué reiterarlo. Lástima que los gusanos no lo entiendan así. Ellos, los gusanos, sólo saben hacer piruetas sobre tu soledad. Y es que la soledad, y esto debes saberlo, en este desenlace trivial, deviene siempre henchida y pródiga. Pero mejor no te culpes, no te culpes de nada. Total, te estás pudriendo hasta en lo más íntimo. Y sólo eso importa. Y a no ser porque te pudres definitivamente como cualquier cosa, a no ser por eso, podrías contar los arañazos que te destrozaron desde el pecho hasta el pubis en un solo ramalazo, que te desfiguraron tu carita de muñequita barbie, tus orejas; es más, creo que hasta podrías sentir la desgarrante angustia que, entre jadeos quedos y temblores, fuiste vaciando al precipitarte en aquel prodigioso abismo sin espacio, sin. un fondo tangible, cuando te ataste a su cuerpo la otra noche, cuando él, como loco, te llevó a su cama porque habías estado maravillosa, sublime, y ese hecho tan extraordinario tenían que celebrarlo de algún modo; así que te equivocaste, que no era tan pendejo el tipo, tan maricón como suponías, sino más bien un felino, un gato taciturno que acecha para saltar sobre ti en el momento preciso, para hundirte, para que ambos se hundan como dos desgraciados entre sábanas hediondas y tránsitos congestionados y Colgate con fluoruro MFP; como dos buenos hijos de puta que se ahogan, así, con todo y piernas de celuloide y flash y babas de ángulos; por siempre, como peligrosos peces sin escamas.
Pero ahora te pudres, y ya ves. Deberías empezar por renunciar a tu obstinada imposibilidad de verte reducida en el espejo. Se te ha ido la vida sin sospechar las garras de la muerte. Y es que los gatos son así: tú comienzas a acariciarles el pelo con cariño, a decirle minino para acá,

minino para allá, y él, a lamerte las manos, el cuello, la soledad en la plenitud de sus gorjeos, sus diminutas garras en advertencia. Y luego ya ves, mírate, nada más mírate; en el estado en que has quedado se te alejan por siempre las posibilidades de aparecer al último grito de la moda en fotografías gigantescas, con puñitos de gatos y todo, en las coloridas páginas sociales de la revista VANIDADES.
Y mira cómo son las cosas, cómo por muy nimios que sean los detalles adquieren en tu kodak plural significancia: mil ojos, por ejemplo, es un ojo al acecho, digamos, una casualidad, un alto templo de silencio entre la visión íntegra y este absurdo de inútil melopea, este intenso hedor a cosa podrida que ha empezado a invadirlo todo, como una muerte extensa, dilatada. Sí, en este punto de la lógica todo se pierde o se transforma en oscuros sin sentidos de gatos podridos y fotos amarillentas de revistas internacionales y modas de París y maullidos y peces sin escamas.
Definitivamente todo se va contigo, deslizándose pendiente abajo, dejando atrás el cuerpo que, indiferente, se pudre en el último rincón del cuarto, sin proyectar siquiera un último triángulo de sombra.

FIN

(Julio Adames nació en Constanza, República Dominicana. Sus cuentos y poemas han sido premiados en diversos concursos nacionales. En i990 obtuvo el primer premio en el Concurso Dominicano de Cuentos de Casa de Teatro. Publicó el poemario “Huéspedes en la noche”. En el 2000, varias obras suyas fueron impresas en un solo volumen, entre los que se encontraba su libro de cuentos “Parábola para muñecas”.)

LOS MALVADOS – SANTIAGO GUTIÉRREZ-CAMPO

Esta mañana, cuando leía el diario, concentré mi atención en una croniquilla policial de no más de tres párrafos. Hablaba de un hombre de configuración robusta, a quien habían encontrado muerto entre cartones, periódicos y chatarra, en un parquecito de Jennings Street y Vyse Avenue.
Decía la reseña que el pobre hombre guardaba entre su ropa unos cuatrocientos ochenta dólares y allí casi terminaba la información. Obviamente era sucinta. Se refería a un desconocido. Mas había algo en ella que, momentáneamente, revolvió mi memoria con cierta transparencia.
Hace muchos años, cuando apenas era un adolescente, conocí a un sujeto parecido al que describía la noticia. Se llamaba o se hacía llamar Hog, y lo vi, por primera vez, una tarde calurosa de junio, exactamente en Jennings Street y Vyse Avenue. Luz Celenia, mi prima, que en paz descanse, me

llevó allí y me habló acerca de él. No abundó en detalles, pero me dijo suficiente como para hacerme saber que Hog ofrecía al público lo que él llamaba una diversión particular por unos cuantos dólares.
Claro, rápidamente pensé que mi prima hablaba de un payaso o de uno de los cómicos fracasados que medran en las grandes ciudades. No obstante, una especie de curiosidad que ahora nombro maligna, me obligó a esperar el arribo de Hog al parque hasta, frente a unos edificios chamuscados, llegó la noche. Una muchedumbre reunida allí, entre etílico y música furiosamente ruidosa (lo cual era un contrasentido), parecía irritada. Pero en fin, como todos los personajes de su índole, Hog llegó surgiendo de la nada. Llamaba la atención por su enorme estatura, porque el lado izquierdo de su zapato derecho era el primero en desgastarse, porque a su mano derecha le faltaba el meñique, y porque su rostro era violentamente impresionante y enseñaba al mundo unos ojos neutros y grandes, una larga nariz terminada en aletas pequeñas, y una situación corporal tan conmovedora que recordaba a los contendientes de una guerra interminable.
"Es Hog, el moreno", había susurrado mi prima. A unos pasos de donde estábamos, el grupo celebró la llegada de aquel hombre: Hubo un coro de risa. "Aquí está Hog", gritó un muchacho. Hog, quien solía charlar cuando estaba cerca del grupo, guardó silencio. Luz Celenia me había dicho que aquello era el preámbulo de un espectáculo cualquiera, porque a Hog le gustaba imprimir cierta solemnidad a los actos que podían proporcionarle algún dinero.
Y en efecto, algunos minutos después, Hog, de un modo brusco, intempestivo, dice:
-Acepto que me peguen bofetadas. ¿Quién me paga un dólar por cada una?
Hay otro coro de risa. "La primera parte del espectáculo", susurra mi prima, con cierto donaire.
Rápidamente la mayoría se agrupa en torno a Hog. Alguien le dice que se agache. Creo, si mal no recuerdo, que fue un muchacho de tez morena, de tamaño regular, extremadamente flaco, rostro enfermizo, mirada lánguida. Lo llamaban o le llaman el Holy. Él, Holy, saca un fajo de billetes.
-Unos cuantos de éstos serán para ti -dice-, pero no quiero maltratar mis manos.
-Dame con esto -exclama Hog, quien ahora ha sacado, de uno de sus enormes bolsillos, una pieza de madera delgada, pero resistente. Se la entrega al alfeñique. Luego añade-: No me pegues... en el lado derecho. Tampoco en los oídos. Recuérdalo -dijo a modo de advertencia-, un dólar por cada tablazo.

Holy tomó la tabla. Se inclinó para pegar con energía. Hubo un silencio. Hog ladeó la cabeza. Ofreció, en un gesto aquiescente, su mejilla izquierda. Sonó el primer tablazo. La cara de Hog cambió de color. No emitió ningún quejido. Con cierta naturalidad dijo:
-Un dólar, coño.
Luego sonaron el segundo, tercero, cuarto y quinto golpe. Hog perdía la cuenta, Holy parecía estimularse ante la impasibilidad del rostro escarnecido y Hog exclamaba: "¡Otro dólar, carajo!", en tanto el grupo reía, ingería cerveza o fumaba marihuana.
A mi corta edad me sentí tan asqueado que abandoné aquel lugar. No podía concebir que la miseria humana pudiera llevar a un hombre a una situación tan degradante. Claro, muy pronto habría de encontrarme con Hog nuevamente. Volví a verle dos meses después.
Ocurrió en pleno verano, una madrugada tan calurosa que parecía cocernos a fuego lento. Yo había acompañado a mi prima a ejecutar un negocio urgente (así dijo ella) a Jennings Street y Vyse Avenue.
Durante los días en que me rehusé a volver allí, supe que Hog había sido un ejecutivo de Wall Street, egresado de una de las más prestigiosas universidades del mundo. También supe que frecuentaba los ambientes artísticos y que fue allí donde su vida empezó a deteriorarse entre afeminas, barbitúricos y metacualonas. Lo que nadie me dijo fue que Hog se había convertido ahora en algo menos que un guiñapo.
En el lugar todo continuaba igual, con la diferencia de que Holy ya no ostentaba el liderazgo del grupo. Un tal Ventura, de narices chatas y de ojos saltones, se jactaba de ser el más pícaro, bromista y charlatán. Yo me había quedado absorto mirando al tal Ventura, cuando, de modo imprevisto, se incorpora la figura de Hog, quien dormitara al pie de una pérgola del parque. Empieza a caminar pesadamente hasta acercarse al grupo, cruza ante mí y rápidamente advierto que está gastado y rengo, que lleva inflamado el lado derecho de su cara, que sus dedos están repletos de nódulos y tienen aspecto redondo y fusiforme, como si hubieran sido afectados por una artritis reumatoide. También advertí que le brillaban los ojos y que de pronto se había quitado la camisa. De su bolsillo había sacado un cinturón de cuero y dijo que por cada dólar soportaría un correazo. Apenas lo miraron. Mi prima conversaba con el tal Ventura acerca de unas benzedrinas. Hog cruzó la calle y volvió al parque. Levantó un pesado bate de aluminio. Regresó hasta donde estaba el grupo.
-Cinco dólares -dijo- por cada batazo.
En modo alguno resultaba asombrosa esta oferta, a pesar de que era la primera vez que Hog la pregonaba. En otras ocasiones, cuando Holy o cualquiera de los otros muchachos lo llenaban de bofetadas o varazos, le

sugerían que buscara un objeto más contundente para darle una golpiza más divertida. Ahora la cosa parecía más en serio. Ventura se había apartado del grupo.
-Está bien, muchacho -dijo Ventura, engolando la voz-, te ganarás sesenta dólares.
El grupo estaba situado cerca de una bodega, cuyas paredes frontales dejaban ver latas amarillas, dentífricos y alcanfor. Hog se colocó de frente a la pared, apoyó sus manos y su cabeza del bastidor que soportaba el vidrio más largo del establecimiento. Dijo:
-Sólo por las nalgas.
Todos se ubicaron en lugares claves a disfrutar del espectáculo. El tal Ventura estaba listo. Hog le había entregado el bate de aluminio, en el cual reverberaban algunas luces del tendido eléctrico. Ventura respiró profundo y se inclinó un poco. Asestó un golpe seco, preciso. A Hog se le descompuso el rostro. Se estremeció, pero volvió a la postura anterior como si nada hubiera pasado.
-¡Rómpeme el culo, coño, yo sí que sé ganar dinero! -exclamó.
Exacerbado por estos gritos, Ventura se transforma, se vuelve frenético. Pierde el control. Hog se dobla, estalla el vidrio. La algarabía es enorme. Inerte queda Hog entre latas amarillas, alcanfor y dentífricos. En uno de los bolsillos del pantalón de Hog, Ventura mete más de cien dólares.
Aquella vez me alejé del lugar y nunca más volví a saber de Hog.
Ahora, muchos años después de aquel triste episodio sólo me resta recordar que la realidad es, algunas veces, terriblemente armoniosa y prácticamente anacrónica: La nota policial termina diciendo que el hombre se llamaba Hog y que le habían inferido cuarenta y ocho puñaladas.

FIN

(Santiago Gutiérrez Campos nació en Santo Domingo, en 1956. Ha trabajado como periodista en varios medios de comunicación dominicanos. En la actualidad labora como periodista en la ciudad de Nueva York, donde reside desde 1987. Ha publicado el libro de cuentos “Los perros de la noche”.)

LA IMPECABLE VISIÓN DE LA INOCENCIA – PEDRO CAMILO

Entonces tú eras feliz pero no lo sabías hasta hoy cuando de pronto te encuentras parapetado frente a la misma tragedia sentado en el borde de la cama o del precipicio sentado ahí mismo con un cigarrillo entre tus labios temblorosos fumando sin cesar mientras diriges la mirada hacia el piso de

granito y la clavas en esos grandes ojos verdes llenos de asombro y paralizados ahora en el primer instante de la nada rotunda esos enormes ojos verdes colocados como luces de diamantes en medio de esas pestañas largas y muy negras y en tanto miras fijamente de pronto oyes el sonido tan musical del timbre del apartamento pero no puedes despegarte de esos ojos imantados que te aferran al campo magnético de tu habitación y aunque no lo deseas al mirar esos ojos te metes sin ningún remedio en una agridulce retrospección y de este modo comienzas a recordar que a veces en las tardecitas de verano cuando todavía la canícula marchitaba los claveles de muertos sembrados ahí en los canteritos frente a este apartamento algunas veces en esas remotas tardecitas de verano que se hacían infinitas por el terrible hastío y el enorme calor que despedían las paredes del pequeño apartamento ustedes comenzaban a inventar así mismo decían ustedes y comenzaban a inventar para tratar de que las ganas despuntaran con mayor empuje con la esperanza de sobrevivir frente a los rigores del aburrimiento y de la ardiente resolana que cubría todas las cosas de este mundo mientras ustedes se encontraban acostados en la cama de esta diminuta habitación tú y Rosario acostados ahí tratando de alargar la siesta porque realmente no había otra cosa que hacer por las tardes desde el mismo momento en que te quedaste con un solo empleo y así tú le decías a ella que comenzaran a inventar que se hiciera un moño y que se pintara los labios con el carmín más encendido y que se calzara las zapatillas con los tacones altos y que se pusiera la blusa roja y la minifalda más corta y Rosario se sonreía con una sonrisa de dientes y ojos y encías porque de ese modo sonreía ella y de inmediato decía que sí con la cabeza y se frotaba las manos con gran deleite y prontamente se levantaba y corría hasta el armario de caoba y enseguida sacaba la ropa y luego se dirigía al baño donde poco a poco se acicalaba.

Y mientras tú esperabas comenzabas a fumar y a mirar los retazos de árboles y de cielo que asomaban por la ventanilla de enfrente y ahora debes recordar que detenías la vista en aquel cielo muy limpio y fragmentado por la persiana y de pronto escuchabas el monótono sonar de las plantas eléctricas enredado en un bolero de Lucho Gatica Reloj no marques las horas porque voy a enloquecer el monótono sonar enredado en el son glorioso del Compay Segundo No me fío más no me fío más no me fío más de las mujeres no me fío más cantaba Pablo Milanés por encima del bordoneo casi doliente de aquel son tan glorioso y tú continuabas acostado lleno de lujuria contenida como el famoso lobo de la Caperucita Roja de Perrault acostado con los ojos fijos en las aspas inmóviles del abanico de techo fumando y sudando y pensando tal vez en los placeres que se avecinaban o quizá en la tremenda jodienda de los apagones y así seguías

mientras ella se acicalaba y se ponía aquella vestimenta que tanto te gustaba.
En este momento vuelves a escuchar el sonido del timbre pero acompañado ahora de puñetazos que resuenan ahí en la puerta son puñetazos de tus propios vecinos que llegaron atraídos por los penetrantes gritos de Rosario y ciertamente son puñetazos acelerados y mezclados con voces que te reclaman con mucha insistencia que abra de inmediato esa puerta del apartamento donde te encuentras secuestrado en medio del campo magnético de unos ojos verdes paralizados en el primer instante de la nada rotunda y de manera agitada pasas tu mano por el pelo revuelto y sientes que el sudor corre por tu cuerpo inclinado ahora sobre las dos órbitas de vidrio que poco a poco empiezan a cubrirse de un velo muy denso y aunque haces un esfuerzo dilatando tus ojos para tratar de rescatar aquella memorable imagen del poeta no logras escudriñar el ultimo paisaje de sol que podría haberse fijado en la pantalla de esos enormes ojos verdes y entonces piensas que la poesía es sólo una vaina de la imaginación y tomado de repente por el mismo desencanto de nuevo caes en el centro de los recuerdos y te duele mucho pensar que Rosario era una muchacha dulce y llena de mansedumbre y sientes la necesidad de evocar que en aquellas remotas tardecitas y frente a tu mandato ella se ponía siempre aquella vestimenta que tanto te gustaba y traspasado por la tristeza en este momento recuerdas que al poco rato Rosario regresaba y sin decir nada comenzaba a caminar de aquí para allá y de allá para acá con pasitos de modelo consumada y al final de cada vuelta se detenía y doblaba su cuerpo hacia abajo como si fuera a coger una moneda perdida entre las múltiples figuritas del suelo de granito donde ahora están esos ojos verdes que te miran sin mirar y entonces ella inclinaba su cuerpo para que tú pudieras verle sus nalgas contenidas apenas por unos brevísimos panticitos rojos o negros qué sé yo y de inmediato te sentabas en el mismo borde de la cama y no bien te quitabas los pantaloncillos sentías con inmenso placer cómo tu falo crecía más y más y ella continuaba caminando frente a ti con pasitos muy cortos y graciosos mientras ovalaba los labios y movía las manos al modo de una bailadora de flamenco y de pronto Rosario desaparecía del escenario y al momento volvía a caminar frente a ti y cuando de nuevo se agachaba te dabas cuenta de que ya no tenía puestos los panticitos y en ese luminoso instante podías darle una mirada rápida a ese triángulo negro metido ahí mismo entre los muslos y las nalgas entreabiertas y de repente sentías cómo tu falo empezaba a moverse con movimientos oscilatorios caramba y ella seguía dando vueltecitas y agachándose y tú rompías a sudar y a respirar profundamente y poco después cuando el brillo del

espectáculo comenzaba a opacarse sólo bastaba un gesto tuyo para que ella comprendiera que el momento de iniciar el siguiente acto había llegado. Sumido en los recuerdos y con tus ojos pegados a esos grandes ojos verdes aún no te has dado cuenta de que los puñetazos en la puerta han continuado pero ahora con mayor intensidad y si por un momento salieras de la nebulosa en que te encuentras sumergido podrías escuchar las voces que en este instante les reclaman a los policías que acaban de llegar que de inmediato derriben la puerta del apartamento donde tú estás arrodillado frente a esos ojos verdes buscando en ellos aquella visión, fugaz de la realidad buscando sin cesar aquellos tres versos del hermoso haikú que en aquel mediodía de tus recuerdos escribió Rosario con su mirada y que desde entonces marcó una impronta en tu vida y que hoy desembocó en esta penosa situación caramba Valentín quién lo iba a pensar y mientras observas tú sudas y fumas nerviosamente y otra vez atrapas aquellas imágenes que ahora conforman el testimonio cierto de que tú eras feliz pero en aquel tiempo no lo sabías y en este instante llega a tu memoria la figura de Rosario tan hermosa y complaciente cuando en aquellas remotas tardecitas de verano ella pasaba a ocupar tu sitio en la cama y enseguida tú corrías hasta el comedor y desde allí traías una silla y la colocabas frente a la cama y con prontitud te sentabas y abrías las piernas y luego apoyabas los pies en el borde del colchón y comenzabas a masturbarte con mucha lentitud así despacito disfrutando los primeros arpegios de la sinfonía poco a poco conteniendo la tormenta que tarde o temprano habría de llegar con una puntualidad extrema pero a breve paso comienzas a salir del éxtasis en que te encuentras sumido y alcanzas a oír los golpeteos y las voces muy enardecidas que vuelven a reclamarles a los policías que de inmediato tumben esa puerta carajo y continúas fumando y destilando chorros de sudor pero las imágenes del ayer que entran en tu cerebro tienen una fuerza brutal y así vuelves a sumergirte en los recuerdos y sin ninguna dilación tú proseguías frotándote con gran suavidad el falo mientras Rosario estaba ahora acostada boca abajo frente a ti todavía con la blusa y la minifalda puestas tendida así con las nalgas y el triángulo negro apenas silueteados por la leve luz que penetraba a través de la ventanilla y segundos después Rosario comenzaba a moverse con movimientos circulares de cadera y poco a poco la habitación se llenaba de ayes contenidos y tú continuabas frotándote lentamente el falo y de pronto la muchacha daba una vuelta y se ponía boca arriba con las piernas separadas y con sus partes pudendas emplazadas hacia ti y de repente tú abandonabas la silla y entonces te sentabas en el piso y acercabas tus ojos a la maraña de pelos y a las dos abultadas valvas de miel y desde tu ángulo privilegiado podías ver en un primer plano el índice derecho de Rosario

quien ahora estaba acariciando con brevísimos movimientos circulares su clítoris rosado y muy erguido mientras los dedos índice y medio de la otra mano separaban los labios de la dilatada vulva carajo y sin pensarlo dos veces tu mano derecha aceleraba el lúdico frotamiento del falo y la muchacha continuaba su tarea con religioso empeño y las palabras tiernas y las palabras encendidas brotaban de su garganta como catapultadas por el deseo más intenso.

Pero ahora comienzas a escuchar de nuevo los terribles golpeteos que resuenan en la puerta y vuelves a pasar tu mano sobre el pelo revuelto y empiezas a mover la cabeza como diciendo que no y acto seguido miras con ojos dilatados cómo las gotas de sudor caen en el piso y con gran lentitud te sientas en el suelo muy cerca de los enormes ojos verdes y comienzas a pensar y aunque desde entonces no has querido hablar acerca de lo que sucedió en aquel mediodía de un Viernes Santo cualquiera ahora sentado en el mismo borde del abismo debes dar testimonio de aquellos pormenores tan arraigados en tu conciencia y así debes confesar que en aquella ocasión tú te encontrabas ahí en el comedor de este apartamento sentado a la mesa frente a Rosario mientras tomaban el almuerzo como cada día ustedes estaban ahí sentados frente a frente y en este momento debes recordar que esa puerta que ahora es acosada a golpes por los policías esa misma puerta estaba abierta pues de esa manera se facilitaba la entrada de aire al apartamento donde el calor era una melcocha densa que cubría todas las cosas y metidos en esta situación se encontraban ustedes cuando de pronto pasó por el frente de la puerta aquel hombre que se había mudado en aquellos días al apartamento vecino y sin lugar a dudas esa persona no era un Pedro Infante ni un Miguel Cassio el supuesto rival de Otelo sino que se trataba de un señor común y corriente cuarentón él y asimismo bajito y obeso con una tremenda calva reluciente y era un hombre que caminaba con un ridículo hamaqueo de brazos nalgas y piernas carajo y frente a esa imagen tan grotesca de inmediato tienes que pensar en la inocencia de Rosario pero ya es demasiado tarde Valentín.

Y de pronto sientes la enorme necesidad de volver a mirar esos ojos verdes en este momento cubiertos por un velo muy opaco y al notar los ojos sin el brillo intenso que siempre tuvieron comienzas a buscar en tu memoria la cara mansa y feliz del pasado y sin ningún esfuerzo recuerdas que tú continuabas inventando masturbándote sin cesar mientras Rosario hacía lo mismo acostada frente a ti y segundos o minutos después cuando sentías que las ganas estaban a punto de estallar te levantabas de la silla y con mucha premura y sin ningún miramiento te acostabas sobre el cuerpo cálido y tenso de la muchacha y cuando ella sentía tu falo de fuego quemándole sus entrañas entonces entrelazaba sus piernas y sus pies con

tus muslos y de inmediato tus labios buscaban sus labios y tu pecho su pecho y tu abdomen frotaba circularmente su abdomen y de repente en la habitación estallaban fuegos artificiales opacados ahora por la presencia en lo más profundo de tu mente de la pesada figura de aquel hombre que en aquel mediodía de tus recuerdos pasó frente a ustedes y entonces fue cuando Rosario una muchacha tan curiosa lo vio con una mirada fugaz con una mirada de ojos verdes y pestañas negrísimas con una mirada lanzada por encima de tu hombro derecho y acto seguido Rosario esbozó una sonrisa pero enseguida volvió a conversar contigo como si nada hubiera pasado y aunque en ese mismo instante tu estabas sentado con la espalda colocada hacia el frente del apartamento lograste oír los pasos rencos del hombre lo que sin duda resulto suficiente para que supieras hacia donde se había dirigido aquella mirada casi furtiva y muy propicia para anudar tres versos y plasmar en un haikú esa visión relampagueante que de manera súbita te presentaba a Rosario como una mujer que potencialmente podría estar pisando el mismo umbral de la infidelidad carajo y aunque en ustedes ni siquiera influyó la tremenda intriga de un Yago ni existió tampoco la falsa prueba de un pañuelo extraviado en la misma habitación de un Miguel Cassio desde aquel momento comenzaste a sentir en carne propia los rigores de la duda y de los celos y te fuiste metiendo en un mutismo muy denso y pesado y de golpe y porrazo desaparecieron aquellos felices momentos cargados de fantasías eróticas sí Valentín aquellos inolvidables momentos que al final de esta larga jornada tratas de recuperarlos porque sencillamente recobrar ese tiempo perdido significa para ti rescatar de la nada a la propia Rosario y con la nostalgia a flor de piel ahora recuerdas que en medio de aquella dulce agonía el sudor ya no era sudor y la voz de José Luis Moneró que entonces penetraba por la ventanilla de enfrente era mas suave y melodiosa con su Oyes qué bonito es el tilín de mis campanitas de cristal y las aspas del abanico otra vez comenzaban a girar después de un prolongado apagón y lanzaban un aire de mentol que inundaba de frescura los cuerpos de ustedes amarrados por múltiples nudos de convulsión extrema y el olor del vétiver de Carven que despedía tu camisa tirada en el suelo era una fragancia más intensa como si ahí mismo estuvieran macerando en aceite las propias raíces del pachulí y poco después cuando la ternura así lo permitía ustedes separaban sus cuerpos ahora tomados por un profundo sopor y con gran lentitud comenzaban a flotar a dos o tres traveses de dedos por encima del nivel de la cama y acto seguido se metían en un estado de extrema inconsciencia se metían en la espesura de una nebulosa muy parecida a la felicidad pero entonces ustedes no sabían que realmente estaban ungidos por esa gracia desprovista de fisuras y tensiones y así pasaban de un instante absoluto a

otro instante absoluto sin darse cuenta siquiera que ustedes estaban rondando las mismas inmediaciones de la eternidad carajo ustedes muchachos de carne y hueso sumergidos en el eterno presente haciéndole fintas a la muerte trazando sin saberlo un círculo de tinta china alrededor de ese tiempo tan lleno de interrogaciones sin contestar pero decididamente para saber todas estas cosas se precisaba conocer los aforismos de Cioran y sobre todo al maestro Sóren Kierkegaard y tú a pesar de tus pretensiones poéticas apenas leías los muñequitos de don Bartolo y los anuncios clasificados cuando la necesidad de conseguir un nuevo empleo así lo ameritaba.

Y de nuevo vuelve la agridulce retrospección como el último refugio ante esta encrucijada pero ya es demasiado tarde porque los policías y tus propios vecinos derribaron la puerta y están ahí rodeándote y reprochándote tu gran desatino mientras tú Valentín como un Otelo moderno te encuentras arrodillado sobre la tremenda palidez de Rosario quien está tirada en el piso en medio de un charco de sangre de esa misma sangre que tú hiciste brotar a raudales así golpe a golpe con un cuchillo carajo y de improviso sientes que dos manos como tenazas te agarran por los hombros en tanto un vozarrón te ordena que te levantes coño asesino de la mierda pero tú te resistes y tratas de continuar ahí arrodillado mirando con gran insistencia los enormes ojos de Rosario contemplando sin cesar esos ojos con sus pestañas largas y muy negras escudriñando los tres versos anudados en aquel hermoso haikú con su visión relampagueante de lo que consideras que es tu propia realidad pero apresuradamente debes salir del éxtasis en que estás sumido cuando sientes que las fuerzas que te tironean se han triplicado y tu cuerpo comienza a volar por el aire coño asesino del carajo y dentro 'del mismo bailoteo y bajo una intensa lluvia de puñetazos tú haces el último esfuerzo para mantenerte metido en el campo magnético de esos ojos y al borde de la alucinación ahora puedes mirar con rapidez extrema sus pestañas tan rizadas y sus párpados muy abiertos y otra vez regresan el bailoteo y la lluvia de puñetazos y antes de que te saquen de la habitación notas con gran asombro que desde esas órbitas de vidrio hasta este momento cubiertas por un velo muy denso comienza a salir un raudal de pequeñas caracolas y de orquídeas malva y de mariposas verdes y azules y de cocuyos que despiden fulgores metálicos y ciertamente son diminutas luces que comienzan a titilar en medio de la negrura de carbón de esas pestañas arborizadas en este instante como aquellas algas que viven en la superficie de las aguas del mar y de nuevo sientes los puñetazos y por encima del barullo de la gente oyes el vozarrón que te ordena algo que tú no alcanzas a comprender porque en tu conciencia sólo centellean las impecables visiones de la inocencia que son esas limpias

imágenes entrelazadas en el último haikú que hace apenas unos segundos acabaste de leer en los ojos de Rosario.

FIN

(Pedro Camilo nació en Salcedo, República Dominicana, el 12 de marzo de 1954. Integrante de la promoción de narradores que emergió en los 80. Con su obra “Ritual de los amores confusos”, en 1994 obtuvo el Premio Nacional de Cuento. Asimismo, ha sido varias veces laureado en el Concurso Dominicano de Cuentos de Casa de Teatro. Finalmente, en 1995, publicó “El caballito de cartón”, una recopilación de estampas y artículos periodísticos publicados en la prensa nacional.)

NI LA MUERTE LO QUERÍA – MIGUEL ÁNGEL GÓMEZ

I

Rápidamente, el hombre trepó por las barandillas del puente. Si yo hubiera estado lejos de él, hubiera creído que se trataba de un gato. Pero iba detrás de él, aunque yo no sabía que iba detrás de él, hasta que lo vi trepar, diestro, como un relámpago, las barandillas del puente que se levanta por encima del río Romana. Entonces vi cuando se puso de pie sobre el tubo y se mantuvo, durante otro rato, haciendo malabares, como si bailara una rápida guaracha sobre un piso encerado. Luego cayó sobre las aguas azules y quietas.
Entonces empecé a gritar como un loco: "¡Se ahoga, se ahoga! ¡Auxilio, un hombre se tiró del puente! ¡Un hombre se tiró del puente! ¡Auxilio!"
Y empecé a correr bajando la cuesta como un loco. Corría como un loco, mientras gritaba. Cuando descendía por la cuesta empedrada, creí que una multitud de gente venía detrás de mí, porque oía un tremendo estrépito como de pies. Cuando alcancé las orillas del río, jadeante como un perro sofocado, ahogándome en el calor, más sudado que un caballo, descubrí que nadie venía detrás de mí, y que el estrépito que sentía no era más que mi propio estrépito y el estrépito del miedo y la desesperación.
Me detuve en el último resplandor de mi carrera. Y vi al hombre con sus cuarentiún años de edad que salía del agua, desaliñado, desalmado, obstinado, mascullando palabras.
-¿Cómo dice? -le pregunté.
-... que ni la muerte me quiere -dijo.

II

Después, la gente comenzó a aglomerarse. Fue increíble, porque yo no sé de dónde diablos apareció tanta gente. El hombre seguía tranquilo, sentado sobre la arena, mojado aún, y aún tiritando y como desalmado. La gente se formó en rueda alrededor de él. Y él seguía allí, sentado sobre la arena, tranquilo, con la cara hacia el suelo, mascullando palabras. Ni siquiera había mirado a nadie. Un individuo de unos cincuenta años de edad, impecablemente vestido, con una corbata negra, se abrió paso por entre la gente, llegó hasta donde estaba tirado el infeliz, abrió un libro negro que cargaba debajo del brazo, y empezó a hablar en voz alta. Comenzó a decir que Dios ama tanto al hombre, que ha dado a su único hijo para que todo aquel que en Él crea no se pierda... El individuo que predicaba señalaba al hombre que estaba sobre el suelo. Pero, el hombre ni se movía siquiera. Ni siquiera miraba a nadie. Seguía allí, sentado sobre la arena, impasible, con la cara hacia el suelo. Era casi de noche. El predicador evangélico, con el libro negro levantado en el aire, se movió rápidamente hacia la multitud al tiempo que buscaba rápidamente en otra parte del libro, y rápidamente comenzó a decir que el Señor no tarde su venida como mucho la tienen por tardanza sino que Él es misericordioso, no queriendo que nadie perezca sino que tenga la vida eterna. En el mismo instante en que el hombre dijo "eterna", se oyó el ulular estrepitoso de los bomberos y tras estos un contingente policial que llegaba de manera aparatosa.

III

Desde hacía dos años, ese hombre se consideraba el ser humano más infeliz de la tierra. Casi un año antes, una noche oscura bañada por un cerrado aguacero de mayo, él hubo de sorprender en su casa a su mujer con otro hombre. Durante un tiempo, a Francisco (que era como le llamaban) no se le metía en la cabeza otra cosa que no fuera pensar "Y en mi propia casa, eso es increíble, en mi propia casa, eso es increíble, en mi propia casa". Según el que me contó esto, el pobre Frank se puso que daba lástima. Andaba por las calles como sin rumbo fijo, como sin dirección fija. Caminaba unos cuantos metros y se devolvía. Y, a veces, caminaba y se devolvía varias veces en un mismo sitio. Era como loco que estaba. Después lo botaron del trabajo. Y entonces empeoró. Se empeoró. Porque dondequiera sólo quería vivir atajando a su ex mujer, y esta se le reía en su propia cara y le decía que se olvidara de eso, que ya ella no lo quería, que ella tenía otro. Pero no sólo era con su ex esposa. Ese señor también se aparecía en el sitio donde una vez trabajaba, diciendo que quería su trabajo, que todo fue por culpa de esa mujer, pero que él aún la quería, y

que por lo tanto había vuelto para reintegrarse al trabajo. Y en el trabajo le decían que ya no lo querían, que ya no lo necesitaban, que se fuera, por favor. Los hermanos tampoco lo querían. Ni los amigos. Y, según él, ni nadie. Y Francisco se puso como loco, el pobre. Me dio mucha pena cuando supe que se había tirado del puente. Suerte que no le pasó nada.

IV

En el destacamento de policía, Francisco dijo que en la decisión de quitarse para siempre la vida no había intervenido más que su propia conciencia. O no mi conciencia -corrigió-, sino la situación...
El sargento se quedó pensando, dubitativo "La situación, la situación". Y permaneció inmóvil, con los brazos verticales sobre el escritorio y la cabeza apoyada sobre las manos juntas.
Fue la situación la que me llevó a ello. Mire, sargento, yo estaba mal. O, mejor dicho, yo estoy mal, muy mal. Yo tengo ya más de un año cocinándome en mi propia salsa, ¿usted sabe? Eso es así, como se lo digo, créamelo.
El sargento continuaba inmóvil, con casi todo el cuerpo apoyado sobre el escritorio de caoba vieja.
Mire, yo tengo ocho meses levantándome sin saber qué hacer.
El sargento continuaba inmutable, como si fuera una estatua mal hecha, deforme. Pero pensaba "Aquí ni el Presidente de la República sabe nunca qué hacer. Creo que el mismo Presidente se levanta todos los días sin saber qué hacer. Se levanta y se acuesta sin saber qué hacer. Aquí nadie sabe qué hacer. Este país se jodió."
Hace diez meses que el dueño de la casa donde vivo me pidió la casa. Es que le debo trece meses y no encuentro con qué pagarle, ¿usted sabe? Estoy a punto de que me tiren los trastes a la calle. Además, sargento, no hay nada qué hacer, nada, no hay trabajo, no hay de nada. Mire, esta mañana, cuando me levanté, no tenía ni pasta de dientes, ni jabón, ni con qué desayunarme (el sargento pensaba "Así hay mucha gente en este país... mucha gente"). No tenía nada. Ni siquiera una esperanza, ¿usted me entiende?
El sargento se movió por primera vez. Sintió como si lo hubieran sacudido por dentro. Entonces su cabeza quedó apoyada solamente sobre una mano, pensando "Y pensar que todo el país está así. Todo el país está así. Esto se jodió ya."
-Está bien, váyase.
Y el hombre se fue, tranquilo, cabizbajo, como pensando "Coño, . la policía tampoco me quiere. Qué vaina".

V

Varios días después, Francisco apareció ahorcado en la letrina de su casa. Era un lunes nublado. Según el vecino que lo encontró colgado, no debía faltar más de cinco minutos para las siete de la mañana. "Yo iba a cagar", explicó el vecino, "y cuando abrí la puerta de la letrina, lo vi que guindaba del caballete. Yo sentí miedo, porque él tenía los ojos casi fuera de su lugar, y rojos, y crecidos. Parecían dos medio pesos enchumbados de sangre. Yo sentí un miedo..."
En la pesquisa que hizo la policía, todo lo que pudo hallarse fue un papelito escrito a mano, casi en jeroglífico, que decía: "No soporto más esta vaina la vida es demasiado dura el mundo se me ha venido encima Dios que me perdone si quiere o si no que me mande al diablo.
Francisco".

FIN

(Miguel Ángel Gómez nació en La Romana, República Dominicana, en 1958. En 1980 fundó el Círculo Literario Luciérnagas y, en 1986, formó el Colectivo de Escritores Romanenses. Ha publicado los libros de cuentos: “Las manos de la muerte son de seda” y “Sinfonía de Quereres”, así como las novelas: “Días difíciles” y “La salvaje agonía de un niño”.)

BEMOLES PARA CUERVOS – PASTOR DE MOYA

siempre que me juqueo sucede lo mismo. miro hacia el espejo y éste me devuelve un rostro ajeno al mío, quisiera tomar el sol pero ya es de noche. entonces me voy a la piscina. me desvisto y de un solo tirón me arranca los pantis. ahí es cuando veo mi verde gato persa y empieza a lamerme los pezones hasta hacérmelos sangrar. en seguida asalta mi memoria la imagen de mi marido el día que lo encontré con un espejo debajo de sus nalgas tratando de masturbarse a nombre de sí mismo. pero el tiempo es imborrable como imborrables son los hombres que han pasado por su cuerpo. imagino que en este instante estará repitiendo la travesura de determinar la virginidad de algún jovenzuelo con su famosa "prueba de la harina. método tan ingenuo como perverso que consiste en poner debajo del trasero un puñado de talco u otro polvo y todo va a depender de si este es inhalado o no por un orificio tan arrugado como pasas en conserva. vuelvo a vestirme pero ya es tarde porque me doy cuenta de que unos

paramédicos me llevan en una camilla y me dicen que he dado a luz pájaros negros muy hediondos y que ellos presumen que son cuervos.

(A LO LEJOS SE ESCUCHAN UNOS GRITOS. MÚSICA DE CUERDAS. OSCURIDAD. MUCHA OBSCURIDAD.)

pájaros he visto con mi aguda vista.
tomo mis crías y les doy de comer. telefoneo a Argelia para que traiga los dos tomos del Bestiario Medieval y el Moderno. así ella me ayudaría a buscar el modo de educar a mis hijos. no he querido cuestionarme cómo han salido estos cuervos de mi vientre. yo lo sé a veces uno pare cualquier cosa. pero hoy es otra tarde caliente de verano y Argelia aparece lindísima ante el jardín de rosas de papel que he construido en la nueva habitación donde duermen ahora mis hijos. no lo había dicho pero son cinco. cinco hediondos y bellos cuervos. ella entra y no me pregunta nada. comienza a acariciar el plumaje brillante y me dice que están cambiando de color. que cree que cuando sean grandes tres serán blancos porque así lo dice el libro por la forma de los picos. yo sé por qué Argelia está callada. su complicidad le sale de sus manos como un pez fuera del agua. ella se pone el sombrero que mi esposo trajo de su último viaje a Méjico y me acaricia de espaldas. al verla desnuda y con el sombrero puesto me dio la sensación de estar haciendo el amor con un hongo. luego veíamos revistas del porno norteamericano y del jet set europeo. entonces devenía una lotería de pasiones. ella buscó el gato y lo arrastraba por mis muslos contemplando las pequeñas gotas de sangre que caían al suelo como cae el sueño sobre la muerte. luego frotaba su nariz en mi pubis y nos desplomábamos ante el mundo y esa luna grande allá afuera. todo era calma. absoluta y plena calma. de ahí las cosas tomaban otro cariz. buscamos los libros sobre animales y pájaros y los leímos absortas y tranquilas. hablábamos de la noche y de la magia de la noche. ella me contaba que había visto una telenovela brasileña donde decían que la noche está hecha de una metafísica menor y que en ella habitan la lujuria y el placer de los hombres. llueve.

(SUSURROS. CUERPOS MUTILADOS. OBSESIÓN POR LA COCAÍNA Y LA CHAMPAÑA Y UNA ESTELA ROJA COMO FONDO.)

estoy sentada en la cama o parada. sí mejor parada. comienzo a brincar
sobre ella. sí como los chivos. como lo hacíamos cuando éramos niñas. cerrábamos la puerta de mi habitación a la hora en que los mayores dormían la siesta y nos desnudábamos y también desnudábamos las

muñecas y desnudábamos todo. es mejor estar desnudos. desnudar la soledad. el miedo. los artistas. los jodeístas y los juristas. así es mucho mejor. pero la realidad es otra. sí la realidad. tengo que amamantar a mis cuervos. sí mis cuervos. me siento en el piano e inhalo un poco más de polvo y así surge mi última canción. y basta de ejercicio. del orden. de la memoria y el delirio.

FIN

(Pastor de Moya nació en La vega, República Dominicana, en 1965. Sus cuentos han sido galardonados en diversos concursos nacionales, como en el Concurso Dominicano de Cuentos de Casa de Teatro y el concurso de Radio Santa María. Ha publicado los poemarios “El humo de los espejos” y “Alfabeto de la noche”.)

HANSEL Y GRETEL – MÁXIMO VEGA

Se despertaba diariamente a las seis en punto porque tenía que llegar a las ocho al trabajo; podía llegar tarde, pero la jefa de la capital estaba muy autoritaria últimamente, luego de que surgieran los rumores acerca de su destitución, así que no quería contrariarla ni darle ningún motivo que la convirtiera en la víctima. Se levantaba de la cama, corría a bañarse en la tina que llenaba paciente y se zambullía y bogaba en esas sales que prometían la energía necesaria para soportar con valor otro día rutinario exactamente igual al anterior con los mismos problemas y las mismas firmas sin sentido. Al salir de la tina, frotarse el cuerpo con la toalla concienzudamente para quitarse de encima por completo las sales que si se dejan le pican sobre todo en las axilas y en las ingles, tomar la colgate y el cepillo -hay que cambiarlo, advirtió, las cerdas empiezan a doblarse- y cepillar fuertemente cada diente y cada muela en círculos, por detrás para combatir el sarro y porque, debido a un problema infantil de exceso de hierro, el calcio todavía se le seguía poniendo negro. Escogió en el armario el traje sastre gris, el verde no, porque se lo puso ayer, el azul no, porque se lo puso antier y al sentarse en el carro público un fierro suelto de la carcacha le hizo un huequito a la falda, como de bala, tendría que mandarse hacer otra falda y son tan caras. La camisa amarilla de algodón con los cuadritos, parece de hombre pero proporciona cierta formalidad para el trabajo; las medias panties blancas y los zapatos sin tacones; el carterón gris. Es mejor peinarse con una cola, esa apariencia sobria proporciona también cierta formalidad para el trabajo. Luego el café escuchando las noticias, radio popular con tanta gente quejándose de la

electricidad y del agua y de los baches de la calle y de la basura en las aceras y de la delincuencia y de los dentistas (¿qué clase de demente llama a un programa de radio para quejarse de lo que se sufre con un dentista?), es mejor cambiar de emisora y avanzar hacia cosas definitivamente más agradables al empezar el día, como la última canción de Luis Miguel, que no escucha completa porque luego del yogur y de las tostadas con mantequilla tiene que partir rauda a tomar el concho, eso de los carros públicos se acabará pronto porque está ahorrando para comprarse su propio auto, tiene un toyota visto que está chulísimo, hermoso con sus líneas redondeadas como de ejecutivo, lástima que esté un poco caro y quizás tenga que conformarse con el honda del 95. En el carro le pidió por favor please al chofer que le bajara el volumen porque le dolía un poco la cabeza, recordó de repente que tenía que llamar a mamá para felicitarla por las cuatro quinielas que se sacó en la lotería, esos vicios de su pasado de sirvienta; fulminó con los ojos avellana al chofer a través del retrovisor cuando producto de un bache enorme casi se come el asiento de adelante. No ha pasado nada, mi amorsote, estos choferes tan propasados, tan simplones, seguía pensando en el quejoso de los dentistas cuando llegó a pasaportes y todo el mundo la saludó con mucho respeto, se instaló cómoda y salvada en su oficina con aire acondicionado y escritorio para ella sola. A través del cristal veía todo el local y todo el personal, por supuesto: esos perezosos y perdedores que no podía cancelar porque eran miembros del partido, la muchacha de los audífonos con el chicle en la boca, el viejo barrial que atendía a los visitantes y que apenas sabía leer y escribir, el guardián propasado que la piropeaba cada vez que la veía entrar o salir, en un ataque tan frontal que por primera vez desde que era encargada de la oficina se le presentó la disyuntiva entre intentar cancelarlo o hacerse la fuerte, la jefa como un hombre, y pararlo en seco con un tenga cuidado que lo puedo mandar a vender periódicos en la esquina para mantener a los cuatro hijos, y una bofetada seca que le recordaría que era una mujer y por eso la piropeaba, pero que no siguiera haciéndose el fresco con quien le daba la comida y podía quitársela. Salvada ya, instalada por completo con las piernas medio abiertas protegidas por el escritorio cubierto por delante con el cartón piedra y la cortina corrediza que cerraba con un botón y que ocultaba todo el cristal, recordó de nuevo la canción del buenmozón de Luis Miguel y se precipitó, en el estricto sentido de la palabra, hasta el radio con la pirámide de cidís a su lado, en donde colocó 2o Años de aquel rubio bello en ese tiempo peludo y musculoso que le arrugaba sin querer todas las medias panties. Encima del escritorio descansaba el trabajo del día: algunos papeles por firmar, memos que llegaban de la capital y que debía o cumplir ella o hacer cumplir al personal; su trabajo se basaba más bien en vigilar a

los empleados, en controlar la corrupción y tratar de que no se marcharan más temprano y los pasaportes fluyeran con cierta adecuada rapidez, no demasiada desde luego, porque todo lo demás se hacía solo. Lo más difícil consistía en mantener el puesto, en soportar, en aras de continuar en esa oficina y metida en ese aire acondicionado y seguir ahorrando para tal vez el toyota, a la vieja fea esa, su jefa capitalina que se aparecía sin avisar y que todo lo encontraba mal hecho o mal colocado y siempre estaba hablando de lo amiga que era del presidente de la república. Lo malo era que había que soportarla, precisamente, que había que alabarle los colores escoceses que escogía para la ropa, el mal teñido de un dorado casi rojo, el excesivo maquillaje y el marido metiche y medio idiota que le servía de chofer, chiquito y fresco, que le hacía indecorosas proposiciones a espaldas de la vieja, prometiéndole que, si se lo daba, convencería a su señora esposa para que la nombrara asesora en la capital, con el doble del sueldo y la mitad del trabajo. Pero a ella no le gustaba la capital, demasiado ruido y calor. A las doce y media llegó su mejor amiga Rosita que la iba a buscar en su carro para salir a comer; no almorzaba en la cafetería del huacalito porque eso de que los jefes coman en las mismas oficinas gubernamentales al lado de los empleados como que no era para ella, que ya había aprendido a no codearse con todo el mundo. En el mazda de Rosita su mejor amiga, encendió el radio y le preguntó si no había escuchado por una feliz casualidad el último de Luis Miguel, se notaba de inmediato la telepatía, la conexión profunda y chulísima entre las dos amigas que ese día comieron arroz con habichuelas, yogur y carne de pollo.

-¡Hacía tanto tiempo que no comía habichuelas! -exclamó Rosita, como nostálgica.

-A mí me gustan mucho -respondió ella-. Alimentan mucho, tienen muchas vitaminas. Si uno quisiera no tendría que comerse el arroz, manita, con las habichuelas basta y sobra.

-¿Ya leíste Sopa de Pollo Para el Alma? -varió el tema la Rosita intelectual-. Tremendo libro, manita. Si no lo has leído, te lo voy a prestar.

-¿Sopa de Pollo para qué? Estábamos hablando de comida. Tal vez de ahí te acordaste del nombre -conexión profunda de nuevo.

-Bueno, a mí me gustó mucho la carne que hiciste el otro día en tu casa, tienes que invitarme otra vez, ¿eh? Nunca había comido una carne con ese sabor.

Envidiaba un poco a Rosita porque ya había llegado a esa etapa de su existencia en la que se le veía el bienestar, en que ya no tenía que estar sacando el celular o las tarjetas de crédito para aparentar, sino que desde que se le veía en el mazda o aún a pie las pocas veces que se bajaba del auto, se notaba que estaba el día entero metida en el aire acondicionado -

se veía más blanca, con la piel más tersa y alejada del sol, parecía hasta más rubia- y que no comía todos los días esas comidas pesadas y grasosas.
Al volver a la oficina recibió de nuevo los saludos de todos, que ya le fastidiaban un poco, el guardián arriesgó el piropo e incluso hizo ademán de tocarle aunque fuera la tela de la falda, pero ella lo detuvo con una mirada que significaba que haría todos los esfuerzos del mundo para lograr que la semana siguiente estuviese cuidándole el perrito a la hija de algún funcionario de segunda. Reprendió a doña Lola, la pobre que llenaba los formularios en la remington de los 70, porque se durmió sin querer en la silla luego de almorzar, y así la encontró ella, despatarrada y boba detrás del vaso con el jugo de limón. Le molestaba un poco la oficina luego de la comida de lunes a viernes con Rosita, le fastidiaban la haraganería que le provocaba el estómago lleno, la somnolencia del aire acondicionado y la lentitud de la oficina hasta que no llegaban las dos y algo y la gente empezaba a acudir. Era extraña toda la fila que veía, después de las dos, a través de la cortina y el cristal: dominican yorks, gente que quería emigrar pero no sabía cómo y empezaba mientras tanto sacando el pasaporte, emigrantes a Europa que llegaban rarísimos vestidos con muchos colores, poca gente normal, en fin. Se sentía entonces muy feliz de estar metida en la oficina soportando algunas veces por teléfono y una vez al mes personalmente a su jefa la fea, o amonestando sobriamente a la empleomanía, y no estar allí afuera atendiendo a la gente que no sabía ni hacer bien la fila y a quienes el guardián tenía que formarlos con algunas palabras fuertes de vez en cuando. Para eso sí que era eficiente, aunque se le iba la mano a cada rato y maltrataba; la semana pasada tuvo que llamarle la atención porque esos son votantes y si resienten el mal trato quién sabe por quién echarán la boleta en las próximas elecciones.
Pintándose las uñas con un cutex rojo que llevaba siempre en la cartera, le dieron las tres treinta y ese día lo agradeció más que nunca, sobre todo porque la tarde avanzaba calurosa y lenta y parecía no acabarse jamás el horario de trabajo. Como siempre hacía para no darle motivos a los chivatos que aparecen en todas las oficinas públicas, se quedaba la última y cerraba acompañada del guardián, aunque esa tarde dejó que los demás se marcharan -se despidió, cosa rara, de la audífonos con chicle, que se iba corriendo para la universidad y le devolvió el saludo sin ocultar un infinito desprecio- y dejó que el guardián cerrara solo, porque ese día quién sabe lo que había comido porque estaba como más propasado que nunca. Pensó esto hay que aguantarlo hasta la semana que viene, y el carro público la ocupó de nuevo en Luis Miguel, en el dedo gordo que se había dejado sin pintar, y en tener cuidado para que no se le fueran al carajo las medias que no podía estar compran-do todos los días si quería conseguirse el mes que

viene el toyota. De nuevo su casa. Ah, su casa. El silencio de la urbanización, las calles asfaltadas y limpias, lástima que no haya energía eléctrica, porque, si no, ya estuviese encendida la televisión, gracias al control perdido encima del sillón, con esa comedia nueva del cable antes de la telenovela de las cinco, en donde aparece una actriz que se viste más bien... como le gustaría vestirse algún día a ella misma, tal vez cuando logre obtener el puesto de la vieja esa. Porque ese era un día especial, aunque tampoco haya radio y ni siquiera agua fría: esa noche iría su novio a cenar, así que le prepararía uno de esos soberbios platos con carne que tanto le habían gustado a Rosita y a dos o tres amigos y amigas más. Era la primera vez que le cocinaba; lo había conocido hacía tres semanas en un restaurante para gente in al que fue con Rosita -inseparables, ¿no?- que se conocía todos esos sitios finos y sentado en la mesa de enfrente: "el diablo, qué hombre", y no estaba viendo a Rosita como ella siempre pensaba que hacía el sexo masculino cuando salía con su mejor amiga, que siempre veía a la de al lado, sino que se fijaba en ella y sucedió que era norteamericano y que apenas sabía hablar el español, pero que le gustaban las jóvenes nacionales y serias y ejecutivas de lo que sea. Corrió a la habitación para quitarse la ropa y el maquillaje y ponerse más cómoda, la camisa crujió cuando todo el Niágara que la mantenía estirada sucumbió al sudor fuera del aire acondicionado que en la oficina estaba pero que en su casa no. "Le haré carne molida", pensó ella, inspirada en el ingrediente del futuro plato, "pero de la especial. Ojalá que todavía quede algo..." Contrariada por la posibilidad un poco remota de que la carne se hubiese terminado, se colocó una bata de casa que parecía más bien un kimono, que había conseguido en una barata de boutique, y lanzando los zapatos de tacos bajos al fondo del armario trotó casi hasta una habitación vacía de las tres de su apartamento, que no usaba porque, como toda mujer soltera y profesional que se respete, vivía sola. Sacó una llave del fondo de la palma de su mano, abrió la puerta cerrada extrañamente con esa llave, unas cajas vacías y otras repletas de papel periódico llenaban los rincones. Había un olor fétido allí, extraordinariamente repugnante, pero al parecer ella estaba acostumbrada, puesto que continuó sin detenerse, sin notarlo incluso. Las ventanas se encontraban cerradas, se detuvo delante de dos objetos cuadrados, como cajas, encima de una mesa con forma de escritorio. La oscuridad era tan intensa por el hermetismo del cuarto, que se había detenido realmente para que sus pupilas se agrandaran y se fuesen acostumbrando a la oscuridad, para lograr ver mejor en lo que se iba volviendo penumbras. Bajó un poco la cabeza hacia los dos objetos (de los cuales salía el hedor casi insoportable) y se decepcionó: no, ya no quedaba nada, lamentablemente. Los huesos estaban limpios en las jaulas; tendría

que sacar los cuerpecitos y, quizás mañana, si no tiene mucho trabajo y Rosita no la llama para salir, pueda conseguirse dos niños más.

FIN

(Máximo Vega nació en Santiago, República Dominicana en 1966. Ha publicado textos en diversos periódicos nacionales. En 1991 obtuvo el primer premio en el concurso literario de Alianza Cibaeña. Publicó la novela “Juguete de madera”.)

CÓMO RECOGER LA SOMBRA DE LAS FLORES – ÁNGELA HERNÁNDEZ

"Viaje en un viaje de cien regresos / de veleidades / fe de suspiros / vueltas sin giro / ratos reunidos / y en mi entrecejo sagrado celo de perecer / quizá volver"
Este escrito lo hallamos debajo del colchón y como los demás, parece obedecer a la intención de darnos claves para entenderla. Empresa imposible para nosotros que la habíamos visto y amado como a una muchacha común, como a la hermana mayor, para quien nuestros padres tuvieron ciertos privilegios.
Faride fue la única que estudió en un colegio (papá le consiguió una beca en un instituto evangélico). Los demás asistimos a la escuela pública. Cuando terminó el bachillerato, empezó a trabajar como cajera en un supermercado; seis meses permaneció en este empleo. Un día, sorpresivamente, lo abandonó. Mamá la culpó de carecer de conciencia, juicio ratificado por las miradas recriminatorias de mi padre. Ambos emplearon todos los medios para extraerle la razón de su autosuspensión en el empleo. No la habían cancelado, ni tuvo contrariedad alguna para ajustar la caja cada día, ni tuvo problemas con ningún cliente. Sólo al cabo de una semana de acoso, dijo: "El supervisor me manoseaba". Ya nadie más la molestó. Dos meses después comenzó a trabajar en una tienda de tejidos. Así era ella, sencilla, y reservada. Le he traído algunas fotografías, pero debo devolverlas en seguida. Mi madre ha prohibido tocar sus pertenencias.
De primera vista, las fotos coparon mi atención; intrigaba sobre todo la definida combinación en un mismo rostro de facciones blancas y negras: labios gruesos, nariz muy fina, largo y ensortijado pelo crespo. En los ojos se vislumbraba una expresión tan dual y acentuada como las líneas del perfil; había en ellos una fuerza contenida: expresiva vaguedad, negra llamarada tras una engañosa cortina de vacío. Desde aquella ocasión, la imagen de su mirada subyugante es una carga obsesiva en mi cabeza. En

las siguientes clases, al final, me quedaba con José escuchando más detalles.
En mi familia las mujeres contraen matrimonio antes de cumplir los veinte. Mi abuela casó muy joven; mi madre continuó esa costumbre y Faride casó meses antes de llegar a los dieciocho. No creo que tuviera una idea muy clara de lo que significaba el matrimonio, tampoco estoy seguro si fue feliz o no, pero sí la recuerdo con claridad, acongojada y nerviosa, tejiendo infatigablemente manteles y cubrecamas el último año anterior a la partida de Raúl a los Estados Unidos. Él casi no hablaba, víctima de un disimulado malhumor. La situación no era para menos. Faride sostenía el hogar, tenían dos hijos y cuatro años de casados y todavía él no había logrado un empleo estable. Al regresar con sus hijos a nuestra casa, ella estaba triste y como aliviada.
He dado vueltas y vueltas a las informaciones, intentando descifrar los sucesos acontecidos en la casa de José. Nada encuentro que indique a Faride como sujeto de circunstancias especiales en su niñez y adolescencia. Son nueve hermanos, recibieron las mismas costumbres y se criaron en la misma casa. Tres de ellos, incluyendo a Faride, nacieron en las montañas centrales, pero eso no los hace diferentes. Los dos hermanos mayores no muestran ninguna coincidencia con ella; José, el sexto, y a quien conozco mejor, es un muchacho normal entre los normales.
Hacendosa y consciente, al mudarse a nuestra casa, Faride continuó trabajando en la tienda y tejiendo manteles y cubrecamas en las noches y en los fines de semana. Sus amigas, bromeando, le decían: "¡Anjá!, como Penélope, tejiendo para esperar al marido". Ella sonriendo, replicaba: "Tejo para comer, no para engañarme".
En cierto modo, mi hermana se comportaba en algunas pequeñas cosas de manera distinta a las demás personas. No denotaba interés especial en su apariencia física. Nunca usó pintalabios ni pintura en los ojos. Su vestuario era muy simple; ella misma confeccionaba sus ropas empleando tejidos ligeros y colores claros; el limoncillo y el lila predominaban en su atuendo. Yo era el más grande de los hermanos que quedábamos en casa, tenía para entonces doce años cumplidos, no recuerdo haberla visto enojada conmigo, jamás me sermoneó, ni me ofreció consejo sobre cosa alguna. Pero estos detalles del comportamiento no hacen especial a nadie; menos aún en casa, donde las algarabías y largas conversaciones entre los adultos eran rarísimas y cada uno prefería lo suyo; mi madre, escuchar la radio; mi padre, jugar dominó; los hermanos mayores, recorrer las calles; Faride, tejer.
Nos habíamos acoplado muy bien con ella y sus niños; la vida transcurría con toda naturalidad y ninguno de nosotros, ni siquiera nuestros padres,

había captado la paulatina transformación que se operaba en el interior de nuestra hermana; sorprendidos, asistimos a la imprevista irrupción del mundo que se gestaba en sus adentros. Era el momento del desayuno:
-Me ayudará, ése sí me ayudará, mamá. Ese hombre sí vale la pena. Bello es como un sol. Huele a mayo, sabe a yerbabuena lavada por el aguacero. No es rico, ni joven, ni siquiera es heroico. Pero es incomparablemente amoroso. Me carga diariamente para conducirme a la cama, y si vieran qué cama, blanda como una canción filtrada por el agua. Bastan mis miradas para comprenderme, sabe lo que apetezco con sólo sentirlo.
Nosotros no comprendíamos del todo sus palabras. Ni siquiera papá y mamá parecían entender, pues la miraban extraños.
-La casa ha reventado de flores en los pocos días que llevamos juntos. Flores agigantadas con cada minuto de amor. Violetas y amapolas creciendo delirantes; hinojo, girasoles y malvas vino tinto como paraguas abiertos. Ya son un monte. Las orquídeas se trepan por las paredes, formando racimos elegantísimos, casi no dejan ver nada a través de los cristales. La casa completa es de vidrio transparente. Al principio tenía vergüenza, alguien podría vemos cuando hacíamos cosas en la cama. Después advertí que la casa estaba solitaria en el mundo. Enjambres de abejas bordan panales de miel alrededor de los tallos de los claveles, grillos verdes y cocuyos recogen polen para hacer sus hogares. ¡Ah, las malvas me fascinan con su sangre vino tinto retenida como primor en sus corolas! Aconséjenme ustedes: ¿Qué hacer con un jardín desenfrenado? ¿Qué haremos si las flores continúan encaramándose en el techo y llegan a ocultar el sol? Él podría abandonarme. Sabe que el jardín crece sólo para mí. ¡Qué trágico placer! ¡Qué amable mortificación!
Nos quedamos en silencio. No comprendíamos su discurso, pero nos fascinaba; mamá y papá la miraron atónitos. Ella se puso de pie, se lavó las manos, tomó su cartera y se marchó.
Los niños celebraron las ocurrencias de nuestra hija tal si se tratara de un cuento. Nosotros nos agitamos, nunca habíamos escuchado a Faride hablar de hombres, y mucho menos en esos términos insolentes. Sin hallar nada extraordinario, justificativo, de sus palabras, revisamos los pormenores de la semana que finalizaba, decidiéndonos a interrogarla a su regreso.
No fue sino hasta las ocho de la noche cuando volvió y ni siquiera permitió abordarla: "Me caigo del sueño", nos dijo al tiempo que se echaba con la ropa puesta entre los dos hijos acostados. Por primera vez en la vida nos desairaba; esta irrespetuosa acción nos envenenó la noche.
La coincidencia en la descripción de las palabras de Faride es completa. Los papeles que dejó escritos con su puño y letra, tienen también una tónica parecida. En unos y otros, la incógnita principal deriva de comparar su

discurso con su escasa cultura intelectual. ¿De dónde extraía sus figuraciones? ¿Puede afirmarse que obedecen a un estado de alucinación? ¿Tal vez un tipo particular de esquizofrenia? A veces me inquieta su hermano; más que por vocación, ha escogido esta carrera con la ilusión de aclarar el enigma de ella y quizá esté alejándose cada vez más de las claves.

Estábamos pendientes de ella, cuando se acomodó a mi lado en la mesa. Llegó sosegada, risueña, en sus ojos había una claridad desconcertante; dos gotas de rocío figuraban prendidas en sus pupilas. Calma y alegría, sentí que contagiaban también mi cuerpo.

Me estremecí, mis manos temblaron cuando la vi acercarse. Un presentimiento me comprimió el corazón. Vi la niña de seis años con una gran cinta blanca sosteniéndole el pelo, la niña graciosa que se me encaramaba en las piernas, y yo la retiraba de un manotazo; el ángel de luz que me besaba, me lamía la boca, me abrazaba, me acariciaba los senos, y yo la apartaba molesta porque dos niños más pequeños reclamaban mi atención; la niña insiste, que se me metía bajo la falda con ganas de jugar, y yo le daba una nalgada porque tenía demasiado trabajo y me estorbaba el movimiento que hacía; la pequeña que en las madrugadas se acurrucaba al lado de mis pies con la esperanza de pasar inadvertida, y yo la acostaba de nuevo en su cama gritándole que se estuviera quieta. La que cuidaba a sus hermanitos para que yo la quisiera más, la que pedía la dejara mamar cuando lo hacía el más pequeño, la que me exasperaba con sus zalamerías, cuando ya era demasiado tarde para eso. El mismo rostro, la misma cinta, la misma risa, los mismos ojos. Hubiera querido abrazarla, pero había pasado demasiado tiempo de distancia entre las dos.

-Le regalé un caracol con doce colores. ¡Ufi, cuánto trabajo para conseguirlo. Entre las rocas, en un gran hueco, estaba. Crucé un palo fuerte de lado a lado del hueco, me colgué de él y me fui caminando con las manos hasta el sitio del tesoro. Es del tamaño de una taza. Los colores le nacen afuera. Se esparcen y se van metiendo en el interior. Es curioso, tantos colores surgiendo de un nudito obscuro.

Bajaba la voz, como si hablara consigo misma, luego, excitada, proseguía.

-A él le encanta mi obsequio. C'est trés joli, comme la vie, me dijo.

Mi madre se contuvo. ¿Quién es él?, le preguntó. Faride la miró extrañada y contestó con naturalidad: "El director del Instituto Oncológico".

-Jamás lo imaginé tan hermoso. Cuando ríe, y casi siempre se está riendo, se echa para atrás con todo y silla. Su risa asciende al cielo como pompas de música saliendo de una flauta. Ganas me dan de chupar su boca, de comérmelo con lechugas y claveles. Sus dientes se ven húmedos. La risa le nace de adentro, como si le floreciera un vaso de agua en la garganta.

Mamá se sonrojó, papá estaba incómodo en la silla, nosotros disfrutábamos la historia.
-Él me ha requerido para ser su ayudante en las operaciones, en los tratamientos radiactivos y en el laboratorio. Le digo: no sé de enfermedades ni de curaciones. Él con su risa bella me tranquiliza: ya aprenderás, te enseñaremos. Horas muertas, mejor dicho, vivas, bien vivas, permanecimos sentados en dos sillas de madera, sobre las rocas, frente al mar. Las otras personas estaban lejos. Las rocas sobresalían sobre el mar, navegábamos en un aire añil a varios metros por encima del agua.
Luego, ensimismada, comentó para sí: "Este hombre especial me hace olvidar el cáncer". Devoró el desayuno y se marchó con prisa. Nosotros nos quedamos hablando del cáncer. Para uno era un abejón con cuernos, para otro una mata con manchas blancas. Sin poder ponernos de acuerdo preguntamos a mamá. Apesadumbrada nos contestó: "Es muchas cosas a la vez".
Mi marido y yo estábamos inquietos. Educamos a Faride como buena cristiana, no la reconocíamos en esos discursos atrevidos. Llegamos a suponer que tal vez estuviera en mala compañía, pero de todas maneras una gente no cambia así por así, de la noche a la mañana.
-Son sueños. ¿Te diste cuenta hoy? Son sólo sueños.
-Ella los cree realidad. No es normal lo que sucede. Saldrá a contar esas porquerías por ahí. Dirán que es una vagabunda. El marido en Nueva York trabajando y ella viviendo con distintos hombres.
-Quien nos conozca no tomará en serio sus palabras.
Él lunes mamá nos levanta temprano, nos hizo desayunar con prisa y prepararnos para la escuela. No pudo impedir sin embargo que antes de irnos escucháramos a nuestra hermana decirle en la cocina:
-Mamá, son un amor los jovencitos. Se llama Andrés y me lo presentó Lucía en su fiesta. ¡Fuego a primera vista! Vernos y prendarnos. No es para menos: tiernecito, ardoroso, suave, con sus ojazos verdes parece un hijo grande entre mis piernas.
Hallé el papel en la mesita del cuarto; eran sus letras, y su contenido al parecer refería el cuento del caracol y el médico. La desperté bien temprano, todavía no clareaba el día. La llevé a la cocina, quería hablarle sin perturbaciones. Quizá el papel descifrara algo, acaso sus cuentos no fueran más que ideas copiadas de algún libro trastornador. ¿Qué es esto?, le dije.
-¿No lo ves? Lo escribí antenoche: De las piedras soy pariente / de estas costas de olas finas / de frágiles horizontes / de caracoles desenroscados / que mecen las vigilias de claroscuros movimientos / con su melodía desenvuelta / con su sonoridad de mar lejano / con su canto pacífico

destendido / con su nácar que devana líneas submarinas / y las toma como vino, como sal, como leche elemental.
Había repetido de memoria las letras del papel, entrecerró los ojos y continuó recitando, como si estuviera leyendo algo escrito detrás de los párpados.
-Húmeda y sorprendida / como el recién nacido / apenas me palpo / no tomé el sol, tiempo no hubo / ni aprendí mi lengua / ni detecté las claves de mi entorno / yazgo en mí / aletargada y tímida / blandas son mis texturas / en el embrión de mí / a veces me remuevo.
Sentí un escalofrío en mi espalda. No me atreví a interrumpirla, no era mi hija quien hablaba.
-Existir y no ser / es un milagro / ser el borde de lo indescifrable / equidistancia de la aceptación / una cordura al margen de preceptos / un lúcido candor / una dorada vértebra escondida / encaje de violetas circulares / que forman un violeta corazón.
Casi sin voz, le dije: Faride, hija mía, ¿qué te ocurre? Tampoco me atrevía a tocarla, la presentía distinta y ajena. -No me sucede nada, mamá.
-¿De dónde sacas esos cuentos?
-¿Cuáles cuentos?
-Lo que acabas de decirme, los del desayuno del sábado y el domingo.
-No son cuentos. Esta poesía la escribí hace cuarenta años. Es mía. No hago cuentos, nunca me aprendí uno.
-¿Me estás diciendo que son verdades, realidades? -¿Qué es la verdad, mamá? ¿Qué son realidades?
-La verdad es la verdad, la misma que aprendiste desde niña. La realidad es que tú tienes veintitrés años. No puedes haber escrito nada cincuenta años atrás. Dime la verdad, tú nunca mentiste. -No miento.
-No me desesperes. Tenme confianza, cuéntame lo que sucede en tu vida.
-Tengo confianza en usted. No me ocurre nada, estoy muy bien. -Dime entonces, ¿por qué inventas esas extravagancias perjudiciales a tu nombre?
-¿Cuáles extravagancias?
-Esas fantasías de hombres y amoríos tan diferentes a tu realidad de mujer seria.
-¿Qué es la realidad, mamá?
-¡La realidad es comer frijoles y plátanos, parir un muchacho, trabajar, ver claro cómo son las cosas!
-¿Y cómo son las cosas?
Ya no insistí, enloquecía en esta conversación sin fondo.
Al día siguiente, se sentó ligera en la mesa. Los niños se habían marchado a la escuela. Nos acompañaba uno de nuestros mayores. Le pedí hacerlo, a sabiendas de que Faride lo respetaba casi más que al padre, temiéndole

más. De jovencita, fue a ese hermano a quien encomendamos su cuidado. Sin embargo, ella no se inhibió con su presencia.
-Fue un viaje bellísimo y a la vez aburrido: dos meses en el mar, viendo cielo, viendo azul y más azul, viendo las mismas personas, los pájaros atemporales planeando sobre nuestras cabezas. Pero valió la pena. Allá me aguardaban las amigas de mamá, con un ramillete de flores y con los brazos abiertos. Fui con Ferita a matricularme en la universidad. Tomé sólo dos materias: Botánica e Historia, porque primero debo adaptarme a la ciudad y a los nuevos amigos, antes de entrar de lleno en los estudios. Confundo a las profesoras, son tan blancas, tan iguales. A los blancos les hizo Dios la piel con el mismo rollo de tela. Ayer fuimos a ver Sombras de Sueños, de Unamuno. El teatro es elegantísimo y no menos la gente. Después de la función, fuimos a mi apartamento, bebimos vino y cerveza, bailamos y nos revolcamos en el suelo.
Basta!, le dije con cólera y tristeza. Mi hijo mayor sólo comentaba: "¿De qué habla ella?" Debimos sacarlo casi a la fuerza de la casa, estaba furioso y quería golpearla. Según él, Faride se había convertido en una charlatana y con dos o tres palos se enderezaría. Ella no se mostraba sorprendida y cuando regresamos todavía añadió:
-El tranvía, los edificios, los bellísimos lienzos en los museos, el Graf Zeppelin, los amigos románticos recitando versos en los parques.
Las narraciones en el desayuno se hicieron rutinarias. Nos apartaban de la mesa, nos hacían salir corriendo hacia la escuela, nos alejaban de ella y de sus pertenencias, consiguiendo agudizar nuestra curiosidad. Espiábamos las conversaciones, escarbábamos en su cartera y burlábamos la vigilancia de papá y mamá para estar con ella. Mamá pensaba que el desvarío de Faride era pasajero, atribuyéndoselo a la falta de noticias sobre Raúl. Efectivamente, de él no se tenía información ninguna desde su partida. Mamá fue donde el grupo que preparó el viaje, pero le dijeron que no eran responsables de las personas después que las llevaban. Papá consideraba a Raúl un sinvergüenza, no le interesaba su paradero y menos aún su porvenir. El sábado, Faride se acercó a la cocina temblorosa; en su rostro había una expresión sombría.
Papá y mamá se asustaron.
-Estaba vivo, el pájaro disecado, el pájaro disecado prehistórico que me envió mi amigo de la India, estaba vivo. Me persiguió en el lodazal del arroz, en el laberinto de cuevas de San Juan, entre las sábanas de mi cama. Se veía muerto cuando lo trajo el correo, pero estaba vivo. Un pájaro atroz, pegajoso, con patas largas y puyas cortas en vez de plumas. Estaba húmedo y muerto y se movía. No sé qué hacer con él.

Traté de tirarlo por la ventana y lo hallaba de nuevo bajo mi cama. Diez veces lo saqué de mi habitación y regresaba a mi lado, como un amuleto hediondo a muerto, y está en mi habitación, y me pega su piel viscosa al rostro. ¡Oh Dios, me ha hecho vomitar hasta el alma!

Papá y mamá la escuchan consternados. Hasta nosotros, que espiábamos por las brechas de la cocina, nos impresionamos profundamente. Entonces modificó de repente la expresión y rió:

-Ah, pero qué hermosa la casita. Él me la envió de regalo. Hoy la trajo el correo. No es más alta que mis piernas, pero tiene mil puertecitas, todas rosadas; cada una de un rosado distinto. Mil matices de rosado en su fachada. Al abrir una puertecita, me encuentro con un poema de tres líneas y una pintura explicativos de la historia de ese año. Mil años de historia de la India en un millar de pinturas y mil poemas. En la última puertecita, la de rosado tan intenso que se acerca al naranja de los arreboles, está la Marcha de la Sal y el Poema de la Paz: La paz, la sal, la lumbre del otoño / dentro de nos están y juntas han de brotar / cual manantial que ciega ciertos fuegos.

Cuando nosotros, intrigados, le preguntamos por la casita, nos dijo que más adelante nos la mostraría. Allá en la India, nos relató, los niños no emplean libros para estudiar historia, sino casitas como esta. Los hindúes aprendieron a través de milenios el arte excepcional de miniaturizar los árboles y la historia.

En el cumpleaños de Faride sus compañeros de trabajo le organizaron una fiestecita, a la que nos invitaron. Acudimos a la tienda inseguros. Para nuestra sorpresa, el festejo se desarrolló con toda naturalidad, en la tardecita, después del cierre de la tienda. El propietario del lugar le entregó un diploma donde destacaba la eficacia de Faride como vendedora ejemplar; le obsequió además una cadenita de oro, instándola a seguir con iguales simpatía y rendimiento. Sus compañeros la querían y admiraban, según pudimos comprobar.

En la casa, sin embargo, las modificaciones de su conducta eran notables. Tejía menos y pasaba largos ratos sin hablar.

No perdía ocasión de jugar. Se confundía en las cortinas del palacio, son de terciopelo azul, estaba la pájara pinta sentado en su verde limón, caracolito de la mar que te quedaste sin bailar: Corría y saltaba con gran alegría y ninguno de nosotros podía darle alcance cuando jugábamos al topao. Papá y mamá se tranquilizaban cuando nos veían así. Pero un giro de la situación agitó toda la casa, y ya nuestros padres ni siquiera se molestaron en ocultarnos su zozobra.

Era domingo, papá jugando dominó con un grupo de amigos, en el frente de la casa. Faride, eufórica, comenzó a dar vueltas alrededor de la mesita

de jugadores, dando saltos con los dos extremos de la falda agarrados y ésta extendida en abanico. Contaba las palabras, montándolas en una risa suelta.
-Regresó mi amante de la casa de cristal. Me ha traído otra vez sus acertijos. Esta vez acertaré. La casa de cristal está de fiesta, se han abierto las ventanas y las habitaciones se llenan de lunas plenas. Vamos a Moscú a montarnos en la estrella voladora. Él se entretiene con los trapecistas. Juntos hicimos una escultura a la ternura del oso panda / Providencia brilla como un cocuyo en el mar Caribe / Con los pescadores / en las playas doradas / por las madrugadas / rondamos sus aguas / Con cintas boreales / tejimos una barca / que sabe de Ítaca / por hielos eternos / vamos animados / en expediciones / camellos de plata / nos llevan al lomo / por cumbres de nieve / tan clara / tan bella / que en su transparencia / se derrite el tiempo / se disuelve el alba.
A partir de aquel suceso, se trastornó totalmente nuestro hogar. Faride contaba sus delirios a quien quisiese escucharla. Algunas personas iban a nuestra vivienda y la estimulaban a hablar, a fin de nutrir las murmuraciones que circulaban por el barrio. Apresurados, mamá y papá reunieron dinero y la llevaron a un siquiatra.
La examinó, sometiéndola a diferentes pruebas. Inspeccionó sus reflejos, le tendió trampas a la lógica, más de una hora conversaron. Antes nuestro aturdimiento, el médico nos dijo que sin duda estaba cuerda, siendo además una muchacha inteligente y colaboradora. Le relatamos los acontecimientos del domingo y los anteriores. Él nos dijo que comprendiéramos su juventud y sus ideas. Los sueños de cada generación difieren, nos subrayó. Le insistí en oírla frente a nosotros, pensando que ella lo había engañado. La llamamos y le solicité que recitara una de sus poesías. Entonces ella, con la mayor naturalidad, mirándonos a los ojos declamó:
-Poblaciones de estrellas deshabitan el cielo para despeñarse en mis firmamentos / matrices de burbujas frescas / desoyen sus manantiales originales / y hacen un racimo de agua entre mi sexo / Zumos de vírgenes praderas / exprimidos por voluntad propia / forman la sangre de mis andares / soy con ellos / juego del amor / intrínseco viajero.
El médico expresó que esa poesía confirmaba su diagnóstico:
Faride era inteligente y original, aconsejándonos que la dejáramos ser tal como era. Partimos de su consultorio más turbados: de regreso, ninguno de los tres hijos.
Sus sueños fueron ganando terreno con el transcurso de los días.
Por las mañanas se hacía difícil despertarla. A menudo se lavaba, desayunaba en la cocina y retornaba a la cama. Con bruscas sacudidas la

despertábamos de nuevo. Entonces realizaba dos o tres actividades rutinarias y volvía a la cama a continuar el sueño interrumpido. Cuando a la fuerza la levantábamos y le impedíamos acostarse, mientras yo la sermoneaba sobre la responsabilidad en el trabajo y la necesidad de su salario para el sostén familiar, andaba en la casa como en un escenario donde fuera la actriz principal, desarrollando un papel conocido exclusivamente por ella.

En ocasiones, erguida en la cama, observaba el derredor como si no conociera nada. Caminaba por inercia, repitiendo con nosotros diálogos anteriores. Ensimismada e inexpresiva, tardaba hasta tres cuartos de hora en trasponer la franja divisoria de sus dos realidades.

Hacíamos lo imposible por sustraer a los vecinos del ambiente de nuestra casa. Nuestros hijos mayores entretenían a los visitantes en el frente, sacando sillas a la acera y entablando conversación casi en la calle. Yo me abstenía de salir. Sólo iba a misa los domingos y trataba de hacerlo con el mayor disimulo: me atemorizaban las preguntas. Prohibimos a los niños más pequeños entrar a la habitación de Faride. Después de repetidas excusas, nos resignamos a admitir que ella no volvería a trabajar, así se lo hicimos saber al propietario de la tienda. Pero todos nuestros esfuerzos no lograron más que desatar mayores murmuraciones. Las especulaciones de los vecinos eran un cuchillo en mi corazón. Para ellos Faride estaba preñada, Faride había abortado en una clínica de mala muerte donde la malograron, Faride tenía hemorragia perpetua, Faride había enloquecido y caminaba desnuda por las habitaciones haciendo gestos pornográficos, Faride estaba pudriéndose de cáncer, tenía el rostro comido por los rámpanos, por cualquiera de estas causas la teníamos enclaustrada.

Nuestros amigos nos preguntaban en la escuela si era verdad que nuestra hermana olía mal, si tendríamos otro hermanito, cuántos papás le había puesto a sus hijos, preguntaban si nos enfermaríamos igual que ella. Ante el rosario de murmuraciones mamá cambió drásticamente de política. Abrió ventanas y puertas. Convidó a las vecinas a tomar café en la casa, varió las órdenes que nos impedían estar con nuestra hermana, permitió a sus hijos acostarse de nuevo con ella y a ella ya no la privó de salir al patio.

Las amigas y los vecinos la miraron recorrer la acera, mojar las matitas de berenjenas sembradas en el patio y retozar con sus hijos. Se turnaron para espiarla, ya que sólo a veces se dejaba ver. Unos terminaron atribuyéndole una enfermedad pasajera o una pasiva demencia. Sin embargo, aceptaban igualmente que la figura de Faride no delataba padecimiento alguno. La vieron como estaba entonces: con el perfil de su rostro más definido, las mejillas sonrosadas y una calma profundísima asomando todo el tiempo todo el tiempo por los ojos.

De tarde en tarde me sentaba a velar su sueño. Ciertos descubrimientos me habían despertado nuevas ilusiones de curación. Contemplándola fijamente, reparé en el movimiento de sus párpados y en el leve estiramiento de los labios, cuando las voces de las marchantas conocidas ofrecían gandules, verdecito u orégano. No parecía tampoco ajena al vocerío infantil jugando béisbol en el parquecito cercano. Si mi hija no estaba por entero en esta realidad, tampoco lo estaba en la otra.

Las esperanzas de mamá pronto se fueron disipando. La residencia de Faride de este lado de la realidad disminuyó progresivamente, hasta ceñirse a una angosta brecha de no más de una hora. Entonces se despertaba por completo, tomaba un vaso de agua, se bañaba y perfumada. Conversaba brevemente con papá y mamá, y retozaba un ratito con nosotros, exhibiendo un dominio completo de sus dos tiempos distintos. Cuando estaba dormida, yacía sumida en una honda tranquilidad; cuando despierta, ágil y clarividente.

Cierto día nos despertó a todos con un grito frenético. Era una calmada madrugada de abril, fresca y olorosa, nunca la olvidaré. Alrededor de la cama escuchamos sus últimas palabras.

-¡¡Encontré la solución!! ¡¡Bésenme todos!! ¡¡Bésenme y ténganme en sus brazos, que hallé la solución! ! ¡Ya sé cómo irrigar un jardín que no para de crecer, cómo recoger la sombra de las flores, cómo evitar que oculten el sol y cómo andar en transversal por los instantes!

Se durmió definitivamente. Seis meses justos permaneció durmiendo. Pálida, bocarriba, sonriente: se fueron desvaneciendo los latidos de su corazón. Al término, lucía como un bello sueño vestido de rosado, un sueño que nuestros padres rehusaban enterrar.

Ignoro por qué la familia se inclinó por el dictamen de locura. En José toma fuerza la idea de que se trató de una forma singular de demencia aún inexplorada por la siquiatría; sus planes de estudio están animados por el deseo de continuar profundizando la investigación del caso.

La excepción es la madre, para quien la hija estuvo poseída por una mujer del pasado; su excitación la lleva a creer que José, por instantes, es invadido por el espíritu de Faride. Sólo ellos la conocieron en intimidad, viviendo los pormenores de los momentos más intensos de su extraordinario comportamiento; sin embargo, podrían estar equivocados y quizá se trate de una mera cuestión poética.

FIN

(Ángela Hernández Núñez nació en 1954 en Jarabacoa, República Dominicana. Es autora de los poemarios “Edades de asombro”, “Arca

espejada” y “Telar de rebeldía”, así como de los libros de cuentos “Alótropos” y “Masticar una rosa”. En 1997 obtuvo el Premio Nacional de Cuento, con su libro “Piedra de Sacrificio”. Relatos suyos se han publicado en antologías en Estados Unidos, Chile, Austria y República Dominicana.)

LA MUJER DE COLUMBUS CIRCLE – FRANKLYN GUTIÉRREZ

Esa tarde la estación de tren Columbus Circle, de Nueva York, estaba tan abarrotada que tuve que permanecer parado por varios minutos en medio de las escaleras de acceso a la plataforma de la ruta de la Octava Avenida sin poder mover un solo paso.

Desde el lugar donde quedé atrapado en la escalera vi a una mujer mirando hacia todos lados, como buscando a alguien que se le había perdido entre la multitud. Aparentaba unos veinte y cinco años de edad y llevaba una blusa roja muy atractiva. El tiempo que la estuve observando permaneció discretamente apoyada en una viga de hierro cerca de la caseta de venta de periódicos, revistas y dulces variados, ubicada en el centro de la plataforma.

Después de unos disimulados empujones logré dejar la escalera y caminé hasta el nivel superior con la idea de tomar el tren de la ruta de Broadway, que también pasaba cerca de mi casa; pero cuando llegué al nivel superior allí estaba ella, apoyada en la viga más cercana a la caseta de venta de periódicos, revistas y dulces variados del nivel superior.

No presté mucha atención al cambio de lugar pues muchas personas van de un lado a otro mientras esperan el tren. Lo que sí pude ver con precisión fueron sus pupilas brillantes reflejando la luz amarillenta de la estación y el tenue verde de la columna de hierro donde descansaba su espalda. Pero lo más sorprendente era el parecido físico de ella con un retrato que adornaba una de las paredes de la sala, de mi apartamento, el cual yo había adquirido cuatro años atrás en un mercado de pulgas localizado en Webster Avenue, en el Bronx.

Cuando llegó el tren, me uní al grupo que hacía todo lo posible por no esperar el siguiente viaje. Segundos después éste se puso en marcha y con su partida quedó en la estación la mujer, confundida entre los que no tenían mucha prisa de llegar a sus hogares.

A los pocos minutos de iniciada la marcha el operador del tren anunció por los altoparlantes que por inconvenientes mecánicos debíamos bajarnos en la próxima parada. Al descender lo primero en aparecer frente a mí fue la mujer a quien creí haber dejado en Columbus Circle. Traté de adoptar una actitud indiferente, caminé hasta uno de los teléfonos públicos y me coloqué el auricular en el lado izquierdo de la cara simulando hablar con

alguien, pero ella, como adivinando mi comportamiento evasivo, me siguió sin el más mínimo disimulo. Llegó hasta el teléfono donde yo estaba y se acercó tanto que sentí su respiración sobre mi cara. Comencé a sentirme extraño y perseguido.
-Perdona que te haya estado mirando con tanta insistencia -me dijo, sin titubear.
-No importa, no me había dado cuenta.
Le mentí, mas su sarcástica sonrisa me hizo sentir delatado. Ella sabía que le estaba mintiendo.
-Eres muy parecido a mi esposo. Ojalá tuviera una fotografía de él para mostrártela -dijo mientras simulaba abrir la cerradura de la cartera.
Abordamos el tren en la calle 96 esquina Broadway y durante los veinte minutos del trayecto hasta mi casa no me permitió hablar ni una sola palabra. Me preguntó todo lo que quería saber de mí y me repitió, en varias ocasiones, que se había acercado a mí motivada por un extraño impulso cuyos motivos les resultaban difícil explicar.
Al arribar a la parada donde debía quedarme, sentí una inmensa alegría al saberme libre de mi perseguidora. Nos despedimos y aunque no hizo ningún intento de bajarse del tren, no dejó de mirarme fijamente. Y con un gracioso movimiento de mano, me dijo adiós a través del cristal de una de las puertas del tren.
Entre la alegría de haberla conocido y la confusión que me produjo el encuentro con ella, se fueron depositando en mi memoria sus ojos verdes, su blusa rojo brillante y su furia de mujer apetecible.
Al llegar frente al edificio donde vivía satisfice mi deseo de verla otra vez. Allí estaba ella, esperándome nuevamente como si hubiera concertado una cita conmigo. La saludé y, como empujado por una fuerza externa inexplicable y sin preguntarme el porqué de su aparición frente a aquel edificio, la invité a subir a mi apartamento. Era viernes y podíamos hablar ampliamente, pues era el último día laborable de la semana.
Pocos minutos después de iniciada nuestra conversación, pensé sugerirle que se quedara conmigo hasta el otro día. Pero advertí rápidamente mi desesperación. Una hora después anunció su partida y yo desconcertado, ante su negativa de aceptar una copa de vino, una cerveza, una taza de café u otras cosas que le brindé, no insistí mucho en que se quedara.
Fui a despedirla hasta la puerta y retorné a la cocina, único lugar del apartamento donde ella había estado, y me puse a organizar un poco parte del desorden doméstico que día tras día van acumulando los hombres cuando viven solos.
Aproximadamente dos horas más tarde escuché el timbre de la puerta. Era ella que había vuelto. Cuando abrí entró como si fuera a su propia casa,

caminó todo el pasillo rumbo a la sala, colocó el bultocartera que llevaba colgando del hombro izquierdo sobre el sillón más pequeño de los muebles y se puso a observar tranquilamente el retrato que adornaba una de las paredes de la sala.
-¿Quién pintó este retrato? -dijo, sin mirarme.
-No lo sé, no tiene la firma del autor y cuando lo compré se me olvidó averiguar ese detalle; o mejor dicho, no le di mucha importancia. -¿Desde cuándo está colgado en esta pared? -Hace alrededor de cuatro años.
-¿Se parece mucho a mí, verdad?
-Sí, bastante.
-¿Por eso lo compraste?
La pregunta me dejó atónito y como no supe qué responder traté de cambiar el tema de la conversación.
-¿Cómo te llamas? -le pregunté.
-Fresia McMilean -dijo, sin importarle mucho mi pregunta. Dudé de su respuesta. Me resultaba extraño el apellido McMilean para una mujer de aspecto latino como ella, pero no quise seguir indagando y fui hasta la cocina en busca de algo de tomar. -¿Quieres comer algo? -le dije desde la puerta de la cocina. -No -respondió secamente.
-¿Deseas jugo, café, cerveza...?
-No, no deseo nada, gracias. Prefiero continuar mirando este retrato.
Volví a la sala con una cerveza y traté de mantenerme un poco alejado de ella para no romper la felicidad que le provocaba el retrato. -Acércate a mí -dijo ella de repente.
Con más vacilación que firmeza caminé unos pasos y me coloqué a su izquierda.
-Sé que lo compraste porque se parece mucho a mí -dijo con ternura mientras rozaba su brazo izquierdo contra mi brazo derecho.
-Cuando lo compré no te conocía, lo compré por su belleza.
-¿Te gusta la mujer del retrato? -dijo, con sus ojos clavados en mi cara.
-Es muy bella -respondí.
-Pero, ¿te gusta?
-Sí.
-Entonces, ¿te gusto yo también? -dijo, y a seguidas se apoyó en mi pecho.
Quedé ruborizado y frío al ver, a través del discreto escote de su blusa, la delicadeza de sus senos. Volvió a empujar su cuerpo contra el mío, esta vez con más fuerza. Le respondí del mismo modo y ella, como si hubiera estado elaborando un plan específico, se dejó caer sobre el sillón más largo de los muebles. Intenté besarla, pero rápidamente interpuso sus brazos entre nuestras bocas. Luego, deslicé mis manos desde sus hombros hasta la cintura y le di un tímido apretón. Ella, hábilmente, se separó de mí y se

quedó observándome durante varios segundos. Sentí como un hechizo y comencé a sudar por todas partes.
-Voy a darme un baño -dije, sin ganas de despegarme de su cuerpo.
-Excelente -agregó ella.
Cuando salí del baño envuelto en una bata gris y entré al dormitorio, la encontré allí totalmente desnuda, con el pelo alborotado y parada sobre un pequeño banco de madera mirando fijamente hacia el espejo que decoraba la puerta del ropero. Estaba inmóvil, como en una postura plástica, y pude apreciar, por primera vez en toda su magnitud, la lozanía de su piel, la frescura de su cuerpo, joven como un amanecer, y sobre todo, la hermosa hilera de vellos negros que recorría todo el centro de su espalda. Después de reponerme de la contracción que sufrí al verla tan provocativa, le pedí que se pusiera con el frente hacia mí y ella, sin responder ni mover el cuerpo, me ordenó acercarme más a ella. Obedecí al instante y al momento de extender la mano derecha para tocarla me pidió que le pasara la ropa que se había quitado minutos antes.
-¿Damos una vuelta por el parque? -me preguntó mientras se colocaba la ropa interior.
-¿Por el parque? -dije, extrañado.
-¿No te gusta el parque? -dijo, interrumpiéndome.
-Un poco -respondí suavemente para que no notara mi rechazo a su proposición.
Me senté en una esquina de la cama para verla poniéndose el resto del vestuario que le faltaba y cuando iba a introducir los pies en los zapatos, con el pretexto de ayudarla a subirse un poco las medias, la invité a que se sentara cerca de mí. Ella se limitó a sonreír y a responderme:
-No, no me gustan las camas ajenas.
-¿Por qué?
-No lo sé, nunca me he hecho esa pregunta. ¿Vamos al parque o
no?
-Prefiero que nos quedemos aquí -dije, con intención de tirarla sobre la cama.
-No, mejor te invito a mi casa y a mi cama, si quieres. -¿A tu casa?
-Sí, a mi casa -dijo con firmeza.
-¿Dónde vives?
-En Jerome Avenue, entre Woodlawn Station y la calle 233, en el Bronx.
Intenté buscar una excusa para convencerla de que se quedara en mi apartamento, pero el temor y el pánico se sobrepusieron a mi voluntad.
-Tienes que elegir. Vamos al parque o vamos a mi casa.
-Está bien, vamos al parque -dije confundido.

Salimos del apartamento, caminamos hasta un parque cercano y nos sentamos en un banco localizado entre varias canchas de tenis y un campo de béisbol; allí quedamos cubiertos por la débil luz de uno de los faroles que iluminaban esa área del parque. Después de hablar por más de media hora me convencí de la imposibilidad de hacerla mía en carne y cuerpo.
-Pienso que debemos irnos, es un poco tarde -dije desilusionado. -No tengo prisa, nadie espera por mí. Además, no me gusta el silencio de mi casa.
-¿Vives sola?
-No, vivo con muchas personas más.
-Entonces, ¿por qué hay silencio en tu casa? -Porque esas personas nunca hablan.
-¿Y tu esposo?
-El tampoco puede hablar, no tiene cabeza. -¿Cómo que no tiene cabeza?
-Así de sencillo, no tiene cabeza.
La miré detenidamente desde arriba hasta abajo y dejando escapar una ligera sonrisa, me dije en silencio: esta mujer está totalmente loca.
-No, no estoy loca como crees -dijo, interrumpiendo mi pensamiento.
-No he dicho nada.
-Lo sé, pero lo pensaste. Si tienes dudas te puedo demostrar que digo la verdad.
-¿Qué verdad? -dije, haciéndome el desentendido. -Que mi esposo no tiene cabeza.
Le expliqué que no era necesario, pero ella sin prestarme mucha atención comenzó a abrir lentamente su bolso-cartera de donde extrajo una funda plástica y la revolvió varias veces hasta que de la misma salió una cabeza de hombre, cortada por el centro de la nuca. Tenía los ojos blancos y brotados, la lengua destrozada por la presión de los dientes y la boca semi abierta. Quedé totalmente paralizado y luego, cuando vi el parecido de la cara con la mía, perdí la voz. Traté de correr y de gritar al mismo tiempo, pero no pude porque entré en un estado de sopor que no me dejó ni siquiera levantarme del asiento.
Dos horas después me repuse un poco del impacto recibido. Eran las doce menos quince de la noche cuando me levanté del banco y me dirigí hacia el cuartel policial más cercano a poner a las autoridades correspondientes al tanto de lo sucedido. Apresurado y con la cara sudorosa y aún pálida por el susto, entré al cuartel policial. Los oficiales de servicio en la puerta de entrada me enviaron hasta el final del pasillo izquierdo donde se encontraba el oficial de turno. Cuando me encontré frente a éste, le dije:
-He venido a denunciar a una mujer...
-¿Que tiene la cabeza de un hombre en la cartera? -concluyó el oficial.
-¿Lo sabía usted? -pregunté asombrado.

-Sí. Ya estaba preocupado porque usted no llegaba. Son las doce y diez minutos de la madrugada y lo esperaba desde las doce.
-No entiendo, oficial, ¿me esperaba usted?
-Naturalmente.
-¿Para qué me esperaba? Nadie sabía que yo venía.
-Está equivocado. Aquí todos conocemos su caso. ¿Sabe usted el nombre de la mujer a quien viene a denunciar?
-Ella me lo dijo, pero en este momento no lo recuerdo.
Cuando el oficial vio como crecía la palidez de mi rostro -y como mis manos no dejaban de temblar-, trató de serenarme.
-Cálmese, amigo, todo pasará pronto. Escúcheme cuidadosamente por unos minutos. Esa era una pareja joven que vivía en Amsterdam Avenue, cerca de Yeshiva University. Ella era una mujer muy hermosa y atractiva, tan atractiva que casi todos los hombres la codiciaban. Los que la conocieron siempre la vieron alegre, enérgica y con un inmenso deseo de vivir. Él era un pintor, de unos 35 años, que había emigrado hacia los Estados Unidos en 1970 con la idea de hacerse famoso y de ganar mucho dinero. Pero con el paso de los años no logró ni una cosa ni la otra y se convirtió en un hombre amargado, extremadamente celoso, inseguro y frustrado. Discutían con mucha frecuencia y en varias ocasiones, atendiendo a llamadas telefónicas de algunos vecinos, fuimos al edificio donde ellos vivían, pero cuando llegábamos casi siempre la discusión había terminado. Así que nunca tuvimos que actuar. Ella había insistido en la separación; sin embargo, él nunca lo aceptó. Después de varios consejos de amigos y familiares y del centro de orientación profesional más cercano a ellos, la situación cambió notablemente y permaneció así por unos seis meses. Pero una tarde, luego de una acalorada discusión, él la mató. Cuando llegamos y tocamos a la puerta del apartamento él, a través de la mirilla de ésta se percató de la presencia de policía y se lanzó al vacío desde el sexto piso donde vivía. En el trayecto tropezó con una filosa plancha de hierro. El cuerpo cayó al suelo y la cabeza quedó colgando de un fino barrote de metal que estaba contiguo a la escalera de escape en caso de fuego. Fue una escena macabra. Ella tendida en la cama sobre un inmenso pozo de sangre, él tirado en el patio del edificio y la cabeza colgada a la altura del tercer piso, desangrándose gota a gota y con la lengua afuera como esperando que alguien la bajara. Eso ocurrió hace ocho años, justamente un día como hoy, 13 de febrero de 1979, y ésta es la octava vez que alguien hace la misma denuncia. Con el paso de los años hemos observado algo curioso: los denunciantes se parecen, físicamente, al marido de ella. Por esa razón a partir de la sexta denuncia iniciamos una investigación al respecto y nuestra conclusión es que ella acumuló, durante su

desequilibrada vida matrimonial, mucho odio y mucho rencor hacia él. Por eso cada trece de febrero sale a caminar por los parques, por las calles de la ciudad y por las principales estaciones de trenes hasta encontrar un hombre que se parezca físicamente a su difunto esposo. Le aseguro que el propósito de ella no es hacerle daño a nadie, sino encontrar a alguien para asustarlo y hacerlo sufrir. Es una forma de ella compensar y vengarse de los sufrimientos que recibió de parte de su esposo.
-Eso es pura fantasía -dije, después de escuchar perplejo la narración del oficial.
-No, amigo mío. Váyase tranquilo a su casa, eso no le sucederá. Hasta ahora no le ha ocurrido dos veces a la misma persona.
-Insisto en que lo que me acaba de contar es pura fantasía.
-Si quiere convencerse le puedo suministrar la siguiente información: ella se llama Fresia McMilean y él Roberto McMilean y viven en Jerome Avenue, entre Woodlawn Station y la calle 233, en el Bronx. Específicamente en el cementerio Woodlawn. Cuando lo crea conveniente puede visitarlos.
Salí del cuartel policial más confuso que cuando entré, llegué rápidamente a mi apartamento y todavía aturdido fui directamente a la sala a mirar el retrato que colgaba de la pared, pues pensé que después de haberme sucedido tantas cosas extrañas éste no estaría allí. Sin embargo, el retrato estaba en el mismo lugar de siempre y el rostro de la mujer me pareció, incluso, más juvenil y tierno.
Nuevamente sentí escalofrío y un espeso sudor comenzó a correrme por todo el cuerpo. Entonces opté por lo que consideré la decisión más inteligente: sacar el retrato del apartamento y tirarlo a la basura. De esa manera borraría de mi mente el recuerdo de ella y terminaría definitivamente mi tragedia. Sin pensarlo mucho me acerqué al retrato y de un tirón lo desprendí de la pared. Fue entonces, en ese momento, cuando vi por primera vez la inscripción que estaba en la parte de atrás del cuadro: Retrato de Fresia McMilean, concebido y elaborado el lo de febrero de 1979, autor: Roberto McMilean.

FIN

(Franklyn Gutiérrez nació en Santiago, República Dominicana, en 1951. En 1982 fundó la revista Alcance. Reside en Nueva York, donde labora como profesor de The City University of New York (York College). Ha publicado varios libros, entre ellos “Hojas de Octubre”, “Reflexiones acerca de la literatura latinoamericana”, “Aproximaciones a la narrativa”, y “Seis historias casi falsas”, este último de cuentos. En 2000, recibió el Premio

Nacional de Ensayo de República Dominicana, por su obra “Enriquillo: radiografía de un héroe galvaniano”.)
165

EL SEÑOR DE LOS RELOJES – RAFAEL GARCÍA ROMERO

Soy un maniático observador. Al principio era torpe, miraba sin cuidado y me dejaba llevar ingenuamente por todo lo que veía. El paisaje humano, el número de objetos que habita el mundo y los animales, de manera específica, bastarían para agotar la razón del hombre. Eso deduje. Un observador tiene que aprender a buscar más allá del ritmo de la monotonía, de los espectáculos simples, de la palabra fácil. Empieza descubriendo los distintos niveles de lo cotidiano, los contrastes dentro de lo simple y las palabras, que aún repetidas, siempre son otras y únicas. Ahora estoy parado en una esquina. Todo observador tiene que tener un confidente. Yo prefiero hablarle a mi grabadora: Observar y describir para ella. Siempre en lo evidente y común habita el misterio. Conviene ser agudo, la búsqueda así será menos tediosa. Bueno, debo empezar con mi tarea del día. Miro el reloj: son las nueve y cuarenta y cinco minutos y hace una mañana fabulosa. Allá, por el norte de la plaza, viene un punto humano que sobresale y gana espacio en la multitud. Me atrajo su vestido: de la cabeza hasta la cintura es rojo y de ahí hasta los pies, negro. Viene avanzando hacia mí. En este momento, y simultáneamente, suceden muchas cosas, por algo estoy en una plaza. Yo prefiero el punto rojo y negro. Ahora es ingenuo, insignificante y todavía anónimo, sin sexo. El tiempo va rompiendo la distancia entre los dos, pero existen los riesgos, tal vez gire y vuelva sobre sus pasos. O doble en la primera esquina y entonces lo habré perdido; por eso, no es aconsejable meter toda la esperanza. Tal vez será bueno levantar dos alternativas al mismo tiempo, eso pensé. Nadie sabe, me decía. Luego deduje que no era lo mejor: la práctica va educando el instinto y disminuyen los riesgos. No era conveniente llevar dos objetivos paralelos, crea zozobra y fatiga los. sentidos.
Uno es bueno, siempre uno. No importa si se pierde. O si en un peldaño se cae el interés. Es un tanto como el oficio del malabarista. La red siempre aguarda en el foso, cuando no se tiene mucha práctica, es un buen puerto. El tiempo pasa, el entrenamiento da confianza y luego se viaja por los aires sin ningún temor, atrapando a tiempo el trapecio.
Esta manía me nació un día cualquiera. Estaba casi al borde de una crisis de tedio. Escuchaba cualquier frase, oía a los amigos y no les prestaba mayor atención que a los mansos fantasmas. Algo igual sucedía con el amor. Hablo de mi amor por mi esposa, la segunda.

A ella llegué con un amor más sosegado. Un día me descubrí queriéndola como se quiere a un perrito al que se lleva a pasear todas las tardes, lleno de gozo el perro y yo, el amo, viéndolo tirar de su correa, como si la tarde y el pasto fueran una fiesta que apenas importaba al animal. En las reuniones de amigos, las frases destinadas a mí terminaban en un punto muerto. Y si contestaba, fuera de los monosílabos, lo hacía de manera distante. Ahí va mi punto rojo y blanco. Acaba de doblar, lo perdí. No importa, hoy parece que no sucederán grandes cosas. Un día cacé esta historia. Ya se la he contado a mi grabadora varias veces con esta ya perdí la cuenta. No dejo de repetírsela, sobre todo cuando pierdo, errática, la mirada por la plaza. Creo que me agrada. Mediante este recurso logro siempre una versión depurada, más limpia. La primera ya no la recuerdo, voy sobregrabando, es la costumbre. Esa historia me hizo emplearme a fondo y utilizar mil y una mañas para poderla subir. No quiero entrar en los detalles. Aunque para mí, en su momento, fueron muy significativos, prefiero evitarlos.

El señor Cronos un día cayó por la plaza, desde el primer instante me dio seguridades, una de las premoniciones más sólidas y creo que esa primera vez lo hallé algo simpático. Anduvo una multitud de calles, abordó diversos vehículos y nuevamente caminó por varias calles hasta llegar a su casa. No sé por qué mi interés decayó cuando lo vi perderse en su madriguera, como un pobre gorrión que la lluvia estropeó el vuelo. En fin, lo solté y volví a la plaza. Otro día hice el mismo recorrido detrás de él, pero me preocupaba dejar la plaza sola, sin mis servicios de observador.

Era un hombre programado, transparente, como la casa, llena de cristales. Eso deduje.

Naturalmente, el nombre me lo debe a mí, es una mala costumbre. Observo cuidadosamente a un sujeto, y si despierta en mí un interés particular, en menos de tres segundos ya le tengo un nombre.

Un día salí resuelto, detrás del señor Cronos. Y a esta persecución seguía otra y no recuerdo cuántas más. La aventura se fue adueñando de mí y luego ya no me importaba dejar la plaza sola durante días.

No sé cómo un hombre extraño, que se inventa un insólito trámite de seguros, puede tocar a la puerta de una persona que nunca ha visto en su vida. Y menos aún que lo hagan pasar y sentarse. O mostrarle la casa. Así entré, por fin, a la madriguera del señor Cronos, y así volví una y otra vez, luego de haber descartado muchas otras posibilidades.

Era un hombre muy particular, entrado en años y vestido siempre de traje gris. Salía a la calle diez segundos antes de las ocho de la mañana. Así, era dueño de pensar y controlar sus actos diez segundos antes de que sucedieran los hechos comprometedores. Diez segundos, no necesitaba más, esa había sido su norma toda la vida y para los fines prácticos, se

había hecho de una cantidad de relojes. Uno o dos podían ser suficientes, pero la certeza (¿o tal vez la seguridad?) es voraz. Así que necesitó llevar una hora comprobada y exacta.
Un día llegó a tener setenta relojes que repetían simultáneamente y de manera exacta setenta veces la misma hora. Durante largos años confió más en el instinto. Un viejo reloj Big-Ben que marcaba torpemente los segundos, comandaba aquel silencioso ejército del tiempo.
Aquello era un sacerdocio. Vivía más para el interior de su casa, para sus amados relojes, que para el mundo. Cada mañana, antes de salir, se empleaba en su fauna de cristales, resortes y agujas. Limpiaba cuidadosamente, uno por uno, aquella multitud de ojos. Revisaba las alarmas y les daba cuerda. Nunca hasta el tope, eso creaba problemas al mecanismo. En fin, que la inspección era meticulosa.
No niego que aún para mí constituyó una inmensa impresión ver ese insólito ejército de relojes que copiaban rítmicamente la misma hora, en una cuenta rigurosa y fría de minutos y segundos. Una tarde, en medio de su travesía habitual, un reloj, desde una vidriera, llamó poderosamente su atención. Se acercó y vio aquel ejemplar, detenidamente, cómo marchaba. Marcaba, una limpia belleza, los segundos.
No era un reloj, era un espectáculo. Una criatura de inconmensurable hermosura.
Eso fue suficiente. No necesitaba más, entró a la tienda, hizo los arreglos y lo compró.
La entrada de aquel reloj, de cuarzo, marcó el fin de varios aparatos. Día a día, con todo el dolor de su alma, fue poniendo en retiro verdaderas antigüedades que habían recorrido con él toda una vida.
Desde ese día, aquel reloj se convirtió en el termómetro de los demás. Y así le dio rigor a su vida. Aquilató su escrupuloso cuidado por el tiempo y se sintió más confiado.
Cada una de aquellas criaturas mecánicas tenía su historia, sus hojas de controles y su tiempo de vida. No aceptaba retrasos, en eso era estricto. A la hora de inspección, un segundo menos era imperdonable.
Antes la razón no tenía sentimientos, si no son exactos, pues hasta ahí llegaron. Uno tras otro perdieron la batalla y pronto fue considerable la baja en aquel caprichoso ejército. Apenas se mantuvo un medio centenar en servicio. La época le impidió verdaderos problemas operativos. Jamás se imaginó viviendo con el tiempo tomado por un reloj de arena, eso, para él, constituyó un problema superado. Y se alegró, sobre todo, por la molestia que constituía echarlo a caminar.
No se imaginaba cambiándolo de posición constantemente, cada determinadas horas, mudando las ampolletas de un lado a otro. Y además a

quién se le ocurriría entregar su vida a un reloj así. ¿No era estúpido? La arena está bien para los desiertos, pero para marcar el tiempo, bah. Al diablo cualquier sueño de exactitud. Así pensaba. De manera que agradeció haber nacido en el primer cuarto del siglo veinte. Lejos de todo lo que significara vivir a merced de un reloj de arena, que gobierne su tiempo.
Otra desventaja era dejarlo solo. Sin el ojo del amo aquel reloj era una ruina. Vidrio, madera y arena. Una tumba para el tiempo. No una ventana, que cumple con la función infinita de mostrarlo y dejarlo salir. Un hecho ya casi perdido en el pasado, está íntimamente ligado a su particular manía: cruzaba una calle de difícil tránsito.
Luego de tomar todas las medidas de precaución, se dispuso a dar el primer paso y ahí casi se lo lleva de encuentro un vehículo. Dos segundos y hubiera acabado, tal vez con su vida. En la casa, la exactitud de las cosas y el cuidado cotidiano no lo imponía Sonia, una mujer de años y pulcritud. Tenía autoridad sobre todas las zonas de la casa, menos en una: el altar de los relojes. Una mañana estuvo muy de cerca y el señor Cronos la reconvino, amable, pero enérgico. Eso fue suficientemente para no volver por aquel lugar. Un día, el señorío de aquel último reloj la hizo desconocer el mandato, se acercó y lo tomó.
Era hermoso, muy hermoso para ella.
Estuvo con él en las manos, hechizada con el movimiento exacto de sus agujas, casi parecían vivas, tres animalitos metálicos y delgados, caminando con toda independencia dentro de esa jaulita de cuarzo, cromada.
Ya iba con él aquí, allá, por toda la sala, parecía un niño fantaseando con su juguete. Avanzando al compás de una música que sólo ella escuchaba, embriagada y feliz.
Un sonido metálico, en la puerta, la hizo despertar bruscamente.
Atropelló los pasos hacia la repisa y sucedió una desgracia.
El ojo de metal y vidrio resbaló de sus manos, cayó en la moqueta, el golpe fue sólido.
La mujer quedó desalmada, fría.
Rápido y aterrorizada lo levantó. No se había hecho daño. Allí estaban los tres animalitos metálicos, nadando como nunca, entre los números, debajo de la esfera de vidrio, ajenos al golpe.
Un paño fino le permitió borrar los restos de su descuido, las huellas de sus manos.
Aún con el pulso alterado se aventuró otra vez hacia la repisa. Magnificó el cuidado, la exactitud, y cuando todo estuvo como antes, respiró aliviada.
El señor entró, y ella, desde la cocina, casi a fuerza de contener su respiración, siguió sus pasos alertada por el tintineo de las llaves. Merodeó

por el altar, sin ningún rigor. Luego tomó el pasillo que da a la cocina. Sonia, en la espera, se estrujó el paño en el rostro, recompuso sus rasgos y bebió sin atropellarse un vaso de agua, pero él tal vez recordó algo y varió el rumbo. Terminó en la biblioteca.
Ella respiró profundamente; en un lugar de su cuerpo, el alma poco a poco iba ganando tamaño, peso y la vida le marchó de nuevo. Estuvo a punto de enfrentarse a él, a su mirada cauta, penetrante.
A merced de su ira, sin derecho a su perdón.
El silencio en la biblioteca se hacía largo. Entonces, ¿no se dio cuenta? Todo estaba en calma, se sentía una tonta, una pobre mujer, hecha un caos, acorralada por los excesos de su curiosidad. Se iría a descansar, aquellos minutos la habían fatigado mucho. El señor tal vez duerme, tirado en su sillón de lectura.
Entonces, ella, en la cocina, empezó a recomponer el ritmo de su vida, a moverse lentamente. De camino fue apagando las luces. En la sala, antes de subir las escaleras echó un vistazo al altar y apenas vio una multitud de agujas que nadaban fantasmalmente entre la espesa obscuridad, con un movimiento presentido, recurrente.
Toda la casa quedó en penumbras. La mujer abrió al tacto la puerta de su habitación y se echó en la cama, aún con las ropas. La casa se hizo una sombra sólida. Los objetos que la poblaban habían envejecido diez segundos. Algo estaba fuera de lugar, pero ya Sonia dormía, ajena a todo.

FIN

(Rafael García Romero nació en Santo Domingo. En los años setenta comienza a publicar sus primeros cuentos en periódicos dominicanos. Muchos de sus relatos han sido premiados en el Concurso Dominicano de Cuentos de Casa de Teatro. Ha colaborado con sus textos en diversos suplementos culturales. Ha publicado: “Fisión”, “El Agonista”, “Bajo el acoso”, “Los ídolos de Amorgos”, “Historias de cada día” y “La sólida telaraña de la mansedumbre”.)

LOS DÍAS DE LA VUELTA AL MUNDO – PEDRO ANTONIO VALDEZ

Prólogo

Las olas se desataban en la obscuridad contra los galeones. Los mástiles se quebraban al paso del huracán y saltaban arrastrando los restos del velamen. Los marineros, que habían perdido ya el gobierno de sus navíos, se aferraban rendidos a la jarcia en espera del zarpazo final o del milagro. En medio de la tempestad, el almirante Roque Borromeo vio descender del

cielo un árbol de fuego que se detuvo sobre el mar y esparció sus raíces luminosas dentro del agua. Después el árbol estalló en un poderoso resplandor y quedó fijada en el mar abierto la luz del día. Una calma absoluta reinaba entre las olas, casi como si los galeones estuvieran varados en la arena. «Mientras los sobrevivientes pagaban a san Telmo las oraciones prometidas, el almirante se ocupó en supervisar los daños a la flota. Habían desaparecido en la tormenta ciento cincuenta hombres y dos navíos.» Le mortificó descubrir que, aparte de la Concepción (el galeón bajo su comando- sólo le quedaban la Santísima y la Afortunada, los cuales, respectivamente, eran capitaneados por Rodrigo de Rascón y Duarte Hinojosa: sus dos secretos enemigos.

Sábado 1o. de agosto.- Los galeones deambularon sin buen rumbo durante tres meses. En ese tiempo no presintieron otra tierra que la que estaba en el fondo del mar. Las aguas extendían su desierto verde hasta cualquier punto donde la vista no alcanzara más, sin ser interrumpidas por una bahía fresca o un islote de arena donde plantar con firmeza el pie. Puesto el sol, el almirante recibió una carta del capitán de la Santísima. «Y en nombre del Rey os pido compartir con nos vuestro plan de navegación, pues está claro que tras haber andado nueve meses sin encontrar el prometido estrecho, no vamos a otro punto del mar que no sea el de fallecer. » Tuvo deseos de despedazar la carta y acusar de sedición al osado capitán. Mas su viejo confidente, el astrólogo Pietro

Castiglione, le recordó que Rodrigo de Rascón era el veedor del rey, a quien representaba en la flota, y que, por otra parte, una orden de ejecución en su contra podía levantar un motín. El almirante sabía que se trataba de un hombre peligroso. Justo la noche en que habían partido del puerto de San Lúcar, vio en sueños que este recibía órdenes secretas del rey para que, tan pronto la flota descubriera el estrecho que une el Atlántico con el mar de las Indias, asesinara al almirante. Al final del sueño el Rey le entregó al traidor una daga de oro. Mientras meditaba sobre la clase de respuesta que debía enviar al capitán, desde el castillo de popa descendió un grito jubiloso. En un corto pedazo del día alcanzaron la isla, donde el verdor, la buena pesca y los frescos manantiales hacían sospechar la proximidad del paraíso. El almirante dio órdenes de bajar a la playa y tomar unos días de descanso antes de reparar el daño producido en los navíos por el anterior huracán. Los indios, que al principio se habían desperdigado tras escuchar los tiros de las lombardas, los obsequiaron con víveres abundantes. Vinicius Oliveira, en su condición de cronista de la flota, anotó lo que sigue sobre estos habitantes. «Ellos iban desnudos y sus hembras, que eran de tolerable

hermosura, apenas se tapaban el pudor con una cosita de palma. Me explicaron, por señales, que en el centro de la isla habita un pájaro nefasto que tiene color transparente de día y negro de noche, y que es de tal naturaleza que cuando alguien está acechado por el peligro, se estrella a su lado con impacto de muerte.»

Estas mujeres, sin saberlo, estaban destinadas a definir la discordia entre los dos bandos de la flota. « Pues sucedió que habiendo el almirante dado órdenes para que ninguna de ellas fuera abusada, el capitán Rodrigo de Rascón dio licencia a los tripulantes de la Santísima para servirse de las hembras como hubieran de menester», escribió Oliveira en su diario. El capitán Duarte Hinojosa se sumó al desafió tras impartir a sus marineros una ordenanza similar. De tal manera que el domingo, después de la misa, muchas mujeres fueron tomadas por la fuerza. Cuando el almirante mandó que los oficiales apresaran a los malhechores, encontró que un considerable números de ellos se oponía a ejecutar la disposición. Notó que aquellos que no le eran fieles superaban en gran cantidad a sus incondicionales. Mas de no ser por el urgente consejo de su confidente Pietro Castiglione, hubiera ordenado una refriega a sangre y muerte.

En medio del conflicto, Rodrigo de Rascón jugó su siguiente carta. Suplantando, en condición de pacificador, los poderes del almirante, ordenó guardar las armas. Tras ser obedecido, reparó con malicia:

- Vosotros no estáis facultados para desconocer los poderes del almirante. Recordad además que este hombre os llevará por los caminos de la riqueza y de la gloria, y por tanto le debéis gran estima. Yo, veedor real y capitán de la Santísima, confío en que este hecho os servirá para recordar quien ostenta el poder en esta noble empresa.

En seguida, con la supuesta intención de facilitar las cosas al almirante, pidió a sus hombres que regresaran a la Santísima, mientras que Duarte Hinojosa ordenó que los suyos retornaran a la Afortunada. Este breve episodio sirvió para que la tripulación supiera que el poder verdadero descansaba en manos de Rodrigo de Rascón. Pero fue más útil para Roque Borromeo, porque en esa hora pudo poner rostro y nombre exactos a aquellos de quienes se debía cuidar.

Aunque no encontraron oro ni sustancias de rico valor en la isla, el almirante dispuso la cristianización de sus habitantes antes de partir. Envió con ese propósito una barcaza comandada por Rodrigo de Rascón. Vino a suceder que a su desembarco fueron atacados sorpresivamente por los indios, quienes anhelaban vengar la violación de sus mujeres. Las piedras y flechas rebotaron inofensivas en las corazas, y en menos de un cuarto de hora los españoles lograron herir a no menos de cincuenta. Los que salieron ilesos huyeron hacia la selva, donde lograron esconderse con tal habilidad

que sólo unos cuantos fueron hallados tras una persecución frenética. Estos últimos fueron puestos a muerte. Antes de abandonar la isla, el veedor real tomó tres mujeres para llevarlas como regalo a la Reina y luego hizo incendiar las casas de los indios. Desde los galeones se podía ver una inmensa cruz por encima de las llamas, dejada en el lugar como recuerdo para aquellos salvajes que habían rechazado con soberbia a quienes llegaron a ofrecerles la santa fe de Nuestro Señor Jesucristo.

Lunes 7 de septiembre. El capitán Duarte Hinojosa fue llamado a la Santísima. Después de haberse deleitado con la lujuriosa carne de las tres indias, subió al puente para recibir las últimas instrucciones de Rodrigo de Rascón. Lo halló con la mirada perdida en la inacabable mole del mar.
-Una parte de agua y seis partes de tierra tiene el mundo -glosó con ironía el veedor, mientras señalaba el infinito desierto del mar-.
-Ni Aristóteles ni Ptolomeo llegaron a mojarse el culo en medio de un tifón -apuntó Hinojosa-.
El veedor hundió dos vasos en un barril de jerez. Mientras brindaban por la gloria de España, vieron que un pájaro negro sobrevolaba el puente con un desplazamiento suicida. El veedor repitió su catálogo de imprecaciones contra el almirante y luego expresó su inconformidad con el gobierno de la flota.
-Ese maldito veneciano nos arrastra a la perdición -acotó, tras un cúmulo de maldiciones-.
–Todavía no sé como se las ingenió para conseguir el apoyo del Rey en esta empresa. Hubiera sido más seguro comprarle la información... o extraérsela por la fuerza.

El capitán Hinojosa apuró otro vaso de jerez. "La Afortunada no navega una sola milla contra vuestra voluntad", le confirmó con absoluta servidumbre, "ni con dirección contraria a los intereses de España". Luego preguntó vagamente por qué no asesinaban de una vez al capitán y regresaban a la Península. En ese momento, el pájaro desapareció emitiendo un gorjeo escalofriante.
Rodrigo de Rascón guardó silencio. Mantenía en secreto su criterio de que alcanzar las Indias al través del Poniente era un proyecto que, aunque arriesgado, lucía posible. No había mostrado a nadie esta carta final: cuando Roque Borromeo alcanzara el estrecho tan afanosamente buscado, no lo mataría y regresaría al palacio de Sevilla con la noticia del descubrimiento -según acordara con el rey-, sino que tras el asesinato traería la noticia de que la exploración había fracasado, y luego emprendería la misma ruta como si fuera de mérito propio bajo la bandera

de España o de cualquier nación extranjera. Tenía claro que tras la muerte del almirante otras cabezas debían caer para evitarse toda sombra. Y una de esas sería, probablemente, la de su incondicional Duarte Hinojosa.
-No sería prudente amenazar los intereses de la corona -le respondió con diplomacia, mientras lo acompañaba hacia la cubierta-.
Mas he aquí que antes de alcanzar la popa, inesperadamente, al capitán Hinojosa se le ocurrió una idea deslumbrante. Él comentó vagamente: "Deberíamos robarle el mapa". En realidad, hasta ese momento esta posibilidad pasó completamente por alto a veedor, justamente por ser tan elemental y primitiva. Entregado a la maquinación de tramas magistrales y complejas para acorralar al almirante, había olvidado que en ocasiones las grandes conquistas provienen de la sencillez. Mientras bajaba por la escalerilla hacia la barca que lo llevaría de regreso a la Afortunada, Hinojosa se desalentó a sí mismo diciendo: "Aunque sería imposible tener acceso a ese mapa. El almirante protege su barco con centinelas las veinticuatro horas del día y, además, se mantiene rodeado por sus hombres de confianza". Pero esa opinión pesimista sólo sirvió para azuzar el fuego que se desataba en el ánimo de Rodrigo de Rascón.
El almirante Roque Borromeo despertó sobresaltado al escuchar un golpe húmedo contra la ventana. Había soñado que dos sombras con los rostros de sus dos capitanes discutían en medio de una orgía la manera de liquidarlo. Cuando salió a la cubierta, vio el cristal de la ventana salpicado de sangre; abajo encontró un pájaro negro destrozado. Lo recogió con inquietud y lo llevó ante su confidente Pietro Castiglione. El astrólogo lo colocó en una bandeja sobre su mesa de trabajo. Luego de un minucioso examen, se volteó con extremada gravedad y dijo:
-Esto es un pájaro muerto.
El almirante fue sobrecogido por el tono fatal de aquellas palabras. Siguiendo la petición del astrólogo, esperó fuera del castillo mientras le era preparado de manera urgente el horóscopo. Deambuló por la cubierta mirando hacia el punto en que el mar y la noche se fundían para desaparecer en una borra negra. Aparte de las lámparas de los otros dos navíos, no vislumbró señales de fuego que anunciaran la cercanía de alguna isla. Todo era sombra. Ni la estrella del Norte ni algún corpo santo ardiendo a flor del agua, interrumpían las tinieblas. Peor aún, todavía se encontraba lejos del grado 4o de latitud en que, según los mapas y cálculos que manejaba secretamente, encontraría el estrecho. Si antes de zarpar tenía la certeza de que haría el viaje en menos de un año, ahora -con dos galeones menos, la tripulación diezmada y la flota dividida-, no tenía ni la más remota idea del tiempo que le tomaría llegar al estrecho que comunica a las nuevas tierras con el mar de las Indias. Lo único que le motivaba a seguir

adelante con la empresa, no obstante las humillaciones del veedor real, era saber que cuando cruzara el paso y lograra desembarcar en la bahía de San Lúcar, quedaría demostrado que la tierra es redonda, sin importar que tuviera forma de pera o de naranja. En esas cumbres andaba, cuando el astrólogo lo mandó a buscar.
-Ellos quieren el mapa -precisó Pietro Castiglione con voz somnolienta tras analizar los trazos simbólicos del horóscopo-.
-Pues que entren a buscarlo -retó con frialdad el almirante-.
El astrólogo sabía las razones por las que respondió de esa manera. El mapa no existía como estructura única. El cronista Vinicius Oliveira, que por su cercanía al almirante también conocía ese dato, lo describió así en su diario: «Era más bien un rompecabezas compuesto por numerosas partes casi exactas que, dependiendo de como fueran empatadas, producían un cuerpo geográfico diferente. Sólo el propio Borromeo conocía la clave para armar el mapa de manera correcta, lo cual hacía todas las noches a las doce en punto para revisar el progreso de la expedición; media hora después, desarmábalo.» No obstante, sin perder de vista los signos del horóscopo, el astrólogo reiteró:
-Ellos quieren el mapa.

Martes 13 de octubre.
Bajo un fuerte calor que amenazaba con incendiar en pleno mar los navíos, el almirante jugaba al ajedrez con Vinicius Oliveira. La partida se desarrollaba con lentitud, pues entre un movimiento y otro, él se quedaba dormido por breves instantes, mientras que el escritor se tomaba un chance para corregir algunas descripciones de su diario. En uno de esos instantes de sueño, el almirante vio que los barcos se acercaban a una isla en la que la naturaleza había prodigado mucha sustancia de provecho. En el momento en que se disponía a zambullirse en una chorrera de agua fría, Oliveira lo despertó para informarle que habían avistado tierra.
La isla era la misma del sueño y la chorrera se encontraba en el sitio indicado. Después del fresco baño, tomaron posesión en nombre de Nuestro Señor y del rey de España. Tan pronto colocaron la cruz y la bandera real en la playa, establecieron el contacto con los indígenas. Vinicius Oliveira los refirió de la siguiente manera: «Los indios son de mediana estatura y la piel no la tienen blanca ni prieta, sino como la de los canarios. Yo entendí claramente por sus señas (pues no hablaban lengua de cristiano), que el interior de la isla estaba habitado por pigmeos, de los cuales podían caber cinco en una sola mano. No vimos en todo el sitio sino varones, lo cual me dio una pista del lugar exacto por donde andábamos, pues habíamos llegado a la parte cercana a Cathay en que existe una isla morada por

hombres y otra que es habitada sólo por mujeres. Estos indios se raspan la cabeza y muestran sin pudor sus órganos pecaminosos; usan lanzas de madera y adórnanse el cuerpo con muchos colores. »

Olvidó mencionar nuestro cronista que estos indígenas se adornaban el cuerpo también con brazaletes y anillos de oro. Por más señales y conjuros que hicieran los navegantes para entrar en comercio, ellos se mantuvieron desinteresados. Para su sorpresa, estos indios no sentían maravilla al escuchar los cascabeles o mirar las cuentas de vidrio, ni tampoco se caían de espaldas cuando veían su rostro multiplicado en un pedazo de espejo. Todos sus artificios mercantiles resultaron inútiles: ninguno quería poner sus adornos en venta ni en trueque. Estaba claro que el único recurso para adquirir el oro sería el de la fuerza. Para justificar la agresión, Rodrigo de Rascón usó el siguiente artificio: conociendo la apatía de aquellos indios, les ofreció cruces y medallas de la Virgen, a sabiendas de que ellos las menospreciarían; tal como esperaba, los nativos rechazaron el ofrecimiento, tras lo cual el veedor se haló los cabellos herido por la supuesta profanación. La humillación a Nuestro Señor fue cobrada con una carga de arcabuces contra los herejes. Durante la refriega, que duró cerca de una hora, el almirante se mantuvo al margen, dejando la brutal operación en manos del veedor. Al final murieron más de cien herejes, y un cristiano resultó

herido en un brazo. De inmediato avanzaron hasta el poblado e incendiaron sus casas, las cuales ardieron muy bien porque eran de paja. Despojaron a los cadáveres de las prendas de oro y regresaron a los galeones. Habían dejado en medio del poblado una piedra, recordando la dureza de aquellos corazones.

La flota continuó su marcha hacia el Sur. Por más atentos que permanecieron los grumetes, no lograron avistar la isla de las mujeres ni tampoco algún vestigio de tierra. La mar se extendía sin fin al pie de la proa. Para colmo, las provisiones se agotaron hasta el punto de no quedar más carne que Ya de las ratas -las cuales terminaron por escasear- y una zurrapa mohosa, podrida, en lugar de los bizcochos. El agua de los barriles tenía un olor nauseabundo y, para mayor desesperación, no quedaba ni una gota de jerez. Hermanado con el fantasma del hambre, no tardó en aparecer el espectro de la malaria. Mientras se acumulaban las leguas, el aire se volvía más frío y el día menos brilloso. Los tripulantes empezaron a temer que pronto la mole del polo les cerrara el paso, pues entonces, atrapados entre los inmensos islotes de hielo y los trombones repentinos, perderían toda oportunidad de regresar vivos a Europa.

La dimensión exacta del descontento llegó a oídos de Rodrigo de Rascón por medio de sus espías. En verdad, los raros movimientos de la ruta no le

producían inquietud, pues creía -o le convenía creer- que el almirante Roque Borromeo sabía lo que estaba haciendo. Mas comprendió que la creciente miseria de los marineros podía desembocar en una situación peligrosa para sus intereses personales. Bastaría con un motín inesperado seguido de una orden de regreso, para que todos sus proyectos se vinieran al agua. En este estado de tensión, acordó adelantar la fecha de su plan.
En el castillo de la Concepción, Roque Borromeo se quedó levemente dormido mientras Pietro Castiglione le leía los astros. Llegó a soñar que estaba sentado a una mesa con cien amigos, de los cuales noventa y nueve se pusieron de pie y le dieron la espalda. Cuando iba a levantar la lámpara para ver el rostro del amigo que había quedado a su lado, escuchó una voz.
-¡Roque! ¡Roque! –¡Despierta! -le dijo su amigo Pietro Castiglione-.
Luego siguió revelándole los signos del horóscopo con su voz cansada y somnolienta.
-Debes cubrirte con los mil ojos del pavo real, porque la tormenta que azotará tus navíos no vendrá de la tierra ni del cielo, sino de los hombres.
-He ganado rudas batallas en agua de corsarios y en salones de reyes -remarcó con voz recia, probablemente en dialecto veneciano-. Nadie me va a derrotar en mi propio navío.
Se levantó del pupitre y se detuvo ante una ventanilla. La brisa húmeda se detenía en la cubierta para luego incrustarse desde la punta del palo mayor hasta la quilla. El otro tomó un lugar ante la ventanilla y fijó sus ojos en Vinicius Oliveira, quien hojeaba desabrigado bajo una lámpara el libro de Marco Polo. Con su tono somnoliento y sin dejar de mirar al cronista, el astrólogo advirtió:
-Muchos de los que se sientan a tu mesa te darán la espalda durante la tormenta.

Sábado 21 de noviembre.
En menos de una quincena, treintisiete hombres murieron estragados por la malaria. Bajo el asedio, una barca con tres grumetes llegó una mañana a la Concepción. Llevaban el espanto grabado en los ojos, el cual aumentaba por el hecho de estar frente a frente al almirante. Los tres se veían estrujados por la hambruna; uno de ellos, mordido por la enfermedad, carecía ya de dientes y tenía el paladar hinchado hasta el punto de casi no poder respirar. El que parecía tener mejor habla dio un paso adelante; entre penosos rodeos, alcanzó a decir que los marineros estaban muy sufridos y que le rogaban en nombre de la Virgen virar hacia la Península, donde podrían sanar. Fue dicho todo con tan buen uso de rima y de sinónimo, que movió a pensar que aquel triste mendigo era lo que quedaba de algún desenvuelto cortesano.

Sin embargo, este espectáculo de humanidad desesperada no provocó sino la ira en el almirante. Interpretó aquella visita como un tanteo para la insubordinación y, tras un juicio relámpago que agarró a todos por sorpresa, condenó a los tres hombres a la horca. Ni siquiera los consejos de Pietro Castiglione lograron aplacar su rabia. La sentencia fue ejecutada con mayor rapidez que el juicio. Durante tres días los cadáveres permanecieron colgados en el castillo de la Concepción. Por la noche, ponían junto a cada uno una lámpara para que desde los otros galeones se pudiera ver lo que le esperaba a todo aquel que diera un paso en el camino de la insurrección», detalló aquí Vinicius Oliveira con precisión.

Desde la cubierta de la Santísima, Rodrigo de Rascón se apartó del catalejo con que observaba los ahorcados, para ver los cadáveres de las tres indias que eran lanzados hacia la mole del mar. "Ahí va el regalo de la Reina", pensó con ironía. Hasta el día anterior, había usado el cuerpo de esas mujeres para atenuar el descontento de los marineros, los cuales hacían largas colas durante la noche para liberar en el coito un poco de su dolor. Inclusive, en su afán de mantener la calma repartía entre los más irascibles algunas provisiones de su alacena personal. Pero estaba claro que con la ausencia de las indias y el enfriamiento de los aires, la tripulación no duraría mucho sin levantarse. Temeroso de que un motín lo cogiera de sorpresa, hizo circular la noticia de que tomaría cartas en el asunto para que el almirante diera órdenes de regresar a España.

Roque Borromeo vio por la ventanilla un cielo cargado de nubes terrosas, sin una luz, como si fuera la cubierta de una tumba. Aunque los cálculos mostraban que había llegado al grado 37, no estaba seguro de que el mal estado de la tripulación le permitiera seguir mucho más adelante. Cansado, se adormeció junto a la mesa. Soñó que sus barcos
fantasmales navegaron hasta alcanzar el grado 40, donde encontraron que la tierra se abría en una cortada atroz para dar paso al mar. Esa era, según sus cálculos y mapa secretos, la entrada al estrecho que unía al Atlántico con el mar de las Indias: la evidencia definitiva de la redondez de la tierra. Mandó a anclar los navíos en aquella entrada y despachó dos barcas con la encomienda de otear en tres días el punto en que el canal salía al otro mar. Las barcas regresaron al segundo día con la noticia de que lo que habían navegado no era un canal, sino un río que se bifurcaba en el interior de la isla.

El almirante despertó sacudido por la amargura de aquella noticia. Por primera vez durante el viaje se supo derrotado. Tenía la facultad de soñar las cosas antes de que sucedieran. Había soñado el huracán, la traición de sus capitanes, el desembarco en las islas, la matanza de los indios, el arribo de la malaria y, ahora, el descubrimiento del falso estrecho.

Desgraciadamente, no poseía el poder de evitar que sus premoniciones se cumplieran. Mortificado, abrió el cajón en que guardaba las numerosas piezas del mapa y armó las seis partes que en realidad lo componían. Observó con frustración el punto donde se resaltaba una entrada a la altura del grado 40. Volvió a quedarse dormido con la angustia de que todos sus años de investigación y cálculo fueron en vano y con la honda tristeza de haber llegado tan lejos para descubrir que su empresa defraudaba al Rey, a los inversionistas y, sobre todo, a sí mismo.

Bajo el cielo carente de luz, un batel se deslizaba subrepticiamente entre las negras y calmadas olas. Se detuvo junto a la popa de la Concepción, de donde los centinelas arrojaron una cuerda. Por ella subieron hasta la cubierta Rodrigo de Rascón y Duarte Hinojosa. En complicidad con los tripulantes del galeón, ambos se dirigieron hacia el castillo donde a esa hora (la de la medianoche(el almirante acostumbraba revisar su mapa.

Mientras tanto, Roque Borromeo soñaba que la flota levaba anclas y continuaba internándose en los paisajes helados del Sur, a la vez que en una hornilla ardían incontables atlas, diarios, tablas de navegación, tratados y remotos portulanos. A la altura del grado 51, hallaron una entrada en la barra de la tierra. Navegaron por ella cinco días entre calas y bancos de arena hasta que al fin descubrieron la salida al mar de las Indias. Embriagado por la algarabía y los tiros de lombarda, el almirante tuvo feliz conciencia de que en esa hora, tras tantos años de ansiedad, él había demostrado la redondez de la tierra. Pensó, aún dentro del sueño, que quizá fue algún error de cálculo lo que llevó a crédulos cosmógrafos a marcar el estrecho en el grado 40 y no en el 51, que era donde se encontraba definitivamente. Pero dentro del mismo sueño, vio que tres sombras humanas se le acercaron. Los rostros de las dos primeras eran los de sus capitanes. Cuando levantó la lámpara para ver el rostro de la tercera sombra, escuchó una voz.

-¡Roque! ¡Roque! Despierta.

Al despertar, vislumbró el rostro de Pietro Castiglione. Le sorprendió ver junto a él a Duarte Hinojosa y a Rodrigo de Rascón. Este último desenvainó una daga de oro. Tan pronto adivinó el celaje del arma, descubrió que ése episodio de vigilia era la culminación inevitable del sueño.

Tras haberlo apuñalado hasta la muerte, Rodrigo de Rascón recogió las piezas del mapa que descansaba armado sobre la mesa. Cuando regresaron a la popa, de donde descenderían al batel, Pietro Castiglione se le acercó. Su voz se notaba afectada por la visión del crimen. En verdad, no había traicionado a Roque Borromeo por los cincuenta ducados que el veedor le prometiera, sino porque entendió que esa era la única manera de regresar vivos a Europa. Extendió la mano temblorosa hacia Rodrigo de Rascón y le

dijo: "He aquí el horóscopo que anoche pedisteis que os hiciera. Guardad las notas ahora, que mañana haré la interpretación... Mañana me entregaréis los ducados, ¿verdad?" El capitán alargó el brazo para recibir el pliego. Tan pronto lo hubo hecho, haló hacia sí al astrólogo y lo recibió hundiéndole la daga en el pecho, tras lo cual lanzó su cuerpo por la popa. Cuando los dos capitanes regresaban en el batel, vieron el cadáver fresco flotando boca abajo sobre las olas. En ese momento, el veedor despedazó la hoja astrológica y la tiró al agua. Duarte Hinojosa señaló el cuerpo del astrólogo. "Ese es el ducado de los traidores", dijo. "Y el de los futuros traidores también", oyó que el veedor musitó justo tras sus espaldas. No tuvo tiempo ni de virarse, pues de inmediato sintió la herida mortal de la daga y luego las aguas del mar abrazándolo bajo las nubes de tierra. Esa misma noche, Rodrigo de Rascón, ahora en su condición de capitán general de la flota, ordenó virar hacia España

El libro que a su llegada a Lisboa hizo imprimir Vinicius Oliveira, en el que cuenta día por día los sucesos ocurridos durante el último viaje del almirante Roque Borromeo, dice en su capítulo 1 lo siguiente. «En su audiencia ante el rey después del desembarco, el veedor Rodrigo de Rascón informó que el almirante los había llevado por un rumbo errado donde no pudieron encontrar sino mar desierto y un par de islotes arenosos. Ítem: Puso como prueba los dos barcos con toda su tripulación que desaparecieron bajo el azote de los huracanes, y dizque se vio obligado a virar los navíos hacia España cuando en ausencia del almirante la flota quedó varada en el mar. Ítem: Dizque la expedición fue un fracaso total, hasta el punto de que el almirante y su astrólogo, así como el capitán español Duarte Hinojosa, habían muerto en las fauces de la malaria. Y yo, que sí vi mucho y no vi todo, hago este libro para limpiar la memoria de uno de los más bravos navegantes de toda la historia: el capitán Roque Borromeo.»

Epílogo

De pie en la sala de audiencias de la Casa de Contratación, Rodrigo de Rascón esperaba el voto definitivo de la Comisión que financiaría su proyecto. Había pasado un año del abortado viaje de Roque Borromeo y ahora, con una seguridad inusual en los capitanes que merodeaban los mesones de Sevilla, presentaba a discreción un mapa "bien estudiado y trazado gracias a muy muchos estudios", en el que demostraba que podía conducir una flota hacia un estrecho que daba paso al mar de las Indias. Su propuesta era que la Casa aportara diez millones de maravedíes y le otorgara a él, entre otros beneficios, el veinte por ciento del comercio que fuera generado al través del estrecho. Aparte del mapa, sin dudas lo que

más despertó el interés de los jueces fue la firmeza con que expuso su proyecto. Mientras aguardaba, Roque Borromeo vio con repugnancia que un sucio marinero se detuvo frente a la ventana. Se trataba de un crápula de burdel, harapiento, demacrado, a lo mejor recién salvado de un naufragio. Volteó el rostro con desgano.
Los miembros de la Comisión regresaron a sus pupitres. Con grave determinación, el factor informó: "No pondremos ni una blanca de Castilla en vuestro proyecto, pues a ninguna parte llegará un navío por ese sendero". Y dicho esto, se pusieron de pie y se retiraron de la sala sin responder a las preguntas del capitán. Desconcertado, enrolló el mapa. Cuando salía a uno de los pasillos, el marinero se le acercó y le arrebató el rollo con la autoridad conferida por él estado de ebriedad. Tras echarle un vistazo, lo tiró al suelo y estalló en carcajadas. El antiguo veedor le dio un empujón y recogió el mapa. Mientras avanzaba furioso hacia la salida, oyó al borracho decir burlonamente: "Esa apertura en el grado 4o no es un estrecho hacia el mar de las Indias, sino la desembocadura del Río de Solís". Lo más irónico de todo (y esto nunca lo sabría Rodrigo de Rascón(es que el resultado de esta audiencia ya estaba predicho en el horóscopo que aquella noche le entregara Pietro Castiglione, y que terminó hecho pedazos en el mar.

FIN

(Pedro Antonio Valdez nació en La Vega, República Dominicana, en 1968. En 1989 obtuvo el primer premio en el Concurso Dominicano de Cuentos de Casa de Teatro. En 1992 recibió el Premio Nacional de Cuento, por su libro “Papeles de Astarot”, En 1998 obtuvo el Premio Nacional de Novela, por su obra “Bachata del ángel caído” y obtuvo el Premio Internacional Alberto Gutiérrez de la Solana, por su texto teatral “Paradise”. Recientemente, 2000, recibió el Premio Nacional de Literatura UCE, por su poemario “Naturaleza muerta”. Publicó la antología de cuentos “ÚltIma flor del naufragio”. En prensa se encuentra su segundo libro de cuentos “Narraciones apócrifas”.)

PULSAR LOS RIELES – RENÉ RODRÍGUEZ SORIANO

No he querido regresar jamás. Salí una tarde de llovizna por la ventana más angosta, había clausurado todas las puertas, las esclusas y el carnet con toda la fisura de mi ideología de estudiante inverosímil. Dejé en algún cajón abandonadas mis excusas, manifiestos y descaros (las declaraciones amorosas tardías las tiré cuidadosamente sobre el techo de alguna casa

demolida ya); las rigolas advenedizas de las mañanas de junio han regado mil geranios descoloridos y las mariposas amarillas vuelan aires de otros sueños, puede ser que las canciones ronden sordas por los rincones de las madrugadas turbias... Queda alguna basurita absurda en el iris izquierdo, algún recuerdo remolón del verde y sus secuaces o de la muchacha triste que intentó descifrar conmigo los presagios de la tarde y sus misterios, el enigma de las peras y las pomarrosas; alguna esquina de sábado intocado, pero las lilas del parque nunca han vuelto a florecer sobre la complicidad de las ranas. Es tan cuadrado el círculo de este tapiz sin fondo que describí al bajar, clausurando estampidas, amores y manías, que el caballito loco me tumbó en un portón, llevándose al galope sembrados y aguaceros; nadie vino conmigo, ni siquiera las fresas que robé en el camino, ni el perro que aullaba frente a la bellonera, coartada del recuerdo. Pero hay estancos varados en parajes tan míos que no podrán hojearme pacatos o fisgones: Jato y Olegario conocen más que todos los urbanistas las corrientes subterráneas del parque y sus alrededores; Chuple Pendanga, Moncito y Levanta María tenían peñones y callaos escondidos en lugares que nadie podrá encontrar hoy día; el primer cigarrillo a escondidas en lo más encumbrado de El Gajo dejó de ser una osadía y las hazañas de los legionarios pasaron a ser caduca historia oral de los más quedados sobrevivientes; las antenas parabólicas y los automóviles de alta cilindrada violentaron los secretos y leyendas mejor guardados del valle.

Traje conmigo, eso sí, algunos sonidos que no vendo ni permuto: Las mañanitas mejicanas, el sonido de Broadway, algunos acordes de Aldo Rizardi y su acordeón y la programación completa de El gran show de las dos, con todo y eco... Si algún día regreso, quiero hacerlo con los ojos audaces de una muchacha despeinada y locuaz; andar sin tino, a riendas sueltas, sobre la yaragua florecida; beber jengibre de aguinaldos; robar rosas y carolinas en las lluvias de mayo; llorar y rabiar por los pinchazos de las vacunas del viejo Francés; viajar con desmesura por los vericuetos de las historias sobremesa de Manuelico o chapotear en la Piscina y el Salto o el Charco de los Patos. Realmente. No sé si quiera regresar, las trampas del olvido han puesto tanta distancia que ya los atabales y las patronales no me pertenecen, tampoco sé quién, finalmente, se quedó con mi ejemplar amado de Caminos que suben. En fin, no se regresa nunca con la misma llovizna ni están los mismos cántaros en las mismas cañerías.

FIN

(René Rodríguez Soriano nació en Constanza, República Dominicana, en 1950. Ha ganado el Concurso Dominicano de Cuentos casa de Teatro

(1996) y el Premio Nacional de Cuentos José Ramón López (1997). Ha publicado, entre otros libros: “Raíces con dos comienzos y un final”; “Muestra gratis”, “Todos los juegos el juego”; “No les guardo rencor, papá”; “Su nombre, Julia”; “La radio y otros boleros” y “El diablo sabe por diablo”.)

EL PALACIO DEL TERROR – FERNANDO VALERIO HOLGUÍN

en el Palacio del Terror la noche nos aplasta bajo una avalancha de culpas, devora el silencio los corazones, y una llamarada de voces nos recorre las vísceras tempranas. la soledad se sienta a descansar sobre nuestros huesos
(me he lavado el rostro en un agua elemental de protozoarios, me he bebido las amebas furiosas al alba y me he alimentado de moluscos precarios. he pretendido, en fin, ignorar la mitosis de mi alma)
en el Palacio del Terror el silencio se desploma sobre los que han padecido sus angustias crepusculares frente a las Trece Puertas cerradas de antemano, sobré los que alguna vez acometieron sin éxito, con uñas y dientes, la Puerta del Perdón o la Puerta del Retorno y también la Puerta del Olvido y la Puerta de la Dicha.
-Miren a ése que perdió una letra de su alfabeto particular y ahora no encuentra cómo articular la Felicidad.
-Escuchen la voz de este barquero que navega entre manglares milenarios buscando el perdón.
-Acérquense a este guiñapo que se alimenta de salamandras como si no le bastaran sus propias raíces.
-Miren este otro mendigo, que un día creyó haber alcanzado Fama y Fortuna y ahora lamenta sus llagas.
-Observen con cuidado a este ciego que quiso ser poeta y se arrancó los ojos para no pensar más el rostro de la mujer amada.
-Este, consideren Ustedes, es ya un Santo si tomamos en cuenta las lágrimas que corren profusas por su barba.
-Escuchen el grito de los que han quedado llorando el vacío de sus horas sin fin.
(Yo te he buscado en cada puerta, Leticia, y escrito tu nombre en sílabas estremecidas. Yo he raspado el musgo de los insomnios y he competido con unicelulares tratando de alcanzar en la roseta la luz más alta del día. yo he atravesado los pantanos de la memoria -Yo, que desde el fondo de la cripta profunda siempre procuré levantarme sobre mis propios huesos-y sólo logré hallar mi pobre alma pluricelular que aún continúa escindiéndose en los sintagmas inefables de este Palacio del Terror)

FIN

(Fernando Valerio Holguín, nació en La Vega en 1956. Es profesor de literatura latinoamericana en Colorado State University. Ha publicado los libros “Última morada” (1980), “Nuestra última lluvia juntos” (1981), “Viajantes insomnes” (1982) y “Viraje alrededor y dentro de mí mismo” (1983), entre otros. Sus relatos han sido premiados en el Concurso de Casa de Teatro).

LUPE – AURORA ARIAS

Desandas la ciudad, mirando la ardiente quietud del sol, la libertad de barcos que se alejan, el azul entre framboyanes de una ciudad llena de tentaciones y mensajes de alerta: cuidémonos del Sida, de la osteoporosis, de la ilegalidad..
¿Cuánto tiempo, Lupe, tardaste en saber que tu amado Dagoberto no era más que un imbécil como todos ellos los pichones de imbéciles de carne y hueso que dicen que nos aman a nosotras las mujeres, pichonas de imbéciles de carne y hueso también, todo igualito, Lupe, salvo lo imprescindible?
Y es que en determinadas circunstancias, cuando de amor se trata, y dicho en el menos sexista de los lenguajes, todas somos unas imbéciles. Y a pesar de saberlo, espero que en este momento no sea tarde ya, y esa que toca a mi puerta con desesperación no seas tú. Tú como otras tantas veces muriendo tu nueva muerte con cara de náufraga; tú, que vienes como un fantasma hecha jirones a decirme que no pudiste resistir el vacío insoportable de la ausencia, y guiada por la rabia y el desencanto, saliste a buscar a tu Dagoberto a su barrio, a su calle llena de gente que juega dominó en las aceras, calle de gente que habita en todo ese mar revuelto de asfalto y ruido, compraventas, colmadones, institutos de mecanografía, bares, salones de belleza, bancas de apuestas, talleres de mecánica, iglesias evangélicas y agentes de la DEA correteando púcheres ambulantes por los callejones.
Nadie puede decirte que no intentaste hablar con él como dos personas adultas y civilizadas. Justamente ayer sábado lo llamaste a capítulo y acordaron reunirse para poner los puntos sobre las íes a esta amarga situación. De antemano tenías preparado tu argumento: `no soy relajo de nadie, tú sabías, Dagoberto, que ella venía y no me diste nada, o ella o yo; mi autoestima ante todo, yo me quiero a mí misma y merezco un hombre para mí sola. Yo no soy plato de segunda mesa, ¿ok?"
Te lavaste el pelo, te depilaste las piernas, cocinaste algo ligero para los dos. Ordenaste la casa, los libros, tiraste por fin al basurero aquellos

folletos sobre mujer y depresión, vejez y placer sexual, que a cualquiera le agobian la existencia, y sacaste una botella de ginebra guardada en la nevera. No importa si se va la luz, que se vaya, no le tengo miedo a la obscuridad cuando él está conmigo, pensaste, tocándote ante el espejo la punta de los pezones, como sopesándolos, disponiéndolos, chequeando si estaban listos para la discusión, preguntándote cuántas veces en estos días habrá pensado Dagoberto en ti mientras la amaba a ella; esa duda vulgar y cruel que tanto atormenta y duele.

Luego encendiste un incienso del paquete traído a principios de mes de aquel viaje a Aruba donde tomaste el curso-taller sobre violencia doméstica, y te pusiste el par de aretes comprados durante el último simposio celebrado en Perú, titulado `El papel de las oenejés en el proceso de globalización'. Ya casi son las seis y sigue lloviendo afuera: "poner o no a Silvio", he ahí el dilema. Te decides por una de las salsas erótico-caribeñas que a él tanto le gustan, la pones a sonar bajito, y en seguida chorrean por tu cuerpo las mieles del deseo encarnando esa ausencia imperdonable, y aparece tu hombre, apresurado y nervioso. No pasa ni un minuto para que aquel decisivo asunto de la autoestima se pierda en un abrazo, en el aroma a calle y gasolina, verano y aguacero, enredado en su piel; todos tus argumentos derretidos ante esa mirada feroz de chofer de camión que no sabe de sutilezas intelectuales, ni de cursos-talleres o cosa parecida; toda tu fortaleza de mujer hecha un asco.

Y en verdad, esto tiene su encanto, Lupe. Una licenciada, venir a parar en brazos de un camionero (conducir una poderosa máquina es su mejor diploma, ¿no era aquello mucho más emocionante que ser empleado de oficina pública o de oenejé?) después de cinco años viviendo con un intelectual como Carlos, coleccionista de libros de ciencia ficción que se la pasaba leyendo y analizando a Huxley, pero que nunca, nunca, supo hacerte bien el amor. Tú y tu Dagoberto, en cambio, son capaces de hacerlo al ritmo de un ven devórame otra vez, oyendo la lluvia caer, olvidando de golpe y porrazo los celos y los malentendidos, besándose como dos hambrientos desesperados encima del fregadero, como hacía mucho, mucho tiempo que no pasaba entre los dos, porque últimamente andan aburridos, con dolores de espalda, apáticos y de mal humor a causa de las horas de trabajo; tú fajada en la oficina, moviéndote entre charlas, denuncias y declaraciones, él buscándosela sudorosamente, día a día en la carretera.

Pero no hubo tal escena de amor encima del fregadero porque en realidad tu Dago te dejó plantada, y ya habías escuchado cada uno de los temas de tu salsero favorito cuando dieron las doce y dijiste se acabó, no aguanto. Una vez más, no valieron de nada los años de estudio, los talleres de

revalorización personal ni el consabido y tan bien asimilado discurso; los celos y el despecho, como a cualquier ser humano, Lupe,
te hicieron perder la razón.
¿Comprendería esto el Chato cuando se lo planteaste? Dueño de la carnicería donde tiraste el ancla a la mañana siguiente, el Chato era el cómplice azorado de la secreta pasión entre una licenciada de oenejé que a veces sale en la televisión, y Dagoberto, el dichoso chofer de camiones que tiene otra mujer en Nueva York. Fue una suerte encontrarlo parado como siempre con su cuchillo sangriento en la mano degollando gallinas detrás del mostrador, el simpático "Chato de la 17", que te brindó todas las cervezas del mundo y te puso en su casetera toda la música de Silvio Rodríguez que traías en la cartera, sin apenas entender por qué esta mujer escucha esas canciones comunistas que no dicen nada, en lugar de ponerse a oír, ya que está tan amargada, una buena tanda de bachatas, que es lo mejor en estos casos; hasta concluir que las licenciadas modernas son unas mujeres muy raras.
Y así pasaste la tarde, cantando en voz alta a Silvio, bebiendo cervezas con el Chato que decía ser tu amigo y te apoyaba, atizando el fuego cada vez que volvías a llamar por teléfono a tu Dago pidiéndole de todas las formas posibles que ahora mismo dejara lo que estaba haciendo y fuera a verte o irías tú, que estabas esperándolo a sólo una esquina de la casa de su mamá dispuesta a todo sin importarte que él estuviera con la tal esposa que todos los meses le envía dólares, y tenis caros, y cadenas de oro, y jeans y polochers, que él gasta y luce contigo sin que ella lo sepa. No a la rivalidad femenina. No a la violencia. No...
¿Estás segura, Lupe, que el asunto era únicamente con él, no con la Otra? No a la rivalidad femenina, no a la violencia, pero confiésalo, ¡maldita sea la hora en que esa bruja hizo su aparición! No bastaba con el cúmulo de trabajo que tenías últimamente, ni con lo del corto presupuesto semestral proveniente de los organismos internacionales de cooperación, ni la crisis económica o la tanda de apagones y el calor, no era suficiente con la oenejística vida que a fines de siglo debe llevar cualquier mujer independiente como tú que trabaja de sol a sol, girando entre el proyecto tal y la campaña cual; mujer emancipada de fines de milenio que habita en un país del Tercer Mundo en vías de desarrollo (ya sabemos que hay opiniones divididas al respecto), enamorada como una gata de un seductor chofer de camiones casado con una dominican york que ya le parió dos hijos que, en lo que la residencia americana les sale, viven en la misma casita donde tu Dagoberto nació y se hizo un hombre, amparado por el ruido y la mítica humildad de la clase popular de un humilde sector.

(¿Estás segura, Lupe, de que lo que querías no era que la otra se enterara de una buena vez que ese hombre también te pertenece, de modo que se armara un escándalo lo suficientemente pequeño como para no perjudicar tu imagen, y lo suficientemente grande como para amargarles la fiesta a la recién llegada y a tu marido, que es el legítimo marido de ella, pero que por su culpa, como un bulto que se coge y se deja, te abandonó?)
Si me dicen que te vieron por los lados del puente, náufraga bajo el sol de verano después de atravesar la ciudad, toda turbada y furiosa aferrada a la barandilla, mirando barcos que se alejan por los cauces del río, sabré que efectivamente eras tú, Lupe, quien toca desesperada a mi puerta, y llegas como un fantasma, hecha jirones, a contarme este novelón.

FIN

(Aurora Arias nació en Santo Domingo, en 1962. Ha publicado los poemarios “Vivienda de pájaro” y “Piano Lila”, así como los libros de cuentos “Invi's Paradise” y “Fin de Milenio” (este último, por la Editorial de la Universidad de Puerto Rico). En 1994 recibió el segundo premio en el Concurso Dominicano de Cuentos de Casa de Teatro.)

EL TELEFÓNICO – LUIS LÓPEZ NIEVES

¿Y por qué carajo estudió filosofía? Él mismo se hacía la pregunta durante todo el día, cada vez que llenaba una solicitud, esperaba por el próximo entrevistador, caminaba de compañía en compañía o cuando leía la sección de empleos de los periódicos. ¿Y a qué persona con preparación tan exótica se le ocurre solicitar trabajo en la empresa privada? Es que tenía hambre. No podía dedicarse a la enseñanza porque jamás se le había ocurrido tomar un curso de pedagogía y en todos los colegios le decían lo mismo: sin pedagogía no podía enseñar, pero que solicitara en la empresa privada donde de todos modos pagaban más. Por eso se olvidó de las escuelas y desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde se dedicó a caminar de compañía en compañía. Llegó a sentir repugnancia por los jefes de personal. Los más amables (los bancos, las compañías de seguros) se le reían en la cara; los cínicos (financieras, líneas aéreas, agencias de publicidad) leían el resumé, lo miraban de arriba abajo y preguntaban:
-¿Conque acaba de graduarse de la universidad?
-Sí -respondía con pesimismo.
-¿Y estudió filosofía?
-Sí, sí señor -añadía con un poco de fe.

-Pues lo lamento, ayer mismo llenamos la única plaza que tenemos para filósofos. Se la dimos a un tal señor Platón. ¿Lo conoce?
Él nunca tuvo un buen sentido del humor. De hecho, en la universidad se le conocía como el misántropo más ácido y antipático de toda la Facultad de Filosofía, lo cual es mucho decir. Por eso se levantaba sin emitir palabra y salía tirando la puerta. Ésa era su venganza.
Pero, francamente, ¿por qué carajo estudió filosofía, cuando todo el mundo sabe que eso no deja ni para comer? Lo hizo porque era lo único que le agradaba. Desde niño, en la remota finca de sus padres, se había acostumbrado a pasar las horas sumido en la lectura de los grandes pensadores de la humanidad y no encontró motivo para cambiar esa querida costumbre. En el fondo, le había importado poco lo que estudiara. Pero ahora tenía hambre y necesitaba trabajar. En el fondo fondo, tampoco le importaba la clase de trabajo que tuviera que hacer. Por eso aceptó, luego de monótonas caminatas y hambres exasperantes, un puesto de oficinista en una compañía de seguros. Allí se intensificó el malhumor que tanto lo había destacado durante sus años universitarios.
¿Y por qué era tan antipático? Es que en el fondo fondo fondo no le importaba la gente y, lo que es peor, tampoco le hacía falta. Por eso no saludaba a sus compañeros de trabajo. No sentía necesidad interna, ni encontraba causa racional, que justificara semejante conducta. Entraba a la oficina contando losetas, emitía un gruñido confuso que los más optimistas interpretaban como un saludo, se sentaba en su escritorio y de inmediato se entregaba con furia al trabajo. A las seis semanas se había convertido en la pandereta de la oficina, en el receptor inevitable de toda broma o travesura. Le tiraban papeles, colillas, gomitas o grapas; le escondían la máquina de escribir; le robaban los lápices o le derramaban café sobre el escritorio. ¿Y por qué le hacían estas cosas tan pueriles y sádicas? En el fondo seguramente buscaban su atención, un ligero saludo, una sonrisa, un pequeñísimo reconocimiento: pero él ni se daba cuenta ni le importaban los problemas emocionales de sus colegas. Se dedicaba a trabajar afanosamente, a cumplir con sus tareas y a leer filosofía durante la hora del almuerzo. Nunca intentó confraternizar. Por eso fue que una tarde, mientras trabajaba como de costumbre, Maritza, la programadora de faldas cortas y muslos exagerados, se le sentó en el escritorio:
-Niño, mira -dijo mientras abría los muslos-. Para ti, muñeco.
A pesar de las burlas y carcajadas de sus compañeros de trabajo, y de la insistencia de Maritza quien repetía "Pero mira, nene, mira", siguió trabajando como si estuviera solo en el pico del Everest. Aún resonaban las carcajadas en la oficina cuando recibió una llamada del director. Éste le pidió datos estadísticos y luego le preguntó si se sentía a gusto con el

nuevo empleo. Contestó que sí, no podía quejarse, pero al colgar el aparato sintió una sensación extraña, una especie de plenitud existencial. Permaneció un largo rato con la mano sobre el auricular, y por primera vez en tal vez años sonrió imperceptiblemente.

Al calentarse la comida esa noche recordó con placer el brevísimo intercambio que había tenido con el director. Recordó las pocas conversaciones telefónicas que había sostenido en su vida (se había criado en el campo, no tenía amigos) y volvió a sonreír. Después de un breve análisis sistemático, concluyó que el teléfono era un instrumento útil porque posibilitaba la conversación pero excluía el abominable contacto físico. Filósofo al fin, pasó el resto de la noche meditando sobre el teléfono y sus implicaciones ontológicas.

Al otro día acababa de recibir un papelazo en la frente cuando timbró el teléfono. El director volvió a pedirle datos, pero al intentar despedirse él lo detuvo:

-¿Y usted, señor director, lleva mucho tiempo trabajando aquí?

El director respondió con gentileza a todas sus preguntas e incluso formuló algunas propias. Media hora después terminaba la conversación, pero él se quedó muy inquieto. Le fue difícil concentrarse el resto del día y al dar las cinco casi corrió hasta su apartamento. Estaba emocionado porque había recordado que su antiguo profesor de filosofía, hombre brillantísimo a quien admiraba por sus libros, había escrito su número de teléfono en la pizarra el último día de clases "porque siempre podrán contar conmigo si me necesitan". No tenía libreta de teléfonos porque le parecía una práctica infantil, pero revisó sus cuadernos, notas y libros. Después de más de dos horas de búsqueda desesperada, lo encontró copiado al margen de la primera página de La filosofía de la historia de Hegel. Corrió hasta el teléfono público que recordaba haber visto en la esquina, pero tuvo que esperar por una muchacha de enormes rolos verdes que le contaba al novio cómo era ella en realidad y por qué nadie, pero nadie, la cogía de boba. Mientras esperaba repasó mentalmente el último libro de su admirado profesor, el cual había leído hacía tres semanas. Mentalmente improvisó el bosquejo de una breve reseña crítica y estaba a punto de iniciar un análisis comparativo cuando la muchacha de los rolos verdes gritó de pronto que lo sentía, que era tan fea como franca, y colgó. Cuando él levantó por fin el aparato, la mano le temblaba. A los pocos segundos reconoció la voz de su maestro:

-¿Quién es?

-No es importante, profesor -contestó-. Sólo quiero felicitarlo por su último libro. ¡Es genial! Tiene usted toda la razón cuando señala los males del

materialismo. Sólo mentes superiores, como la suya, entienden la supremacía del espíritu. Porque en última instancia...
La conversación fue larga y exitosa. Discutieron a fondo un sinnúmero de problemas filosóficos, dedicaron casi una hora a la fenomenología hegeliana y al concepto esotérico del glomanco, criticaron duramente las deficiencias logísticas del Departamento de Filosofía y hasta llegaron a reír a carcajadas. Al despedirse volvió a. sentir la satisfacción extraña que había sentido en la oficina. Al regresar al apartamiento se tiró sobre el sofá y concluyó que hablar por teléfono era como escribir porque no se contaba con los gestos ni con las manos: en la palabra estaba todo. Era como cenar sin lavar los platos, la comunicación en estado prístino. Podía prescindirse del cuerpo oloroso a tabaco, de la cara sin afeitar, de la coquetería irritante, de la cara maquillada. El teléfono le proveía los ecos de un mundo que le era necesario, pero excluía el contacto físico que tanto aborrecía. Antes de quedarse dormido, llegó a pensar que era feliz.
Por la mañana, tan pronto llegó a la oficina, llamó a la Compañía Telefónica y ordenó la instalación inmediata de un aparato. Pasó el día intranquilo y poseído de un entusiasmo que lo asustaba porque no recordaba haberlo sentido antes. A las cinco se atragantó un sándwich de atún y casi corrió hasta el teléfono público. La noche anterior, sumamente impresionado por su intelecto, el profesor le había rogado que se identificara. Al no recibir contestación, y filósofo al fin, entendió su silencio y le dijo que respetaba el sagrado derecho al anonimato y no volvería a invadir su privacidad.
No sintió nerviosismo al levantar el aparato y marcar el número de memoria. El profesor le reconoció la voz, se saludaron brevemente y de inmediato comenzaron a discutir los múltiples aciertos de Aristóteles. Fue otra noche exquisita, pero antes de despedirse le pidió tímidamente al profesor los números de algunos amigos que "sepan disfrutar de una conversación profunda". El catedrático le dio varios, seguro de que a todos les encantaría recibir su llamada.
¿Y la oficina? En la oficina la situación seguía igual. No pasaba un día sin que se divirtieran a cuenta suya. Por eso quiso eliminar todo contacto físico, aun el mínimo que exigía la coordinación interna del trabajo. Colocó un letrero al frente de su escritorio que decía: "Para cualquier asunto favor de hablarme por teléfono". Al principio se burlaron e insistían en hablarle personalmente, pero cuando pasó la novedad y se cansaron de repetir los mismos chistes vino el ajuste y todos se comunicaban con él por medio del aparato, aunque sólo fuera para pedirle una estadística.
Cuatro o cinco años después de la primera llamada a su exprofesor, poseía una lista de más de cien amigos telefónicos. Había fijado una rutina que lo hacía más o menos feliz. De nueve a cinco, el trabajo; de cinco a seis, la

cena; el resto de la noche, el teléfono. Los sábados por la mañana iba de compras o a las librerías. El domingo entero, su día más feliz, lo pasaba hablando por teléfono. Gracias a la envidiable cantidad de amigos telefónicos, podía llamar durante cuatro semanas sin necesidad de recurrir a la misma persona (aunque sus llamadas siempre eran motivo de júbilo auténtico). Continuamente lo felicitaban por su "gran lucidez" y le rogaban que volviera a llamar pronto. Sabían que él nunca se identificaba, pero filósofos e intelectuales al fin, les era fácil perdonar lo que juzgaban una mera excentricidad inofensiva.

¿Y cuántos años vivió esa rutina? Fueron muchos los años de conversaciones en la casa y bromas en la oficina. Le pusieron tachuelas y chicles en el asiento, le clavaron las gavetas, le pintaron el escritorio de amarillo, le dejaron una rata muerta en una gaveta y un día hasta cometieron la estupidez de cortarle el cable del teléfono. Ésa fue la única vez que lo vieron reaccionar. Al llegar del almuerzo oyó las carcajadas y las ignoró como de costumbre, pero al notar el cable cortado comenzó a temblar. Al verle la cara seca y sin color todos callaron. Buscó con los ojos al subdirector, corrió hasta su escritorio y lo levantó por las solapas:

-Si no arreglas el cable en una hora -dijo con firmeza-, te mato.

Asustado, el subdirector llamó a mantenimiento y le arreglaron el cable en menos de quince minutos. Pero a los pocos días el incidente se olvidó y las bromas continuaron, algunas de ellas bastante pesadas, como la tarde en que Maritza le pidió un lápiz prestado. Él señaló el lapicero con el dedo y continuó trabajando sin decir una palabra. Entonces Maritza se inclinó, le puso los senos en la cara y le dijo al oído:

-Yo creo que eres loquita, nene.

¿Y qué respondió él? No le hizo caso, por supuesto. Casualmente llevaba tres semanas enfrascado en una agitada polémica sobre el estoicismo con sus telecompañeros, discutiendo a fondo el cristianismo, los ejemplos griegos y el célebre caso de Job; por tanto, las burlas de la oficina le parecieron poca cosa. Pero dos o tres semanas después de este incidente conversaba de noche con un viejo amigo sobre los Prolegómenos de Descartes cuando decidió de pronto que ya no podía tolerar el ruido de la calle. Al otro día compró tablones y planchas de madera, rollos de tela y doscientas libras de algodón, y dedicó la noche a clausurar minuciosamente todas las ventanas del apartamento. Luego, mientras observaba las ventanas herméticamente selladas y a prueba de sonidos callejeros, decidió que ya no podía esperar más: había llegado el momento de dar el primer paso de su plan. Ahorraría todo su salario. A pesar de la buena cantidad de ahorros que ya tenía (sus gastos eran mínimos), necesitaba mucho más. Por tanto dejaría de comprar papel sanitario, jabón, champú, navajas,

desodorante, pasta dental y otros artículos innecesarios. También comenzaría, esa misma semana, a almacenar en su apartamiento cajas de productos enlatados.

Ocho o nueve años después, como resultado de su dedicación continua al teléfono, era famoso en todo el país. Sin duda alguna era un privilegio recibir una llamada suya, y así lo expresaban los telecompañeros. Bastaba que un intelectual entrara al Centro de la Facultad y dijera "Anoche me llamó", para que todos lo miraran con envidia. De hecho, algunos telecompañeros lo instaban a que renunciara al anonimato y se diera a conocer. Él los desalentaba o cambiaba el tema, pero si alguien insistía demasiado lo castigaba atrozmente: dejaba de llamarlo por cinco o seis meses. Podía permitirse semejante lujo porque su lista telecompañeril, para esta época, superaba los quinientos números.

Pero según crecía su fama y la inevitable curiosidad del público, sus telecompañeros, respetando su renuencia a darse a conocer, le pidieron que por lo -menos llamara a los periódicos y emitiera públicamente sus opiniones preclaras. También le rogaron que llamara a las revistas especializadas de filosofía, crítica literaria, sociología, arte, educación, ciencias sociales, etcétera. Se resistía. Pero un día su antiguo profesor y primer telecompañero, a quien concedía una confianza privilegiada y un lugar claramente preferente, lo convenció. Empezó a hablarle de Sócrates, de la ética y de la responsabilidad social, y le dijo que era su deber compartir con la sociedad el fruto de cerebro tan exclusivo. No pudo, ni quiso, argumentar en contra de su querido profesor. Esa misma noche llamó a la mesa de redacción del periódico El Nuevo Día y opinó en torno al alarmante aumento de la criminalidad.

El periodista quedó tan fuertemente impresionado que sólo pensó en pedirle el nombre.

-Nunca doy mi nombre -respondió él.

-¡Ah! -exclamó el periodista de inmediato-. ¡Usted debe ser El Telefónico!

Quedó atónito, pero pasado el golpe inicial entendió que era un sobrenombre muy natural, realmente el único posible dadas las circunstancias, y agradeció la discreción de sus amigos que piadosamente se lo habían ocultado. Sin decir otra palabra, colgó el teléfono.

En pocos meses ya tenía columnas permanentes en todos los periódicos del país. Regularmente llamaba por teléfono y dictaba sus últimas meditaciones en torno a temas perennes o del momento (aunque no leía los periódicos, los telecompañeros lo mantenían al tanto de los sucesos nacionales y mundiales). Nada tuvo que ver con los nombres de algunas de éstas: "Cogiendo Oreja", "De Cable a Cable", "Suena el Timbre"; de hecho, los consideraba poco imaginativos, pero nunca se quejó. El país entero,

enfebrecido, lo leía con una compulsión bastante parecida al fanatismo y a menudo se traducían y publicaban sus columnas en periódicos extranjeros como LeMonde, The New York Times, Pravda, ABC, The Times, Granma, etcétera. En el mundo de las revistas universitarias y profesionales se le consideraba un sabio erudito. Bastaba con que cualquier periódico o revista publicara una columna bajo el: nombre de "El Telefónico", para garantizar que no quedaría un solo ejemplar sin vender.

Su consagración definitiva como primera figura intelectual del país, la cual desconocían, por supuesto, sus colegas de la oficina, no lo salvó sin embargo del escarnio burocrático. Una tarde lo llamó el director a la oficina. Muy cortésmente le explicó su dilema:

-Aparentemente usted ni se baña ni se preocupa en lo absoluto por su aseo personal. Hace varios años debimos mudarle el escritorio a un rincón apartado. He hecho todo lo posible. Tengo la conciencia limpia porque he querido ayudarle. Mandé a echar perfume, a poner tantas flores que la oficina parecía un jardín. Cada media hora un empleado vacía media botella de Lysol. Pero sus compañeros dicen no soportar más y han amenazado con irse a la huelga. La peste es realmente intolerable. Usted deberá bañarse, lavar ese pelo asqueroso que le llega a la cintura y cambiar esa ropa, con la cual ha venido aquí los últimos ocho años. También deberá podar su barba.

Él alzó lentamente los ojos rojos, los labios pálidos y sucios, y dijo en voz muy baja:

-La dialéctica paleogramática, aunque catarsis, deja de ser estática por definición.

Eso fue lo que dijo. ¿Y por qué habló así? Sería porque ya no estaba acostumbrado a hablar sin la ayuda de un aparato. Tal vez fueron los nervios. Pero el director se asustó y con el mayor disimulo posible se acercó a la puerta y le pidió que regresara a su escritorio. Enseguida lo llamó por teléfono y repitió lo que le había dicho en la oficina. Esta vez él contestó. Dijo que no tenía dinero para comprar jabón o ropa. Eso dijo, nada más. El director, perdida la paciencia, lo despidió.

¿Y qué hizo él? Nada, recogió sus pertenencias sin protestar y salió. Estaba tan tranquilo que daba la impresión de que lo había planeado todo desde mucho antes. Se fue directamente al banco. Luego visitó la Compañía Telefónica, la Autoridad de Energía Eléctrica, la Autoridad de Acueductos y Alcantarillados y varios lugares más. Esa noche, después de tanta diligencia, preparó una pequeña antología con los números de sus amigos favoritos y comenzó a llamar. Éstos se sorprendían al escuchar sus insólitos comentarios humorísticos (él nunca tuvo un buen sentido del humor) y le preguntaban la razón. Su respuesta fue siempre la misma. Se reía a carcajadas y decía:

-Hoy me siento feliz.
Cuando temprano en la mañana del día siguiente llegaron dos camiones repletos de cajas de atún, salchichas, sardinas y jugos, él ayudó a los empleados a subir las cajas al apartamento. Atestaron el dormitorio, el baño, la cocina, el comedor y toda la sala, excepto un pequeño rincón. Desde el techo hasta el piso y de pared a pared sólo se veían cajas. El apartamiento se redujo al tamaño de una nevera grande; la única luz provenía de la lámpara antigua que estaba junto al teléfono. Treinta minutos más tarde, mientras leía un libro que comparaba la filosofía peripatética con la escolástica, llegó el instalador de la Compañía Telefónica. Asustado, le preguntó dónde quería que instalara el cuadro telefónico de cuarenta líneas. Señaló con el dedo el rincón donde estaban parados, el único lugar libre que quedaba del apartamiento, y tuvo que salir al pasillo para dejarle espacio al obrero.
La instalación tardó más de tres horas. El obrero, parcamente, dijo "ya" y se fue sin decir otra palabra. Al quedarse solo, él cotejó varios números al azar, y una vez satisfecho miró a su alrededor. ¡Todo estaba listo! Sería imposible quedarse sin teléfono. La comida duraría más de cuarenta años. Había pagado por adelantado el alquiler del apartamiento, el teléfono, la electricidad, el agua. ¡Nada faltaba! Con el rostro bañado de lágrimas de felicidad, se dobló a recoger los tablones que había reservado para este día y con mucho cuidado clausuró la puerta para siempre. En adelante se dedicaría únicamente a hablar por teléfono, sin distracciones, sin burocracias estúpidas que le amargaran la vida.
¿Y creció su fama? Claro, como consecuencia de su dedicación religiosa al teléfono su fama aumentó vertiginosamente. Con frecuencia se le homenajeaba en la radio y televisión, en revistas, en periódicos. Lo proclamaban la "Conciencia Intelectual del País", "Auténtico Hijo de la Patria", "Hombre de Experiencia Vital". A diario citaban sus pensamiento en las primeras planas de los periódicos; cuando llamaba para dictar sus columnas lo entrevistaban y le pedían consejos; en las universidades se prepararon enjundiosas tesis de maestría y doctorales en torno a su pensamiento; citas suyas aparecían también en camisetas que los adolescentes atesoraban, en relojes, en cámaras, en los parachoques de los autos y en juguetitos para niños.
Veinticuatro o veinticinco años después de su encierro definitivo, se le fundió la última bombilla. Sumido en la oscuridad absoluta, pensó que había sido su único error de cálculo, pero que de todos modos ya no le hacía falta la luz. Había llegado a esa etapa de la vida en que es innecesario seguir leyendo. Su misión era producir y pensar, y eso haría. Desde ese momento

en adelante se consagró por entero al aparato y no pasó un día sin hablar un mínimo de veinte horas.
Diez años antes, su exprofesor y primer telecompañero había empezado a publicar sus artículos, pensamientos y ensayos. Cuando anunció que El Telefónico donaría todas sus regalías a las agencias caritativas, científicas y humanistas del país, todos los periódicos lo proclamaron "Primer Filántropo de la Patria". El profesor había muerto de viejo, pero su hijo, gran amigo también, seguía a cargo de sus escritos y acababa de empezar la publicación de sus Obras Completas. La venta histérica de estos gigantescos volúmenes, algo nunca visto en el país, hizo historia editorial ya que hasta las lectoras de Corín Tellado los compraban.
Pero una tarde llamó rutinariamente al periódico Claridad para dictar su columna (todos en el país conocían su riguroso apoliticismo). Al terminar el dictado, el periodista le dijo que era nuevo, que era un honor hablar con un intelectual como él y que desde niño había querido hacerle una pregunta. Una sola:
-Dígame, Don Telefónico, ¿cómo logra usted siempre tener un teléfono a mano? El de mi casa siempre está dañado.
-Yo me preparé, joven -dijo sin pensar-. Tengo un cuadro con cuarenta lí...
Muy tarde se dio cuenta de su error y colgó el aparato. Quiso abofetearse, castigar su imperdonable torpeza. Sabía que, a pesar de la teórica confidencialidad de los expedientes telefónicos, le sería fácil a una persona con el dinero o los contactos necesarios conseguir la información que interesara. Se deprimió por primera vez en muchísimos años y sintió sueño, pero antes de quedarse dormido sintió temor, una emoción que había olvidado.
No contestó cuando al otro día tocaron a la puerta temprano en la mañana. Durante tres días consecutivos volvieron a tocar a la misma hora. El cuarto día se le aguaron los ojos a las doce del mediodía cuando se convenció de que no vendrían a molestarlo, pero el quinto día oyó un sinnúmero de pasos frente a la puerta. Alguien le gritó que abriera o que contestara, aunque fuera desde adentro; de lo contrario se presumiría que necesitaba ayuda y entrarían a rescatarlo. No contestó.
Con gran sobresalto oyó el primer hachazo sobre la puerta. Sintió que el corazón se le derretía. Cada golpe le parecía más absurdo, más irreal. La puerta comenzó a ceder ante los golpes del hacha. Lentamente fueron apareciendo finos rayos de luz que perforaban la oscuridad y le cortaban la piel y los ojos como navajas. De pronto oyó un estruendo apocalíptico. La luz, que como enorme bola de fuego entró rodando a la sala, le arrancó un bramido. Entre las moscas, mimes, mariposas negras y cucarachas, entre las telarañas y los nidos de ratas, hombres uniformados, con pañuelos

sobre la boca y nariz, comenzaron a abrirse paso. Algunos, horrorizados, gritaban pidiendo una camilla; otros, con lágrimas en los ojos, le decían que todo estaba bien, que habían venido a salvarlo. Sentado en el suelo, en medio del gran círculo de sus larguísimos cabellos blancos, él parecía una araña gigantesca. Hizo un intento patético por ponerse de pie, pero le faltaron las fuerzas y cayó de espaldas. Uno de los policías sollozó al notar sus piernas inmóviles, secas, forradas de gusanos.
Cuando lo sacaron al pasillo sintió que el aire fresco y el resplandor de la luz iban a provocarle un mareo. Era como una sobredosis de realidad que saturaba cada centímetro de su cuerpo y le oxidaba la razón. Segundos antes de perder el sentido intentó agarrar la mano del paramédico y decirle algo. Fue un gesto inútil.

FIN

(Luis López Nieves nació el 17 de enero de 1950. Es guionista, periodista literario, traductor y catedrático de literatura y comunicación. Sentó precedente al entregar como tesis doctoral en Literatura Comparada (Stony Brook) su novela “La felicidad excesiva de Alejandro Príncipe”. López Nieves también es autor del ya famoso libro “Seva”, uno de los mayores éxitos literarios de Puerto Rico. Su segundo libro de cuentos, “Escribir para Rafa”, lo publicó la prestigiosa editorial Ediciones de la Flor, de Buenos Aires. “La verdadera muerte de Juan Ponce de León”, (2000), es su tercer libro de relatos.)

MANOS DE LA REINA – JOSÉ LIBOY

La estatua de la reina Isabel tenía un chiste oculto en las manos y la mirada perdida en dirección de la Cordillera Central. Los edificios copiosos ocultaban un hecho que tardaría mucho tiempo en descubrir. La estatua estaba justo en el cruce del camino real que sube, tranquilamente, hasta la altura de Caguanas. Siempre que nos parábamos en Arecibo, mi papá hacía un chiste sobre las manos de la reina. Pero si trato de recordar el chiste, encuentro un extraño vacío dentro de mi cabeza. Quizá tenga que tener un hijo, hacerlo pasar por aquí, para que me salte su recuerdo. Si le pregunto a mi papá por ese chiste, tampoco lo recuerda. Es como si la contemplación de la equívoca efigie lo engendrara. Las manos de la reina eran desmesuradas y venosas como las de un hombre, haciendo un contraste marcado con todo lo demás, que era lo propio de una reina. El talle esbelto y, gracioso, los hombros un poco caídos, la mirada soñadora.

Estaba parado frente a la estatua. Era martes y estaba escapando, eso lo notaba todo el mundo. No había hecho nada grave, pero ése era el problema. Llevaba varias semanas soportando la gente extraña, locos de variada especie que mi esposa reunía en la sala del apartamento, oficiando sus cultos horribles. El hijo de un banquero, metido a artista africano, aparecía acompañado por una turba de energúmenos y degenerados. Mi esposa no fumaba marihuana, pero los invitaba a fumar en mi casa. En mi familia existían claros precedentes que me confirmaban la mala sangre de lo que mi mujer hacía. Se reunían en la sala toda la noche, encendían una máquina de grabar y se pasaban la noche hablando de sexo. La magia negra no era la misma que hacía treinta años, pero surtía los mismos efectos. Mi abuela había matado a mi abuelo, cuando abandonó el ejercicio de las hierbas (la magia buena de la montaña) y se dedicó alas imágenes. Mi esposa había abandonado la actuación (era una excelente actriz lírica) y ahora se dedicaba de lleno a deambular con la gente mala de Santa Rita. Yo estaba tan débil que no podía hacer nada por evitarlo. Me quedaba acostado horas, sin poder mover los brazos y las piernas, como le sucediera a la mayoría de los hombres de mi familia.

Últimamente, mi esposa se estaba juntando con una rubia antimatérica, que se describía a sí misma como pintora. Pero algo que brotaba de mi carne me decía que la tipa era algo más. Vivía como una extraña vestal, acompañada por una suerte de lacayo que dormía a su lado sin tocarla. Mucho tiempo después de haberme separado de mi esposa, esa mujer se me acercó para decirme que tenía el diablo en la mirada. No estábamos entrenados en religión alguna, vivíamos sin conocimiento, pero teníamos disciplina. Y resulta extraño decirlo y hasta un poco demencial de mi parte, pero las pintoras siempre están detrás de mí, regañándome todo el tiempo. Yo había escrito un poemita sobre el talento de mi esposa, donde afirmaba una serie de eventos que suelen suceder cuando una actriz se desnuda. Por azar mencionaba que cuando una actriz se desnuda, todas las pintoras que se llaman Olga (aludiendo, inocentemente, a una pintora amiga mía), tienen una bañera blanca. Sucede que la primera vez que conocí a Olguita, por razones que todavía no entiendo, imaginé que tenía un apartamento en Villa Panty, donde había una gran bañera blanca. Y unos años después, cuando Olga regresó de la ciudad de Nueva York, me paró en una calle, pidiéndome cuentas por el poema. La hermana de Olga se había tomado la molestia de llamarla, preguntándole si yo me entendí con ella, pues en efecto, el apartamento que Olga tenía en Nueva York tenía una bañera blanca. La coincidencia en sí no es demasiado extraña, pero la actitud de Olga si lo fue. Estaba verdaderamente molesta conmigo. Recuerdo que

llegué a preguntarle si el poema le había gustado y ella me contestó que no tenía manera de saberlo, abriendo mucho los ojos.
Durante los últimos días con mi esposa, la pintora rubia le sugirió intercambiar de vestimentas. Mi esposa no sabía lo que le estaban haciendo y accedió inocentemente. Lo sospechaba de alguna manera y cada vez que aquella le proponía esas cosas, ella venía a mi cama, donde yo estaba acostado sin fuerzas, para decirme lo que planeaban. Yo estaba cansado de decirle que esa gente era mala, pero como el asunto no era visible para nuestros ojos, ella acabó por hacer cuanto le dijeron que hiciera. La estaban usando porque sabían que yo la amaba mucho y no me atrevería a hacerle nada. Y si no me cuido, seguramente me hubieran matado. Entre otras cosas, por eso me encontraba aquel martes, parado frente a la estatua de la reina.
El hermano del artista africano se había presentado en mi trabajo para advertirme la cosa que me estaban haciendo. El tipo era químico de profesión, formado en la tradición científica, pero aún quedaba algo de sensibilidad en su cuerpo, cuando menos lo suficiente para saber que había mucha gente haciéndome algo. Yo mismo era muy escéptico en relación a esos asuntos, pero sucedió algo que me dio todo en las manos. Mientras el tipo hablaba conmigo, mi esposa apareció de pronto. Tan pronto lo vio, reaccionó de la manera más dolorosa que me ha sido dado presenciar. Sin transición alguna me hizo una seña ofensiva con el dedo (más bien fue alguien que no era ella), empezó a proferir obscenidades y se fue corriendo. Para mí fue más que suficiente y esa misma tarde, sin que mediaran escrúpulos de ninguna clase, dejé mi puesto de trabajo y comencé mi breve peregrinaje. Tan convencidos, tan seguros estaban de que no regresaría, que me cesantearon del trabajo inmediatamente. Hasta ese día había vivido ciego y sordo al desprecio mortal que me rodeaba. Antes solía atribuir dicho desprecio al modo en que me conducía. Y había tratado de conducirme como los otros se conducían, pero aún así seguían despreciándome. Ahora conozco algo mejor las motivaciones de dicho desprecio y sé que la mueca del odio, irreductiblemente, seguirá rondándome hasta que muera.
1991

FIN

(José Liboy Erba nació en Santurce en 1964. Su importante obra en cuento ha sido ampliamente difundida en las revistas Caribán, Filo en juego, En jaque, Centro ilustrado, Nuestros tiempos, Tríptico y en los suplementos Página Robada y En Rojo del semanario Claridad, y publicada en las antologías “El rostro y la máscara” (1995) y “Mal(h)ab(l)ar”, (1997). “Cada

vez te despides mejor” es el título de su libro inédito de cuentos. Ha escrito también para el teatro puertorriqueño.)

COMPATRIOTAS – EDUARDO LALO

No necesito regresar a la Ciudad. La memoria conserva vívidamente la fachada de la vetusta cerrajería de la Ronda del Cielo y la Fuente del Ángel Caído cerca del Pabellón de Cristal; todavía es mío el placer de las alamedas de grava del Jardín Occidental, la visión romántica de los estanques, sauces llorones y cisnes de la Quinta Azul; sé dónde y qué beber en el aguaducho frente a Correos. Puedo, en mi mente, viajar por la Ciudad con lentitud, cuadra tras cuadra. Sé muy bien que no fue agotada y que podría decirme aún muchas cosas, pero no deseo que lo haga. Me basta aquel viaje, aquellas semanas. Prefiero conservar su imagen pretérita, aunque su parcialidad la haga falsa.

Sabía que en algún cuarto de alquiler amueblado se encontraba Acevedo. (No sabía que ya era tarde.) El problema era dar con él sin conocer sus señas, sin saber siquiera si estaría dispuesto a hablar conmigo. Acevedo era mayor y éramos lo suficientemente jóvenes como para que cinco o seis años fueran un abismo.

Durante los primeros días hubo lugar para una novedad predecible. Pensé que la Ciudad me entregaría potenciada la energía con que la había soñado. Quise poner los pies en las plazas, avenidas y calles que había visto en películas, fotografías o párrafos. Dejé las suelas por vías húmedas, llenas de basura desmigajada. Respiré un aire frío y vivificante que años después definiría para mí la nostalgia. Almorcé en cafés, cené en restaurantes que aparecían en una esquina, al bajar unos escalones hasta un sótano o en el salón trasero de un local con barra y toneles. Allí una mujer mayor o una adolescente, esposas o hijas del tabernero, según la hora y la parroquia, me traían tres platos por poco dinero.

La mente escoge. Recuerdo la nublazón, la lluvia intensa en el mercado de los filatelistas, la taza de chocolate que tomé tiritando en un mostrador de la Plaza de las Arcadas. En esa estación llovía poco en la Ciudad, pero mi mente parece haber encontrado algo cabal en los días de lluvia, en el empecinamiento de los aguaceros de aquella primavera. En mi recuerdo, que es nítido, llueve siempre. La deformación no está atada al tiempo -a la sucesión o al ámbito de la duración-; es meteorológica.

Para Acevedo hubiera podido ser una de dos cosas: discípulo o prodigio. Hubiera debido escucharlo y seguirlo o darle el placer agridulce de mi descubrimiento. En ambos casos no había tierra más estéril para la amistad. Fue bueno, es posible que providencial, el no llegar a tiempo.

Tenía unos números de teléfono que en su mayoría eran inútiles. En aquel tiempo, todavía era posible encontrar hoteles verdaderamente baratos. No tenía prisa. Deben haber transcurrido entre diez y quince días antes de intentar contactar a nadie. Esos días bastaron para tener una historia propia en la Ciudad. Recorrí un área importante de su perímetro, leí en ella los primeros libros, un atardecer llegué a estar desolado frente a las galerías del Museo, con un hueco en el alma que sin duda Acevedo conoció mejor que yo. Entrada la segunda semana, tuve la impresión rotunda de estar en casa. El pasado inmediato se había vuelto indescifrable.

La urgencia de las ciudades lejanas y prestigiosas tenía que ver con las fisonomías. Le quería poner fachadas, colores, ambientes, rasgos, miradas, sesgos, muecas, tonos de piel y cielo a mis gustos y a mi vocación. Si lo había visto en la Ciudad, un señor barbado era algo más que un señor barbado. Mi mirada sigilosa lo absorbía todo. Estaba dentro de un diccionario, en un libro prestigioso que determinaría mi historia. No sabía entonces que construía la memoria a partir de apócrifos.

Acevedo era el que había venido antes, quizás el último que había venido y se había quedado. En la Isla, la duración de su estadía había comenzado a ser un prestigio.

La Ciudad no tenía ninguna relación con nosotros. En ella acaso uno podía ser beneficiario de un exotismo arterioesclerótico. Comúnmente, nuestro origen retrotraía a sus habitantes a lejanas clases de Geografía. Ni siquiera disfrutábamos de la validación de la Historia, limitándose en sus conciencias nuestra compleja realidad a la pobreza categórica del mapamundi. En una palabra, éramos a la vez invisibles y anónimos.

Sería exagerado decir que Acevedo es hoy, en nuestro país, una figura. La única fama que aquí existe la concede la televisión y ésta no le corresponde. En ciertos sectores, en zonas poblacionales muy restringidas, se sabe quién fue y al menos se da cierta familiaridad con su obra. La muerte le ha concedido renombre pero también la indelicadeza de la curiosidad. Los elogios que despiertan sus textos se dirigen a una pluma de la que se conocen los límites mortales. El silencio eterno ha borrado la envidia y la rivalidad. Como todo póstumo joven, su obra fue desigual, escasa y deslumbrante.

En la Ciudad había un compatriota cuyo mayor mérito era llevar casi dos décadas de residencia en ella. Su vida era estrecha. Vivía en un cuarto o quinto piso, en un apartamento de dos pequeñas habitaciones con el servicio en el pasillo. Sin embargo en la Isla su existencia había llegado a ser mítica. Más de uno con automóvil, casa y cuenta bancaria, lo envidiaba y hubiera estado dispuesto a dejar todo por ponerse en sus zapatos.

Un amigo de un familiar me había procurado su teléfono. Cuando dominé los nombres y los talantes de los barrios de la Ciudad, recurrí a la cabina. Tardé varios días en oír su voz en la línea. Algo debió prevenirme en aquel momento, pero mi insistencia, motivada por la ambición de la novedad y el relumbre de su fama cuestionable, fue grande.

Hacía rato que a Vicente Herrera no le interesábamos. Estaba cansado de nuestras visiones grandilocuentes de la Ciudad. Era, a pesar de su puesto en un Centro Cultural, un oficinista amargado y hacía años que la Ciudad no representaba para él nada más que el decorado donde transcurría una existencia deslucida. El peregrinaje de compatriotas por su casa le servía para sacar bilis. Aunque no lo reconociera, gustaba de esta gimnasia. Expiaba así algún oscuro rencor contra su origen.

Herrera me había invitado a tomar té. La eliminación del café debió ser para mí un indicio. Acudí una tarde de un día de semana a su apartamento. (Después me enteraría que ésta, además del domingo, eran sus únicos períodos de ocio.) Traía dos latas de habichuelas y otra de pasta de guayaba para congraciarme con el trasterrado.

En la puerta apareció un hombre con gafas doradas. Era bajo y el cabello que le quedaba crecía tieso hacia los lados y hacia arriba. De tener barba hubiera parecido árabe. En su manera de hablar ningún sonido recordaba nuestro acento. Quizás fuera éste lo que primero Herrera decidió perder. Junto a la mesa de madera de pino a la que fuimos a sentarnos reposaba una guitarra. Más tarde comprobaría su importancia.

No recuerdo nuestras primeras palabras, mas sin embargo recuerdo con nitidez las vetas de la mesa. Sin ser grande, era el mayor de los muebles. Nunca vi a Herrera fuera de su apartamento (me dijo en una ocasión que ya no le interesaba salir; que conocía la Ciudad y en la forma de enunciar la frase había desprecio para todos los hombres del planeta) y allí sólo le vi frente a ese mueble. Desde ese primer encuentro me sorprendió que un cuarentón dejado y chapucero tuviera el cuidado de poner un pequeño mantel para que la tetera de metal y las tazas de plástico no marcaran el tope.

Agradeció las latas con lo que hoy me parece fingida indiferencia. La luz del sol que entraba por una de las dos ventanas de la pieza era más amarilla que la de nuestro país. La mirada de Herrera se reía de mí.

-¿Tú a qué te dedicas? ¿Pintura, poesía, estudiante de danza, expresión corporal, psicoanálisis?

Tuve la presencia de espíritu de no contestar.

-Aquí todos vienen a mamar cultura en dosis veraniegas o semestrales. Luego se regresan y no vuelven a abrir un libro.

Quise ganarme su simpatía diciendo que conocía bien a esos personajes, pero no me oyó o hizo como si no le interesara mi comentario. Era probable que me considerara idéntico a los que despellejaba. Tuve la impresión que la escena se había repetido incontables veces dentro de esas cuatro paredes.
-En los últimos tiempos no han llegado tantos. A lo mejor al que la tenía allá se le ha perdido mi dirección y ya no me pueden buscar. A lo mejor ya no viene a la Ciudad casi nadie. Si estás de paso -añadió con sorna" y quieres conocer mundo, cómprate una guía turística, las hay baratas en todos los kioscos; si vienes a estudiar, buena suerte y que en la Isla, antes de que mueras, te convaliden el grado; si viniste a buscar trabajo, regrésate que aquí eso ya no se conoce.
-Todavía no sé...
-Pues viniste lejos a continuar en la ignorancia. Plata tiene que haber -dijo frotando el índice y el pulgar y examinándome de pies a cabeza.
Herrera tuvo que darse cuenta de que su asedio cobraba una víctima. Preguntó si quería té y sin esperar la respuesta fue a prepararlo. Desde la cocina, que era un pequeño mostrador con dos hornillas en el extremo de la habitación más lejano a las ventanas, quiso saber si había traído discos.
Como no entendía, abundó:
-Discos. Sí, discos. Canciones. ¿No te habrás traído unos cassettes?
No tenía ni una radio. Quizás quiso explicarme con un ejemplo y, mientras esperaba que el agua hirviera, tomó la guitarra y preludió. Sus dedos eran sorprendentemente jóvenes y al tocar, su cara sabía no ser feroz. Inclinado sobre el instrumento, mirando la mano izquierda pisar los acordes, comenzó a cantar. Las canciones eran viejas, acaso tenían treinta o más años. Eran piezas harto conocidas de la generación de nuestros padres, que nunca me habían hablado como en esa y otras tardes en casa de Herrera. Parecían estar hechas para un hombre, una guitarra y una ciudad muy lejana.
Algo en mi mirada tuvo que transmitir la emoción, porque Herrera me invitó a volver.
En la Ciudad iría obteniendo los datos que me permitirían construir la historia. Durante semanas vi a Herrera todos los miércoles y domingos. Pensando que podría conocerlo, le pregunté a Acevedo y durante un segundo su cara y sus manos, supongo que todo su cuerpo, se contrajeron. Explicó que estaba muerto. Dijo que no quería hablar, pero no pudo callarse. Herrera odiaba su trabajo. Los habitantes de la Ciudad eran lacónicos y antipáticos. La Ciudad era también un desierto. Herrera estaba solo y yo era un oído.

Recuerdo a la Ciudad lluviosa y el largo viaje en autobús hasta el barrio de Herrera. Desde la escalera le oía templando las cuerdas. Dentro del apartamento, el mismo juego de té, la preocupación por no marcar la mesa, sus zapatillas de portero, su ocio barato.

Acevedo fue el que una noche se acercó a inquirir si era del país. En los veranos, cuando cerraba el Centro Cultural, Herrera se acompañaba con su guitarra por las terrazas de los cafés. Al contrario de otros músicos ambulantes, trabajaba solo. Esto hacía que se limitara a un circuito de terrazas pequeñas, puesto que un hombre con su instrumento no podía competir con docenas de conversaciones.

En una calle paralela a un bulevard había un café sin pretensiones, regentado por un portugués. En esa misma calzada, cercana a la estación de trenes y al barrio chino, había hoteles turbios y módicos. En uno de ellos Acevedo llevaba semanas viviendo con una mujer. Era tarde. Las paredes del cuarto minúsculo se le venían encima. A la mujer le disgustaba el humo de los cigarrillos; a Acevedo le disgustaba la mujer. Salió al sexto piso e instaló precariamente una silla, un cenicero, una botella de vino. En la radio ponían el Mundial de Baloncesto.

Primero debió ser algo así como un recuerdo débil que le moviera a pensar en la equivocación. La voz y la guitarra tuvieron que luchar contra la emoción de los locutores deportivos, contra la distancia, contra una frase plena de hartazgo que le decía la mujer desde la cama. Al cabo de un rato pudo tener cierta certeza. No obstante no sería hasta la noche siguiente que bajaría. Herrera, que pasaba la gorra, se toparía con un hombre en pantuflas y gabardina que le preguntaba, pronunciando exclusivamente el nombre de una isla, si era su compatriota.

Esa noche, frente a varias cervezas, hablarían hasta que cerrara el café. A diferencia de muchos otros, Acevedo no tenía noticia de Herrera. El encuentro los deslumbraría por azaroso.

Pocos días después, aparecería en el apartamento de Herrera con la ropa puesta y una maleta de libros. Estaba sin dinero y sin mujer. Los amigos compartirían el alcohol, la misoginia y Acevedo dormiría en el suelo.

Al ocurrir el encuentro, Herrera llevaba bastante más de una década en la Ciudad. Para él, cualquiera que no se quedara definitivamente en ella, era un farsante. Como todos los hombres, pero en mayor medida que otros por su temperamento, Herrera juzgaba al mundo por el tamiz de su experiencia. Desde su punto de vista, se tenía derecho a vivir en la Ciudad si antes de había pasado por un largo vía crucis; si el dolor y la soledad habían despojado al hombre de toda fidelidad familiar y patriótica. Como todo neurótico era lógico, y su lógica, que era extrema, llegaba a conclusiones absurdas. Herrera pensaba que solamente eran auténticas las

intenciones de aquellos que pudieran vivir lo mismo que él. Todo el que tuviera rasgos diferenciados merecía su desprecio.
Los demonios que Acevedo llevaba dentro pudieron hacerlo dudar y creer que había conocido a un igual. No obstante, pienso que en el fondo Herrera no hubiera querido que esta posibilidad se diera. La pureza que le atribuía a su miseria no admitía competidores.
Acevedo recibía dinero de la familia y pronto volvió a vivir en hoteles. Rentó habitaciones cercanas a Herrera. Se veían a diario en los cafés o en el Centro Cultural donde Herrera fungía como tercer secretario. Acevedo era ambicioso y para entonces escribía algunos de sus mejores textos. En la biblioteca del Centro podía leer sin gastar en libros. Allí recorría borracho la historia de la poesía a partir de Théophile Gautier. Dentro de un termo plateado traía ginebra y agua con gas. Una vez encontró en la licorería de un supermercado una anacrónica botella de ajenjo y convenció a Herrera para que la compraran. Pasaron la tarde buscando las novelas de Zola, en biografías de Mallarmé, en textos periodísticos de Octave Mirabeau, la forma de beberla. Finalmente optaron por terrones de azúcar y agua con mucho hielo. Tuvieron una memorable indisposición gástrica y esa noche no se escribieron poemas ni se tocaron canciones.
A pesar de su tortuoso camino, Herrera era un hombre sin complicaciones. Sabía qué era lo que quería y sabía cómo satisfacer sus modestos deseos. No siempre había sido así. Su llaneza había sido prohijada en la Ciudad y tras ella había el conocimiento de muchos errores y no poca sabiduría. A Herrera ya no le interesaba la literatura pero esto no le impidió convertirse en el maestro de Acevedo. Paulatinamente le fue mostrando lo que era libresco en sus versos y le enseñó una Ciudad verdadera, el mundo que era suyo y compartía con los hombres sin retorno; ese universo donde se caminaba por el filo de una navaja, en una suerte de equilibrismo de la desesperanza, en donde los rostros se tallaban con hendiduras que más bien parecían cauces secos.
Rodeados de inmigrantes, provincianos, mafiosos, ladrones de poca monta, lentos o rápidos suicidas, los amigos comieron y bebieron. Las canciones de la lejana Isla fueron aplaudidas por contrabandistas, por étnicos fumadores de hachís, por gallegos, por parejas en fuga amorosa, por putas con dientes de oro. Sin darse cuenta, sin confesárselo, perdidos en el mundo, Acevedo y Herrera vivieron la patria con una emoción rayana en la euforia y el llanto.
Las noches de los sábados, las tardes de los domingos, los descubrieron acompañándose. Los cines y las avenidas, los parques y el río, el zinc de las barras de los cafés fueron sus ámbitos. Acevedo todavía poseía juventud, ingenuidad y pretensiones. Para él cada acto se inscribía en una trama que

le reservaba un fin grandioso. La vida era una concatenación de hallazgos. Todo alar anárquico quedaba excluido. La manera de conocer a Herrera era una manifestación más de su excepcionalidad.
Herrera había conocido a muchos como él. Le envidiaban sus documentos de identidad sin saber lo que era su vida cotidiana, lo que le había costado. Sabía pocas cosas: la Ciudad era la única que merecía escribirse con mayúscula y a la postre esto no significaba nada. No había destinos ejemplares. Se habían terminado en las primera décadas del siglo. Los extranjeros eran los únicos que todavía creían en ellos.
Estas maneras de entender la Ciudad hacían de sus vidas líneas paralelas. Sin embargo el horizonte, la esferidad del planeta, tiene que haberlas curvado, porque ambos llegaron a pensarse amigos.
Una mujer se interpondría entre ellos. Antes de su aparición Acevedo tendría otras; Herrera ninguna. El poeta hablaría de "la Ciudad de nalgas señoritas". Dos cosas le venían con facilidad: las mujeres y los versos. En cambio, Herrera creía en las salidas higiénicas. Se había casado, así había obtenido su residencia legal, pero la unión había durado poco. La existencia de otras relaciones de orden amoroso se pierde en la oscuridad de lo que no quiso decirme, de lo que ni siquiera quiso que infiriera. Sus urgencias sexuales, como todas sus otras necesidades, habían adquirido con los años una simpleza ascética, aunque no puritana. Sabía en qué calle encontrarlas disimuladas en los umbrales. Un largo comercio le permitía conocer sus nombres verdaderos y haber sido presentado a sus hijos. La confianza rompía las reglas y subían a su pieza amplias matronas o mujeres, que sin ser mayores, ya no eran las muchachas preñadas que un día llegaron a la Ciudad de sus provincias. Por una extraña identificación con las peores actitudes de la sociedad que había adoptado, Herrera no se juntaba con las extranjeras.
Una mujer pequeña, de pelo negro y muerto que le llegaba a los hombros, más fea que guapa, pero "que tenía de donde agarrar" según Herrera, intentaría venderles un peluche en una terraza de café. Les oyó hablar y les mostró que compartía su idioma. No vendería más esa noche. Sería invitada por Acevedo a la mesa. Quizás en los primeros minutos sabría que llegaría a acostarse con los dos; quizás sencillamente la hacían reír.
Herrera pensó al verla que la mujer envejecería rápidamente. Se le hincharían las caderas y se le afinaría el pelo. Más tarde comprobaría que tenía el mal gusto de las modistas de su patria y que le privaban las medias negras y los tacos altos y angostos. Era hija del treinta y nueve aunque había nacido después de la guerra. Se llamaba Lucrecia, le decían Lucre. Su segundo nombre era Victoria. Acevedo y él conocerían a su padre un domingo en que fueron invitados a almorzar a su casa en el extrarradio,

casi junto a los huertos de los árabes, más allá del mercado de los judíos orientales. Era un anciano que les hablaba de volar puentes en el Frente de Aragón. Nunca había regresado y era esperantista. Extrañaba el Anís del Mono.

Esa primera noche Acevedo y Herrera pudieron sospechar que su pequeña sociedad se complicaba. Herrera regresó a su rasa, pero Acevedo la llevó al hotel. Unos días después Herrera probaría suerte frente a la mesa de pino. La mujer era fervorosa y tan libre que Herrera la comparaba con un hombre. Cometerían la temeridad de no decirle nada al poeta.

Era Herrera quien hacía la historia. Hablaba a su manera; decía lo que quería creer. Se negaba a entender cómo a Acevedo le había dolido descubrir que Lucrecia era compartida, cuando a la misma vez sabía que había tomado la precaución de no decirle nada. De la mente de Acevedo queda el cuestionable atisbo de sus versos. La amada no corresponde a la visión que de Lucrecia daba Herrera. Acaso puede vislumbrarse tenue y fragmentariamente en el célebre poema de los olores. Quizás Acevedo recoge aquí una experiencia donde olió verdaderamente a ese cuerpo y no a sus imágenes. Quizás el aroma de las rodillas, de la carne entre los dedos o el olor a queso de los lóbulos sucios, correspondieron a los que Herrera olió sin prestarle importancia y sin hacer literatura.

Si no lo hizo antes, Acevedo se enteraría en una borrachera. Herrera precisaba: "una noche en que los tres bebimos como cerdos, porque él siempre estaba borracho. Estábamos aquí en casa, en este cuarto, y ya tenía los dedos torpes para los acordes. Acevedo estaba tirado contra la pared con la botella entre las piernas y el cenicero en la barriga. Tenía hipo y tosía como si el vino le estuviera subiendo del estómago. Era un asco. Hubiera querido tirársela, porque Lucre estaba encendida con la ropa abierta y puesta como quiera, pero no quería bregar con alguien que ni siquiera podía pararse y que le caería arriba como un peso muerto".

Cuando Acevedo viró el vaso y desplomó la cabeza, Lucrecia vino a sentarse sobre Herrera. Acevedo no les mereció ni el pudor del dormitorio. "Tuvo que darse cuenta pero tenía demasiado amor propio. El muy pendejo continuaría con Lucrecia fingiendo que no había pasado nada."

Siempre que llegábamos a esta parte de la historia, Herrera tomaba la guitarra y repetía una progresión lenta de acordes. La mano derecha variaba poco el punteo y el tono de la melodía era envolvente y melancólico. Es posible que en la música perviviera la historia con menos truculencia que en las palabras.

Lucrecia se lo había venido a contar. Un domingo había tardado en regresar al hotel. Acevedo no había salido en todo el día, imponiéndose una penitencia que ensalzaría la calidad de su furia. Pasó la hora de la cena, se

acercó la del último metro. Al abrir la puerta la mujer no lo encontró embriagado porque hacía horas que se le había terminado el licor. Había esperado ese instante para imponer en él el castigo de semanas. Fue posible que la inocencia de la bolsa de frutas, regalada por el padre y que Lucrecia tenía en la mano, le impidiera hallar el tono de voz de la injuria o la fuerza del primer manotazo. Acevedo pareció querer decir algo pero sólo pudo bajarla vista y sacarla a empujones de la puerta. Lucrecia lo oyó correr por las escaleras y su grito no lo retuvo.

Regresaría muchas horas después, cuando todavía no había amanecido, con el codo derecho vendado y golpes en todo el cuerpo. No quiso decir qué le había ocurrido. Ni Lucrecia ni Herrera indagaron.

Unas semanas más tarde, el acto cambiaría de naturaleza. Lucrecia encontraría en el hospital a un hombre con las manos anaranjadas, teñidas por el desinfectante, con dos eses en las muñecas. El corte había sido vicioso, curvo, doble. Un gemido lo había traicionado en el casillero del baño. Sobre el piso blanco y pringado de los servicios sanitarios de la Estación de Ferrocarriles quedaría por muchos meses el rastro de la sangre.

A Herrera le tocaría sacarlo del hospital. Viviría las últimas semanas en su casa. Los intentos de separarse de la botella mostrarían su patética impotencia. Herrera oiría sin decir palabra, con una mirada incrédula y la lengua mordida, los panegíricos de Lucrecia. A pesar de todas las cartas y llamadas, la hija del español no volvería. Su muda de ropa quedaría para siempre en el apartamento de Herrera. Sabían que sería inútil buscarla en casa del padre.

La obra de Acevedo estaba hecha. Escribiría mucho en casa de Herrera, pero poco se salva y ha sido imprudente recogerlo en la colección póstuma. Su muerte fue literaria y curiosamente étnica. En la mañana de un jueves lluvioso de noviembre, cuando Herrera estaba
en el Centro Cultural, conseguiría un frasco de Nembutal. Durante la tarde tragaría los tranquilizantes con ron, mientras iba destruyendo uno a uno los discos de Herrera.

FIN

(Eduardo Lalo es un escritor y artista puertorriqueño nacido en Cuba en 1960. Estudió en las universidades de Columbia y La Sorbona. Ha publicado tres libros: En “El BurgerKing de la Calle San Francisco” (1986), “Libro de textos” (1992) y “Ciudades e Islas” (1995). Su obra trabaja géneros diversos, desde el ensayo-testimonio hasta la poesía, el relato y la novela corta. Su obra pictórica y escultórica se ha recogido en múltiples exposiciones colectivas e individuales.)

EL FRACASO DE SAINT-LUC GEORGIANA PIETRI

Lo primero que de él averiguó fue su nombre: Jean Saint-Luc. Le vino a la mente después de tratar de descifrar un sueño extraño que la despertó a media noche. Automóviles antiguos bajaban de Las Asomantes a Las Croabas en un dos por tres, como si la isla de Puerto Rico fuera muy pequeña, sólo los puntos más conocidos, los que aguanta un mapa. Lamentó no recordar otros sueños que sospechaba haber tenido esa misma noche. Betances estaba en alguno de ellos. El interés del prócer por los cangrejos extinguió ese sueño.

Pensó en escribir sobre el tal Saint-Luc. Sería el autor de las incongruencias de sus sueños. Debía encender la luz y ponerse a escribir, no fuera a olvidar en la mañana, como tantas veces le había ocurrido, un cuento excelente medio soñado y medio pensado durante la noche anterior. No lo hizo porque supuso que éste sería un nuevo cuento abortado, destinado a ser esqueleto sin cuerpo o cuerpo sin materia - tres o cuatro páginas brillantes que pronto comenzarían a perder lucidez.

Por eso decidió no perder una noche más de su vida y dormir. Soñó con una fiesta de familia en donde estaban sus parientes, ahora algunos muertos, como los recordaba en su niñez. Su principal preocupación era darles de comer a todos. Era una fiesta campestre en una centenaria casa solariega y sus alrededores. Versallescos jardines, arcádicos prados, una cascada, un riachuelo acentuaban su ansiedad de alimentar a tantos seres queridos que no veía quizás desde sus muertes. Soñó que en la fiesta le hacía el amor a un caballo. Un hermoso semental derribaba a quienes querían montarlo: a su abuelo, al primo que siempre tendrá veintitrés años, a la ahogadita del tío Pepe, a tantos vivos ahora viejos. Pero el robusto animal se comportó de una manera diferente con ella. Al verla, doblegó su brío, se le agachó al frente y, ofrendando su destellante mirada negra de ojos que saben acompañar a través de los siglos, la invitó a montar. Cabalgando a pelo despertó.

Muy temprano en la mañana ya Saint-Luc era definitivamente el autor de sus sueños. No sólo de los recientes, sino de los miles de su vida. Lo visualizaba alto, delgado, vestido con una elegancia anacrónica. Lo situaba sentado frente a su escritorio en un antiguo despacho, tratando de escribir sin poder. Un mapamundi, un grueso volumen de la Histoire geographique et politique des Antilles, un tintero con pluma de ave, un amarillento calendario, varios diccionarios, la réplica de un velero colonial español, libros de flora y fauna puertorriqueña, un gastado ejemplar de Mythologies de l'Amerique Indienne, un pisapapel hecho de jadeíta, textos en francés de

Betances y Hostos, un pequeño libro rojo extrañamente familiar para ella y un moderno equipo de música con una extensa colección de discos compactos surgían aquí y allá adhiriéndose al espacio de Saint-Luc. El los desatendía obligándose a mirar de nuevo a través de un amplio ventanal hacia la parisina metrópolis que ella conocía sólo en libros. Buscaba en los manchones verdes al otro lado del Sienne vestigios de desconocidos parajes para situar a su soñadora.

Preocupada por la incapacidad de Saint-Luc, se levantó. Mientras bebía café garabateó algunos trazos de su nuevo personaje. No lo hizo por entusiasmo ni pensando que el nuevo cuento tuviera algún mérito. Más bien escribió por miedo: no conocía sentimiento peor que el de culpa por no haberle hecho caso o no explorar hasta las últimas consecuencias a algún personaje.

A los tres trazos el cuento palideció. ¡Otra aventura de su alter ego!, se dijo. Le adjudicaba a Saint-Luc su propio estreñimiento de anécdotas, de palabras. Si Saint-Luc era el autor de sus sueños, sin duda era extremadamente prolífico. Jamás se sentaría frente a su ventana pescando en las calles parisinas como ella lo hacía desde la suya en San Juan. Si Saint-Luc se detuvo a mirar su realidad fue sólo porque ella despertó. Era cuestión de volverse a dormir y él reanudaría su escritura de sueños.

Aunque había cometido el imperdonable error de beber café y ya no volvería a dormir en muchas horas, regresó a la cama. Sabía, por experiencia, que con disciplina se puede crear un estado de relajación en donde es posible soñar aun despierto. Sus papeles debían permanecer en el escritorio para no intervenir en el proceso.

Ahora Saint-Luc escribía, mas no los sueños de ella sino esa decisión de regresar a la cama y autosugestionarse al sueño. La escribía, no en su apartamento clase media puertorriqueña, sino en una exótica cabaña tropical en donde la humildad y la pobreza parecían ser parte del encanto. La describía bronceada, voluptuosa, de espesa cabellera, inquieta mirada y labios púrpura. La inventaba rústica, supersticiosa, embrujada. Sobre todo, la escribía incapaz de escribir.

Guiada por Saint-Luc se internaba en paisaje bucólicos, baudelarianos, gaughanescos. Asistía a sueños exhuberantes. Visitaba un amazonado El Yunque salpicado en mil cascadas de fieros ángeles y bestias de miradas dulzonas. Cual engendro de danza y poesía era guiada hacia la mansa playa de cristalinas aguas que en el crepúsculo

le serviría de tálamo. Allí Yukiyú la esperaba. Ungido en aceites tropicales y saboreando uvas playeras el dios taíno anticipaba el momento en que las sedosas nubes, los inocentes pececillos, la cálida arena, los curiosos cocoteros se fundieran en su amor por ella. Ya casi tocaba a Yukiyú cuando

la presencia de un cangrejo hizo sentir su desnudez siendo halada hacia los montes. Caía la noche. Escoltada por luciérnagas y coquíes, por pirueteras mariposas, juguetonas avecillas y mansas serpientes caminaba siempre en ascenso por la purpúrea alfombra de cohítres entre platanales, yagrumos y bromelias hacia la hamaca de helechos que prometía acariciar su piel. Ya casi descubría el secreto del ronroneo afrancesado de gatos salvajes cuando, asustados por un cangrejo, los gatos se esfumaron regresándola abruptamente a su cabaña confeccionada en frases de danza y poesía.

Ensayaba tocarse, lamerse, crearse. Calabeaba y bambeaba, bambeaba y calabeaba; danza que te danza se daba a sí misma. Entonces se iba, se iba, se iba en ese barco entrando en la bahía que era ella. Ñam-ñam. Los dientes negros, ñam-ñam. Las tijeras de las bocas sobre los muslos, ñam-ñam. Iban y venían las quijadas con sordo ritmo, ñam-ñam. Se soneaba y apambichaba, se rasgueaba acalypsándose, se apambichaba y soneaba de nuevo salseándose y salseándose cada vez más hasta que casi apalesada se acortijaba. Toco, toco, toco y toco, el gigante quería coco al contemplarla sumida en el más ardiente bomba-cará. A su conjuro hervían las hondas potencias, fetiches de la danza, tótemes de guerra. Y los mil y un demonios pululaban por el cielo sensual de su alma negra. Tucutún tun tun, tucutún tun tun se tucutuneaba impregnando con el vaho de sus humores la nube que era su cabaña. Ya en trance no podía controlar los acordes que la contenían obligándola a retorcerse, a deformarse, a enloquecer en la danza y la poesía que la definía.

Entrelazados a la inverosimilitud de sus sueños surgían pares de ojos aquí y allá: sobre la victrola, asándose en el fogón, incrustados en las paredes, asomándose burlones bajo el catre, suspendidos del techo de yaguas, desplazándose atrevidamente de un lugar a otro. Por todas partes sentía el asedio de la intensa mirada que la escribía. Entonces quiso observar la mirada que la marcaba. Deseó fijarse en aquellos ojos que la creaban. Y encontró a Saint-Luc en su despacho, sentado frente al conocido escritorio. Lo vio escribiendo con la mano derecha y con la izquierda apaciguando su fuente de energía que amenazaba con desbordar sus límites. Lo vio pequeño y débil, agarrado a sus dos únicos recursos, ambos en peligro de extinción.

Supo que Saint-Luc nunca escribiría su obra maestra: la novela sobre la caribeña. Lo confirmó un estridente merde! que retumbó en el antiguo despacho francés. Pálido de ira, Saint-Luc revisó apuntes, calculó efemérides, se embarcó en el velero español rumbo a las Indias, le pidió cuentas a Betances. Al poético guiño de Palés, el prócer soltó una carcajada. Saint-Luc, desarmado, intentó volver al mito. Mitologema tras mitologema sintió acrecentar su desconcierto. Un caballo enamorado, una

princesa nativa que alimenta con sueños a su familia de vivos y muertos, un dios taíno, el musical grito de guerra de esclavos africanos y una plena noticiera lo distanciaban cada vez más de su pesquisa. Y para colmo, ya no podía soportar más los ojos de su soñadora observándolo.
No tuvo más remedio que intentar transar con ella. Le prometió escribir sobre la caribeña cangrejo defendiendo con sus palancas su casa que es su cuerpo y su alma. Mas no pudo terminar la promesa porque allá, en la bélle France apareció el cangrejo ella.
Pares de palancas surgieron inesperadamente. Nacían del moderno equipo de música, pirueteaban en su volumen de la Histoire geographique et politique des Antilles, se incrustaban en su pisapapel de jadeíta, florecían en sus diccionarios. Temeroso, Jean Saint-Luc volvió a Mythologies de l'Amerique Indienne en busca del desatendido mito de los cangrejos. Contrariado, tuvo que aceptar que la hembra cangrejo escribía; lo había olvidado. Acorralado, quiso enmendar tantos sueños, quiso por lo menos escribirla escribiendo. Pero su mano llegó tarde al tintero. Ya la pluma de ave bailaba abrazada a una hermosa palanca marmórea.
Escrito está: Más allá del despacho de este ilustre francés jamás llegará el sentido de su personaje ni el de sus manuscritos. Condenado al fracaso queda su simulacro de rescate de la obra inédita de la caribeña que por tantos años lo ocupó hasta desbordarlo.

FIN

(Georgiana Pietri nació en Santurce en 1945. Es cuentista, novelista, ensayista y guionista. Su obra literaria ha sido reconocida nacional e internacionalmente: "Impasse" (1992) fue finalista del Premio casa las Américas de Cuento (1992), "Barabradya" (inédita) recibió el segundo Premio de Novela del Ateneo Puertorriqueño (1996), el guión cinematográfico "Polvorey" fue premiado por Corporation for Public Broadcasting (1992); y también por importantes instituciones culturales en Puerto Rico y los Estados Unidos. Ha escrito además "En alas de papel: narraciones de y para niños de todas las edades" (1996). Su obra en cuento formó parte de la antología "El rostro y la máscara" (1995).)

COSTA SUR – MAX RESTO

Me llaman Omar Klíayyam, lo que es, supuestamente, un nombre de poeta. Toqué las maracas, el güiro y hacía segunda voz, pero la idea no fue mía. Todo se le ocurrió al Miguelón después que recompusimos el aparato de discos compactos que rescatamos del satélite.

La noche que Carlitos, quien cantaba un bolero triste a la luna, nos llamó desde el patio porque había visto luces y explosiones por detrás del monte de la bandera, nadie sospechó que tendríamos la dicha de recoger tantas chucherías fascinantes de todo aquel raro conjunto de fierros retorcidos. Recuperamos unos tubos de metal (que mucho ayudaron en reparar el techo del almacén), unas células solares intactas, como trece baterías y mucha cablería de alambre (que nunca está de más). Rescatamos un elevado número de artefactos que el José y el Gely pudieron hacer funcionar, resultando una curiosa variedad de objetos entretenidísimos. Vimos con sorpresa a la máquina en cuyo rostro se eterniza con un regular parpadeo el cabalístico 12:00, pista innegable de los grandes arcanos del recóndito pasado. Fuimos mudos testigos de aquella que daba vueltas a una cinta negra de inextricable significado. Observamos con grande alborozo el artefacto de las múltiples esferas y el millar de luces, majestuoso hasta cuando está apagado y nos maravillamos ante la que sonaba como bestia nocturna cada vez que se le conectaba corriente. Todo un conjunto de elegantes, novedosos e inquietantes aditamentos sin utilidad aparente. Hasta el aparato de discos compactos en ese entonces sólo nos parecía un algo gracioso de mirar sin tener aún la más remota idea de cuál era su uso.

Lo más sorprendente fue que el Gely y el José recompusieron todo a golpes de martillo y no tuvieron la necesidad de usar los raros encantamientos y conjuros que usan los técnicos trashumantes que componen electrodomésticos. Esto es algo que no conviene divulgar a la gente. Sería muy injusto que el Gely y el José, hombres decentes, socios de una muy lucrativa empresa productora de carbón de húcar y personas respetuosas de la ley, tengan que verse en la necesidad de irse por el mundo a explotar su talento de hombres iluminados por el saber como tienen que hacerlo los técnicos, los escribas, los médicos y los dentistas. Miserable vida la de estos iluminados, recorriendo los poblados con sus raros rituales de antaño, sus demoníacas herramientas de oficio y viviendo de la caridad de los vecinos.

Miguelón, uno de nuestros más asiduos clientes, fue quien nos instruyó en el uso de las máquina de discos compactos.

-Estos embelecos abundan en los campamentos de mineros y en las trincheras de los soldados -nos comentó al ver la cajita negra de donde Gely había prendido cerca de un centenar de cables.

Un próspero comerciante, el Miguelón se mueve por toda la región de la cordillera al volante de un camión de siglos pretéritos lleno de chucherías para intercambiar. Cada dos o tres semanas se aparece por los valles calcinados del sur trayendo los nuevos inventos: encerados azules para improvisar viviendas, verdes espirales de quemar lento para espantar mosquitos, navajas de cuello flexible para una afeitada al ras, pantalones

con sentadera de cuero y botas con punta de metal. Esa vez llegó ya entrada la noche y nos agasajó con una botella de licor de roca (exótica bebida de allende los mares según el Elvin, hombre versado en estos menesteres y caballero de la vieja escuela). Compartió nuestra mesa y, mientras tomábamos turnos para velar su sueño, descansó plácido en nuestra mejor cama hasta la mañana siguiente.

El Miguelón consideró todas las cosas que habíamos recobrado del satélite con una seriedad de profeta. Las miraba con detenimiento, probaba sus perillas e interruptores y luego de una larga y silenciosa meditación les ponía nombre y les daba un atributo especial, como si estuviese creando el objeto ante nuestros ojos, como si aquella cosa empezara a existir luego de que el Miguelón la nombrara y le otorgara una finalidad. A veces no podía contener su entusiasmo, se acercaba hasta donde descansara un aparato de burda apariencia y, pasando la mano sobre su superficie como quien acaricia la cabeza de un niño, nos confiaba las maravillas de que aquella cosa era capaz.

-¡Oh! -declaraba extasiado-. Mis ojos no pueden dar crédito a lo que ven y mi corazón no es capaz de concebir tanta dicha. Es un cronómetro digital programable. Con capacidad de marcar con un sonoro toque de corneta el paso de cada hora para un perfecto día de veinticuatro horas.

Nosotros nos reímos de su ocurrencia porque sabemos que los días son diferentes unos de los otros. En algunas ocasiones son largos y sin novedad y en otras no da tiempo ni para bañarse uno tranquilo. El Miguelón nos compró casi todo. A cambio del cronómetro digital programable, la tableta de indicadores analógicos, los aditamentos de medición altamente computarizados y cerca de un centenar de circuitos de memoria recibimos: una caja de medias de seda para mujer (el Miguelón nos comentó que eran perfectas para colar café), un cuchillo de mesa con dientes para cortar pan, nos cambió un caldero que teníamos por uno más grande y nos regaló un paquete de azúcar negra (precioso tesoro, según Elvin).

El aparato de discos compactos (nombre que le dio con una autoridad inapelable) no se lo llevaba porque a él no le entretenían para nada esas pendejadas, pero nos enseñó a usarlo, nos cambió diez discos compactos por dos sacos del mejor carbón de húcar y nos prometió más discos en su próxima visita.

Aquel aparato pasó a ser el centro de una nueva actividad en la casa y el almacén. Ahora, además de las cansadas coplas antiguas que cantábamos a coro y los llorosos boleros de Carlitos, teníamos las oportunidad de aprender canciones y ritmos nuevos. En las noches de ocio se comenzaron a escuchar los alegres y ya milenarios cantos de Chuito, el de Bayamón, y Héctor Lavoe, y los de Ismael Rivera o Ismael Miranda o los vallenatos de la

tierra del olvido y las guarachas habaneras, ritmos de remota isla, y las danzas de rara elegancia y las bachatas más tristes. Nos hacía temblar de emoción el descubrir un nuevo sonido, una nueva tonada que cantar, un instrumento que se luce y nos desconcierta el no conocer su forma o naturaleza.

Carlitos fue el que comenzó a tocar el aparato. Una vez se desapareció por tres días y regresó con una vihuela dentro de un saco de plástico. Nos cuenta que regresó al lugar de sus padres y rescató el instrumento que perteneciera a su abuelo y ya servía de nido a una gallina. Le tomó muy poco aprender a usar el instrumento y, al tiempo, se hacía acompañar en las variaciones más bellas de la música que aprendíamos de los discos. Una noche se le unió Elvin con un taburete que usaba para sentarse y que resultó ser una tambora bien afinada, yo fabriqué una maraca con guijarros y un tazón, y acompañaba cantando a Carlitos sin desafinar mucho mientras el Gely llevaba la clave con muy buen tiempo. Esa vez interpretamos un número de bachata rosa, un guaguancó bonito y una plena milenaria. José nos observaba desde la distancia, se reía y bailaba, no quiso aprender a tocar ningún instrumento. Yo sé tocar el salterio milenario y es un talento que se lleva en la sangre, pero ese instrumento no se prestaba para el tipo de música que queríamos tocar.

El aparato de discos compactos sólo nos servía para aprender las canciones porque se oía muy bajito, y la música se creó para que la oiga todo el mundo. Cuando dominamos la mayoría de las canciones, y comenzamos a practicar en el patio delante del almacén de carbón, se difundió la noticia de nuestra afición por las melodías bailables a todo lo largo y lo ancho de esta gran comarca de prestigio y progreso. Muy pronto, el patio de nuestro almacén fue el centro de cotidianas y prolongadas tertulias donde abundaba la poesía, la música (que nosotros gustosos proporcionábamos), la danza y el vino. Encuentros frecuentados por lo más dilecto de nuestra vecindad y donde se combinaban en buen haber la grata compañía y el sano entretenimiento.

El Miguelón hizo buena su promesa y cada tanto tiempo aparecían ejemplares sin par a enriquecer la ya muy amplia biblioteca de éxitos musicales para la cual habíamos separado un rincón cercano al aparato que cada vez necesitaba de más cables, resistencias y circuitos para poder funcionar. Fue él quien sugirió la venturosa empresa de convertir nuestras interpretaciones en un lucrativo negocio de entretenimiento trashumante. Llegó un día muy temprano y nos ayudó a encender las carboneras, compartió nuestro café (colado en media de mujer, lo que realza su sabor) y, luego del aseo, se sentó con nosotros a improvisar solos de armónica y contarnos sobre sus viajes y la gente rara que habita en las cordilleras.

Cuando comenzamos a tocar, inaugurando la noche con uno de los boleros tristes de Carlitos, seguido por el merengue que cuenta sobre el Barbaraso, ya en el patio no cabía un alma más. El baile lo comenzó Linda, hermosa mujer de vida independiente. Al principio bailó con una señora mayor porque los hombres no bailan hasta que hayan pasado al menos tres canciones y Linda se moría por bailar el Barbaraso. Seguimos con varias plenas y bombas surtidas, una que otra bachata con sentimiento, un éxito de Kinito Méndez y dos de Zona Roja y mucha salsa de la Fania. Pero la apoteosis fue cuando sonamos con el éxito del Gran Combo que narra el proceso para confeccionar comida. Empezamos muy en tiempo y sin desafinar mucho el coro. Yo tocaba unas maracas que le cambié al Miguelón por cuatro botellas que desenterré una vez en el monte; Carlitos le sometía a la vihuela mientras Gely batía palmas y Elvin tocaba la tambora. Linda se bamboleaba sola al frente de la orquesta. Miguelón le arrebata la tambora a Elvin y, el hombre, docto en estos menesteres, se ofrece a acompañar a la dama en la danza. Se movieron abrazados hasta el medio del patio midiendo bien sus pasos y sin salirse una vez del ritmo complicado que sobre el suelo dibujaban sus pies. Figureaba la pareja de lado a lado haciendo justo alarde de su destreza, porte y elegancia. Elvin, instruido con esmero en las artes de las diversas danzas caribeñas, es un conocedor a profundidad de la casi desaparecida práctica en la salsa moderna de la vuelta múltiple y el piquete galante, disciplina que aprendió de El Maestro, el mismísimo Canelo Piquete Maní, en persona. Linda, mujer de encantos mil e infinitas virtudes, no se queda atrás y acomete a la danza con sangre y espíritu. Todo movimiento, todo placer, todo caderas, todo carne, ritmo, calor, mujer y baile, mucho baile. Movimientos que asombran, que marean, que desmayan y, una vez concluido el número, un Miguelón eufórico que nos convence a que saquemos a pasear este talento de iluminados, un conocimiento sagrado del ritmo y la melodía que tiene mucho más prestigio y remuneraciones que el cargo de jefe civil o el de oficial mayor de la guardia.

El problema que enfrentó nuestro espectáculo trashumante con canciones de moda era que resultaba imprescindible la presencia de la armónica del Miguelón para darle a los arreglos esa calidad melódica que requiere una compañía de este tipo, pero al Miguelón no le gustan para nada esas cosas y no se podía embarcar en esta empresa con nosotros. Todo el asunto parecía ya destinado a morir cuando, como caída del cielo, llegó la solución. Fue una noche oscura, calurosa. Una de esas noches que de verdad molestan para vivir cuando, sin presagio alguno, apareció El Maestro. Más enjuto que cuando por última vez se le viera por estos lares, un ojo seco y extraviado debido a un accidente con alambre de púas, la frente surcada de

nuevas arrugas y sobre su espalda el inconfundible morral centenario con todos sus corotos y tereques. El hombre, cuyo nombre viene a simbolizar leyenda en este litoral, entró en nuestro patio y era él, no había duda alguna: Canelo Piquete Maní, en persona.

Lo primero que hizo el Canelo fue dispararse la maroma de beber una botella completa de licor de roca de un solo sorbo. Habló sobre la vida de gentes en tierras lejanas y otros cuentos de caminante. Luego sacó se su morral un acordeón que él alegaba perteneció a Francisco el Hombre en sus tiempos de juglar, pero nosotros sabemos que se lo compró a un chino que se estaba mudando del barrio (además, Francisco el Hombre ya hace más de mil años que se murió), y nos deleitó con interpretaciones de las canciones de Silvia, Tito Lara y Morell Campos, nos acompañó en varios números de moda y, antes del alba, ya estaba convenido de que en una semana partiríamos hacia la cordillera con nuestro variado programa musical.

El plan era simple: José, que ni siquiera batía palmas, se quedaría a cargo del negocio. Miguelón, quien posee permiso para tener camión y viaja más rápido, hablaría de nosotros en los campamentos de mineros, las trincheras de soldados, los pueblos de la cordillera y hosterías de camino y nos encontraría volviendo de su ruta, yo tocaría las maracas y el güiro, acompañaría a Carlitos haciendo coros y sería el cronista de la empresa; Carlitos cantaría (el hombre es una primera voz natural), tocaría la vihuela y se encargaría de cocinar; Elvin tocaría tambora, haría las coreografías y cargaría el agua; Gely batiría palmas y sería el primero en golpear en caso de peleas y el maestro Canelo tocaría el acordeón, cantaría las coplas religiosas, y contaría historias de caminante mientras se afinaban los instrumentos o se bebía cerveza.

El primer día de viaje acompañamos un grupo de vecinos que pensaba establecerse más cerca de las montañas y, luego de dejarlos en un solar cercano a la seca pendiente que limita la cordillera y de compartir su almuerzo, continuamos por la vieja ruta de los comerciantes del norte hasta alcanzar los montes pelados y sedientos que en la distancia comparábamos con dos turgentes senos de mujer. Allí acampamos con un grupo de soldados y les cantamos toda la noche los ritmos del bolero de amor y el danzón quejoso para que lloraran sus penas. Al otro día, cuando nos disponíamos a partir, los soldados nos dieron un paquete de café, dos sobres con sal y una cacerola de latón. Nosotros les regalamos varias medias de mujer y una navaja desechable y nos despedimos con la certeza de que esta empresa ya daba muestras de ser un verdadero éxito.

Escuchamos sobre Talipe después de estar en la cordillera varios meses. Teníamos una ruta que transitábamos con frecuencia y con muchos clientes

que ya conocíamos de nombre. Frecuentábamos las cuevas de soldados viejos, aún atrincherados después de décadas y que no saben si la guerra en la cual participan todavía se sigue peleando. Gentes que no están buscando ganar una causa sino encontrar alguien con ganas de pelear para tener algo en que entretener el tiempo mientras les llega la muerte. Varios asesinos famosos, como Franco, el que en medio de una fiesta mató al Peláez a ladrillazos, promocionaban nuestros encuentros musicales y tertulias poéticas. Y los mineros de la montaña, los empleados por la autopista y los criadores de avestruces son gentes muy alegre y bizarros, con ellos el negocio siempre es bueno. Talipe fue un nombre que nos llegó como nos llega un soplo que asegura la bonanza. Era la meca del entretenimiento. Allí se encuentra la mayor cantidad de asesinos, guardias civiles y soldados desertores. Allí los mineros descansan en sus días libres y toman el tren para regresar a la costa y conseguir goleta para salir de la isla al final de temporada. Hasta allí suben los chinos con sus puestos de juegos, las haitianas con sus chucherías, las putas más cotizadas y los mejores magos y pitonisas y, muy por sobre todo, en Talipe la fiesta comenzó hace más de tres siglos y todavía no ha terminado.

Hacía semanas que Canelo se nos mostraba atribulado por un padecimiento voraz que le robaba la fuerza y alegre disposición. Todo comenzó con un dolor de espalda que no lo dejaba dormir en paz. Se pasaba la noche dando vueltas por el campo y lanzando alaridos lastimeros que no dejaban descansar a nadie. Al tiempo dejó de conversar y contar sus historias durante las horas de comer y le cogió asco a las legumbres cocidas que preparaba Carlos. También dejó la bebida. La música que salía de su instrumento era ahora más triste y sus canciones dejaban en el alma un dolor como de ausencia.

Nosotros intentamos con él toda suerte de remedios caseros, mejunjes prodigiosos e hierbas milagrosas. Al principio tratamos frotando su cuerpo con hojas aromáticas para espantar el frío y el dolor de espalda, pero esto le daba salpullido. Entonces le poníamos un ungüento verdoso que le compramos a un chino que encontramos en el camino, para aliviarle la molestia del salpullido y eso le revolvía el estómago. Le dábamos un remedio de hierbas para los trastornos peristálticos que terminaba turbando sus pensamientos y entristeciéndole el alma. Así que le cantábamos coplas toda la noche para alegrar su alma, pero se levantaba con un terrible dolor de cabeza. Para eso le obligábamos a cargar una enorme roca plana y gris, como nos aconsejaron hacer los soldados para apaciguar la presión en sus sienes, pero terminaba el día molido y sufriente, y con un terrible dolor de espalda.

Fue el Gely quien sugirió hacer algo realmente drástico. Según su teoría, la terapia de golpes y cachiporrazos había funcionado muy bien con los aparatos del satélite, por tanto, podría tener algún efecto positivo en el funcionamiento de un organismo vivo. Esa vez, el Canelo se le quedó mirando desde la distancia con algo de preocupación, pero muy enfermo para reaccionar. Tres días después, estaba el Canelo sentado sobre una piedra practicando sin mucha aplicación ni entusiasmo una balada hermosa en su instrumento cuando el Gely, obstinado en su experimentación terapéutica, se le aproximó por atrás y le asestó un azote a la altura de los riñones con un garrote. El tratamiento funcionó de maravilla, porque se requirió de todos nosotros para contener a un Canelo revitalizado que pretendía matar al Gely colgándole por los testículos. Lo malo del asunto fue que el Canelo, según su testimonio, prefería morir como un perro, a tener que aguantar lo doloroso del tratamiento de los garrotazos. Así que decidimos dejar que la vida siguiera su curso y el Elvin, igual en prudencia a un sabio de Oriente, le recomendó al Gely evitar por todos los medios el poner sus testículos al alcance del Canelo.

Después de dos semanas de triste padecer y llorosos quejidos ya todo el Canelo daba más lástima que otra cosa. Su pelo encaneció con rapidez alarmante y, además de una extraña palidez del semblante y un molesto tufo, tenía un continuo supurar de humores por el ojo bueno. Enflaqueció como nunca y una noche el Elvin se entretuvo contando uno a uno y modelando con sus manos todos los huesos de su cuerpo. Las últimas gentes que encontramos en el camino (una tropa de magos y adivinos) no quisieron escuchar nuestras canciones porque no es bueno escuchar música interpretada por alguien tan obviamente marcado por el signo de la muerte.

Dos días antes de llegar al Talipe, el Canelo se vio imposibilitado de caminar y ya habíamos decidido quitarle la ropa, repartirnos sus cosas, echar a la suerte su instrumento y abandonarlo atado a un árbol para que tuviera una muerte digna sin que nadie se viera con el deber de cargar por el resto de vida con su cadáver, pero el pobre se nos murió antes de que pudiésemos llevar el plan a cabo y la ley es la ley. Así que, en lugar de echar a la suerte quién cargaría con el acordeón, echamos a la suerte quién cargaría con el Canelo que, desde el infame momento de su deceso, pasó a ser una parte prioritaria de nuestro equipaje al convertirse en "nuestro" muerto. Carlitos, el pobre, ahora tocaba la vihuela, hacía la primera voz y cargaba al muerto. Yo me dediqué a la cocina, dadas las desagradables circunstancias.

Talipe era todo lo que esperábamos, una feria de actividad que abarcaba a un pueblo de esquina a esquina, metro por metro, sin obviar el más recóndito de los callejones. No nos fue difícil, siendo una tropa de respetables maestros de la música, encontrar alojamiento cerca de las

plazas más animadas. Esa misma noche, y a pesar de que el acordeón de Canelo Piquete Maní, El Maestro, no se escuchaba, nos mantuvimos en alegre compartir con una buena multitud de festejantes y coloridos parroquianos. Sí, cumplimos con nuestro deber de. luto: a Canelo lo amarramos a una columna cercana al entarimado y le colgamos el acordeón del cuello como si aún fuese capaz de arrancar algo de música a la triste caja de recuerdos, retomar la vida con esas notas de un ayer mejor.
Tocamos "Olas y arenas" tres veces, los ritmos de lambada eran la sensación y la sopa de caracol terminó por enloquecer a todos. Los boleros hacían llorar y las damas se desvanecían de placer al escuchar los poemas que yo había memorizado para hacerle algo de justicia a mi nombre:

Guardo la huella de tu cuerpo en el mío
con la eternidad que se guarda
el más bello y conspicuo lunar
o la cicatriz de una herida que aún duele.
Guardo esa diminuta imagen de mí mismo
que desde el fondo del vértigo de tus ojos
me recuerda cuán infinito es el universo.
Guardo el trino de tu voz
y el escándalo de tu risa,
el fantasma de tu olor en mis sábanas,
el sabor de tu lengua en la mía
y, en tu ausencia,
entre el silencio y las cenizas,
guardo la certeza
de que estos miserables cinco sentidos
ya no me bastan para quererte.

Esa noche recogimos tres imágenes de San Lázaro; una cubeta de plástico, una libra de carne y dos de fideos secos, nos bebimos el suelo de tres meses de un minero promedio y tuvimos la oportunidad de estrechar la mano de un señor que era poeta y pensaba morirse esa misma noche. No recuerdo bien su nombre, pero sí recuerdo que bebía como un cerdo y a todo le ponía peros.
En la mañana ya había cerca de trece muertos, varios centenares de heridos, la guardia civil había despejado las plazas tres veces, la multitud había volcado y saqueado un camión de licor de roca, a mí me rompieron un dedo de un botellazo, una de las imágenes de San Lázaro perdió la cabeza y, por las últimas tres horas, el Gely se batía a golpes con unos mineros mientras nosotros cantábamos las más tiernas composiciones.

Después del mediodía pudimos sacar tiempo para hacer las gestiones burocráticas pertinentes y nos dirigimos al edificio del cabildo. Nos dieron papeles a llenar. Yo llené los de los muchachos porque era el único que sabía leer y escribir. Había una pregunta que me inquietó y que no creo los muchachos entendieran bien. Traté de obtener algo de orientación del señor tras el escritorio y éste me miró con seriedad y me dijo que lo que contestara no tenía la menor importancia. "Casi nadie llena esa parte", me dijo.

No entiendo para qué querrían saber sobre sexo. Elvin me hizo escribir que, de ser posible, todo el tiempo. Gely hizo una cruz y luego me pidió que firmara como testigo. Carlitos comentó que, a veces, pero no lo suficiente. En la hoja de Canelo yo hice una cruz y añadí con letra de molde que estaba muerto. En mis papeles yo solamente escribí heterosexual ortodoxo, porque creo era eso lo que preguntaban, pero no estoy enteramente seguro. El señor nos orientó sobre las reglas del cabildo y nos especificó un impuesto. Casi para partir me acuerdo que al Canelo (todavía atado a la columna desde la noche anterior) había que registrarlo para poderlo reclamar en caso de disputa. Existe gente que es capaz hasta de robarse los muertos si es que una situación lo amerita. Cuando le comunico al empleado mis intenciones de registrar al muerto de la orquesta, éste me miró con severidad y llamó al guardia a gritos. Pasamos tres semanas en detención carcelaria, se nos confiscaron todos los bienes adquiridos en Talipe, junto con los instrumentos y se nos amenazó con tortura y con la muerte. Cuando salimos, se nos multó con cien pesos oro, así que tuvimos que dejar también los víveres y parte de la ropa, se nos advirtió que una ordenanza de hace 15o años prohibía la presencia de muertos en las bandas de música, algo que tenía que ver con el olor, y se nos instruyó en no volver a pisar la región so pena de un disparo en la frente.

Eso pasó hace más de veinte años. Al poco tiempo Carlitos se compró una vihuela, abandonó el almacén y ahora es un caminante y poeta solitario que compone e interpreta sus propias canciones. Elvin sigue siendo un buen bailarín y un caballero a la antigua, pero hace unos años salió a buscar el cadáver de su hermano y nunca regresó. Gely aprendió a leer y se mudó a la urbe donde vive en el clandestinaje gracias a unos documentos falsos que le dan el cargo de burócrata. El José sabemos que murió apuñalado cerca de la costa y su familia aún busca su cadáver y a Miguelón lo veo cada dos o tres semanas y sigue siendo uno de mis mejores clientes. Cada cierto tiempo me trae discos nuevos y, con unos pocos más de cables, conecté amplificadores al aparato, así que todavía promuevo animadas tertulias frente al almacén y los ritmos de moda suenan interpretados por las estrellas originales y son escuchadas por el barrio entero. Los satélites

siguen cayendo, pero la mayoría de las veces caen en el mar o muy lejos en las montañas y ya no tengo la fuerza de antes. El carbón de húcar es un buen negocio y me consume gran parte del día, pero siempre saco un poco de tiempo que dedico a escribir estas crónicas y a velar el cadáver de Canelo Piquete Maní, la leyenda.

FIN

(Max Resto nació en Brooklyn, Nueva York, en 1963. Escritor, periodista, crítico de cine, impresor y artesano. Ha publicado: “El ejercicio de lo absurdo y otros placeres elitistas” (relatos, 1994), “El olor de los muertos” (novela, 1995), “Memorias de un nómada urbano” (crónicas, 1996) y “Un hombre joven con unas alas enormes” (cuento, libro artesanal, 1997). Sus crónicas, reseñas de cine y artículos periodísticos se han publicado en revistas y periódicos (locales y extranjeros), mientras que sus cuentos han aparecido en las antologías: El rostro y la máscara (1995) Y Mal(h)ab(l)ar.)

DELIRIO, PLAYA DEL ATLÁNTICO – DANIEL TORRES

1

Cuando saliste de Moca, Delirio, no sabías que morirías completamente solo en un cuartucho de mala muerte en un edificio colonial de la calle de la Luna. Fueron muchas las ilusiones que te trajiste con la guagua que te dejaría en la Plaza de Colón, donde el asta enhiesta de la bandera del Almirante era premonitoria de placeres infinitos.
La primera vez que mamaste una pinga fue una madrugada después de una noche de Avenida Ashford en medio de la 18 abajo y Santurce arriba varias veces después del viaje de las 2 desde el Viejo San Juan. De ese perfecto momento en adelante, te entregaste sin tapujos a una vida de cuartos oscuros que te llevaron al punto final del verso ininterrumpido que constituyó tu vida o a la parada del metro donde los motores del tren se apagaron para siempre.
Esa noche no pudiste mantener una erección completa como aquellas que te hicieron famoso en todo el litoral del Caribe. Fue todo tan breve que te hicieron reconsiderar cada momento previo de tu vida y fue casi como una posibilidad de futuro antes del pasado pueblerino que quedó siempre marcado en tu mirada perdida hacia las olas que nunca te llevaron más allá del rompeolas del fuerte de San Felipe del Morro. Triste historia la de Delirio, cuando querías seguir viviendo en el territorio de la ilusión.

Entraste a Vibrations de ojos posados sobre tu espalda mientras te perdías entre las voces del "con permiso, pero llévame y méteme en el cuarto oscuro", donde una mano en audición con lo sensible podía dejarte por los bordes del otro lado de cuerpos y toques que te envolvieron cada noche por los últimos veinte años.
Sin embargo, tus capacidades mamísticas que cautivaron a hombres de negocios y gobernantes por igual, no fueron las que llevaron a Fif a reclutarte de Madama esa noche de brevedad absoluta en que te apodaba Quita, apócope de Loquita.
"Ay, Quita, mija, si tú eres de las que usas los dientes y no por ná, tú sabes, pero a las que nos gusta como a mí el roce delirante de tus dientes aquella breve noche cuando nos conocimos. Como a mí, que te instituyo en La Madama del, digo, ay quita Quita, si estoy hasta borracha. Total, no sé cuánto de verdad te quise."
Lo único que te perdía, Delirio, era el contacto con los ojos de un hombre. Bastaba una de esas miradas bien a fondo para inmovilizarte en tu centro sin saber más de ti. Te hipnotizabas, era como una adicción vampírica a la sangre masculina. Nosferatu del amor, bebías en las fuentes de un placer extraño: piel, después de ojos y roce definitivo que te sacudía hasta tus cimientos.

2

-Quita, pero es que tú te lo buscaste...
-Dale duro, me gritaban, y yo seguía... -No, no me vengas con ésas...
-Una pela es una pela...
-Si se paró el carro en la avenida y te subiste sin dar precio, pues bueno que te pase, tú te lo buscaste...
-Quita, pero es que...
-Quita, déjame que te ayude.

3

De la primera vez ya no quieres ni acordarte, pero muy a tu pesar lo sigues reviviendo como una secuencia fílmica que se repite en video de MIE Él llegó y nevaba como loco en el pueblo aquel de mala muerte donde pasaste una temporada enterrado literalmente por haberte ido con el primer gringo que te supo dar lo que tú querías: billetes verdes... Al entrar tuvo que sacudirse, al sacarse el abrigo, los hielitos frescos y blancos que llenaron la alfombra toda de un color blanquecino ceniza que te excitó sobremanera. En la chimenea ardía un leño y en la mesita del centro de la sala, de este

caserón tipo cabaña de invernadero de tu soledad, se veía a contraluz una botella de vino, que compraste un poco al azar y a juzgar por la marca y el precio (Dom Perignon, $50), definitivamente tenía que ser bueno. Se calentaron acurrucándose un poco uno en el otro sin ningún interés erótico al principio sino más bien de mera caricia masculina por encima del consabido acueste que les esperaba y se quedaron tibiamente dormidos.
Cuando se fue ni te acordabas de la mamada del siglo que le habías prodigado a la verga sosegada de unas nueve pulgadas y media del don. Sólo te acordaste del sabor a dulzura que te fascinó del tipo, de sus ojos y su pelo y de todo el físico que anunciaba la posibilidad de vivir un sueño en zigzag de saliva frente a aquello que hicieron cada vez más seguido durante ese largo invierno en el cual juntaste la cantidad exacta para comprarte la casita que tanto te prometiste, la de la playa del Atlántico donde un día volverías a sentirte joven de verdad sin simulacros. Y tú cuando te prometías algo lo lograbas costara lo que costara. Para ello te llamaban La Madama. Tu sueño era sencillo. Recoger a cuanta loca realenga hubiera por la calle. Hacer que todos los patos maricones de la historia boricua fueran honrados en tu profesión de emisario del "amor azul" organizado, término que habías hurgado en un libro antológico de fotos sobre mariconerías con el que te topaste en casa de un cliente que enseñaba historia en la universidad. Esos eran los mejores acuestes de tu programa de recaudación de fondos para hacerte rica, no con drogas como Fifí, de quien te enamoraste alguna vez hace mucho, pero que mucho tiempo. Lo que nunca tuviste querías tenerlo. Simplemente un techo donde poder gozar y dar de ti lo mejor. Poder alcanzar las cumbres del placer, señores, y olvídese usted que cuando yo diga poner la casa, será chifón y hasta el Fernando Pena me hará los trajes y cuando quiera ir de macho por la vida, de Clubman vestiré sin ninguna mujer detrás porque ésas son pamplinas.
Después de la siesta improvisada por el vino de marca pasó lo esperado. Desabotonarse fue fácil. Allí en el país de los muñecos ojiazules y jinchos la norma se sucede imperturbable: para el amor tienes que despojarte tú mismo de tus ropas en general. A ti que te enloquecía aquello del despacito ir deslizando fuera las ropas del objeto y darle un poco de calor antes de comenzar la función. Allí no, qué va, tuviste que hacerte a la idea. Tu manera de resolver el percance que siempre te provocaba desvestirte en frente del otro fue fácil. Los esperabas invariablemente descalzo con una pedicura que mataba, olorosa toda a cremas, perfume y vaselina; con una batita de algodón en el verano o una de cachemira holandesa en el invierno para que al quitártela, cuando el don se hubiese despojado de su ropa maltrecha, tú pudieras arrancar en fa con lo de mi bicho pa' qué te quiero. Ave María purísima que cuando éste de la cabaña invernal te puso la mano

encima post-siesta, tú supiste que el trabajito iba a ser de lo más facilito del mundo.
En esta tu profesión, lo que más te sacaba de quicio era la torpeza. Tus dotes de instructor frente al inepto eran también famosas aún antes de tus tiempos de Madama, pero la destreza del que sabe dónde poner la yema del dedo para electrificar exactamente la caricia y seducir distraída y perturbadoramente, no directo y sin distancias, es la destreza del más débil. Sí, era la fragilidad lo que siempre te otorgaba la fuerza. Que se cayera tu bata al piso, que rodaran como animales en lucha a muerte hasta caer vencidos y exhaustos por los vapores del cansancio y del sudor ése que al principio conociste en los cuartos oscuros de los bares del Condado a los que entrabas por la puerta de atrás sin aparentemente ser visto. Fue ahí donde conociste a Fif una noche con olor a lluvia y a salitre, con luz mortecina de amanecida, donde después del contacto inicial en Vibrations, hicieron el amor en plena playa. Dos cuerpos entrelazados que alternaron las metidas y se vinieron al unísono en eco de horizonte hasta donde se posó la dicha de quererse. No hay nada como hacerlo cuando se ama. Demasiado sencilla la frase, mi niña, le decías al pobre enclenque del entrevistador del patio que hizo una serie de reportajes sobre La Casa y fue un escándalo para las señoras cuyas medias naranjas exprimían su jugo en las camas de esa casa donde en hilera se recortaban las alcobas, en las que se gemía demasiado a grito limpio. Y los vecinos hasta se quejaron mucho antes de que esa zona se convirtiera en flora y fauna turística. Claro que cómo le dio caché al barrio que el establecimiento de La Madama saliera en un episodio del "Rich and Famous"... Pese a que te negaste a salir al portón a recibir al otro entrevistador inglés que insistía en poder aclarar la naturaleza de tus "personal services". Ahí fue Fif, el muy traidor, quien le dio todos los detalles de tu casa. Tú lo habías denunciado públicamente de ser el autor de la guerra contra las drogas que había desatado el gobierno de aquello de "ni una vida más para la droga" para que en verdad no le tocaran el negocio del tráfico en la isla y se concentraran en los caseríos de la maltrecha y sucia zona metropolitana. Él fue quien salió por televisión mostrando fotos fijas de los salones de tu casa de fantasía para el placer. Dio a conocer a una teleaudiencia sedienta de detalles las distintas dependencias del recinto donde una vez fueron felices, dejándola boquiabierta de que esas cosas pasaran en la intocable isla del encanto, en el paraíso y la vitrina de sus sueños todos hechos pesadilla en un breve momento. Siempre te lo decías: los hombres son una soberana pérdida de tiempo cuando te enamoras, y, si alguna vez te llegara uno que valiera la pena, te ibas a entregar muy poco a poco hasta que se decidiera al bendito

compromiso. Cómo sufriste con lo de la opinión pública de un país ultracatólico y aleluya cuando le conviene.
Contrariamente a lo que Fifi pretendió, no, que no, que fue todo lo contrario, empezó a sonar el teléfono día y noche. Los extranjeros comenzaron a abarrotar La Casa modesta frente a la playa del Atlántico. En el aeropuerto internacional de Isla Verde se sucedieron los monopolios de las aerolíneas que ofrecían servicio de limosina a la exclusiva clientela que se daba cita en La Casa. Los chicos de las calles que te tenían animadversión, como el Papo sidoso que había dejado unas infames memorias en las cuales te había despellejado todo el cuero y decía que eras una histérica; todos ellos, los que no quisieron afiliarse a tu unión de maricones en pro de la libertad sexual organizada, te rogaron entonces que para dar el soñado paso hacia Las Vegas o a la Florida y ya para esos bares cochinos y perversos de todo el Caribe y vecindades y hasta para saltar el charco hasta la cansada y vieja Europa, se requería una carta de recomendación de ti, Delirio: La Gran Madama del Dulce de Coco, título que te endilgara la prensa sensacionalista local ante la inminencia del éxito de tus proyectos.
Nunca pensaste que fueran los gringos quienes te arrebatarían el negocio a son de ese trato de "Excelencia" que te daba hasta su eminencia reverendísima, el cardenal, cuando venía por las noches a solazarse con un buen refresco de guanábana en la terraza y el ansiado show de strip-tease que se le proporcionaba y con el que él muy bien soñaba mientras decía su larga y estentórea misa en la catedral. Recuerdas una vez que estaba furioso porque a la que le llaman el alma negra (como teléfono público) de Puerto Rico hecha canción se le había ocurrido cantar canciones de jíbaros en pleno templo sagrado en el cual él de vez en cuando se encargaba de limpiarle el pico a uno que otro monaguillo.

4

Apagón. Te tomas el último trago y despiertas del sueño medio en duermevela que te llenaba todo. El hombre del pelo negro, como te gustan a ti, ya no está. No obstante, el color azul intenso de sus ojos te acompaña todavía, imborrable. Definitivamente no, que no se puede perder lo que no se ha tenido, te das cuenta. Los objetos del placer siempre tienen que ser diversos. El uno solo jamás se constituye en todas las partes de un todo, porque la justa perspectiva de las cosas casi siempre se diluye.
Pagas, dejas la propina, te levantas, Delirio, y te vas como quien no quiere la cosa.

5

Luces. Al salir del bar se inicia el paralelo por la geografía urbana e irregular de una ciudad llamada San Juan. Es tarde, vas cruzando las angostas calles sin semáforos hasta toparte con la muralla antigua y una gran puerta en cuya galería escuchas el eco de tus pasos indistintamente.
Has pensado una vez meterte en el agua en salto de oscuridad al fondo del Atlántico. Forcejear con tus ropas hasta quitártelas y sentir cómo el agua engulle tu piel y la sofoca llenándola e hinchándola inmisericorde. Cuando la oscuridad te rodee ya no será tarde. Definitivamente que has notado que vivir a cierta altura siempre es quedarse en uno que otro resquicio del cuerpo de los ahogados.

6

Fuiste feliz, Delirio, cuando conociste al hombre que te llenó de dudas. Él era bello. Tenía una barba y usaba espejuelos. Sus manos eran delirantes de voyeur obligado, grandes y velludas. Él padecía de una timidez necesaria con toda la calentura del hielo. Ojos negros y gestos que te llevó, a golpe de amor y de soslayo, hasta penetrarte violando la núbil disposición ante dedos, saliva, pene... Todo junto en grito de placeres donde la seducción se hizo puro deseo y te siguió sermoneando, hablándote de otro modo de ser donde Moca se hacía villorrio, sustituyéndote por otra cosa indescifrable que te acompañaría hasta la calle de la Luna, después de abandonar a Fifi en una pelea memorable de locas zafias y rabiosas con cortadura de caras y todo.
Tu muerte fue mágica, fue como si hubieras cogido de vuelta hasta Moca la guagua con los sueños enredados. Brevemente te fuiste como llegaste: absorto en los recovecos del sentido. Pensando en las mamadas seculares del período más hermoso de tu vida, te detuviste en la posibilidad del orgasmo y seguiste viniéndote ininterrumpidamente hasta expirar. Tu cuerpo devastado por los azotes de la fiebre y el sudor había llegado al punto límite hasta quebrarse como una hoja seca. Delirio, te esfumaste así como si nunca hubieras sido La Madama y la verga más adorada del Trópico reluciente que se apagó con tu muerte.
Habías sido la mano derecha de Fifi. Fueron amigas por mucho tiempo. Pese a que todo comenzó con un interludio de tres días de romance, todo se acabó con la propuesta de negocio, como siempre hacía Fifí. Era parte de su campaña de reclutamiento. Seducía a los candidatos que recogía por la parada 15. Aquellos robustos y hermosos, los promisorios como tú, Delirio, en términos de aura. Fifí sabía mucho de locas. Una loca, siempre decía,

era feliz porque había conocido de las desilusiones del ser prostituido. Les enseñaba que habían sido violados, oprimidos, dejados de la mano de Dios y que eran márgenes de una sola página en blanco, que había que organizarse contra los prejuicios y tabúes de una sociedad hipócrita.
Desde entonces, pasaste a formar parte de los iniciados de La Casa. Tus dotes de adelaida profesional te hicieron un personaje legendario. De iniciado a instructor, a co-socio y a co-dueño. Dura trayectoria del muchacho de Moca que se fue a San Juan perdido frente a la playa del Atlántico.

7

Así comenzaba la rutina de todo iniciado en La Casa. Había que salir a dar un vueltón caminando suavemente por la arena y enredarse y tropezarse y caer rendido ante unos ojos azules. Hipnotizarlos poco a poco hasta adormecerlos y hacer que te sigan incesantes e incansables, que te dibujen aún cuando estén cerrados. Volver de un lado para otro jugando con las olas y las arenas a son de las canciones de Sylvia Rexach que te cantas para ti con lo de que "te devuelves hacia atrás" y lo de la "arena humedecida" a ritmo último de jazz.
Se tenía que ser hermoso, joven e insaciable y saber cómo jugar a la mascarada del "mírame, pero no te atrevas tan siquiera ni a tocarme". Esos eran algunos de los requisitos mínimos de todo joven que aspirara a ser parte del harén. A cada ojos azules había que embobarlo y hacer que cayera indefenso en la trampa. Era preciso tenderles todas las claves necesarias durante una semana de paseos distraídos a las afueras de la playa, por allá hasta por donde se tenía que seguir a duras penas porque los chicos sí que sabían resistirse y hacerse los difíciles.
Para eso estaba La Casa frente a la playa del Atlántico con música de Vivaldi a tó jendel y el chifón que vuela despavorido meciéndose entre la brisa de la cual se convierten en Mantis que devoran otra vez lo que consumen de sus víctimas. Como estos ojos azules desprevenidos que se conquistan: pelo negro, blancura incontrolable con falla trágica de cuerpo no demasiado bien formado, pero sustancioso.
Y comienzan para ti, Delirio, las celebraciones del año y medio de iniciado, de salidas y de encuentros y de llamadas desesperadas ante las cuales: se suspenden erectos todos los cables de la luz, se desatan los vientos huracanados del deseo llevándose por delante el silbo apacible de un paseo inocente por la playa.

FIN

(Daniel Torres, narrador, poeta y ensayista, nació en Caguas en 1961. Autor de la primera novela gay boricua sobre el SIDA, “Morirás si da una primavera”, (1993), Premio Letras de Oro. Ha publicado además: “Cabronerías: historias de tres cuerpos” (cuento, 1996), “Los siete poemas de Cariño” (poesía) y de una relevante obra de crítica literaria que le ha valido entre otros reconocimientos el Premio Nacional del Pen Club de Puerto Rico 1990-1991. Es profesor de español en Ohio University (Athens).)

RESINAS PARA AURELIA – MAYRA SANTOS-FEBRES

Nadie sabe cómo entró la moda aquella, pero en menos de tres meses todas las putas de Patagonia tenían esclavas en los tobillos. Se las veía pasear por la plaza del pueblo, cuando estaban de descanso, comiendo helados de frutas o de nueces, o por las calles en dirección al río. Se las veía comprar abastecimientos en la Plaza del Mercado con aquella cadenita brillando a sol irredento, refulgiendo en la distancia, señal secreta que denunciaba el oficio. El retilar allá abajo en el tobillo, el conspicuo nombre de esclava encendía ojos y fruncía ceños por todo Humacao. En dirección al río iban los pies meretrices con esclava y en dirección a la cadenita iban los ojos de todos y de todas las del pueblo. De todos y de todas, de Lucas por ejemplo, que debajo de su amplio sombrero de esterilla, con tijera podadora en mano, dejaba de abonar árboles de sombra para verlas pasar con ojo hambriento.

Su abuela le enseñó el oficio de las flores. Nana Poubart lo trajo infante desde Nevis a aquel pueblo gris con un río que se comía los árboles de la plaza. No recordaba nada de su tierra natal, sólo la empozada en los pechos de su abuela, a quien se le enredaba la lengua en inflexiones más agudas que las del resto de los habitantes del pueblo, erres y tes un poco más agudas, más indescifrables entre el montón de sonidos que sobrevolaban el aire de Patagonia. El aire de Patagonia, usualmente apestoso a crecida de río, a colchón humedecido y a orín, se detenía donde empezaban los aires de la abuela con sus cocimientos de plantas y de flores. La casa de ellos, aunque humilde y asediada en los flancos por los ranchones de mancebía, siempre olía a resinas de árboles de sombra que contrarrestan el olor del mal vivir. Los pisos de madera brillaban con un emplaste ámbar de capá con cera de abejas y esencia de flores de jazmín. Frente con frente al bar El Conde Rojo, Nana había sembrado un limonero y un guayabo enredado. Los cuidó de chiquitos echándoles fertilizantes expertos en crecimiento dócil y frondoso, mierda de putas jóvenes mezclada con sangre menstrual. A él le

daba vergüenza cuando Nana lo mandaba a la puerta trasera de El Conde Rojo a pedirle a las madamas las palanganas de sus pupilas. Protestaba con los pies y con el pecho, pero Nana no oía razones sobre malas lenguas, ni sobre bochinches infundados en falsas modestias. Según ella, no había nada mejor para crecer árboles de sombra, ni los fruteros medianos de este lado del Caribe.

Así fue como Lucas se acostumbró a las putas desde niño, a sus olores, a sus texturas, a sus miradas de complicidad. Desde la preadolescencia se acostaba con ellas, desde los doce años, para ser más exactos. So pretexto de darle las palanganas de mierda, las madamas y las putas más viejas lo hacían entrar al El Conde, lo obligaban a esperar mientras ellas se cambiaban de ropa, se empolvaban las tetas llenas o las caídas con polvos de perfume y motas multicolores de algodón espumado. A veces lo comprometían a amarrarle las ligas de las medias o a zafarle los botones del sostén de copas. Y luego de estos roces furtivos, algunas lo besaban de lengua en la boca haciéndole mimos maternales, cagando amorosamente ante él en las palanganas y conduciendo a Lucas otra vez hasta las entradas del ranchón.

Mientras tanto la Nana lo esperaba sentada en el sillón de palo caoba y paja trenzada en el balcón de la casita. Al guayabo de la entrada lo trenzó ella misma con sus manos de planchar y de lavar ropa de ricos en el río. Le fue enseñando a Lucas cómo se agarran las ramas de los palitos tiernos para hacerles diseños al tronco. "Los dedos -le decía mientras se los untaba de mierda de putas a la cual añadía resinas de cauchero y miel-, es importante saber dónde se ponen los dedos y qué presión hay que aplicar para doblar sin partir la corteza tierna de los árboles." Año tras año, Nana fue sensibilizándole las yemas a tal grado que Lucas aprendió a cogerle el pulso a los árboles, a los de sombra, a los de fruto y a los de flor. Sentía cómo la savia les corría por las venas y, a través de una cuidadosa medición de temperaturas y presiones líquidas, podía saber si el árbol estaba saludable o si necesitaba agua, poda, o una sangría para liberar exceso de resinas de su interior.

A lo que nunca pudo acostumbrarse Lucas fue al punzante olor a mierda de putas. Aunque seguía yendo a recoger palanganas cada vez que la Nana lo enviaba y seguía acostándose con ellas, nunca pudo sumergir de buena gana los dedos en aquel emplaste maloliente. Convenció a la abuela de que lo dejara usar otras soluciones y se dio a la tarea de recorrer las riberas del río con un machete y unas latas, recogiendo las resinas de todos los arbustos y plantas de tronco del litoral.

La Nana también sabía cómo sacarle el obeah a las plantas, a quién había que hacerle ofrendas para que el monte obsequiara con hojas para curar el

mal de amores, los cólicos de diarrea y vómito, fiebres de lupanar y otras dolamas que aquejaban con frecuencia a las vecinas de Patagonia. Sabía de teses de anamú contra el dolor de ijadas, y de infusiones de naranjo para aquietar llantos y tremores, hojas de guanábano para aliviar la empancinada de aire, cataplasmas de resina de palo de jobo para devolver el calor a la piel. Sabía millones de estos secretos. Y así como componía troncos y raíces y follajes, también componía huesos y vértebras rotas, tropezones con puertas en ojos de mujer, moretones violáceos, coágulos de sangre, virazones de tobillo, desligamientos, y desgarres. Remendando gente fue que Nana pudo ayudarse a pagar la supervivencia suya y la de su nieto. Pero a Lucas no le parecía tan interesante lo que la Nana hacía con las plantas y las manos para ponerlas al servicio de la gente. La gente apestaba a mierda, le daban un placer fortuito que lo dejaba solitario, melancólico y confundido tan pronto se acababa el último tremor. Los árboles no. Ellos tenían su espesor y su ricura, el suave verdor húmedo de las hojas brillosas del café de Indias o el calor picante de las hojas rugosas del orégano brujo, la cáscara de palo santo o las cortecitas de tártago le levantaban sudores de alivio en la piel. Se la dejaban tranquila y clara. Lo más que disfrutaba era sacar resinas de árboles, hacerlos sangrar ámbares profundos y gomosos con los cuales, estaba seguro, se podía componer cualquier cosa que cruzara su imaginación. Los huesos que la Nana arreglaba, los troncos de guayabos en flor, entuertos del alma, delicados ungüentos para impermeabilizar maderas, evitar las goteras y manchas de humedad en los techos, tornear patas de mesas, poner a respirar a un cuerpo. Todo lo podían las resinas.

Cuando Nana fue retirándose del río y dedicándose por completo a sanar putitas malogradas, Lucas, ya de edad, consiguió trabajo como jardinero municipal. Nadie nunca había visto vegetales que crecieran con tal hermosura bajo manos humanas. Lucas, el hijo de la lavandera de las islas, convirtió una plaza desnuda de pueblo salitroso en un jardín divino, donde las miramelindas se le daba a pleno sol, los duendes y los cohitres cohabitaban sin marchitarse bajo árboles fruteros, los robles rosados y amarillos se erguían directos en dirección a un cielo siempre gris, pero ahora engalanado con el paraíso de plantas y de tersores hecho por él. Todas las señoras de bien le daban asignaciones en casas particulares para realizar primores en sus patios interiores, en sus paseos de entrada, que sembrara y cuidara palmas reales, coqueras, que lograra combinar azaleas con gardenias con rosales y amapoleros de diferentes colores, que trenzara trinitarias espinosas de modo que derramaran sus melenas sobre las terrazas y las azoteas recubiertas con resinas, que diera a la casa olor con sus ungüentos para mesas de caobo y para techos a dos aguas, que brillara

pisos con la cera ambarina de millones de árboles, que Lucas destilaba en los cuartos traseros de su casita en Patagonia. Él llegaba y dejaba todo terso, fresco a la piel, resbaloso, protegía superficies del salitre gris que cubría al pueblo como un vaporizo inamovible, y tersaba las arrugas del tiempo devolviéndole palpitaciones secretas a todo tronco o torso que pudiera acoger el regalo de sus dedos. Los dedos de Lucas, algunas señoras circunspectas se habían sorprendido a sí mismas soñando con los dedos de Lucas, que les sacara de adentro toda aquella sequedad tan cuidada, que las deshiciera en ríos de ámbar suculento, densos almizcles olorosos a fragancias profundas y secretas, aquellas de las cuales ellas mismas se protegían, para no poner en tela de juicio su respetabilidad.

Y era extraño cómo la gente trataba a Lucas, porque ninguna otra persona sino Nana y las putitas de los barracones de Patagonia le miraban a la cara o dejaban resbalar ojos por el resto de su cuerpo. Casi nadie le sostenía la mirada, casi nadie se daba cuenta de sus facciones, de la almendra oscura y dulce que eran sus ojos, ni de lo amplia y remota que era su sonrisa. Nadie sino las putas se fijaba en sus amplias espaldas, fibrosas como un ausubo, ni en la redondez perfecta de sus montículos de carne allá encima de los muslos ni del profundo colorido caobo de su piel, siempre fresca como una sombra. Y nadie se atrevía a tan siquiera soslayar con el rabito de una mirada el cabo de raíz que suculento se avisaba por entre el pantalón, el nudo amplio que prometía troncos de carne oscura y suculenta, pelitos suaves, olorosos a uveros de mar. Ni él mismo se percataba de lo bello que era, porque como todos los demás, su atención estaba fija en la precisión de sus manos. Sus dedos, largos como de pájaro, terminaban en puntas corvas y afiladas, con diluidas lúnulas al fondo de las uñas. Estas siempre estaban bordeadas de tierrilla y pedacitos de cortezas, estriadas a veces por finísimas fibras de queratina que le creaban texturas magistrales y diferentes a cada una. Las palmas eran anchas, carnosas, con callos en cada falange. Vetas profundas y sutilísimas cortaduras las surcaban de dorso a revés, haciéndole mapitas del destino por toda la superficie color acerola madura. Pero, sorpresivamente, las manos de Lucas eran suaves, en su fortaleza y precisión; tímidas y suaves como las de cuando era niño y cargaba palanganas de mierda, tímidas, suaves y huidizas en su fuerte presión sobre las cosas. Todos los ojos que se tropezaban con Lucas se fijaban en sus manos, así como tan sólo se enfocaban en la cadenita tintineando en el tobillo de las putas de Patagonia.

La primera vez que el río inundó los jardines que Lucas fue tejiendo en la plaza del pueblo, arruinó un ministerio de primores de cuajo. Casi cuatro años le había tomado al jardinero construir su imperio vegetal. Lucas acababa de podar los cedros y los gomeros, de curarlos de parásitos y

demás enfermedades tropicales que les aquejaban. Las sangrías de resina se le llenaron de barro, las corrientes deshicieron los torniquetes para enderezar troncos virados por la ventolera. Pero él sabía que esto ocurriría tarde o temprano. Lo sabía desde que empezó a recorrer las riberas en busca de resinas y se percató de que el cauce del río era artificial, había sido desviado a propósito para cumplir con las necesidades de expansión del municipio. "Las cosas tienen su vida y tienen su muerte y tienen su curso sobre la tierra. Eso no lo puede cambiar las manos de ningún hombre", le había dicho la Nana cuando él le contó su descubrimiento. Y fueron providenciales las palabras de la vieja curandera, porque semanas más tarde al río le dio la gana de recobrar su curso original e inundó al pueblo. La pérdida más grande no fue los jardines del municipio. A causa del infortunio caprichoso del Humacao, murieron más de doscientas personas, casi todas de ellas de Patagonia. Entre ellas la Nana.

Fue cosa del destino. Luego del trabajo y, después de destilar dos galones de resina de tabonuco en los cuartos traseros de la casita de la Nana, fue a buscarle mierda de putas al ranchón. Una de las niñas, amarilla miel como la substancia que acaba de destilar del corazón de los árboles, le abrió a Lucas la puerta, los ojos y la caja del corazón. Era nueva en la cuadrilla, no la había visto antes, pero aquella tarde, se le ofreció por veinte pesos, y él le dejó treinta sobre el tocadorcito de planchas de pino al lado del catre donde hicieron el amor hasta la madrugada. Lejos se oía el estertor de la lluvia mientras él la penetraba suavemente en la primera tanda de caricias y ella se resquebrajó silenciosa para dejar entrar aquel portento de raíz macha entre sus piernas. Lucas estuvo encima de ella, moviéndose como los sauces del cementerio. Notó que la niña no quería sino hacer su trabajo, pero poco a poco se le fueron humedeciendo los goznes de la entrepierna y a oler a cedro recién cortado. Entonces Lucas se movió con más premura hasta que ella arqueó sus espalditas de zorzal, le pegó el costillar al pecho y se vació en un suspiro lánguido y triste, mientras su vulva latía con él adentro. Tres, cuatro veces ella se le deshizo debajo. Cuando estaba exhausta y desmemoriada, y mientras el aguacero amenazaba con descuajar los planchones del techo del Conde Rojo y el río rugía y se llevaba enredados a la mitad de los habitantes de Patagonia, Lucas Poubart penetró a la mujer por quinta vez. Con el primer empuje sintió que se le subía al vientre todos los jugos que su cuerpo había sido capaz de producir en todos los años que había existido sobre la faz de la tierra; y se vació completo en aquella mujercita amarilla, mientras ella se cubría el rostro con su pelo, intentando que él no le viera la cara de muerte plena en medio del desastre que fue aquella pasión.

El azar los salvó a ambos. Habían pasado la crecida en la parte más alta de los ranchones del prostíbulo. Pero el resto de Patagonia era pura desolación. El barrio quedaba en un declive profundo, en las cercanías del río. Las aguas del Humacao habían llegado hasta la plaza y lo que fue peor, había atrapado a Nana en su cuarto de dormir, de donde fue rescatada por los vecinos, profundamente muerta. Cuando Lucas llegó, encontró a los vecinos desenredando el cadáver de la Nana de las sábanas que la habían amarrado a los pilares de la cama. Con un solo grito profundo se deshizo en llantos mientras abrazaba el cadáver de su abuela.

Cerca del mediodía fue que Lucas pudo salir de su estupefacción, soltar el cuerpo de la Nana sobre los mostradores de la cocina e irse a la calle a ayudar a los demás en desgracia. Con el agua hasta la cintura, se topó con montones de personas atrapadas entre los escombros, la tablería, las ramas y los catres de las casas destrozadas por la corriente. Pensando en Nana, y en lo que de ella había aprendido, fue ayudando a desenredar muertos, a salvar a los que aún tenían vida, sacándole el lodo de las narices y masajeándole los pulmones anegados. Dio respiraciones, calentó miembros, abrazó huérfanos y viudas. Los llevó a sitios altos, fuera de peligro y, ya al anochecer, se desplomó de agotación en uno de los bancos del refugio que abrió la municipalidad para los damnificados por el desastre. Durmió allí, sin moverse toda la noche.

Cuando Lucas despertó de su sueño, se encontró con que las aguas del río habían bajado a su nivel. Regresó a su casa, para arreglar los detalles del sepelio de su abuela. No llamó a ninguna funeraria, sino que fue él mismo al cuartucho de destilar savias y limpió su mesa de trabajo, donde trasladó el cadáver ya rígido de la Nana. De entre el desastre del taller, rescató una lata que milagrosamente no se había llevado la crecida. Dentro la lata guardaba un ungüento pesado y de olor pungente que hacía llorar a quien se le acercara. Abrió la lata. Se embadurnó las manos, desnudó a la abuela, y con aquella cataplasma fue masajeando todo el cuerpo hinchado y gris. Le tomó horas ir parte por parte, cara, mandíbula, cuello, orejas, pelo, y luego bajar los dedos y presionar contra hombros, contra los brazos fuertes de aquella mujer que lo había criado desde niño. Le tomó los dedos, tan parecidos a los suyos, los llenó del emplaste destilado, se los humedeció con sus propias lágrimas silenciosas. Le embadurnó el pecho, teniendo cuidado con aplicarle menos solución en las areolas oscuras. Fue bajando y apretando fuerte hacia abajo por el vientre y luego por las piernas. Se las entreabrió a la Nana, le acarició el pubis canoso y con ternura le fue llenando las grietas de aquella savia, experto, conocedor y humilde en su oficio de devolverle la tersura y la humedad al cuerpo de la abuela. La puso a la sombra tibia, esperó por tres horas. Luego, la vistió con un traje que

había comprado días antes para ella, y se fue al patio, a terminar de hacerle un cajón de madera de caobo pulido, ligeramente teñido de un tinte marrón rojizo que combinaba perfectamente con la piel de su Nana.
A los cuatro días del sepelio, que fue el más hermoso de todos los sepelios celebrados en Patagonia, fue a buscar a la mujer amarilla a lo que quedaba del ranchón de putas. No la encontró. Nadie pudo decirle a ciencia cierta de su paradero. Doña Luba, una de las rameras más antiguas del vecindario, le contó los rumores de que el padre había bajado desde Yabucoa a llevársela. "Ese maldito fue el primero en desgraciarla. Aurelia misma me lo contó recién llegada al barrio. Cuando supo que la había encontrado, aprovechó el desmadre del río y se fugó. Debe andar escondida por ahí. Si la ves antes que yo, dile que deje El Conde Rojo y que se venga a trabajar conmigo. Si yo la veo antes, le digo que tú la andas buscando."
Mientras esperaba noticias de Aurelia, Lucas se concentraba en reparar los jardines de la plaza. Un día lo mandaron a llamar de la alcaldía. Allí le informaron que requerían de sus servicios, pero para otro menester que el de recuperar los jardines de la plaza. Todavía quedaban cadáveres flotando por las aguas del río que la corriente había arrastrado a las afueras del pueblo, cadáveres que nadie había querido ir a recoger y que estaban creando pestilencias. "Son cadáveres de putas. Nadie quiere tocarlos. Tememos lo peor, epidemias, pestes, envenenamientos de agua. No podemos arriesgarnos a dejar que la corriente se lleve estos cuerpos a pueblos aledaños. Un escándalo así mancillaría el buen nombre del alcalde." Lucas aceptó la asignación, pidió transporte para recorrer las riberas en busca de los cuerpos, y puso la condición de que le aumentaran el salario, y que le otorgaran independencia total en el escogido de árboles y plantas para sembrar en la plaza del pueblo.
Así fue como de jardinero municipal, Lucas se convirtió en rescatador de cadáveres de putas ahogadas. Pues, para su asombro, seguían apareciendo cuerpos de rameras entre las aguas del río, mucho después de que él rescatara a todas las que habría ahogado la inundación. De vez en cuando, lo llamaban del municipio para que fuera a recoger cadáveres realengos. Otra puta ahogada por "la inundación" decían entre risitas los policías que llamaban a Lucas a trabajar. Se acopló a la costumbre, después de los primeros meses, e iba ya él solo, patrullando las riberas del río, para economizarle las llamadas a los oficiales, y no tener que interrumpir su rutina de jardinero, a la que volvió después de la primera tanda de rescates.
Con los cadáveres recuperados siempre era la misma historia. Primero se tiraba al río, nadando, para desenredar los cuerpos de entre la maleza que lograba detener la deriva de las putas ahogadas. Les desenmarañada el

pelo para ver si podía identificarlas. Cuando llegaba a ellas, algunas ya tenían los labios picados por los peces, o los párpados poblados de crustáceos, y las tripas habitadas por pequeños camarones y pulgas acuáticas. Era difícil identificarlas, si no llega a ser por la cadenita en el tobillo izquierdo que delataba profesión. A las desfiguradas las cargaba suavemente, como si estuvieran dormidas y las llevaba directamente a la morgue. Con otras, casi todas de muerte más fresca, se encariñaba, no sabía por qué razón. Entonces se las llevaba para la casa. Les preparaba algún aceite con esencia de olor para quitarles del rostro el rictus de la sorpresa de encontrarse ahogadas, el susto de pesadilla en la faz y los músculos. Les acariciaba experto la carne, les destensaba el semblante con las manos pensando en cómo nadie las iría a reclamar, en cómo las tirarían al vertedero, cremadas, sin una sola caricia de despedida, aquellos cuerpos que el pueblo entero había manoseado y de los cuales ahora se querían desentender. "Nadie te quiere tocar", les decía Lucas por lo bajo, "nadie te quiere tocar y nadie sabría cómo hacerlo ahora más que yo." No era gran cosa lo que hacía por ellas, lo sabía. Pero al entregar a la morgue un cuerpo nuevo de aquellos que le provocaban cariño, se enorgullecía de lo bellos que quedaban, con la piel tersa y aceitada, con olor a plantas frescas de menta, con la cara en reposo. Antes de montarlas de nuevo en su guincha municipal, les destrababa del tobillo la infame cadenita de oro, y se la guardaba en el bolsillo de su pantalón. Quizás así las tratarían mejor.

Un día Lucas caminaba por las riberas del Humacao, pensando en cualquier cosa. Hacía tanto tiempo que ya no buscaba resinas, ni que rescataba cadáveres. Todo era sembrar jardines y untar resinas a techos, mesas y sillas en casas de ricos. Se detuvo contra un árbol de caimitos a mirarle las vetas del tronco y acariciarlo con suavidad. De repente se fijó en un montículo de ropas que sobresalía de los pastos altos al otro lado del agua. Afiló la vista, parecía un cadáver. Animado, casi alegre, se quitó la camisa y se tiró a las aguas del río, lo vadeó con calma, nadando apenas, pues la sección que cruzaba no era tan profunda. Mientras se fue acercando al montículo, vio unas manos pequeñitas con dedos de nena que transparentaban un tinte color ámbar en la piel arrugada y gris. Esta era una muerte fresca, no más de unas cuantas horas, una noche con su madrugada en el agua. Los pies descalzados, con las uñas pintadas de rojo, se veían en reposo total y en el tobillo izquierdo refulgía la infame cadenita. La carne se notaba a través de la blusa y dejaba ver unos pezones de un marrón oscuro que Lucas creyó reconocer. Con el cadáver a cuestas, salvó la otra orilla y empezó su ritual de desenmarañe para verle el rostro a la difunta. Pero no hizo más que sacarla del agua y tenderla al sol, poner una

de sus amplias manos sobre la cabeza de la ahogada para que la piel entera se le encabritara de golpe. Era ella, al fin ella. Aurelia, la encontraba, al fin.
Pero estaba muerta. Lucas quiso llorar. No pudo. Ocho meses habían pasado desde la terrible inundación. De aquella mujer tan sólo le quedaba el recuerdo de un tacto amanecido, febril, nuevo para él, que tantas superficies había tocado, tantas otras putas había penetrado con sus dedos, con su lengua y su piel. Sintió alivio al verse liberado del espectro de aquella tersura que se le acomodó en la piel y no lo dejaba hacer otra cosa sino anhelar a Aurelia. Pensó que ahora volvería a ser el mismo, el mismo que nunca habría abandonado a la Nana una noche de lluvia, el que podía ir a hacer injertos y a hacerse desear por las otras meretrices de Patagonia, que incluso podría buscar una mujer buena con la cual mudarse a la casita y convertirse en el hombre que su Nana crió, redimirla así de una muerte inútil. Entonces descargó a Aurelia en la tumba de la guincha y se dirigió a Patagonia.
Se la llevó a la casa y comenzó a desvestirla. Le quitó los retazos de blusa de algodón, las bragas rojas y la falda rota. Le quitó la cadenita de oro, la cual tiró con otras en una taza de peltre que había comprado para aquellos propósitos, sacó los peines que tenía y comenzó por desenredarle el greñal tupido que una vez tuvo entre los dedos la noche entera de los infortunios. Tan pronto como hundió los dientes del peine entre el cabello, comenzaron a salir alimañas que él fue matando con la punta de los dedos, arañas de río, pulgas y larvas de insectos que se habían encajado en aquella miel. Fue peinándola con suavidad y una sonrisa en el rostro. Siguió la faena, hasta que el pelo quedó todo desenredado. Lo lavó con jabón y lo roció con agua de rosas. Esperó a que se secara sentado en un sillón junto al cadáver fresco y húmedo de la niña amarilla. Aún sonriente, caminó hasta su taller de resinas y sacó la lata que ya casi un año atrás había usado para preparar a la Nana para su tumba. Quedaba suficiente solución adentro y hasta sobraba para cubrir el cuerpo de pajarito que yacía sobre la mesa. Nunca lo había usado sobre otra, instintivamente había guardado el sobrante, quizás para aquella mujer.
Con el alma acostumbrada a las catástrofes, empezó el rito de embadurnarse las manos con la solución. Empezó por los pies, dedo a dedo, tobillos libres de cadenitas, piernas rígidas, toda ella fue quedando aceitada por la resina, que ya añeja, despedía un tenue olor a maderas de todos los tipos y a flores condensadas en un olor vegetal del cual ya no se podía diferenciar ninguno de sus componentes originales. Presionando con atención, fue relajándole los músculos a la muerta, hasta que sintió que la fricción y otra cosa, le devolvía calor a la piel.

Con aquella sensación a extrañas temperaturas entre los dedos prosiguió su camino hacia arriba en el cuerpo de Aurelia. Pasó tres cuartos de hora masajeándole los muslos acaramelados y duros con pelitos claros que refractaban la luz del taller. Y allí de nuevo sintió el extraño calor que regresaba, de adentro para afuera a la carne de la muchacha. Lucas vio cómo de los muslos salían delicadas gotitas de agua, un sudor que no olía a humano sino a bancos de río. Sin más que este entendimiento en la mente, prosiguió el masaje, metiendo las manos por debajo de las piernas y presionando las nalgas de la niña que también se encendían con sus dedos resinosos. Sintió un golpe de sangre caliente entre las piernas, se miró erecto, adolorido por las ganas de frotarse entero con ella sobre la mesa del taller.

Lucas sacudió la cabeza, pausó para ver cómo, de la mitad para abajo, su putita ahogada había recobrado algo de color, y emanaba olores vegetales por los poros que expulsaban lo anegado. Se volvió a embadurnar las manos y esta vez las posó, precisas en la cara de la muerta. Fue haciendo círculos con los dedos sobre la frente, los pómulos, los párpados que cerró y abrió, para volver a cerrar y dejarla descansar de las presiones. Los labios, la mandíbula, los huesos del cuello y de la nuca, que compuso, poniéndolos en su lugar. Los hombros y clavículas quedaron relajados bajo la presión de los dedos del jardinero. De medio lado la viró para aplicarle resina en las espaldas, hasta las nalgas ya calientes que perspiraban contra la madera de su mesa de trabajo, contra las palmas de sus manos y sus mapas del destino, contra el ansia de Lucas que seguía creciendo no empece a su concentración. La volvió a voltear para aplicarle resina sobre las tetitas de adolescente, tan turgentes, tan suaves. El calor de la resina las hizo soltar el agua del río que habían chupado en su deriva. Los pezones duros y oscuros cobraron tintes de magia y ya Lucas no pudo más. Se desnudó completo, se puso un poco de resina en la pelvis, el pubis y en su verga. Mientras le abría las piernas a la ahogada sintió el picante calentón de aquel ungüento viscoso, se sentía quemar. Con los dedos destrabancó la vulva de su amada y allí mismo, sobre la mesa del taller de injertos y maderas, fue penetrando a la dulce Aurelia, a la Aurelia de ámbar y resinas, a su putita amada para al fin, al fin llenarla de calor. La muerte era un simple giro del azar. Sus manos no podían espantarla. Pero su pinga y su resina, aquel ardor que regresaba envuelto en consistencias vegetales, ese sí estaba presente, producto de sus manos y su espera, de su insistente recuerdo empotrado en los dedos y en la piel.

Se le vino adentro, contrayendo todos los músculos de la espalda, se le vació como un zurrón de leche entre las piernas, le gritó al oído que la amaba. Que la quería como era y para siempre. Se quedó dormido sobre el

cadáver y soñó que la niña amarilla lo rodeaba con sus brazos y le daba besitos de amor.
Al despertar, Lucas fue hasta la taza de las cadenas de oro, recogió la de ella y se la puso de nuevo al tobillo. Puso el cuerpo a sombra tibia, se fue al pueblo y volvió con dos grandes bloques de hielo, un cuchillo de monte y botes de latón, de los que usaba para recoger resinas. Aprovechó para decirle al municipio que buscaran a otro para rescatar putas ahogadas, y volvió a sus jardines, a sus paseos en busca de resinas y a sus escapaditas, cada vez menos frecuentes a los ranchones de mancebía de Pagatonia.
Tres veces a la semana, se encerraba en los talleres de la casita maternal con una lata llena de ungüentos y una botella de agua florida y no salía hasta la madrugada, sonriente y lleno de sudores pegajosos en toda la piel.

FIN

(Mayra Santos-Febres nació en Carolina, Puerto Rico, en 1966. Ha publicado en revistas nacionales e internacionales. Columnista de los más importantes periódicos de Puerto Rico. Su obra ha recibido reconocimientos internacionales: Letras de Oro (1994) Y el Certamen Juan Rulfo Internacional de Cuento (1996) y traducida al francés, inglés, eslovenio, italiano y portugués. Tiene dos poemarios publicados: “El orden escapado” (1991), “Anamú y manigua” (1991), dos colecciones de cuentos: “Pez de vidrio” (1995) y “El cuerpo correcto” (1996) y una novela: “Sirena Selena vestida de pena” (2000). Además, fue editora de Mal(h)ab(l)ar: antología de nueva literatura puertorriqueña (1988).)

LAS ONÍRICAS – JORGE LUIS CASTILLO

A ellas les gustaba mucho andar siempre tan juntitas que verlas era un primor. Los días entre semana paseaban a los perritos a las seis de la mañana, salvo en pocas ocasiones cuando se vestía Úrsula, al rayar de la alborada, para irse a la oficina donde esperaba un trabajo de multitud de llamadas y de casos atrasados por pleitear o defender. Los sábados y los domingos se levantaban más tarde y, después de escuchar la radio y el pronóstico del tiempo, se paseaban tan tranquilas por el parque de la esquina de hojarasca acumulada por el trópico en diciembre o algún ciclón en agosto. Caminaban con paciencia durante una larga hora, según estuviera el clima, o, al menos, quince minutos en ocasiones de lluvia, y así podían los perros hacer sus necesidades sin preocuparse del agua o revolcarse en la hierba como les gusta hacer a ellos. Desayunaban más tarde, al regresar del paseo, conversando en la cocina de azulejos

importados y se quedaban un rato jugando con los perritos por encima de la cama o sobre la alfombra persa comprada en un viaje al Cairo, hasta que había que secarlos, porque, con patas tan cortas, se mojaban siempre algo en los charcos de la calle, y, cuando no se dejaban, encerrarlos con engaño en la habitación de arriba, pues si no ponen la casa hecha un verdadero asco; tan cansadas que llegaban a los fines de semana de mañanas extendidas, hasta cerca de las once sobre las blandas almohadas del merecido reposo, para estar limpiando el piso, con la espalda dolorida, de huellas tan pequeñitas.

Cuando el weekend terminaba, se aposentaba lo duro: los ratos de las desazones cuando Úrsula se iba, cinco días por semana (desde el lunes hasta el viernes), con su cartera cerrada de charol brillante fino y el portafolios de cuero siempre lleno de papeles y expedientes del bufete ordenados por caso, número y fecha. Con sentimientos afines a la que dejaban sola, los perritos perseguían hasta la puerta a su ama, bien vestida y con aromas de violetas africanas, ladrando desconsolados y aullando después, bajito, como si tuvieran miedo de despertar a los vecinos que duermen hasta las once. Sus perfiles de peluche con el hirsuto pelaje -blanco el uno, el otro negro- se apoyaban en la reja que separa del pasillo la puerta del apartamento y ponían sus hocicos a través de los barrotes buscando a tan alta dueña en su breve despedida de tacones alejándose del corredor a la calle cuando dan las ocho y media en las campanas eléctricas de la iglesia de la esquina.

Una vez lejana Úrsula, cundía en toda la casa un rígido desasosiego y se llenaba la estancia de llorosa pesadumbre. Hoy viernes, nada ha cambiado: tras Úrsula despedirse, la rutina cotidiana se perfila y acomoda con el paso de las horas incrustadas en un rostro demacrado y contraído por las piruetas insomnes y en un cuerpo entelerido por el terco sobrepeso cercano a la cuarentena (a pesar del ejercicio) y la desidia plomiza que penetra cada músculo de los pies a la cabeza, casi todas las mañanas. Y, sin embargo, parece que este día será el último de una vida despojada del manto de la esperanza cuando Úrsula regrese esta noche del trabajo a disponer su mudanza y se vaya de la casa por la escalera del fondo sin causar el menor ruido, clandestina y silenciosa como alma noctivaga que emprende un peregrinaje en alas de un profundo sueño sin volver nunca jamás.

Inmóvil en la mecedora frente al balcón posterior, los árboles de pomarrosas se mecen finos y tristes al suave vaivén del viento, la luz solar atraviesa las celosías tornadas de la terraza de arriba y una inquietud desde adentro se aposenta en los cerrojos de la puerta desquiciada por la rauda despedida. Frente al paisaje frondoso, el sillón se balancea en armonía conjunta y evocación subitánea de los pasos y el gentío que llenaba el

Amadeus la noche que se conocieron en el local sanjuanero con risas locas y tragos. En medio de la barahúnda que trasegaba los cuerpos y fraguaba intempestiva los tropezones más súbitos o concitaba el contacto de las partes corporales más propensas al deseo, las dos boquitas pintadas se sintieron atraídas por el maremar de gente al amparo de una esquina de la barra abarrotada y al hallar butacas libres se sentaron con presteza y se acoplaron en breve al ritual de las sonrisas, pues supieron qué decirse desde las primeras frases, porque acaso se atrevieron a entremirarse las piernas, los senos, ojos y nalgas y el mons veneris ungido bajo la falda ceñida o el pantalón entallado. De inmediato y sin ambages, los ojos zarcos de una (lejana todos los días) subyugaron a la otra de pupilas carmelita, reducidas por las gafas de considerable aumento; el talle fino de Úrsula asombraba al de la otra, de configuración maciza, y el pelo largo de aquella (la amazona inatrapable), ondeando en infinitos rizos, dominaba en su soberbia el lacónico recorte que ni siquiera cubría las orejas de la otra, sumida, como cada día, en el fútil contratiempo de una esperanza marchita. Después de unos cuantos tragos, de un paseo en automóvil con las manos enlazadas junto al hierro del timón, en una casa cercana a la plaza Rogativa, en una cama Luis XV con sábanas de holán fino y almohadones atestados de plumón de ganso blanco, ambas mujeres durmieron, la una junto a la otra, tras consumar las proezas de salirse de las ropas y aprestarse con las lenguas a colmarse sus naturas de zumo, vahído y grito hasta el romper de alborada y la ducha apresurada de los ojos zarcos, turbios del festín de aquella víspera, para llegar al trabajo antes de que el jefe viera que no estaba en su oficina temprano por la mañana.

Una noche tras de otra, concluidas las faenas, ambas siempre se sentaban con la brisa vespertina de los holgados balcones de la casa sanjuanera a contemplar las estrellas o a regalarse caricias en frente de la televisión. En ratos de esparcimiento, les gustaba ver películas rentadas en La Videoteca, caminar todos los sábados desde El Morro a La Puntilla (o pasear frente a La Perla hasta el fuerte San Cristóbal) y cocinar por las tardes junto al balcón enrejado desde donde se contempla el aullido de los buques abocados a la ausencia de las aguas más salobres al cruzar el mar Atlántico. Sin embargo, raras veces coincidían las dos juntas en sus gustos y costumbres, y a menudo discutían a causa de sus preferencias, si una de ellas no cedía al capricho de la otra. A Úrsula le fascinaban los filmes de violencia y sexo, con mujeres bien tetonas y sementales hercúleos, que la otra soportaba con resignación y encono porque ella prefería las comedias de Eric Roehmer con su humor sofisticado, la amargura de Ingmar Bergman en sus dramas filosóficos y el trabajo de Fassbinder con el sexo a contrapelo, las drogas y el bajo mundo. En asuntos culinarios, no faltaban

las divergencias que también las separaban, pues Úrsula despreciaba los platos vegetarianos que preparaba la otra con tofú y carne de soya (siempre en lucha con su peso) para comer carnes rojas y cuchifritos grasosos, que no hacían mella alguna en su atroz metabolismo.
En una noche de lluvia, cuando propuso una de ellas que se mudaran entrambas a la casa solariega de la plaza Rogativa, Úrsula se mostró dudosa con el cabello mojado de las calles empedradas y sugirió, por su parte, que vivieran desde entonces en el condominio nuevo, donde ella, hará tres años, había alquilado sola un cuarto piso y terraza, desde la cual se contempla el distrito financiero de Hato Rey, bancario y próspero, ocultando en esplendores los míseros arrabales de la barriada vecina. A pesar de la importancia del asunto que trataban, la discusión fue serena y al fin se llegó a un acuerdo en el cual lograba Úrsula salirse con su propósito, pues, según ella alegaba, su trabajo requería la cercanía constante de la casa a la oficina, situada a unas pocas millas de la elevada vivienda, mientras la otra arrendaba su morada sanjuanera a un médico sangermeño que se había divorciado de su mujer hacía un año. Transcurridas tres semanas de una atormentada espera, se mudaron las dos juntas, sin pasar mucho trabajo o incurrir en gasto alguno, porque amigos oficiosos sin vacilar transportaron, de un apartamento al otro, las tres docenas de cajas y varias antiguallas caras de la amiguita de Úrsula, ante la promesa tácita de la hora imaginaria en que pudiera uno de ellos, a nombre de los restantes, desbocarse junto a Úrsula en un hediondo camastro para alojarle en el cuerpo de pubis tan codiciado una mezcla disparada desde el ávido orificio de una verga inquieta, erguida. No lograron sus afanes los macharranes bellacos porque Úrsula se opuso (por una vez jugó limpio) a violar el compromiso contraído con su nueva compañera hacía pocas semanas y así se establecieron ambas en el amplio apartamento con todas sus pertenencias para estar juntas, felices, y darle un final de gloria a un romance tan divino.
Habían pasado meses en las hojas del yagrumo que crecía a la intemperie, enfrente de la terraza del inmueble compartido por Úrsula y su compañera. El tiempo se diseminaba por las tardes alargadas en el compás de la espera, emprendida cada día en el sillón solitario de roble terso y pulido, regalo para la terraza del vecinito de arriba que fue a Roma a ser artista, o en la butaca bermeja de cáñamo y bambú, presentada por el jefe de Úrsula en el cumpleaños de la abogada bisoña, y que la otra situaba muy cerca de sus libros raros, periódicos y revistas para leer los domingos, tomar el té o desayuno. Las mañanas de la espera armaban un contrapunto con el tándem del recuerdo que ahora se empecinaba en la vida cotidiana de

aquellos ojos serenos, alejados cada día por la puerta del silencio a las calles del adiós.
La memoria tan temida acaso se concretaba, a partir de este momento, en ese butacón de ébano forrado en terciopelo rojo, situado frente a la puerta de inmaculada blancura, hasta el piso elevadísimo del bufete de abogados donde ahora estaría Úrsula. Los párpados recién cerrados del recuerdo estremecido prefiguran la oficina donde están los ojos zarcos revisando las planillas de algún casito pendiente; hasta el asiento en penumbra de la amante postergada se deslizan los murmullos y allegan los habitantes de aquella firma exclusiva y en el despacho del jefe, contiguo (¡claro!) al de Úrsula, alguna mano fornida y burdamente velluda, harta ya del papeleo y de majarse las uñas de tan costoso cuidado, cansada de sus alianzas y forzosos esponsales con mujer rica y beata, que haría sino buscarla (a Úrsula, ¿la complaciente?), y encontrarla bien temprano, con su escritorio ya abierto, su sonrisa diligente, dispuesta a cualquier retozo cada vez que están a solas. La mano viril derecha ni siquiera se molesta en esconder sus caricias con sórdido devaneo: la invita sin pormenores, con descarada frescura, para eso de las doce de un mediodía nublado con aguaceros dispersos. La presa sabe qué espera: una cita sin sorpresas para comer los dos juntos en el ambiente discreto de un restaurante anodino con fachada de bohío, mantelitos desechables y servilletas floreadas. Sentados en una mesa, las manos tan bien asidas, las miradas insinuantes, los cumplidos de costumbre, las frases ya resabidas frente a un plato de habichuelas, o en lo que llegan los postres y el café en taza pequeña. La mano hombruna se esmera, agarrada a su corbata, por conseguir una cita, quizás esa misma noche, y (¿en vano?) materializa suspiros de pesadumbre, porque no piensa (el idiota) que hay formas más delicadas, maneras menos groseras de seducir a distancia. ¿Quién busca la torpe broma de ser llevada una noche a cualquier antro de muerte donde sólo hay macharrangos borrachos por la carne limpia, sátiros veleidosos con el halago oportuno y la peseta propicia en la vellonera hambrienta para acabar enyuntados en el baile de ocasión? ¿Merece una linda cara que, en el medio de un bolero, por el cebo de su gracia, la sobajen los sudores de tantos necios malsines que se riegan por el mundo? ¿Qué culpa tienen las pobres (inocentes, con frecuencia) de los ciegos apetitos que generan de seguido en los inmundos moteles donde rueda esa basura? El butacón se estremece con rencor reconcomido frente a la puerta cerrada del apartamento en sombras en un grito sofocado por la música exaltada del equipo estereofónico (el nuevo disco de Sophy) o por los perros que ladran erguidos en el sobresalto del quicio de la ventana cuando dan las nueve y media en el reloj de la sala.

Ya sigue la impaciencia, siempre hostigando los sentidos detrás de la faz perpleja o del cuerpo amodorrado, ahora frente a la terraza, en el sofá damasceno comprado en Santo Domingo. Unos murmullos contentos se filtran de alguna parte. Los perros duermen tranquilos, el uno al lado del otro. La imagen televisiva se perfila en un descuido de los índices ociosos. Los programas mañaneros esparcen en el ambiente un banal aburrimiento mientras la vista y los dientes se ocupan ansiosamente de triturar las falanges del índice y del meñique, y del pulgar, indefensos. Entre ojeadas y bostezos, una novela argentina aparece en la pantalla, donde una doña y un tipo se acribillan a denuestos. La mujer se gasta un moño de tiempos de Carlos Quinto y exhibe un vestido negro que recubre de nobleza la austeridad de su rostro de dama rica y madura; el hombre es el galán típico de la agreste zona tórrida: un macho tosco y fornido, con el pelo engominado, el traje de algodón a rayas, con solapas y chaleco, y la mano en el bolsillo para hurgarse el regio miembro cuando llegue la ocasión. Discuten violentamente, con pasión almidonada, se lanzan a las cabezas improperios y miradas que les enciende la cólera como plaga de luciérnagas: las palabras que profieren se parecen a las de Úrsula en los momentos de enojo, cuando se queda callada y se sienta en una esquina, fingiéndose desinteresada en todo su derredor. Es bella así, retraída, al ocultar sus rencores en una mirada baja sin derrotero propuesto; pero también cuando esconde su rabia bien contenida en una expresión absorta. Por la ventana, hacia afuera, pasan volando palomas, y el sol, brillando en el piso recientemente encerado por el dominicano alto que viene todos los sábados, refleja las once y media en el cristal de la mesa, donde yacen las colillas de los cuatro cigarrillos apagados desde anoche por la mano de la ausente.

En otro momento, un libro, un periódico extranjero o una epístola inconclusa distraerían los afanes de una cierta incertidumbre; pero ahora, ante la falta de los ojos traicioneros, la terapia del trabajo, el fértil entretenimiento, ya no alcanza a dar descanso a las que esperan calladas, sentadas en este instante en el sillón oscilante de cara al ventanal trasero, mientras el sol meridiano anuncia su cercanía en los arbustos cortados por las tijeras aviesas del jardinero cubano, y los niños del dos trece, vigilados por sus madres (entre novela y novela), se tiran por las chorreras y saltan en los columpios hasta estremecer el cielo. Del librero se desplazan los olores de las páginas acumuladas por años de escrutinio prometido y por siempre postergado, dados otros menesteres. Los viajes de libro en libro, de revistas en revistas, son un recurso fortuito que impone el azar de pronto: hay novelas policíacas o diálogos amorosos de adolescentes muchachas, postradas en la vana espera del hombre que las rescate del

tedio y de la pobreza de sus vidas predispuestas por parientes o por madres religiosas y de probado abolengo. La voluntad abre un tomo de hojas recién cortadas por las prensas diligentes y lo lleva a la butaca de bambú con tres cojines para mirar cada página con rápido ensimismamiento. El encanto producido por las palabras impresas dura poco en la memoria de las lectoras fortuitas que divagan pensativas desde el prólogo hasta el índice sin lograr calar del todo en los surcos de la historia penosamente fraguada por una pluma ya seca por el viento de los años.

Los ojos entre sus cuencas se debaten de continuo entre confusos estímulos sin poder fijar ninguno en su campo sensitivo. Entre el montón de revistas, una rubia en traje blanco con un aire aristocrático atrae la mirada vaga y el abandono del libro apenas recién abierto. La mirada emprende un viaje por la multitud de fotos que componen la revista; pero igual, no surte efecto: el magazine cae al suelo y en sus páginas transitan instantáneas blanco y negro de rituales pasajeros, por entre los grandes trazos de las crónicas sociales, los matrimonios selectos, las quinceañeras de junio y los natalicios súbitos de bebés llorando al tiro. Plegada la postrera página, retorna de nuevo el tiempo. El minutero camina con reprimida impaciencia; la fijeza del horario solivianta la memoria, supina y aletargada, cuando marca la una y media de la tarde, y es temprano. Los jefes en la oficina regresan de sus almuerzos, seguramente repletos de la cerveza más cara que compraron en los bajos, y están ahítos de grasa, pero ávidos de cólera y de fuerza desatada en tus espaldas, paloma. Gacela de los ojos zarcos: ¿qué deidades desalmadas te obligan a ofrendarle el cuerpo al putrefacto apetito de tantos buitres y hienas?

Debajo de las revistas, por azar, la mano encuentra un álbum de fotografías de hará como dos veranos, y al doblar de cada página aparecen las dos juntas en multitud de instantáneas, con sus trajes veraniegos en la playa del oeste. Las fotos salieron buenas en aquellas vacaciones, aunque alguna como ésta, la del hotel del crepúsculo, tiene el ángulo torcido; pensar que valió la pena perder el fin de semana con arreglos repentinos, las maletas mal cerradas, el tráfico acalorante por esa arena tan limpia y lo del sol fue tremendo para quemarse de veras.

Al cabo de tres minutos de contemplación atenta, la butaca del refugio se declara arrepentida de la apertura del álbum. Recordar es vivir menos. Lo del bar fue cosa seria: después de un día de playa, de nadar entre las olas con las crestas más audaces y ver regocijarse a Úrsula en un bañador ceñido a sus nalgas campanudas, llegó la noche de pronto, pegando un aldabonazo de negrura intempestiva en el cansancio imprevisto de las dos vacacionistas. Era noche de verbena y del hotel, mucho huésped fue al pueblo a divertirse un rato en las fiestas patronales; pero aquellas dos

temían conducir con imprudencia si acababan por ir lejos a beberse algunos tragos, y decidieron quedarse dentro del bar hotelero y consumir con mesura los cocteles más baratos y las Medallas nativas, para mayor beneficio de su presupuesto endeble. Escogieron una mesa que mirara la bahía donde llegaba la luna con reflejos argentados (perfecto para turistas). Pero se aburría Úrsula, los ojos zarcos lloraban, y a poco ya se quejaba de las huellas del sol duro en su espalda blanquecina. Trajeron por fin los tragos y bebieron con holgura. Estaba descotada Úrsula, y mirarle allí los senos, pletóricos y gentiles, bajo la luz de la luna era una visión tantálica por desgracia compartida con todos aquellos hombres con la estrechez en los ojos desde la barra al asecho. Prefirieron ignorarlos, y así lo hicieron un rato, hasta que llegó un tipejo con pinta de Casanova a situarse cabe Úrsula, junto albar, frente a la playa. No tardó el donjuán imberbe en pagar todos los tragos, y los roces y susurros entre Úrsula y el hombre, a escondidas de la otra, condujo hacia un coqueteo iniciado por aquella, con guiñadas o sonrisas de sus ojos cristalinos y sórdidos desplazamientos de sus combas prominentes. No hubo ya quien lo aguantara. Mascullando un improperio y sin siquiera mirarla, la otra se fue violenta a su cuarto y de repente en verano empacó sus pertenencias y regresó a casa sola, tras toparse con la gracia de un taxista compasivo, mientras Úrsula quedaba con el hombre a su costado hasta llegar al cansancio de hostigarse mutuamente dieciséis zonas erógenas de sus cuerpos fatigados.

Ala mañana siguiente, de vuelta en el condominio, abrió la puerta contrita la impúdica magdalena con el cabello perplejo por la magia del salitre y la epidermis tostada por el calor de los cuerpos en combustión clandestina. Entró sin decir palabra, apenada por el gesto de su mentón satisfecho y sus labios macerados por los besos en desorden, con la ropa contrahecha en el maletín muy rápido, empacado esa mañana, después de prodigarle al hombre un ocioso "pues, nos vemos". Mientras la otra miraba con sus ojos abatidos el paisaje desolado del parque del edificio por el sol del mediodía, Úrsula se metió en la cama a recuperar las fuerzas y el aplomo necesario para trabajar mañana y ofrecerle a su amiguita alguna media mentira sobre lo pasado anoche, sabiendo que era un acto vano, que jamás sería creída (como no lo fue, en efecto). Después de esto, por tres meses, la otra se durmió en escarnio en *chambre separée* cerrada de los ruegos nocharniegos de su bel amie contrita. El perdón les llegó al cabo; pero la risa y el cuerpo de cada una en la otra no fue jamás como antaño.

En la existencia de Úrsula, la vanidad es un hábito lucido todos los días por su cuerpo alabastrino, ya que en su cerebro ardiente cada macho seducido es un trofeo inmolado ante su orgullo insaciable de hembrona provocadora. ¿Por qué se fijará a menudo en varones tan peludos, barbones y

desaliñados, con olor a sudor rancio y con las manos ansiosas de tocar a las mujeres en cualquier lugar posible de sus cuerpos desvalidos? Nunca habrá nadie que explique su gusto por los hombres altos y con las piernas robustas y la piel fina y bronceada, o por los machos bajitos con el tórax expandido por sobrecarga de pesas y todo lleno de pelos como un neandertal lascivo. Han sido varios los tipos con quienes ella ha salido una vez acabó leyes y se fue a vivir solita (tendría veinticinco años), ya lejana del padrastro (un dipsómano irredento con pretensiones aviesas sobre el virgo de su hijastra), pero, incluso con la otra viviendo como compañeras, de vez en cuando se iba con cualquier galán fornido a tirárselo seguro si éste se comprometía a no llamarla más nunca, concluida la aventura de sábana y apareamiento en las paredes rosadas de algún motel retozón. Entre tanto chauvinista que prolifera en la Isla, hay uno peor que otros y hace meses que la asedia y se encandila en miradas o le dirige piropos a Úrsula la sandunguera cuando la otra no mira: se llama Damián Robledo ese varón tan seguro de su musculosa estampa, de su porte ejecutivo, de su labia palabrera, de su carro tan pulido, que para colmo de males ocupa el piso de abajo. Ojalá que un torbellino se hubiera llevado al hombre de la casa y de esta vida, porque así no habrían clavado las puterías de Úrsula otra espina ponzoñosa en la corona de cardos que las amantes infieles encajan junto a las sienes de las amadas benévolas.

La sombra de Damián Robledo se convierte en pesadilla de un recuerdo vulnerado por su amarga semejanza con otro varón berriondo con quien se vio envuelta Úrsula en tiempo no tan remoto. En el weekend de Thanksgiving, hará cosa de año y medio, ambas fueron invitadas para celebrar con todas sus amistades selectas, en una casa de campo, la victoria bien sonada de la gente del bufete donde trabajaba Úrsula en un caso de divorcio peliagudo y escabroso entre un senador atómico, botarate y mujeriego y una blanquita de Ponce, reputada de ninfómana, por un supuesto adulterio con un ministro aleluya. La liason pericolosa de Úrsula con aquel hombre, invitado al get-together por la fuerza del destino, marcó no más para ambas el desastroso comienzo de las presentes desgracias.

En aquel fin de semana de pasadía en la Isla, el anfitrión era un chico arquitecto paisajista, bastante homosexual, muy rico, y de gustos impecables, con una casita hecha de las maderas más finas, recién pintada de blanco y mostrando en cada esquina toquecitos hogareños que desmentían su uso como lugar de retiro para los días de asueto. En el campo y la montaña, con la hierba en los tobillos y la brisa del Caribe tremolando en las camisas entreabiertas de los hombres y marcando los contornos del seno de las mujeres en apretados pulóveres o arrastrando de repente todo el arreglo de un picnic, los paseos frecuentísimos a la luz y al

aire libre no pudieron ser mejores para los paliques gratos y los chistes ocurrentes de política o de sexo; pero estaba aquel intruso con aspecto de estornino, un David lampiño y flaco, de inofensiva apariencia, mas armado de honda y piedras y experto en cazar palomas maternales atraídas por su aire moscamuerta. Era un hombre reservado, solitario y decidido a apuntarse una conquista en su diario secreto: las fiestas no le interesaban, pero estaba allí en el campo, no siendo suya la casa, por abusar de lo gratis y la cocina excelente que la bondad de su dueño preparaba por las tardes.

Las miradas imprudentes entre el par de los culpables vinieron desde un principio. Estando cerca del río, que corría por la finca, aún no contaminado por las refinerías cercanas, pasaría lo previsto: el piropito pedestre, la miradita muy tierna, el roce sin querer queriendo, la mano sobre las piernas, el ojo sobre las nalgas, la lengua junto a los senos, y controlarse, que sigue, y es un ¡ay! muy refrenado con la sangre que se sube, la cordura ya alejándose de estos predios infelices para meterse la otra, tristabunda y cabizbaja, a hacer pucheros malsanos en lo profundo del cuarto, a reprimir hondas grietas en los negros lagrimales opimos de livor salobre, a tentarse nuevas llagas desbordadas por serpientes de mordeduras violetas. Al entrar más tarde Úrsula en la pieza compartida con su airada compañera, tenía la tez repleta de tórridos apretones y el sexo todo revuelto por un contundente orgasmo; pero no pudo llegarle a decir una palabra de disculpa atolondrada a su despechada amante porque la halló por el suelo, sin ropas y sentido alguno, sumida en el sopor profundo de cinco o seis barbitúricos que el anfitrión arquitecto, un insomne depresivo, guardaba en su botiquín. Corriendo se fueron todos hasta el dispensario público del municipio de Lajas donde un internista sirio de mostacho almidonado y espejuelos de tortuga, con un émbolo potente en sus dedos de pianista, le succionó del estómago la zozobra somnolienta de la intentona suicida. Al recobrar la conciencia al mediodía siguiente, la paciente, aún estragada, el médico le dio de alta bajo el cuidado de Úrsula, y al verse, las dos lloraron.

El ritual conciliatorio fue penoso y prolongado. Comenzaron los reproches de mañana en la cocina o después del desayuno, las quejumbrosas llamadas de un acento gemebundo a Úrsula en su oficina, las discusiones nocturnas de sus problemas más íntimos con los amigos en medio sin saber dónde meterse, las visitas a un psicólogo de la avenida Condado los sábados al mediodía, las abstinencias periódicas del púbico ayuntamiento, las ausencias esporádicas de aquel cuerpo delictuoso para casa de otra amiga abogada como ella; todo a la larga fue en vano: el David, maldito hondero, le había abierto una herida a Úrsula entre las piernas, una hendidura famélica cuyo apetito entusiasta ya nunca se saciaría sin que una

verga de plácemes le derramara en la vulva la linfa vivificante de dos semanas de acopio.
Y no es que ya no gozara Úrsula con frecuencia del ocasional retozo con su fiel compañerita por la cama distendida de las mañanas de asueto. Las ocasiones propicias las buscaba, siempre ávida, la rubia de los ojos zarcos, con la mirada turbia, los brazos bien extendidos y la lengua dirigida a inmersiones acrobáticas en el vellocino ébano de su amiga bien dispuesta, incursiones exitosas que después reciprocaba en su blonda contraparte, la otra, acezante, ardida en el espasmo insumiso de un perpetuo resquemor. Como en los tiempos de antaño, jamás Úrsula rehuía el fragor de los combates de pezones exaltados en sísmico estremecimiento al destilarse las savias de fragantes epidermis y trabarse las pendencias de los pistilos erguidos de un capullo abierto en flor; ni tampoco desdeñaba la confusión de su cuerpo de amazona intemperada con la entrega enternecida de la otra, sosegada sobre las sábanas blancas; y también se complacían, en lúcido anonadamiento, las lujurias ursulinas ante la apetencia lúbrica de su víctima, transida por el orgasmo incipiente que venía a anegarle al cabo el interior calcinado de su espelunca perpleja, cuando veían borrarse los calladitos rencores provocados en la otra por los desmanes pretéritos de Úrsula, la incontinente.
A pesar de los contactos carnales y apasionados de la pareja de amantes, un hecho era ya innegable, no obstante las apariencias de este par reconciliadó: después de aquella hecatombe del fin de semana en Lajas, ya Úrsula no se estaba quieta sin que un semental arrecho le rondara casa y coño. Hubo siempre alguna tarde en que un carro asordinado se estacionaba discreto debajo de los balcones y allí esperaba buen tiempo aquel David sea su madre, hasta sentir los tacones descender las escaleras, atisbar embelesado la falda de estrecho tubo ceñirse a los muslos largos y suspirar el perfume en tanto aparecía ella; se ponían seguro en marcha, escogían con mucho tiento los rinconcitos casuales, los bares más escondidos, tratando por todos medios que el precio no fuera alto, que la comida servida no tuviese mal aspecto, que los tragos preparados no estuviesen más bien flojos o demasiado cargados y cuidar con mucho esmero el humo del cigarrillo por no mancharse la ropa, que después huele a ceniza, y en el momento del ansia no hay para qué estar hediondos. Mal momento los veía con las manos recogidas, llegando a lo más oscuro de la mesa arrinconada en el patio, sin llovizna; los faroles de la plaza simularían luz tenue contra el vidrio despejado por la bayeta del mozo, cuando venía apenado con la palabra del cierre. Se marcharían seguro, la cena ya concluida, con más prisa que paciencia, hacia los mares desnudos, a revolcarse en la arena, a tirarse caracoles a lo profundo del pelo, porque la

noche admitía caricias nunca previstas, recuerdos poco dormidos en las hincadas recientes o en las grietas más tardías, y hablarían del futuro por las quietas avenidas de los aumentos de sueldo y los desayunos tibios a la orilla de la cama con el radio a todo fuete y las noticias andando, la plancha que no camina y los gritos de los nenes jodiendo desde la cuna, pidiendo café con leche o poner los muñequitos antes de ir a la escuela. La cama bien tendida y presta a la cópula insensata sería, de un hotel barato; la lámpara iría simétrica sobre el tapiz blanco crema; las cortinas descorridas mostrarían los contornos de un balcón óxido puro y el aroma del salitre ocultaría el reflejo del farol de la intemperie, reducido y atenuado por la camisa en arrugas, colgada de un gancho único frente al ventanal abierto; la vestimenta de Úrsula se encontraría esparcida a lo largo de la alfombra con la nevera entornada y la seda en piel torneada de su cuerpo descubierto se buscaría entre sombras para no perderse nunca y entregarse totalmente en ese instante funesto en que la mano furtiva desprendía la luz escasa sobre la mesa de noche.

No volvía hasta la mañana, con el pelo recogido en un moño a la española, la cara recién lavada por la ducha matutina, los zapatos en la mano, y pedía perdón sonriendo, con dos hoyuelos formándosele alrededor de los labios, la inmoral, desvergonzada, quién se creería que

era para llegar tan despacio, sentarse sobre la cama y decir "no pasó nada, dormí en casa de una amiga, (el nombre siempre cambiaba) para adelantar un caso o porque estaba cansada, salí tarde del trabajo". ¿Quién creerá tales embustes y qué respuesta ofrecerles? ¿Lanzarse por la ventana al medio del estacionamiento, aniquilarse el cerebro con píldoras para el insomnio o quizás virar la mano contra la mejilla alba de esa bella hija de puta? Pues, ni una cosa ni otra. Mejor parecer silencio, callarse largo el enojo, acostarse muy temprano en la cama compartida de espaldas hacia la puerta y con la sábana encima o dormir en la terraza en la poltrona del plástico de los días de la playa, mudarse a otro apartamento lo más lejano posible de esta abogada promiscua, volver a encontrar trabajo escribiendo reportajes de farándula, espectáculos o reseñas literarias en revistas y periódicos (y nunca más en la vida renunciar a tal empleo para estar con una amante tan proclive a los fornicios con varones carajudos), buscarse otra amiguita dócil, bien formada y muy casera que acepte buenos consejos de la voz de la experiencia, o acabar, si todo falla, en un remoto convento de carmelitas descalzas o hermanitas mercedarias donde el hábito de monja acabe por tapar del todo los horrores de este cuerpo y el apetito nefando de esta carne lacerada por los estragos del eros.

En el buzón, una tarde, había sólo una carta para Úrsula la ausente. Venía disfrazadita con bella caligrafía en papeles perfumados de alguna amiga

alcahueta pero dentro había escritos unos lerdos garabatos para nada femeninos (tenían tufo a tabaco) cuyo acerbo contenido resolvía de un zarpazo los vestigios que quedaban de una duda verosímil: se leía en esas páginas la certeza sospechosa de que algo había torcido la apariencia de un acuerdo entre Úrsula y su amiga. La epístola no mencionaba los liberales encuentros que ya se habrían fraguado entre aquel David y Úrsula, pero el tono confianzudo y las frases cariñosas poco más que proclamaban a la rosa de los vientos que aquel sujeto gozaba sin ningún impedimento de todos los entresijos del cuerpo de la licenciosa. Para completar el cuadro, el seductor atrevido invitaba a su corteja a un viajecito a Saint Thomas con todos los gastos pagos so pretexto de negocios, sin el menor miramiento o mostrar respeto alguno por aquellas que aguardaron, entre el humo de los años y la ansiedad de la espera, la llegada de este idilio de promesas redentoras para en él volcar angustias y existir entre un ensueño, cuyos falaces confines ahora se desvanecían como un mero trampantojo. Es que así son esos hombres, creídos, independientes porque manejan dinero y tienen carro del año, hasta que ven unas nalgas cuando menos se lo esperan, y van y meten la pata hasta la misma centella para buscar a esa mami y agarrarla bocarriba donde se moja lo seco y se protege lo cálido y se eriza lo peludo y se gestiona lo fértil y se suelta lo rijoso y se promete lo eterno y se empuja lo mundano y se acaba en saca y vete, un dos por tres y está hecho.

Cuando dan las tres y media, las vecinas del segundo atraviesan calladitas el corredor principal; pero no llevan sus satos a hacer pipí junto al muro conquistado por los de ellas, los preciosos adorables. El tiempo ya se va acercando para el suplicio que anuncian los ingratos pormenores de una eterna despedida: esta noche, sin remedio, al oírse los tacones y perpetrarse el perfume detrás de la cerradura, porque en menos de tres horas el sol de hoy se habrá puesto por detrás del horizonte. El colmo de la desventura es aventar los deseos en lágrimas y sollozos, que discurren por la blusa de senos alicaídos hasta el pantalón vaquero, cada vez más apretado en los muslos y en el talle (a pesar de los ayunos, las dietas y los aeróbicos), tras avistar en la esquina del cesto de la ropa sucia una prenda interior de ella, caída de camino al laundry, y en los pliegues de la tela sepultar las ilusiones con la boca murmurando cada sentir dolorido, las palabras aprendidas en la iglesia cuando niña y la oración de la virgen de todos los desamparados.

Antes que muera la tarde, en el sofá damasceno, sentada frente a la terraza y envuelta en su desconsuelo, la memoria destendida fragua un último escenario: una noche dijo Úrsula que, si David la llamaba, para él no estaba en casa. Así se supo a la postre que los dos habían roto. Pero no

duró bastante esa alegría invasora que sacudió los sentidos y el corazón entre pálpitos de júbilo y aspavientos. Pasaron algunos meses y ocurrió otra vez lo mismo: llamó el tal Damián Robledo (el que es vecino de ellas, el mismito de allá abajo) y esa noche fueron juntos (ella y él, que quede claro) al Teatro Bellas Artes a escuchar a Lucecita cantar con Justino Díaz la música de los años viejos.

El fatal Damián Robledo había entrado en sus vidas hacía ya varios meses y su temida presencia venía a complicar las cosas y los hechos de esta historia. Con atisbos de omnisciencia, el sofá de los trajines fraguó el principio de todo: a Damián le gustó siempre la vecinita de arriba con los ojos llamativos y la sonrisa perpetua. He aquí al tipo retratado en memorias tormentosas: un hombrón de rostro ancho, de carrillos mofletudos, espaldas bien emplazadas y bíceps guapos. Le gusta atraer mujeres con sonrisas y con flores, y cenas muy bien planeadas a la luz de las estrellas. Él era soltero o viudo (la cosa no estaba clara), de profesión delineante y retratista frustrado de desnudos al carbón, lo cual realzaba su fama, entre sus muchos amigos y amigotes jodedores, de bebedor putañero y bajapanties masivo.

Empezó a mirar a Úrsula apenas se mudó allá abajo. Le gustaban sus piernotas, que ella siempre le enseñaba cuando se paseaba sola (o con los perros, si acaso) y en pantalones cortísimos por los parques aledaños al moderno condominio donde ambos residían, mientras él se entretenía sembrando alguna semilla en su jardín predilecto o echándole abono o agua a su rosal más florido. Después de verla por meses llegar a su apartamento, bien sola o bien con la otra, a quien siempre él despreciaba para contemplar a aquella de los ojos zarcos, puros, y el cabello recogido en una trenza ladeada sobre su cuello tan terso, vestida elegantemente con unos trajes ceñidos a su cuerpo femme fatale, Damián Robledo juraba delante de sus amigotes que ya vendría el momento de hablar un día con ella y la semana siguiente llevársela para cualquier sitio y allí pasarla bien chévere. Parece que un Dios canalla hiciera este mundo avieso para ayudar a esta gente a ponerles bajo el cuerpo la mejor de las doncellas que se inmolan como ovejas al instinto carnicero del macho fiero y bravío.

Seguro no tardó Robledo (era un hombre de recursos) en averiguar todito sobre la mujer de arriba y los casos de su vida con la señora de al lado, a quien le contarían todo las dos vecinas de enfrente cada vez que se juntaba el trío en casa de alguna de ellas para ver telenovelas y estar al tanto de cada entra y sale o movimiento del resto de los inquilinos. Por la vecina condómine se enteraría Robledo de la vida compartida por aquellas dos mujeres que nunca lo saludaban cuando él les sonreía, al toparse en el pasillo de camino hacia la calle, con todos los blancos dientes de su saco

Pierre Cardin y el charol de sus zapatos taconeando de contentos al bajar las escaleras tras ellas, las huidizas.

Encima del sofá mullido con cojines pisciformes y en frente de la tristeza dibujada en el ocaso por el llanto de los ojos, la memoria se endereza hacia el punto decisivo de este lúgubre episodio. El sonido de los carros que corren vertiginosamente por la carretera expreso como dos cuadras abajo anuncian a las cinco y media como hora de irse a casa a preparar la comida, a sentarse en la indolencia de los programas nocturnos y el novelón lastimero de las siete y de las nueve. Los maridos cuando llegan abandonan la maleta en la entrada de la casa, besan hijos (si los tienen) y manosean las nalgas prominentes de la esposa (si las tienen) para leer el periódico con los pies sobre la mesa y el trago con el cigarrillo en la esquina de la cama mal tendida desde anoche y que acaso aún refleja los deberes conyugales acometidos en ella. Pero el sofá se adormece perturbado por la espera y conjura la presencia del fatal Damián Robledo en la noche de su triunfo. Después de tantos piropos, desaires e invitaciones para multitud de eventos, reales e imaginarios, se consumó finalmente la salida de él y Úrsula al concierto en Bellas Artes de Lucecita y Justino, y pueriles escapadas muy pronto se le sucedieron, cada vez más a menudo y a escondidas de la otra, a los bares más discretos de Isla Verde y El Condado, y cuando no, a restaurantes, a cines o a las discotecas más caras de los hoteles de la ciudad capital.

Cumplidas como tres semanas de este asedio prepotente, la lascivia almacenada aleve y subrepticiamente por el fauno y la ninfómana, cada vez que ambos salían, acabó por desbordarse en un motel de la playa del litoral noroeste en una noche de lluvia con todas las camas juntas sirviéndoles de trampolines a los deseos erectos tras lamer sobre mojado. En cuclillas y a sus plantas, con su grupa desafiante en redondez espirita, a Úrsula punza cual boyuna yunta el pujante Robledo, siempre erguido. Mientras calla los sordos estertores de su vientre y le agitan las entrañas las crecientes y recias embestidas del narval encajado entre sus muslos, la hembra infame masculla panegíricos a los túrgidos dones de natura y a la gloria sumisa del vacío que le llenan, quizás por vez primera, aluviones fluviales provenientes del nervudo arcabuz del garañán, y ya todo se vuelca y precipita en gemidos histéricos, constantes, cuando Úrsula, rígida en su trance, da acogida en su rojo escapulario a un rosario de perlas cenagosas. Así hasta por la mañana, montados los dos muy juntos en potro perenne y tieso, cometidas con constancia la colisión de los cantos o la ponderación perpleja de la recta y de la curva, extraído de su cáliz el fluir de los pecados, conjurada con caricias el resurgir de la carne y elucubrado en mil poses el rostro de la vida eterna, por siempre y Damián, amén.

Después de tal hecatombe, el río no volvió a su cauce como hiciera en el pasado. Las entradas y salidas de uno a otro apartamento se hicieron más evidentes y las quejas del escarnio, cada vez con más frecuencia, al unísono caían sobre toda esta inmundicia. Pero, al cabo, los reproches perdieron todo su efecto y la desfachatez de Úrsula ni siquiera se excusaba por sus continuas tardanzas y sus salidas fortuitas, a cualquier hora, de noche. Ante cúspides de injuria, el porvenir más aciago amenaza con parquearse a la vera de la vida de las Penélopes mudas, y tendrán, entre tejidos de lágrimas dolorosas, que soportar a los príncipes, currutacos malnacidos, con su paladín Robledo anegándole furores a Úrsula en su ensenada, tras hacer suya la casa donde habitan las oníricas de los sueños más profundos. O un día no muy lejano, quizás esta misma noche, se mudará silenciosa al pisito de allá abajo, a dormir entre las piernas de ese patán engreído. Ojalá que los embates del sátiro vanidoso que ahora tanto la colman, con el tiempo no la amparen de las tercas veleidades que sentirá en el futuro por alguna nena frívola de pezones incipientes.

Ahora todo está perdido: al terminar la semana, amigos oportunistas de la asociación canófila se llevarán a los perros a sus moradas playeras de Fajardo y Río Grande, y aunque nadie lo diría, el armario está vacío, la ropa, toda doblada, los libros dentro de cajas, los papeles en los sobres y empacadas las maletas dentro del cuarto de Úrsula, cerrado herméticamente con una llave dorada cuyo escondite es el clítoris de una dueña seducida por cuanto varón priápico se atraviesa en su camino. Ante semejante sino, hace un rato que está echada la más perra de las suertes: sin pizca de arrepentimiento, más vale deshacer los nudos, desatar todos los lazos de la existencia podrida con cinco o seis barbitúricos adquiridos sin receta en un punto clandestino tras de Plaza de las Américas, y, en un lecho de somníferos, revolcarse en un abrazo con la muerte enamorada.

El dulce envenenamiento es un irse despegando de los sudores menstruales, de la sangre derramada en el sacrificio inútil de la maternidad frustrada, un gradual desprendimiento de la psiquis alterada por la libido crecida ante el clamor de la carne, un reposar regalado de la vejez inminente, del abandono seguro del otro cuerpo caliente con quien se vive la vida, una honrosa retirada de las vigilias insomnes, de los ruegos humillantes a una amada desdeñosa, del desengaño más triste de este mundo porquería. Venga pues la demorada, la feral anuladora, la temida, la adorada, la igualadora de todos a tocar duro a la puerta con un pasaje de ida debajo de sus axilas y una rosa tempranera agarrada entre los dientes, que aquí será bienvenida por la postrema sonrisa y el suspiro más helado de labios agonizantes.

El diván al dar las siete se oscurece soberano y el ojo semicerrado en letargo comatoso renuncia a cada memoria de un futuro prometido por el saber visionario de la avalancha tardía que sellará a cal y canto los umbrales del recuerdo. Un golpe final de dados de las parcas hilanderas abolirá juntamente el juego de los azares, cuando la amada nocturna de las rodillas exangües esté sentada en el poyo de la ventana más alta del apartamento a oscuras y acuda a darle la diestra conductora de los viajes a un cuerpo obeso y dormido en el sopor más extremo, y que salga liberado por la nariz y la boca el aliento retenido en el último minuto, no sin antes cerciorarse con la postrera mirada de que la puerta de entrada esté sin llave, entrejunta, y las luces apagadas para que Úrsula tropiece, cuando venga por sus cosas al regresar del trabajo, con mi cuerpo moribundo, tendido sobre los cojines de aquel sofá damasceno comprado en felices días, y piense que estaré soñando con esos ojos divinos que nunca volveré a besar.

FIN

(Jorge Luis Castillo nació en La Habana, Cuba, en 1960. Ha publicado la novela “La estación florida” (1997), y ensayos, cuentos y poemas en una variedad de revistas. Tiene en prensa el libro de cuentos titulado “Las oníricas y otros relatos” y otro, sobre el lenguaje y la poesía de Julio Herrera y Reissig. Graduado con un doctorado de la Universidad de Harvard, actualmente se desempeña como profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de California en Santa Bárbara.)

DIOS CON NOSOTROS – ÁNGELA LÓPEZ BORRERO

Náuseas, coraje, llanto; un gemido ahogó el deseo de ser yo, galopar sobre él a la deriva, perderme en el alboroto de sus dedos, destilar la miel de mi esclava, sudar como ella, jadear como ella, morir bajo el peso de ese amante tuyo y mío, tuyo y mío, ahora y para siempre, más tuyo que mío, Agar.
Fue mi voluntad y no la tuya, Agar, que esclava eres, mi voluntad entregarte, meterte en las sábanas de ese hombre al que pertenezco como tú me perteneces, pero tú mi esclava egipcia eres hermosa y virgen, tu piel es una caricia del sol, tu pelo negro es suave y sedoso, toda tú eres apetecible y es tu vientre firme, fértil. Yo, en cambio, dejo un trazo de camino largo desde Ur de los Caldeos hasta esta tierra que habito en Canaán y mis carnes cansadas se rinden con el tiempo y no paren.

Maldice, Oh Jehová, a esta tu humilde sierva, maldice este vientre seco que me ofrendaste injustamente, maldice mi existencia y maldícelo a él y a ella, y a ti mismo, Oh Dios, por poderoso e ingenuo. He aquí, Señor, que he entregado a mi esclava Agar y le he dicho a mi marido: "Ya ves que Jehová me ha hecho estéril, ruégote que tomes a mi sierva, quizás tendré hijos de ella". Y ha atendido Abraham mi pedido con deleites y con el néctar de su boca estruja sus labios, sobre ella se unta con aceites y suaviza sus carnes y se retuerce como víbora y la penetra.

Aquí estoy, detrás de esta puerta escuchando sus quejidos. Sola, desde aquí miro sus carnes confundirse, los veo enredarse, juguetear como dos niños. Él le va quitando cada pieza mientras ella se envuelve en sedas y baila, se cubre los senos duros como dos montículos de barro tierno que él amasa, y va formando su cintura y unos muslos redondos como columnas abiertas, su espalda culmina en montes y él con su lengua abre espacios, la va llenando, formando fuentes y ríos. De sus bocas salen palabras que no entiendo, susurran y ríen; ella sudorosa grita, gime, sorbe, se acarician, se estrujan, se suavizan...

La veo ahora cómo se tumba arqueándose, entregándole su sexo abierto y húmedo. Él, a gachas, salvaje, se le escurre entre las piernas como animal sediento y bebe hasta agotar cada gota de ese cántaro. Cerca de la media noche languidecen, me llega ese olor, respiro profundo esa mezcla de almizcle y azufre de dos cuerpos que retozan sobre un charco de amores. Ella lo lame como cachorro; él la deja, los ojos perdidos por el placer de esa lengua que sube y baja y se traga esa viril entrepierna que fue una vez el placer de mi boca. Ahora oigo el chasquido desesperado de sus cuerpos pegajosos, los oigo como sorben, incesantes; y luego ese maldito silencio...

Aquí sola yo y la noche, y mirando tu Creación me pregunto: ¿Quién soy ante este cielo infinito, ese manto oscuro que no acaba? ¿Quién, Oh Dios, ante esas luces que colocaste lejanas como luciérnagas? Y Tú, ¿quién eres que desconoces esta mi pena? Míralos allí, Oh Jehová, míralos y desgarra la túnica que te arropa como yo desgarro la mía, siente esta brisa fría, siéntela, Señor, como yo, solitaria y quieta bajo este cielo inmenso. Ven aquí, acércate a mi tienda, desnúdate conmigo, pasa sobre mis pechos huérfanos el aliento divino de tu fuego, saborea este elixir amargo que mana de mi lengua y deja que tus dedos me dibujen como a una Eva sobre un lienzo de seda. Déjalos correr sobre mí, hurgar en mis carnes, enredarse en mis madejas, apaciguar mis penas. Suaviza, Señor, mi quebranto, este dolor al que me obligas injustamente. Noche tras noche, los he visto saborearse, se acuestan y comparten esa brega intensa, se revuelcan hasta el amanecer mientras esta tu sierva sufre y llora.

Ven. Señor, no me dejes sola, consuélame, hunde profundo tu poderosos afán en mis carnes que destilan miel, húndete, Señor, presiona, presiona fuerte, jadea a mi ritmo y muévete como el batir de esas aguas que creaste, sé tú el oleaje fuerte y luego quédate sereno... y siente cómo me derramo en ti y tú en mí y cesa el calor y la lluvia y duerme el sol y la luna y los pájaros y los peces y toda cosa que está arriba en el cielo y debajo de las aguas.

Paso ahora mi mano sobre tus largos cabellos de un Dios exhausto y descansas como en tu día séptimo. Refresca la brisa y sonreímos sobre esta tierra desnuda igual que ellos quietos y agotados. ¿Ves cuán hermosos son tus amores?

Señor, no me condenes, no me juzgues y apaciéntame entre azucenas que aún hay vino en mi odre. Oye el clamor de tu sierva, Oh Señor, riega de aguas este manantial seco que es mi vientre y deja que mis pechos caídos amamanten una boca para que sea tu palabra por los siglos de los siglos...

FIN

(Ángela López Borrero nació en San Sebastián, Puerto Rico, en 1951. Ha publicado dos libros de cuentos: “Amantes de Dios” (seleccionado por la crítica entre los mejores libros de 1996) y “En el nombre del hijo” (el cual presentó en la FIL de Guadalajara en 1998); ambos, bajo el sello de la EDUPR. Ha publicado en revistas y periódicos, en particular en El Nuevo Día, donde escribe una columna mensual. Su obra ha sido reconocida por importantes instituciones como la Biblioteca del Congreso y la Asociación de Mujeres Graduadas de la Universidad de Puerto Rico.)

TANTITO CERCA, PERO NI UN RASGUÑO – PEPO COSTA

llegamos velozmente al estacionamiento con el estruendo del radio a toda madre. Con Edwin al volante viajar era cosa de echarse hacia atrás y maravillarse de la facilidad con que, a esas velocidades, las cosas pasaban tantito cerca, pero ni un rasguño. El tipo era un verdadero as. Era maravilloso compartir el equilibrio que establecía al tomar una curva, la elegancia con que pasaba de un carril a otro, la sensibilidad que le tenía a las exigencias del motor. Yo, por el otro lado, no podía exigir una noche mejor. Me acababan de celebrar, como si fuera quinceañera, los dieciocho años y había conseguido, tras dos meses de asecho, que Maribel saliera conmigo el sábado. Además, tenía en los bolsillos unos ciento y pico de dólares y el buenazo de mi primo me traía a La Canasta para que me

endulzara en el aura fantástica que significa romper un virgo. Es decir, el mío.
Riéndonos nerviosamente y, antes de bajarnos del Fiat, nos arreglamos el cabello con esmero. Una vez hecha esa operación nos dirigimos en completo silencio hacia la lucecita roja que macabramente iluminaba una puerta gris de metal que era la entrada principal del lugar.
La Canasta era para nosotros una nave encantada, la meta al final del maratón olímpico, una playa para el que se fuga del invierno, el helado de un niño, navidad, cumpleaños y graduación, todo empaquetado en uno. En fin, bastantes cuentos gordos que le habíamos oído a Pin el del garaje y a Berto el del almacén sobre la atmósfera contagiosa de aquel prostíbulo. Allí también se habían hecho hombres muchos de nuestros parientes. Durante mi adolescencia, no creo que pasaron lapsos de más de tres meses sin que alguien, fuese discreta o vulgarmente, o en reuniones familiares o por el barrio, fuese con orgullo, sabiduría, repugnancia o con aire de desidia, dejara de traer a colación la gravedad alucinante que significaba aquella institución.
Mi primo y yo hablábamos a menudo de La Canasta y siempre pensábamos en lo mismo: una caja de chocolates, el sofisticado harén beduino, Roma ardiendo y Nerón cantando, ricos baúles de piratas, el viejo oeste, París a finales de la Segunda Guerra Mundial. Aquello para nosotros era todo un imperio. Allí, Don Genaro Betancourt había perdido su finca en la baraja sólo para recuperarla en un acto de hombría del cual hablaba hasta mi madre. Allí también un tío de mi padre, que después resultó ser senador, mató a un español por cosas de honor. Y ahora era nuestro turno. Esta era nuestra noche. Aquí finalizaba la ignorancia de no conocer los taburetes de piel de vaca frente al bar que comentaba todo el mundo. Hasta aquí nunca haber absorbido el fuerte color rojo, que decían, te hacía achicar los ojos y entonces veías a las muchachas bien, pero que bien, bien. Se acababa el no conocer las fragancias del lugar. Nos librábamos, al fin, de nunca haber visto a una puta.
Según nos acercábamos empezamos a escuchar la música de mariachis que salía puerta afuera. Por un momento titubeamos. La cosa se ponía fuerte. Aquello era para hombres. Yo me hubiera dejado convencer. Me hubiera sido muy fácil olvidarme de la idea si no fuera porque Edwin me da un empujoncito por la espalda, saca un cigarrillo, él que no fumaba, y me pregunta secamente:
-¿Entramos o no?
Yo opté por echarme una goma de mascar a la boca y mirar a la noche sin verdaderos deseos de mirarla. Detrás de aquella puerta estaba el manual de la hombría, la convocación a la máxima experiencia, la perspectiva de

una nueva dimensión. Si no entraba ahora, mi primo soplaría mi cobardía a los cuatro vientos. La luna estaba más redonda que llena. La noche estaba clara y quieta y eso me dio coraje.
-¡Pues claro! -le dije, aguantándome las dudas.
Edwin tocó a la puerta. De detrás de la pesada hoja de metal se presentó un individuo sumamente corpulento. Llevaba un bigote Fu Manchú, y una guayabera blanca de mangas cortas acentuándole los molleros. Por debajo de su indumenta el 38 plateado de cañón corto le ayudaba sin molestias a la gravedad. El lustro de sus botas era impecable. Nos miró de arriba a abajo con una mirada muy dura. Yo estaba por decir algo, pero Edwin, dándome un discreto puntapié, se me adelantó.
-Pirulo nos conoce -dijo.
La puerta se cerró rápida y pesadamente. Yo me sentí aliviado. Ya, se había acabado la comedia. Iríamos en vez a donde siempre íbamos, a la marginal, a pasar allí unas cuantas horas conversando con nuestros amigos.
La ansiedad regresó de sopetón al abrirse nuevamente la puerta. El gorila sonreía ahora.
-Veinte pesos cada uno -gruñó.
Mis manos sudaban, y en el acto de pagar, se me cayó la cartera. Me percaté de las risas que vinieron de dentro. Edwin, qué cabrón, le tiró una bocanada de humo directamente a la nariz del grandote y le puso dos billetes de veinte en las manos.
-La primera bebida es gratis -dijo el gigante.
Caminamos por un minúsculo pasillo que separaba a la cueva de su gruta. Era cosa de tres o cuatro pasos. Un común marco verde cascaroso de donde colgaban largas ristras de bolitas rojas haciendo el triste papel de cortina, anunciaba la apoteósica entrada. La decepción no tardó en llegar. El decor ni por casualidad comenzaba a acercarse a lo que, en nuestras fantasías, habíamos imaginado. Este era un bar como tantos otros. No era la casona antigua de grandes ventanas con Madame y todo de nuestros sueños. ¿Dónde estaba el gran salón de recepción? ¿Dónde la enorme escalera por donde bajaban y subían las parejas? Para más, ni siquiera había un pianista. La cantina, que tampoco era lujosa ni mucho menos, quedaba a mano izquierda de la puerta. Sólo llegué a contar tres taburetes de pelo de vaca con pezuñas como patas. A los demás, seguramente, se los había llevado el viento.
Detrás del mostrador atendía otro manganzón. Éste obviamente era extranjero. Su pelo rubio, su piel roja de camarón y sus grandes tatuajes de marino, delataban su ascendencia norteamericana. Justo frente al mostrador habían colocado una plataforma redonda. Sobre ella había unos tubos que semejaban jaulas. Alrededor del pequeño templete, habían

colocado mesas y sillas. Unas luces colgaban del techo apuntando directamente al centro del círculo. Faltaban las muchachas y las luces rojas brillaban por su ausencia. Lo que sí había eran dos masivos afiches de La maja desnuda de Goya a cada lado del bar. El sitio estaba prácticamente vacío. Sentados frente al mostrador, una pareja hablaba íntimamente, Cerca de ellos, dos hombres de negocios, sus corbatas desabrochadas, habían abierto sus maletines y mientras tomaban tragos escribían en sus documentos. Un hombre comía en un rincón. Dos otros jugaban silenciosamente al dominó, otro leía la vellonera. Nos dirigimos hasta el gringo. Nos trajo lo que pedimos y nos dejó saber sin halagos que You kids are early.

Sí, habría un show esa noche, pero como en una hora. Después, las chicas saldrían al piso -to mingle- dijo. Era cosa de relajarse y esperar. Mi primo se bebió su cerveza más rápido que ligero e inmediatamente pidió otra. Yo decidí rendir la mía. Todavía me sudaban un poco las manos y prefería esconderlas en los bolsillos.

La hora se fue agotando aburridísimamente. Tal vez cuatro clientes más habían cruzado el umbral. La bestia embigotada que guardaba la puerta se asomaba al salón de vez en cuando. Lo único que salvó la hora fue la inesperada e igualmente fugaz entrada de una de las chicas. Ésta había salido al piso con el propósito de recoger el plato del que había estado comiendo. Vestía unas pocas telas negras y transparentes. Encantados por su presencia, notamos golosamente cómo se le demarcaba fácilmente su anatomía. Vimos cómo un hombre la invitó a que se sentara. Ella se negó con una carcajada. Él le tocó las nalgas y la joven se rió más, pero echándole las manos a un lado. Salió bulliciosa con el plato y él se puso a escarbarse los dientes. El resto del tiempo fue un pretender no mirarse las caras: Justo cinco minutos antes de la hora llegó otro cliente con sombrero de vaquero.

Era la hora soñada. El gringo se dirigió hasta la vellonera y la apagó. Regresó detrás del mostrador, y en un momento el lugar se transformó en un infierno rojo. Un rock & roll ácido y voluminoso ensordecía el agujero donde antes había reinado el aburrimiento. De repente teníamos a una chica haciendo de bartender. El americano se había transformado en disk jockey y luminotécnico. Cuatro ángeles azucarados de gorjeos chillones se movían ahora frenéticamente alrededor del escenario. Una se había subido ágilmente hasta el centro de los tubos de una de las jaulas y desde allí se contorsionaba toda, abriendo y cerrando sus piernas como abanico en pleno agosto. Otra, arrojando zarpazos como leona en celo, pretendía que sus manos eran garfios. Llevaba una mirada vivaracha y una expresión de desprestigio fabulosa. Entretanto, las otras dos hacían que batallaban una

que otra discordia en una configuración tipo pugilista en donde, con gran deleite, se deslizaban por todo el piso. Finalizaron de algún modo en un convenio lesbiano salvaje donde la ganadora le exigía a la perdedora la práctica del cunnilingus. El bandidaje era sencillamente fustigante.
Mi primo y yo fisgoneábamos aquella cópula en un estado de efervescencia. Embriagados por aquel paraíso pornográfico, nuestra urgencia se limitaba al acto del babeo. En un momento divino, las que antes luchaban, hicieron las paces y se dirigieron hasta donde estábamos. Nos subieron y nos bajaron en un río de melao. Con crecidas calenturas jugaron un poco con nosotros. Gratuitamente, riéndose de nuestros años, nos dejaron una estimable apreciación de sus dotes amatorios. Yo miraba copio un bobalicón. Edwin tenía los ojos cerrados, la lengua afuera, y parecía que dormía como un bebé. Otros comenzaron a chillar que querían la misma medicina. El lugar comenzaba a cobrar un sabor indómito. De repente, las luces vinieron a un crepúsculo y las cuatro chicas se escurrieron velozmente entre las mesas. El americano anunció entre la música que el show continuaría brevemente. El salón había quedado despojado del rojo. Mi primo y yo estábamos totalmente alucinados. Nuestro diálogo se limitó a comentarios estrictamente corporales. Me animé y pedí otra cerveza. Nuestra empleada hacía su trabajo afectivamente y tenía una mata de pelo negro tan honda como la selva.
Una vez más, las luces comenzaron a revolcarse con gusto por todo el templete. Entonces, salió ella. Venía vestida con un pequeñísimo vestido azul que le acentuaba los senos y los muslos. Un collar blanco le glorificaba el pescuezo y unos zapatos igualmente blancos seducían el final de sus largas piernas. Era alta, hermosa, madura. El vestido encarcelaba la gratificación que todos moríamos por ver. Su corto cabello marrón era una plegaria a la sexualidad. Sentí que mi butaca era un barranco. Ella se dio un paseíto por el templete. El bullicio glotón de los presentes aventuraba al colmo. La música inundó el sitio y los de más empuje se movieron a las mesas más cerca a ella como si estuviesen en ayunas y ella fuese un bocadillo. La mujer comenzó su practicada hazaña con un azote de nalgas. Todos berreamos. Fácilmente nos aprisionó con la alegría que ponía al tocarse el cuerpo. Su ética inducía la magnificencia del deleite. No tenía impresa ni una onza de grasa la cabrona. Su progresivo tongoneo de abandono era toda una educación. Su exhibición fue un dulce delito. Mi primo y yo estábamos más estimulados que un biólogo frente a la cura del cáncer. Aquella placentera araña había terminado su baile y la bartender tenía un círculo de órdenes que atender.
Si la cosa iba a estar así de caliente era mejor movernos más cerca de la plataforma y aquel era buen momento, así que nos movimos. El americano

volvió a indicar con el pestañear de las luces que otro acto estaba por comenzar. Edwin y yo nos miramos como su fuéramos a comer golosinas.
Entró con una exactitud monumental. Se veía espléndida dentro de las luces rojas. Me sentí bizco. Esta era joven, baja, con lacio pelo negro. Arrebataba por la manera en que hacía que tapaba su ya desnudo cuerpo. Llevaba un disco de oro en el cuello a lo taíno y nada más. Sus senos eran pequeños pero firmes con areolas grandes y simétricas. Dio par de volteretas coreografiadas. Arqueó su espalda y dejó ver su prenda. La verdad que yo estaba en apuros, pasmado más allá del delirio, hasta que Edwin me haló la manga de la camisa.
-No lo puedo creer, fíjate bien. Es Lillian, es Lillian -me dijo abobado.
Ahogué un sorbo de cerveza y empequeñecí los ojos. La reconocí por el cabello y su estatura. Era Lillian, ¡nuestra Lillian! La compañera de escuela. La duraca en trigonometría, la callada Lillian a quien no se le conocía un novio. La estofoncita Lillian que prestaba asignaciones hechas a los que, por vagancia, no las habían hecho. Y allí estaba la cabrona, jorobada en una fiebre comunicativamente granuja, envuelta en su gloriosa desnudez, dándonos el cerebrito de nuestras vidas. A Edwin se le acrecentó el gusto. Yo no sabía ahora si mirar o avergonzarme. Aquella era Lillian. Terminó su número colgada de los tubos con una vileza sobresaliente.
Se encendieron las luces y todos hablaban de lo sabroso que era el espectáculo. El lugar se veía mucho más concurrido. El tipo que antes había comido gesticulaba sonriente. El que estaba frente a él imitaba algunos pasos de los de Lillian. El gordote aceitoso de la entrada miraba más taciturno que un toro antes de embestir. El gringo estaba oculto entre los cables de su maquinita de la ilusión. Alegremente, más de una docena de chicas habían descendido sobre nosotros. Una de ella cantaba boleros, mientras un tipo le ponía billetes donde se le antojaba. Era como tener vellonera particular.
-Pero tú te puedes creer esto? -me preguntaba Edwin como una locomotora. Sus ojos y su boca estaban más abiertos que las puertas de la catedral los domingos. Suprimí mis dudas sobre el último baile pues no quise dañarle su cara de complacencia. El murmullo del constante flujo de copas y platos entrando y saliendo del bar, las conversaciones, risas y abiertas sobaderas mantenían el ritmo acelerado del lugar.
Estábamos por tomar posesión nuevamente de nuestros asientos anhelando que se nos acercaran aquellas mujeres cuando, sin aviso, el cliente con sombrero de vaquero sacó un Magnum y se lo apuntó derechito a la frente de otro individuo a unas pocas mesas de él.
-¡Me robaste la cartera hijo de puta! -dijo.
El bullicio se aquietó e inmediatamente irrumpió el pasmo.

-¡Ni te atrevas a dar un paso porque te limpio! -reiteró el del cañón.
El sonido de las mesas y sillas que se mueven, pero que en realidad no quieren, retumbó clarito. El acusado no se movió.
-Y tú, el de la puerta, hazme el favor de, despacito, deshacerte del 38 -ordenó el que apuntaba.
El grandulón obedeció mirándolo fríamente, sin miedo. Por unos segundos, los cuerpos se congelaron como estatuas. De repente el gringo saltó de debajo de donde estaba con una Uzzi, y parapetándose detrás de una columna le gritó al tipo que amenazaba al negocio que si no bajaba su cañón, estaba frito.
Las muchachas se ariscaron ante la posibilidad de la violencia, y como manada acosada por hienas y leones, comenzaron una estampida hacia las puertas de atrás. Con gran facilidad Edwin y yo nos unimos a esa salvación. Pasamos apresuradamente como ganado por un pasillo angosto de luz brillante y fuimos a tener al baño de las putas.
Éramos más de quince allí. Algunas estaban histéricas, otras buscaban refugio en los cubículos que separan los respectivos inodoros, unas pocas chisteaban del suceso, aún otras trataban de arrancar de la pared la única ventana. Busqué a Lillian entre las putas. La encontré entre las que trataban de aflojar la ventana. Tenía su espalda a mí, así que no me vio. Del bar llegó un convincente "¡No te muevas cabrón, porque te limpio!". Yo aproveché la ocasión para meterme en uno de los cubículos con tres otras putas. Edwin abrió la puerta pidiéndome que le ayudara con la ventana. Lillian se había esfumado no sé adónde.
Estábamos en esas cuando llegó un rubito, me parece que hijo del gringo, con un bate de béisbol en las manos y nos ordenó a todos que saliéramos. Nadie quiso arriesgar nada, así que obedecimos. Regresamos al brillante pasillo y ahora, sin correr, se veía lo mugriento que era.
Llegamos a la sala para encontrarnos con que el norteño todavía le apuntaba al del Magnum y éste al presunto ladrón. -¿Ya están todos? -preguntó el gringo.
El canito asintió parándose frente a la puerta de atrás agarrando el bate como garrote.
Siempre apuntando, el gringo comenzó entonces una conversación entre él y el cliente con sombrero de vaquero sobre lo importante que era no tener que llegar a la sangre y de cómo todos nosotros íbamos a ser testigos. El americano sugirió que dejara que su forzudo examinara al hombre en cuestión y, si encontraba en él su cartera,. llamarían de inmediato a la policía. Si no, estaba bien con él que su hipopótamo revisara a todos los que estaban allí. El del Magnum estuvo de acuerdo, pero siempre apuntando, le hizo señas al de los molleros para que hiciese su trabajo.

El pillo se dejó tantear. De los bolsillos de éste, el gorila extrajo una cartera bastante gorda. ¿Era la suya? El del Magnum asintió. Iba a dar unos pasos pero el gringo le advirtió: "No te muevas". El bigotón y forzudo se hizo que se volteaba, pero sin advertencia, le pegó sendo puño al estómago del ladrón. El del Magnum se durmió un poco de placer porque le dio tiempo al gringo a colocarse justo detrás de él, y poniéndole la Uzzi en la nuca, lo desarmó. Inmediatamente, lo hizo sentarse en el suelo. El del bate se le paró al lado. Por todo el recinto había un silencio sepulcral.
Alguien empezó a moverse pero el gringo no lo dejó. Se podrían ir los que quisieran después de que sus cuentas estuvieran saldas en la caja. Los que se quisieran quedar lo podían hacer también, pero borrón y cuenta nueva, todos tenían que pagar lo que debían. Después, iba a llamar a la policía.
Creo que fuimos los terceros en pagar. Atrás quedaban el gringo en la caja, el forzudo y su 38 frente a los dos hombres y el del bate frente a la puerta. No había ni una puta en el sitio.
Salimos a la noche en silencio y tan pronto como dejamos la puerta atrás echamos a correr hasta el carro. En dos minutos estábamos, aliviados, en la carretera. La noche seguía tranquila, serena, brillante. Nos tomó unos minutos, pero finalmente nos echamos a reír. Comentamos a risotadas lo cagados que habíamos estado. El Fiat se deslizaba lentamente por la avenida.

FIN

(Pepo Costa nació en Camuy, Puerto Rico, en 1959 y reside en los EEUU desde 1977. En lo que atañe a publicaciones tiene un libro de cuentos: “De locuras, familia y sexo” (1997), además de poemas y monografías publicadas en revistas. Otros proyectos de creación son: una novela ambientada en Arecibo, dos piezas de teatro, una traducción... En la actualidad es profesor de español en Ohio University (Athens).

PERMUTACIONES PARA LA DEFENESTRACIÓN TRÁGICA – JUAN LÓPEZ BAUZÁ

Crujido, sí, como de gravilla entre el neumático y la senda quebradiza, o como el de olas batiendo rocas contra orillas, ese fue el ruido que sacudió a Josefina de la Esperanza y Alcántara de las profundidades del trance onírico. Uno que viene y uno que va, se dijo, en referencia a los días, antes de autorizar a la claridad anclada en su aposento apuñalarle los luceros. Sentíase suavemente mareada; mareo mañanero que resulta al desenfocarse los sueños y esclarecerse el mundo tangible, a veces aliviado

por el alcoholado Eucaliptino impregnado en un pañuelo embrollado en la mano siempre, cuyo efluvio tranquilizante penetraba sus fosas nasales ni un manso arroyo de serpientes, y confluíale en la cavidad del pecho con otros aires atorados allí, que, oprimiéndola, ocupándola, dejábanla abandonada al filo de lo más alto, recordándole el silencio inquietante que antecede a cada infarto. Respiró con volumen y concentración: se diría que comprobaba que aún pudiese hacerlo. Mantiene viento por tiempo dentro, luego exhala por entre dos labios que asumen actitud de trompa, y repite; éstos producen, acompasadamente, cortos pero armoniosos silbidos. Arduamente logró desentender los barrios más lejanos de su enorme cuerpo del magnetismo al que los sometía la cama, y esforzándose como lo haría una caracola descomunal molesta por el fardo de su concha asombrosa, logró ponerse en pie. Observar, ciertamente con alguna perversidad, la manera en que su cara tendía a precipitarse, la penosa firmeza de sus mofletes y papada y carnes guindando, sería suficiente para resumir la dificultad que hallaba en el simple acto de estar; y aunque siempre fue admiradora de lo que palpita y se eleva, del gorrión que en la penumbra llega la cima y canta; con todo y que el mero ardor del viento contra su piel la convulsaba de felicidad, la sórdida espera de un nuevo infarto, penosamente, la desgajaba de ese convulsionado regocijo y le hacía los días abominables. Pausada, llegó hasta el ropero de donde extrajo la bata de seda y de paja las chinelas, saludando entretanto a boca abierta la intrusión por la ventana del fresquito ligero de esa hora, que no obstante su suave cadencia, descendía por su garganta peristálticamente, con decidida dificultad, como si fuese en vez un bolo de lana saturado de miel rancia. Pero una vez pasado ese inicial trago nada dulce, de pronto... ¡ay, sorpresa, sorpresa!, se sentía de pronto relativamente segura y saludable, augusta, hasta elástica, rayana en la mocedad. El efecto erosivo de unas profundas gárgaras de agua tibia y sal de Enno dejó los arrecifes tajantes producidos por los ronquidos y la natural excreción flemática retorciéndose en la pileta del baño; vació la escupidera que en el transcurso de la noche le sirvió para más cosas que escupir; permitió que el estuche de plata ornado por el relieve de sus graciosas iniciales -fortaleza de nitroglicerina- se acurrucara cómodamente en el fondo del bolsillo de la batola; y una vez en la cocina sintió el reflejo del reloj en el cristal de la alacena cruzar frente a su vista como una cigarra en fuga casi marcando las ocho exacto.

Antonio Rodríguez, flotando casi en la paja cuadriculada del cojín de conductor, presintiendo ya la inexorable cementización de las nalgas, sabía, como revelado por una centella fulminante, que sería el día más largo que hasta entonces le había tocado. Maldecía con modestos atropellos su malsano y bueno y débil carácter, su indigente capacidad para negarse,

conduciendo sin la conciencia del acto mismo, dado por completo a desenmarañar de su propio enredo la razón que impidió decirle a Bruno que no, que hoy no puedo sustituirte en el de las cinco, chico, que necesito el descanso, cada vez más escaso, que ya los amaneceres me revuelcan el hígado que no es juego, anda, por lo más que quieras, no me pongas de nuevo en esta situación... Pero el Bruno ruega que te ruega, próximo a caer de rodillas, por amor al Santísimo, Toño, que no te lo vuelvo a pedir, Toño, e intentando aplanarle el corazón con el rodillo de la culpa le bajó con lo del nene y el hospital, lo cual forzó su capitulación, sí Bruno, cómo no, despreocúpate, aquí siempre para servirte, pai... Ahora, sin embargo, aprisionado tras la disparatada rueda del guía, intentando cavilar por sobre el alboroto del cuentamonedas a su lado y las partes flojas de la guagua, desatento por las cinco tazas de café y ofuscado por la interminable tarea de manejar el dichoso vehículo por las siguientes ocho horas -quitando, claro, el breve almuerzo, uno que otro receso para estirar la mente y las piernas- maldecíase y execraba la buena bondad de su espíritu. Sometido por una fuerza ajena a su voluntad y gobernadora de su atención, desvió una y otra vez la vista de la carretera dirigiéndola empecinadamente hacia su reloj de pulsera; atisbó el conocimiento del aparato con mayor frecuencia que de cuando en cuando, con una perseverancia tal vez maniática, percatándose, con mayor claridad cuanto más lo hacía, de que a esa hora no fluye el tiempo como vuela la semilla del árbol de bellota en el viento, sino como resbala la esencia del vidrio en la ventana o como crecen los anillos del tronco, sin la soltura deseada, y de inmediato aborreció la parsimonia en todas sus manifestaciones, clavando instintivamente el pie en el acelerador sin importarle la alarma de los pasajeros; quienes clamaban casi escandalizados por un método más tenue y que seguramente se apearían en esquinas y paradas no anheladas, no sin antes dirigirle unas miradas atónitas que llevaran condensados en un solo instante incredulidad, censura y grito. Hizo un esfuerzo casi sobrehumano por suprimir la tentación que le impulsaba hacia el abismo del reloj, y la ilusión de que el tiempo es más veloz cuanto más se ignora ganó casi enseguida su cada vez más volátil temperamento. Al cabo de un rato, que a él le pareció interminable, recordando que la última vez que sucumbió a la tentación del reloj éste marcaba las siete y treinta y tres, tuvo la certeza de que debía estar tocando ya eso de las diez. El terrible cronómetro, protegido por un resuello de blando asfalto y el sopor de la ciudad en descanso, a poco indicaba las ocho exacto.

Las escandalosas pataletas entre Arturo José y Marieta se habían convertido en una ceremonia tan frecuente como la de cepillarse los dientes. Iniciábanse por lo común sin respeto a la hora, y hasta en más de una

ocasión tuvo la policía que intervenir por intimación de los vecinos; pues por qué no señalar que las paredes del edificio eran de un grosor de papel chino de arroz, y aunque ellos ocupasen el piso treinta y cuatro, los chillidos de ella traspasaban como agujas clavadas, haciendo hasta en el primer piso ardua la tarea de cubrirse con la almohada los oídos y lograr detener en seco el vómito sonoro con que Marieta pretendía magullar a su marido. Pero, ¿y qué eran las admoniciones de ella comparadas con el escándalo que armaba Norberto, un pekinés majaderísimo, sino un poquito más que nada? Cuando esto ocurría entonces sí que no quedaba otro remedio que llamar a las autoridades para que restablecieran la paz en esta vida. Aquella mañana, la reyerta comenzó antes que el alba. Siempre al principio comenzaban gritándose con la voz baja, de modo muy gesticulante, buscando mantener a Norberto en la ignorancia, ya que éste, una vez percibía las voces violentadas, se alteraba todito y procedía a brincarles en la cama, desprendiendo de los colmillos como capullos finos cordones de baba, hasta que Marieta enrollaba el periódico y le pegaba en el hocico, rebotando él nervioso y sobresaltado con una queja entrecortada sólo para continuar la diatriba canina desde el suelo. Pero aquella gloriosa madrugada los murmullos no fueron de mucha duración, y ya antes de las siete la mayoría de los inquilinos sabía que Arturo José había llegado tardísimo anoche, ocultando entre la nata sudada de la camiseta y el gabán de cuadros un olor a sexo enfermo, y en no menos tiempo se hicieron palpables los alaridos de Norberto protestando con furia, un llanto estentóreo, un cristal que se desbarata con un ruido lamentable de fogata, y el eco de un gemido viniendo como a través de una nulidad... Y más allá del lacónico llanto se escucha una puerta trancándose con ferocidad, amortiguando por ese tan breve instante uno de los múltiples bramidos de Norberto, que continúa vociferando impulsado por su propio instinto. Poco antes de las ocho, Berta, la mujer del piso primero, logró atrapar la imagen de Arturo José saliendo a la calle por la puerta principal, con el gabán de cuadros sobre el hombro izquierdo, sobre la camiseta sudada, sobre la cólera de macho encabritado, y lo siguió con la mirada hasta perderlo al doblar con movimientos particularmente militares la esquina de la calle las Praderas. "Pilas de mierda son los dos... y a este hora..."

"Qué madre, ah", se dijo con no_ mucho consuelo, "y qué ponerse malita la madre con un día tan bonito", arrojándose con desenfreno a lo inesperado tras la comba de las curvas, cruzando carriles con una temeridad escalofriante, sin noción de lo lícito y con poca de la cautela, asumiendo que a esa hora pocos se aventuran por caminos rurales, sobre todo en un día como hoy, habiendo regado el sol trastabillado esta luz amarilla que se posa como un pájaro sobre la lata roja del carro... Con la intención de derrotar al

sueño, cantó a viva voz primero, siguiendo el compás de la radio apenas perceptible tras un sunami de estática. Lo interrumpió, por un lado, la ronquera, y por otro, un ardor atrapado en las mallas del alma, fruto de la culpa horripilante de que él aquí, cantando de lo lindo, y la madre allá, gravísima, "muy delicada" había dicho la vecina por teléfono, intensificando la noticia con una brevedad aterradora. Concluida la melopea, bajó las ventanas sin fuerzas, con ese mismo desgano que experimentaba al confrontar un cuerpo de agua en la noche o una escalera alfombrada, suplicándole al aire que le abofeteara, que le mordiese la piel hasta la sangre casi, para que la culpa, disfrazada de sueño, cogiera las de villadiego. Lo próximo es que comenzó a divagar hacia un remanso de recuerdos, hacia regiones soterradas de la memoria en donde, como en un escenario dividido, aparecía el espectro de la madre anidada por la enfermedad a un lado, y en el otro la madre en la flor de la lozanía, hallando ambas figuras, simultáneamente, irreconciliables e idénticas. Presa de este delirio, olvidó los rudimentos de conducir, de oprimir el freno o el acelerador, hacer girar las ruedas, cumpliéndolos no obstante de manera mecánica e inconsciente, ahora en silencio, ahora percutido por una jaqueca columpiándose entre el occipital y el reverso de los ojos, allá donde es común que ardan hogueras de fiebre, convencido a ratos de que era víctima de una inexplicable parálisis, vedado de ir y de venir, de encontrar o ser encontrado, confuso con respecto a su propio movimiento. Esporádicamente, tal estado de su mente quedaba interrumpido cuando una caca de pichón se espachurraba contra el parabrisas o un insecto era igualmente ejecutado. Pero un segundo luego volvía el hermetismo, el marasmo de su mente, en donde su incapacidad para defender la justicia de sus decisiones contra la culpa de haber desertado de sus deberes de hijo quedaba en evidencia, entretanto, la ululante voz de la madre, pescada del recuerdo, repetía hijo malo, mal hijo, y él, entre respetuoso y afligido, respondía que tienes razón, madre mía, pero tampoco es justo que así me conmines; y quién que vive con la madre por tiempo demasiado no acaba detestando sus innumerables manías, su insistente actitud ante todo, físicamente repudiándola cuando la escucha decir marfil o salamandra; quién en esta situación no acaba sin otra opción que la de huir de casa con asco y mucho miedo; y para qué recalcar que desde que se fue a la ciudad del norte había desechado casi por completo el cuidado de la madre, manteniendo un contacto mínimo gracias a distintos subterfugios, que si el desbarajuste en el negocio lo empuja hacia el desmejoramiento, sin tiempo para la lectura, el propio entretenimiento, la alimentación, en ocasiones hasta el aseo personal; si bien de vez en cuando le escribía para decirle: "madre, vivo para el trabajo". "Pena que me da, hijo", avalaba ella a la

semana, con más cinismo que genuina aflicción. Secó con la manga de la camisa una que otra lágrima estrujada del pasado y supo, como por vez primera que la llamada de la heralda penetró su tímpano con el furor de un chorro de agua fría poco antes de las seis; que no demoró más de un cuarto de hora en vestirse y caer dentro del carro; y partidario de la urgencia que encomendaba la noticia, se impuso el deber de hacer un tiempo excelente -poco menos de tres horas es razonable estimar, y que una vez en las periferias de la ciudad debía tomar la autopista que va al Barrio Primero, de allí coger la salida de la abigarrada calle Mascuelos y seguir por ella hasta la intersección con la Avenida de Todas las Torres, coger ésta y doblar en las Praderas hasta Infantes, ya que intentar una escaramuza por el tráfico de Belén le parecía, a esa hora, una ingenuidad imperdonable. El desenlace, sencillo: no más de una cuadra, alrededor de la manzana hasta los Chinos, estacionar en cualquier sitio. Minutos antes de las siete se cruzó en su camino la silueta desafiante de una vaca aterrada. Se apeó del carro, y seguido estropeó el silencio la acústica de sus gritos desaforados que, entre los demás del bosque, descollaban por su poca armoniosidad.

Hipopotámica realmente no era, aunque sí en carnes metida; poco pelo revuelto en un destemple de calvas, piel antigua, desgastada, casi como si fuese de seda, ojos color adobe. Verla nada más era ya una experiencia, y más cuando le daba con engalanarse como lo hacía aquella mañana: blusa colorada con onomástico alfiler JEA en montura de oro incrustado con glaucas piedras, manga corta, laminados los brazos por sinnúmero de esclavas y brazaletes de metales preciosos y adheridos a la piel con el rigor de un fakir, en orden metódico, de mayor a menor circunferencia, como queriendo dirigir la atención hacia los dedos igualmente martirizados por una multiplicidad de sortijas de soez riqueza en mayor y menor suplicio, pantalones lila cuyos ruedos, espectacularmente encampanados, parecían capuchas de monje sobre sus pies de estaño, a su vez recogidos en chanclas de paja y suela de goma. Cada paso de ella era una intimidad; ver sus pies deprimir la madera, la baldosa, el concreto en la acera, era creer que hacía del suelo fontanelas. En esa facha, cartera de cuero nada pequeña en una mano, fuete para fustigar ladrones en la otra, descendió con una parsimonia francamente admirable la escalera enroscada como el nudo de la horca a la jaula delimitadora del ascensor, hace años en desuso, malamente iluminada por la claraboya, opacada por las capas y capas de mierda de chango o paloma. Y si se afina bien el oído se le escucha musitar con un hilo de voz. "Cristo del Gran Poder...", "Alabado...", "Suenen esas trompetas..." y otras cosas de fervor. Hasta daría la impresión de que cada escalón encarnaba para ella un casi imperceptible detrimento del cuerpo, a

su edad, una alteración capaz de desencadenar primero el silencio, luego la taquicardia, y finalmente el infarto entero, y de que en una manera más o menos metafórica veía en sus pisadas las de San Pedro sobre el mar encabritado. La meta suya era el banco, a pocas cuadras de allí: bloque y medio por la calle Palacios hasta Praderas, y de allí dos más hasta la esquina de la Avenida Entendidos: le haría bien la caminata, la ducha de sol, hacerse de un ramillete de nardos para con el perfume de vuelta alegrar el cuarto, el céfiro sutil le enjuagaría en baños de María los pulmones. Una vez en la calle le advirtió en el reloj giratorio de la farmacia en la acera opuesta que ya eran las nueve con cinco.

Lentos se le hacían los minutos como deslumbrantes los charcos de calor sobre la prieta cinta de brea, y reconociendo lo inevitable del momento, comprendiendo la voluntaria encarcelación de su estado, concluyó que era inútil malhumorarse, desquitarse con los pasajeros; clavar el pie en el freno, por ejemplo, pararse, y, agarrando por las greñas a la anciana de las gruesas gafas verdes, a quien había recogido dos bloques atrás y que andaba aún por la guagua desordenando y dando tumbos como un globo de helio sin mano dueña, obligarla con severidad a ocupar un lugar; pero no, intolerable la carga de conciencia, el manojo de greñas arrancadas de cuajo, de raíces levemente ensangrentadas, la anciana a llanto tendido, acariciando con la mano temblorosa el lampiño cuero cabelludo tierno tras el encuentro, y así otras tantas cosas que serían el seguro resultado de tan deplorable conducta. Igualmente nefasto hubiese sido provocar una reyerta con el trigueño del afro inverosímil, a quien le faltó una moneda para completar el pasaje y que él, idiota al fin, puso de su bolsillo. Adoptó entonces la asepsia y la contemplación como método para consumir las yerbas del enojo, y casi sin saber cuándo ni por qué se perdió en meditaciones acerca del fuego y del tiempo. Pensó, primero, en la imposibilidad de demostrar con validez que dos personas que observan la misma llamarada ven exactamente lo mismo, que reparan la misma intensidad del azul eclosando en la base del tronco, de tono plomizo o poco más oscuro; que se percatan ambos del amarillo como abultado que, por un momento absurdo de breve, parte la cúspide encendida en dos lenguas menores; y así con cada torcer y retorcer del plasma, con cada sesga de la flama, con el más deleznable retozo de la brasa, en cuyo corazón late un tiempo minucioso, atómico, como estupefaciente el de los astros y el vacío. Así dedujo que, de ser cierta su conjetura, habría entonces que aplicarla a cada ola del mar, a los bultos en el velamen de un buque, al grado de bermejo en la cresta de un gallo, a todo, incluso al transcurrir de las cosas, y así justificó lo exiguo del reloj, del tiempo común, qué rayos, se dijo, si cada cual escoge la extensión de sus segundos... Despertó con una

sacudida de pesadilla pues la obligación de detenerse en el tráfico de Los Entendidos a las nueve era mayor que la de divagar. Pensó únicamente en terminar la ronda: última parada en Los Entendidos y Las Praderas, otro café, una dona, despejar la mente. ¡Qué cruz!

Duras las manos, palidecida cada coyuntura por presión de las pétreas manos, aferradas al guía como queriendo desprenderlo del resto, como ansiando dejar su inviolable vestigio plasmado en sus palmas húmedas. Demorado ya, presintiendo la consumación de su origen, en cierta medida vencido y humillado -el ala de la madre, en pleno vuelo, sentíala él rozarle cariñosamente la mejilla- trató inútilmente de no pensar en todo aquello, entretenerse, buscar y rebuscar desesperado elementos triviales y figuras desganadas. Sin saber cómo, se halló de repente tratando de explicarse el episodio de la vaca, colándolo frente a otros asuntos de más urgente melancolía haciendo fila en su cerebro: un campesino holandés reducido a lindes de Lladró, un enorme elefante africano huyendo de una tormenta en un cuadro de la calle Reina, un pedazo de humo saliendo de una plancha de carbón... Cosas así, tan unidas al recuerdo de la madre. Pero la vaca había sido también un incidente tan conmovedor: clavada en medio de la carretera por un buen cuarto de hora, a saber si atormentada por visiones de sangre, mataderos y un futuro de filete; y él, de impaciencia y frustración, llorando, sin lograr con esto mover ni un centímetro a la bestia aterrada, compungido ante la horrorosa certidumbre de que la piedad, Señor, la piedad, no es atributo de que se jacte la muerte, y que se llevaría a la madre sin esperar a su llegada, igual que una madre se llevaría a su hijo de cualquier lado ejerciendo simplemente la tutela de su autoridad natural, quedando él al otro lado atado siempre a esas Palabras que era tan necesario decir, apegada su alma a este ridículo de imágenes, ardiendo todo su ser al fuego lento de esas palabras que había que gritarlas para que fuesen cargadas por los vientos hasta los oídos de ella. Extraviado en tan enloquecedoras profundidades, asoció, místicamente, a la madre con la vaca. No en un plano físico, por supuesto, sino más bien como un augurio, como un gremio de espíritus, parangonando al bruto con un imán y un desahogo, buscando la manera de conducir y taparse los oídos a la vez, para no escucharse a sí mismo, para no padecer la amargura del grotesco parloteo en los tambores de su mente, la cual, y a modo de burla, le traía de pronto visiones de ballenas y prostitutas japonesas, dejándolas ahí colgadas para que hiciese algo con ellas, para que también las parangonara con sabe Dios qué... Sin embargo, y pese al inaudito desorden de su abstracción, tuvo la lucidez suficiente para admitir que todo cuanto pensaba y veía tenía algo de semilla y pesadilla, de delirio que abrasa, que enciende, de ese cuando no sorprende que un grano de arena pese como un volcán o

un vértigo, como un denso cubo, como un cono macizo. Comprendía, en una región de su mente todavía con lucidez, que era incapaz de detener las mutaciones de sus facultades cogniscientes que, helándole la sangre, deletreábanle silenciosa, curiosamente, vaca, madre, madre, vaca, en idéntica manera, utilizando letras y puntuaciones en combinaciones nunca vistas antes, mas las palabras eran vaca y madre, no cabía duda, eran las mismas, exactamente las mismas... Lo bonito era saber que de expirar la madre antes de su llegada, todavía tendría su avatar en la vaca, digerida por aquellos torbellinos del campo, perdida en aquella espesura verde, rumiando en feliz complacencia, con ese deleite reservado sólo para las reses: la buscaría nuevamente, le recordaría cosas de la infancia, vencidos por la hilaridad beberían ambos sus lágrimas, unas de vaca, las suyas de hijo, le diría cuánto la ama, que nunca la odió, culparía a la soledad por cruzarle de sables el entendimiento, y ¡qué felices serán de nuevo!, su admisión de origen y evolución imposibles sin ella, su engendro y su pequeñez; pequeñez sólo comparable a la de su carro de latón rojo, uno entre tantos otros compartiendo el tráfico de la Avenida de Todas las Torres a las nueve, sumido en el ombligo de la ciudad enconcretada.

Cuando la cólera y la sinrazón ocupaban posiciones estratégicas en la constitución emocional de Marieta, ésta no podía impedir que una disposición de estatua le dominase el movimiento. Desde que Arturo José salió por la puerta histriando el enfurecimiento, con espurios de sentimiento e incomprensión, Marieta había permanecido sentada al borde de la cama, su cuerpo una tesela más en el mosaico de almohadones, colchas, frisas, un dedal de cobre, un nimio yunque de plomo, el diario semienrollado cubriendo fotos decimonónicas de años nuevos en los campos del río Septinlogogo. Separadas las piernas, dejaba sus dedos besar la losa fría del suelo; la falda, fruncida alrededor de sus rodillas, ajada, poseía una textura rara que hacía pensar en el papel doblado; la blusa, por lo desaliñada, de un color muy pálido, más aún que el de su cara, arrugada y abotonada sólo en sus tres botones bajos, revela una impresionante zanja acurrucada entre los senos. Las manos, huesudas, aprietan con excesivo aplomo uno tras otro cada cigarrillo, mientras el pelo, cogido arriba en una retahíla de moños sobrepuestos, forma una especie de torre o minarete musulmán; su silueta contra el resplandor de la ventana, rigurosa; las líneas de su figura, rendidas, como pintadas por una mano o borracha o extenuada; a veces llorando estrepitosamente, a veces en mortificado silencio, siempre inmóvil. Norberto, algo apartado de ella aunque sin quitarle el ojo de encima, ladrándole en ocasiones y en otras tan sólo gruñéndole, mostraba sus bicúspidos relucientes cada vez que se llevaba ella el cigarrillo a la boca. Todo le parecía ahora una insoportable repetición: primero la riña, seguida

por el balbuceo, la gaguera, Arturo José punzándola con su brillante calidad de circunstancia, y luego, tirando bien duro la puerta, se marcha, abandonándola, sentada en la cama o el sofá, frente al odioso pekinés que no mostraba un átomo de afecto por ella, lógico, siendo siempre la encargada de censurarlo a fuerza de golpes, porque Arturo José nada, a él podía pasarle un tren por la cabeza y creería que fue una intranquilidad de la luz, por eso Norberto era amores con él y lo defendía de ella como queriendo acusarla, tildándola, a su modo, de tirana. Pero la pantomima ya le asqueaba, como si ella ignorase que el muy sátrapa subía por Praderas, par de bloques hasta la esquina de Amalia Méndez, en donde se sumergía en el cafetín, leía el periódico, perdíase en sí mismo mientras masticaba masas de trigo con bacalao, sereno por horas, si la intensidad de la riña lo ameritaba. Porque todo para él dependía de la intensidad de la pelea, intensidad que juzgaba por las manecillas del reloj en vez de por las mareas del alma o las tormentas de la razón, y entonces, seguro de que los ánimos habían cedido a períodos de paz y armonía, volvía como si nada, agravando de cuando en cuando la cosa con una rosa o un jazmín. ¡Qué asco de vida!, se dijo Marieta en voz alta casi sin poder escucharse por los ladridos de Norberto, me trata peor que a la toallita para bajar la olla caliente, soy su mero medio de subsistencia, flotándole los ojos en un pantano salado, cloasmada la cara de erráticas marcas sonrosadas y blancas. Pensar que en un tiempo le amó, que una vez corrieron de manos por las avenidas poseídos por la insoportable felicidad de estar juntos, cantando y tropezando con los tiestos en las puertas de los comercios. Pero ahora palabras como cabrón y canalla subían, livianas, hasta sus labios con una facilidad indecible al desfilar por su mente la figura suya, seguido por la mugre de sus estúpidos argumentos, que si me amas, no me amas ya, que si te dejo, que si me quieres dejar, que si tira que si jala que si empuja que si saca y estruja que te estruja que te estruja con sus majaderías llevándola a los confines mismos de la náusea, y esto se pasó de maduro a podrido, Dios Santo, ya no puedo con este animal que me quiere roer los tobillos, ni con este empellón del silencio que me empuja y arrastra hacia atrás. Inmóvil, Marieta, permanecía.

El sosiego imperaba en la ciudad de esa hora temprana; las hojas de los árboles parecían no otra cosa que diminutas esculturas de aceitunado mármol, razón por la cual resultaba realmente sorprendente el espectáculo de Josefina de la Esperanza y Alcántara marchando hacia el banco como si luchase contra un viento inconcebible ondeándola como a una bandera en movimiento, asumiendo esa pose que por lo general asumen los corredores al cruzar las metas. El esfuerzo y la lentitud que en ella resaltaban no eran producto de la imposibilidad de hacerlo de otra manera; por el contrario, a

su edad era sorprendente la agilidad y facilidad de movimiento que conservaba, pero prescindía de estas facultades por temores cardíacos, usted sabe, un mal paso, repentina falta de aliento, vértigo inexplicable. En la esquina de la calle Palacios con Praderas se topó con... con... la niña esta... hija de... de... de ... casada con Piruchi. En fin, charlaron un rato, los nenes todos bien, gracias, sí, el mayor en el colegio, ¡cómo pasa el tiempo!, tu mamá la pobre, una santa ella, hay cuarenta por ciento de probabilidad de lluvia, ¿tomas mucha agua?, y si la niña ésta no le hubiese informado que iba tarde para la cita con el médico, Josefina de la Esperanza y Alcántara la hubiese mantenido cautiva por horas machacándole encima largas banalidades. Se besaron, se dieron los adioses con torpeza y algo de desorden, y cada una siguió por donde se le había asignado.

Mientras leía masticaba lenta, lentamente, cada cantito de bacalao, como si fuera un animal en peligro de extinción, tratando de eternizar en su memoria el sabor. Leía no sabía qué noticia sobre de unos jóvenes asesinados en no sé qué cerro de las dulzuras y que el diario alzaba a nivel de escándalo público aquella mañana. Le ofreció el mozo otro café, pero él lo miró como asustado y dijo que no, luego de ver el reloj colgado encima de la cantina, y fue entonces cuando la imagen de Marieta le volvió envuelta en una niebla de encajes. Una hora más o menos había transcurrido, tiempo que él consideró apropiado para regresar y hacer las paces. Poniéndose en pie, estiró los brazos hasta por poco tocar el techo a la vez que torcía el resto del cuerpo hacia atrás, sacando la barriga, hasta alcanzar la curvatura de un plátano verde. Se puso el gabán de cuadros, dejó la propina en la mesa, le dio los buenos días a Don Porfirio sin mirarlo de frente, recordándole que en la próxima pagaría el resto de lo que debía, y salió a la calle con una petulancia ofensiva, sacudiéndose el gabán con irritante pinturería, como si eso fuera a decir algo, como si el resto de la ciudad no lo tomase ya por pérfido y bacán. No había recorrida media cuadra todavía cuando recordó las llaves olvidadas sobre la mesa, y, como quien no quiere la cosa, dio media vuelta girando en el talón del zapato izquierdo y volvió por ellas.

Para distraerse y embaucar la monotonía del tiempo, resolvió hacer rituales secretos de los sucesos del día, "ceremonias del interior" dio con llamarlos: desprendería un ligero vistazo hacia la izquierda si el pasajero subiendo era mujer, hacia la derecha cuando fuera hombre, hacia arriba si existía la lejanísima posibilidad de que fuese hermafrodita, hacia abajo si era hombre pero no cabía duda que era esclavo de la vanidad de encaramarse en tacos de mujer; de toparse con un carro de procedencia japonesa produciría tres golpes sigilosos con el lápiz en el parabrisas, dos de ser europeo, norteamericano ninguno, exceptuando cuando los carros fuesen verdes o

rojos, en cuyo caso el ritual mandaba dos bocinazos suaves de ser verde, y tres, pero estentóreos, de ser rojo. Todo esto sin pasar por alto que debía operar la palanca de la puerta con el dedo índice de la mano izquierda al abrirla, y cerrarla con la palma desplegada de la derecha. La regla de oro del juego sería que nadie debía tan siquiera recelar que lo jugaba; descubrirlo era cesarlo totalmente derrotado. Por lo demás, Entendidos a esa hora estaba atestada de transeúntes y vehículos, lo que dispersaba el temor de carencia de sujetos.

Por lo general Arturo José nunca tomaba la misma ruta de vuelta a casa. Salió del cafetín en Amalia Méndez, una vez recuperadas las llaves, y emprendió su descenso por Chichamba, admirando las vitrinas para dar la impresión de no estar apurado. No podía cruzarse en la acera con hembra alguna sin que un deseo infinito lo forzara a volverse y estudiar sus postrimerías entre obsceno y lascivo, dejando escapar sobre el marco de las gafas de sol un repaso de fauno. Anduvo Chichamba abajo, saludó con característica impropiedad a dos excompañeros de escuela superior que no veía hacía bastante tiempo, entró un segundo en la farmacia con la intención de obtener un jarabe para la tos que eventualmente decidió no comprar, y en la esquina de Entendidos se detuvo para contemplar -cosa inaudita para alguien tan indiferente como él- a tres chicos jugando trompos con una intensidad y una competencia propias de rufianes y salones de billar, estupefacto ante el regocijo de aquellos niños que rajábanse los trompos unos a otros, sin reconocer en ello el propio porvenir suyo, sin descifrar los códigos de lo que le venía encima. Dobló en Entendidos y prosiguió, ahora con mayor temple, deteniéndose un segundo para comprar un jazmín el muy hijo de puta, asumiendo de repente esa disposición de sufrido tan transparente para Marieta, exagerando la congoja a sabiendas de que ya estaba al alcance de la vista de ella, si por casualidad se le ocurría asomarse por el balcón... En tal fingida actitud continuó su progreso hacia el colofón de su existencia.

A media cuadra de allí se aproximaba Josefina de la Esperanza y Alcántara fatigada, no obstante persistente pues reconocía ya el letrero del banco en la próxima cuadra. Inmediata casi a la intersección de Entendidos, un pavor cercano al terror, causado por el carro rojo que pasó a su lado por la calle Praderas a una velocidad que le robó el aire, la dejó inmóvil, francamente paralizada. Si el carro hubiese atropellado al joven del gabán de cuadros que se proponía en ese mismo momento, cruzar la calle, ella hubiera sido sin lugar a duda uno de los testigos estrella. Lo vio todo tan claro que le pareció verlo más lento de lo que en realidad pudo ser; y lo que es más, también le pareció haberlo visto más cerca de lo que estaba, como a través de un lente telescópico, puesto pudo precisar con lujo de detalles el ceño

rampante en la cara del joven, sus pupilas urgentemente dilatándose, el filo de sus dientes hundiendo la blandura de los labios: él, a punto de tirarse a cruzar, y el bólido aquel loco que prácticamente se le echó encima, dejándolo petrificado al borde de la acera, con el corazón en una mano y el jazmín en la otra, respirando ásperamente para no ceder frente a la flojera de las piernas y el súbito sudor frío que le invadió el cuerpo, y el chofer de la guagua, también testigo de lo que por poco ocurre, que escarmienta al conductor del satánico vehículo con tres buenos bocinazos, para que sepa que lo hemos-, visto y que condenamos tanto su negligencia como su diligencia, ¡bendito sea el Cielo que queda gente con rabia en esta vida! Sin detener su progreso hacia el banco, no pudo ella dejarse de fijar en la consternadora figura del pobre joven del gabán de cuadros quien despedía casi una zozobra líquida en carne viva, una tristeza mucho mayor que la cautela que empleó al cruzar la esquina hacia la acera opuesta. Tampoco pudo evitar ver el celaje en lo alto del edificio, es decir el perro que caía sin remedio desde un balcón de los más altos, hasta aterrizarle precisamente en la cabeza al mismo joven que aún no había abandonado su visión. ¡Ay, pero qué curiosos son los prodigios de la mente! Porque acá la suya se empeñaba en hacerle creer, aunque esto por un instante impensable de diminuto, que no había sido nada, simplemente ese muchacho se había propuesto hacer el ridículo saliendo a la calle con un sombrero en forma de chihuahua o en general de faldero, ¡ay santo, la juventud hoy día, cómo es! ¡Anda loca por ahí, loca! Y no fue sino el estruendo ensordecedor como cuando se agrieta el hielo, como cuando se parte una avellana colosal, lo que le hizo comprender que también ése puede ser el ruido de los cráneos cuando se rajan, cuando son incrustados por pequeños canes, ¡Altísimo Señor!, y cómo se ha desplomado ese muchacho ni que lo hubiesen vaciado con una aguja, sin un quejido, bajo una fuente de sangre mezclada con cierta mermelada de trozos entre blanco brillante y rojo más profundo que la sangre. Y ahora que lo pienso, ¿no será esto el delirio? ¿Será la alucinación otra forma del infarto, o quizá sus primeros vientos? No, no, es obvio que no soy la única que ha presencia la hecatombe porque ahí se ha quedado ese hombre plantado en medio de la calle, boquiabierto y claramente absorto por la fugacidad del evento, oh, ioh!, pero si parece que igualmente absorto se ha quedado el chofer de la guagua, Amadísimo, y alguien que la advierta a ese hombre que en cuestión de nada será arrollado, y mi garganta que se rehúsa a tejer voz, Encarnación Divina, que no tolero esta compresión en la cavidad del pecho, este encogimiento cruel del universo, la ausencia de balance, la ceguera fulminante que me cubre toda todita y me arrastra...

Ciérrase de este modo el círculo. Queda así eslabonado el último anillo de la ineluctable cadena. Sólo resta ahora recoger los cuatro cuerpos muertos, diligentemente, para que no se escandalice mucho la ciudadanía.

FIN

(Juan López Bauzá nació en Ponce en el año 1966. Sus relatos han aparecido en revistas y diarios nacionales e internacionales, así como en antologías en Cuba y en Puerto Rico. En 1997 publicó “La sustituta y otros cuentos”, el cual obtuvo el Premio Nacional de Cuento en 1997, otorgado por el Pen Club de Puerto Rico. Asimismo, obtuvo ese mismo año el primer premio del Certamen Nacional de Cuentos, convocado cada año a partir de entonces por el periódico El Nuevo Día.)

CLOSE-UP – GIANNINA BRASCHI

Comienza por ponerse en cuatro patas, gatea como una niña, pero es un animal con trompa feroz, un elefante. Y poco a poco, se le va desencajando el cuello, y poco a poco, le crece el cuello, una pulgada, luego dos pulgadas, luego cinco pulgadas, hasta que su cabeza se aleja tanto y tanto del suelo, casi diría que toca el techo de la casa donde habita, casi diría que da golpes contra el techo, ya no cabe su cabeza en esta casa, ha crecido tanto y tanto. Y de repente descubre que lo que ha crecido no es su cabeza sino su cuello. Es, entonces, definitivamente, una jirafa. Pero se va jorobando, se le van encogiendo los huesos de las manos y de los pies, hay una conmoción en su cuerpo, estallan bombas por todas partes, fuegos artificiales, truenos, relámpagos, palpitaciones, intenta parar la rebelión, pero es en balde y en vano. Le da por abrirse las nalgas, como si fueran un bocadillo de jamón y de queso, de abrirse todo su culo, de dejar que salga esa otra parte de su cuerpo, esas piedrecitas marrones, que a veces son plácidas, que a veces se prolongan, que casi se derriten por dentro y por fuera, que son largas y redondas y verdes, y son sus queridas, sus amantes pelotas, cacas, caquitas, y el agüita amarilla junto con ellas, que las derrite y las zambulle en el inodoro, y le transmite ese otro olor amargo y violento, repugnante y atractivo de los capullos abiertos y de las violetas. Quería sentir la caída en el agua de la sangre negra, de la sangre muerta de su cuerpo. Quería bañarse en toda la sangre de la muerte de su juventud. Tenía unos deseos arrolladores de sentarse en su trono blanco y redondo, de agacharse con lentitud, de quitarse primero sus medias que le servían de braguetas, y luego sus pantaletas que le apretaban la cintura y le cortaban la respiración. Quería respirar abiertamente, desabrocharse el sostén,

rascarse las tetas que le picaban, estrechárselas con rapidez, frotarse los pezones, mirárselos en el espejo, virarse de perfil, la parte ganchuda y encorvada de su nariz, parecía un alacrán, una araña peluda, quería convertirse en la araña peluda que era y además quería rascarse las cosquillas, sentir que se arrancaba una de las pepitas de su piel, uno de los granitos con pus, que parecían varicelas, y ver que brotaba el manantial de la sangre, y chupársela como un vampiro y después escarbarse la gruta de su sexo, donde el cabello rizado y ondulado hacía unos nudillos, y verse la costra de la suciedad, y olerse el olor dulce a nata de café, a crema de azúcar, y luego dormirse en una de sus ampollas, sacarse el zumo de la ampolla, el líquido blanco, transparente y espumoso, y sentir la explosión de la ampolla le daba un placer infinito, explorar todos los hoyos de su piel y todas sus superficies, hasta quedarse vacía, rota y hueca. Se miró una cascarita que tenía en la rodilla. La costra estaba seca. Se la podía arrancar y saldría sangre. Se la podía despegar como un esparadrapo y ver dentro la tapa de otra piel, de su propia piel, no bronceada, sino rosada y mustia. Primero hizo como quien no quería la cosa, siguió su forma, la acarició, enamorándola, diciéndole con los dedos que la quería, embaucándola, sacándole su mejor vibración, su mejor sonido metálico, la cáscara parecía que se quería ir de la rodilla con la mano que la tocaba como las cuerdas de una guitarra, sí, sacaba música de ella, sacaba sangre, líquido amarillo, fue amontonándose sobre ella misma, concentrándose en el poderío de la mano, desligándose de la rodilla, mientras los dedos la seducían, las uñas la despellejaban de la piel de la pierna, y la cáscara, aunque herida, desangrada y desarraigada, se aposentó como doncella amada en la palma de su mano. Allí fue acariciada de nuevo, fue adorada por los ojos, fue anhelada por la saliva, fue succionada por la lengua, con ella jugó por unos instantes su deseo relampagueante. Después de haberla chupado y amasado y triturado, la escupió contra el suelo y la arrolló con el dedo gordo del pie, luego la recogió para tirarla en el lavabo, puso el grifo a correr, y fue succionada por la gárgola. Se quedó desprendida de sus raíces, de sus antojos, se sentía inquieta, buscaba otra estrella, otra fascinación que la hiciera hervir en la caldera de sus añoranzas, una meta objetiva y concreta, un granito de arena amasado a la yema de sus dedos, una migaja de pan caliente donde pensar por un momento o dormirse en la mansedumbre del objeto sensible que toca. Mientras lo hacía, con cierta obsesión, su respiración se convertía en la respiración de un animal que vacila, y su vacilación, honda y lenta, pero premeditada, se convertía en la respiración de un cirujano que corta el cuerpo de un paciente. Con extremada cautela y placer, se metía la sangre de la herida en la boca, el pellejo de la ampolla en la boca, y jugaba con las viscosidades que se

arrancaba de su plexo solar-los mocos y las legañas de sus ojos eran sus juguetes, sus muñecas-y además jugaba con todos estos órganos al escondite, y se los pegaba en distintas partes de su cuerpo, como un coleccionista de sellos, y todo esto lo hacía mientras iba escuchando una música lenta y pausada, mientras sentía unos deseos infinitos y concretos de pujar, para afuera, de exhalar para afuera, de inhalar y exhalar para adentro. Estaba allí excavando una cueva, con los nudillos de los dos dedos índices apretó contra un hoyo, y fue saliendo lentamente una lombriz blanca y perfilada. Apretó fuertemente los nudillos contra la piel ya irritada, apretón una vez, apretón dos veces, salió su cabeza negra, qué bien, pero todavía quedaba mucha lava hirviendo por adentro, otro apretón, ahora salió un poco de pus y un poco de sangre, herida, el volcán en erupción, sangre, no, no era la sangre lo que anhelaba, no se curaba con la sangre, tenía que salir el pus, el polen, tenía que salir la lombriz entera, vivita y coleando, el intento anterior fue demasiado rápido, ahora tenía que contener el aprieto, apretarlo y aguantarlo en el apretón, no dejar de asfixiarlo, no permitir que el poro abierto respirara, agrietarlo, abrirlo más, dejarlo vacío y vacío de agua, de espinilla, de sangre, limpio y brillante. Estaba arrinconada en uno de los lados del poro, había estirado sus piernas, daba patadas, defendiendo su caverna, la tenían sitiada, la atacaban con cañones y rifles, la presionaban, y mientras más la presionaban, más se resistía, se dilataba más y más contra las paredes del poro, pero no daba señales de querer ser derrotada y menos vencida, se había hecho parte de la piel, le había gustado ese hoyito más que ninguno otro, bien es cierto que había penetrado en otros poros en las aletas de la nariz, los había cerrado con la punta de la espinilla, era nómada-cavernícola, pero aquí mismo había estado clavada e ignorada, había intentado guardar las apariencias, había aprendido la lección de otros lugares, había sido echada por haber querido lucir, luminosa y brillante, por haber aparentado ser espina, ser luz, pero ahora había disimulado su cascarón, había disimulado su miseria, su amargura. Ella al principio pensó que era un lunar, pero después notó el borde, la cabeza, y con rabia la apretó, con más rabia y coraje por haber sido engañada, tomó agua del grifo, se la pasó por el poro abierto, ésta vez no se le podría escapar, la atacó con agudeza, sin que le temblaran los nudillos, la fue sacando contra su voluntad, tuvo que ir saliéndose, tuvo que entregarle sus heridas, sus alargadas protuberancias, todas sus pertenencias, y rendida, salió el cuello, luego las manos, los pies, la barriga era enorme, era gigantesca, era perfecta, plaquiti, plaquiti, pla, pla, pla, así salió, y así se rindió entera, apareciendo toda brillante y grasosa sobre la punta alargada de su irritada nariz. Allí estaba, sobresaltado, como queriendo averiguar qué estaba pasando con la

espinilla, se le había inflado la panza, parecía una mosca, sí, parecía una mosca a punto de volar. Se movía como una garrapata alrededor del círculo de su hoyuelo, y comía carne, y alrededor suyo toda una serie de hormiguitas, de pequitas, ya se sabe que donde hay carne, rondan los bichos roedores. Se le acercó, ah, sí, tú, un bicho raro, un bicho bien raro, cómo cogerlo, tomó su dedo índice y se lo desprendió. Bailó en su dedo, como si fuera un grillo, una esperanza, movió su rabito, hizo un baile en zig-zag, zig-zag, se remeneó como un pedazo de alambre, como un cordón blanco simuló su alegría, su afán de vivir. Lo miró un rato y enseguida se le fue haciendo la boca agua, reclamando su cautiverio, su esclavitud, pero no eran los labios, ni los dientes quienes más lo querían, lo quería la lengua para pasárselo al paladar, dejar que el paladar sintiera el placer de tenerlo como huésped o como prisionero, y después de haber dormido, quizá un segundo, quizá dos días, dentro de la cama de una muela rellena de plata, jugar con él un poco más, despertar algún alboroto, hacer una mueca, o una orgía, sí, emborracharlo con la muela, con la lengua, con el paladar, y entonces devorarlo, desaparecerlo. Uno más, qué más da. Uno no da, llévate más. Había llegado su hora, tenía que aprovecharse ahora, ahora mismo, que ella había abierto la boca, para buscar el primer rotito que encontrara, para asomarse a través de los dientes, para aparecer entremedio de la comisura de los dos dientes de enfrente, para meterse por ahí, rápido, rápido, tenía que apurarse, tenía que llegar a tiempo, esta experiencia era única, irrepetible, si no se apuraba y bajaba por la nariz y pasaba por el galillo de la garganta y dejaba que el paladar lo saludara, buenos días; lengua, sabe bueno el gargajo, con su permiso, muela, tengo que pasar, rápido, sí, corre, corre con rapidez, y pasa, se cuela por la lengua, resbala por el paladar y le hace frente al diente, lo empuja, se mete por el rotito y se le encarama al diente que está enfrente, a la derecha, sí, de los dos más grandes, y ahí mismo, qué risa, para ella que buscaba y buscaba, y no encontraba, abrir la boca, reírse y encontrarse con el hoyuelo, abierto y desnudo, con su descarada sonrisa. Mírame, linda. Mírame, linda. Se miró en el espejo del tocador, se tocó el mentón, tres pelitos puntiagudos que todavía no habían crecido. Agarró las pinzas de una cartuchera de maquillaje. Intentó sacarse el primer pelito, imposible, acababa de nacer, peor que un granito, todavía no estaba listo. Fue al segundo pelito, pero ahora cambió su arma de ataque. Sacó del estuche otra pinza cuadrada en la punta, maniática y obsesionada, miró la punta del pelito con el rabo del ojo, y este sí que pudo sacárselo. Volvió entonces sobre el anterior, ahora sin vacilación y con vigor, y plas, pías, se arrancó el primer pelito. Pasó entonces con ligereza, como si la pinza estuviera corriendo una carrera a través de su barbilla, y sí, habían otros vellos

raquíticos y enclenques que no tenían una púa, pero que mirados con una lupa se veían, y mirados al sol relucían y eran gruesos y feos, y con la pinza cuadrada fue uno por uno arrancándolos. Se pasó la yema del dedo índice y del mediano por el borde del mentón, y fue buscando la púa del otro pelo hasta que la encontró, y le dio tres toques pero no pudo arrancarlo. Cogió la puntiaguda, localizó su presa, y con ferocidad, la agarró por la cabeza y se arrancó el tercer pelito. Entonces volvió a frotar sus dedos sobre el mentón, y ahora lo sintió plano y liso como una plancha y se sintió tranquila y feliz. Luego se pasó la mano por la barbilla buscando ahora granitos para explotar, pero sólo tenía unas marquitas negras que eran las señales de otros granitos que se había explotado. Su cara desnuda estaba llena de cardenales, de pequeñas cicatrices sin cicatrizar, de pequeños alicates o de hoyitos, además tenía lunares, y verrugitas, tenía que ponerse una base que tapara las pequeñas imperfecciones, los pequeños sufrimientos monótonos y diarios. Se puso unos tantitos de Doré en la frente, dejó que gotearan un poco, se puso más en la punta de la nariz, con el índice deslizó la gota por las aletas tapándose dos huecos abiertos, y poniéndose también un dash de Souci en los cachetes, fue dando vueltas, derramándolo por los pómulos, girando por las mejillas, arreboladas, patinando en círculos concéntricos, y deslizando sus yemas amelcochadas de grasa por los granos ahupados y por los chichones, disparando centellas y balas, y deslizándolos de nuevo por la nariz como si fueran trapecistas o saltimbanquis. Pasando por una pasarela de recuerdos, recuerdos que se presentan avientados, mirados rápidos, con una velocidad más larga aún que la que atraviesa un tren al dejar detrás, en un abrir y cerrar de ojos, de un pueblo a otro pueblo, correría y remembranza, recorrido de animales pastando y recorrido de dimples en los cachetes y de pestañeos. Frotó la base por toda su frente, y la disolvió sobre sus sienes, y entonces le dio la expresión verde, anaranjada y violeta a sus ojos. El delineador derramó por toda la superficie de sus párpados, la cáscara alborotada de un huevo, la yema amarilla, y fue escupiendo y puliendo y dibujando florecillas. Abrió un blush-on empañado, le echó aire de su boca y luego lo frotó con un kleenex, no vio ni su cuello de tortuga, ni su chata nariz, ni sus poros abiertos, se viró de perfil, y su nariz no la dejaba ver las bolitas de sus ojos, sólo veía el pestañeo de sus pestañas, lo bajó hasta mirarse sus labios resecos, se los humedeció con la punta de una Nimphea. Sacó el Bloonight del gabinete, y otro espejo de mano redondo, para aumentar la dimensión de sus descalabros, aumentados y complejos, acomplejados, se vio las garrapatas y las cucarachas, y se hundió en el pánico terrorífico de su dolor. Viró el espejo de mano del otro lado, y entonces pudo volver a contemplar la superficie de su tierra y la geografía de su continente. Cogió el Bloonight

que estaba echando chispas y salivazos por uno de los extremos, se lo pasó por las pestañas, y en uno de los pestañeos, se dio un golpe en la córnea con la brochita de la mascara que la hizo pestañear más, y echar una larga y gruesa lágrima de cocodrilo, salada y negra. Se pasó un coverstick por las ojeras, para ocultar la mancha, parpadeó de nuevo, y con un powder puff fue empolvando su cara, pensando que estaba borrando los dibujos de una tiza en la pizarra. Un payaso. Toda pintarreteada de blanco, con dos sombras oscuras en los ojos, y dos ciruelas en los cachetes, y los labios listos para darle un beso a un cerezo, estaban pintados de rojo goma en carne viva. Y por las sienes bajaban dos aguavivas, dos largas y gruesas manchas de sudor que se arrastraban en las arrugas, en las arrugas que no eran arrugas cimentadas en la cara, sino arrugas formadas de repente por el estado anímico de los ojos, por los surcos que se arremillaban y desembocaban en la boca donde la lengua las disolvía y la garganta, con su nudo, las hacía papillas. Era hipnotizador ver cómo las pestañas parecían la sacudida otoñal de un árbol al balancearse en sus ramas, cómo caían las hojas pestañeando frondosas y alborotadas, cómo se abrían las ventanas de la piel respirando, y cómo los poros succionaban la base que se iba derritiendo, como una vela en un candelabro, y cómo la ilusión se iba oscureciendo, y el polvo, al ocultar las cuevas y las espinas, las sacaba aún más, y cómo traslucía la transparencia fría, y cómo se acaloraba y se derretía en el fuego y cómo las mismas luces y las mismas sombras y el juego de luces y de sombras, iban haciendo estragos en el cuello, mientras el cutis absorbía y sacaba el zumo suculento de la grasa, y uno se preguntaba si era la grasa que salía de adentro, tal vez de las entrañas, o era la crema del maquillaje, o era la combinación de ambas cosas, junto con el polvo derretido en el blush-on y en los labios resecos y cortados, habiéndosele ido el pintalabios, y aún cuando no se quitaba ninguno de estos emplastes, cuando ya su rostro se había convertido en la careta, cuando ya nunca más se podía quitar la magia y el hechizo del sudor, y los arrecifes y los surcos por donde pasaban las corrientes de las lágrimas, y la sonrisa y el alargamiento de los ojos achinados, y los estrujamientos de la expresión planchada, cocida, cruda en su crucifixión se habían esculpido en orugas, en verrugas, en tortugas, en arañas, en jorobas, en tatuajes, en marcas que ya no crecen, o que si crecen envejecen, pero no van como los cangrejos dando la vuelta hacia atrás, persisten en prolongarse, en abrirse más, en alargar el movimiento y el crecimiento hasta paralizarlo en el envejecimiento encandilado hacia la muerte de la juventud, oreja que escucha el sonido de un caracol sobre la oreja de la arruga, y se pregunta, si volverán ya nunca más a ser verrugas, arrugas o lunares. Oh, espejo mágico, que te fragmentas en tantas expresiones, cuál de todas es real,

cuál le miente siempre, cuál teme que sea la llamada no de la muerte, que es demasiado real, sino de la misma muerte que es la realidad, y que no come cuentos ni se embarra de maquillaje. Encendió una lucecita verde que enfocó claramente su perfil izquierdo. Al golpe de luz que invadió su cara, cerró los ojos lentamente, y le dio trabajo abrirlos. Quedó reflejado él desagrado que sentía al verse ladeada, mitad en oscuridad, deformada, no sólo por la luz sino además por la inarmonía que sentía en sus ojos y en su boca jalonada. Buscó por toda la superficie de su cara el motivo del disgusto. Pensó que era su manía, su sola manía, la que la veía de esa forma, si ella hubiera estado distante a la imagen que veía, le hubiera gustado ser ella misma, sí, tal vez era eso, que estaba harta de verse enclaustrada en la soledad de su cara. Y si no era así, cómo era entonces que hacia ella se sentían atraídos otros seres humanos, cómo podían sentirse atraídos si no fuera porque la veían diferente a como ella se veía. Pensó en el tono de su voz, tan chillona cuando gritaba, cuando no sabía por qué ni cómo se le metía una rabia por dentro, una rabia que trincaba su quijada, endurecía su gaznate y resecaba toda su garganta. Pensó en las veces que tenía la imagen exacta en la cabeza de cómo quería aparecer, y por más que se peinaba las greñas, su cabello tomaba la forma que le daba la gana. Pero lo que a ella le desagradaba de ella misma, y la confundía, ciertamente la confundía, y la alejaba de ella misma, era el deseo que tenía de verse tal y como los otros la veían. Quería saber lo que pensaban de ella, y si lo que pensaban se lo callaban, y si estaban pensando algo diferente a lo que decían, por qué era la cara suya, y no sólo la suya, la de todos los seres que se miran, una alta muralla de cemento, tan impenetrable, tan verdaderamente impenetrable, misteriosa y silenciosa. Por qué estaban guerreando dentro de su cara, la acumulación de la grasa y el brillo de los ojos con las lágrimas de cocodrilo y las ojeras devastadas por el sueño del insomnio que no podía pegar los ojos, y por todas partes escuchaba hablar dentro de sí, en un mutismo que hacía orilla en el rostro, las orillas de los pensamientos que no eran pensamientos encerrados dentro de la tumba de un reloj despertador, ni eran pensamientos trancados en un cofre con candados, eran esas arrugas que afloraban a flor de piel, eran los subterráneos al bajar las escaleras por la punta de la nariz, por la boca semiabierta, porqué estaban marcadas y cocidas y fruncidas, eran las cavilaciones de la cara con la cara, el encuentro del interrogador y del interrogante, de la grieta y la cuneta. Conforme la fotografía, impregnada de manchas, se iba revelando a la luz del sol, conforme se iba descubriendo en este instante preciso, como si hubiera estado cubierta por un paño blanco, conforme se iba mostrando, nunca igual en el movimiento cambiante del primer desliz a través del tobogán de su perfil, quería

liberarse de ella misma, y de todos sus pensamientos. Quería reflexionar sin ellos detrás obligándole el camino. Lejos, y detrás de ella, está su bañera vacía que poco a poco se va llenando de huecos o de sombras que la circundan como sus propias reflexiones a quienes no les encuentra un cubículo que las encuadre. Lagunas que hay que vaciar para volver a llenar. Sombras que se vacían, porque ella sale por el marco de una para entrar en el orificio de la otra. Qué hace ella encerrada dentro de este claustro mirando y reflexionando-como si su pensamiento pudiera virar su vida de arriba abajo. O como si ella pudiera, mirando el techo, sentirse a ella misma encaramada en él, viajando por el estrecho espacio, sin intentar salir, porque está extraviada, y desvariando alucinada.

Cuando sus ojos se ponían a mirar un punto fijo, y ella comenzaba a proyectar en la pantalla de su frente toda una serie de imágenes, era casi siempre después de una noche en que había estado lejos de sus añoranzas, de sus deseos, cuando éstas retornaban con mayor ahínco y se afanaban por aparecer en la pantalla. Y casi siempre venían ligeras, y suaves, no eran ásperas, eran como una cascada de agua cayendo a borbotones, como un bienestar alegre, refrescaban su frente y hacían que sus ojos recobraran la ilusión primera. De hecho, los ojos se nublaban, lloraban de excitación infantil, y hacían que ella comenzara a hablar, mientras la música tocaba en su tocadiscos, hablaba con las proyecciones de imágenes que acaecían y surgían a borbotones, y fáciles, sin ninguna interrupción, sin ningún corte eléctrico que cortara la comunicación, era imposible cortarla, porque había surgido del placer de una noche en que la borrachera, y luego la pesadez de la cabeza, la habían libertado de todas sus ansiedades, del sentirse amarrada o controlada por sus propias quijadas, por las cadenas que la amarraban a las caderas de su cuerpo. Pero era necesario sentir la pesadez y la amargura del cuerpo, sentir el barrote y el látigo, para luego volar como los pájaros, y cantar, como nunca antes lo había hecho, con el tono exacto del color de la música, y que ésta, proyectada en su garganta, y llena de ilusión febril, comunicara el esplendor de su agonía liberada. Tenía que aguantar la nota, sujetarla con fortaleza, quererla resistiéndola y empujándola porque debía continuar elevándose, y surgiendo por los codos de la imaginación, y bajando por las axilas del terremoto, y temblando en la mesura dividida y vibrante del tono, y tenía que dirigirla con la batuta, y a la vez resistir con distancia su invasión, y controlar su emoción, y ser el productor, el motor, la velocidad, y a la vez la oreja que escucha el desarrollo de la emoción, la oreja que interrumpe el desentono, la inarmonía, el desequilibrio, y la mano que sujeta, agarra y eleva, e incluso entusiasma, y produce elevando la sangre, el dolor del placer. Y tenía que hacerlo no sólo con el vuelo de las manos, sino con el movimiento lento y

pausado, y con el recogimiento de los ojos elevando el movimiento de las manos, y siguiendo el movimiento del silencio y de la pausa del dedo, dejándose dirigir el aliento, las manos mueven los hombros y las caderas, dirigen la medida y el diapasón, hacen que yerga la cabeza, que su frente se arrugue, pero sin perder el estado anímico que siente por todos los recovecos de su cuerpo, las patas tocan el suelo al golpe que siente la cabeza y los ojos sienten el temblor, abre la boca pronunciando ciertas palabras mudas, y luego baja el tono, lo hunde en una efervescencia equilibrada que baja la voz hasta encontrarse hundida en el esófago, y luego se mueve redonda por la comisura de los labios formando una O redonda, y luego una E semiabierta y vibrante, para ponerle un punto a la agresiva y dividida, que antecede e interpone otra nota figurativa y graciosa que se ríe como una cabra, y es una E que se antepone a una A abierta y blanca. Distante y soberbia, la a minúscula se sube en la escalera de la A mayúscula y desde ahí busca con sus ojos a la E y le dice lo que tiene que hacer con la U ubérrima, y la O se siente demasiado ensimismada, es como una pelota cerrada, siente que no puede unirse a la E, ni a la i porque ellas siempre están acompañadas, o se pueden unir a otras parejas ubérrimas, pero la O es el motor de la O , de la exclamación: ¡OH!, ¡OH! Cierra despacio la boca. Pero se abre de nuevo el bostezo-se abre el deseo que tiene de ver nublado el cielobostezo que cae del cielo-abre, abre la boca, no la cierres nunca, incluso un bostezo como una súplica puede transformarse en una réplicaréplica-de lo mismo-lo mismo-cuando abre la boca abierta la O boca abierta se convierte en una exclamación: ¡OH! ¡OH! Y está torpemente balanceada por sus dos columpios, por sus dos caderas que la mueven y la agarran y la cierran en la claustrofobia de la naranja completa, o de la luna llena, o del sol en su máxima permanencia y esplendor, y hacia la O cerrada, hacia su obscuridad y su silencio se encaminan en peregrinación vacilante y zigzagueante los otros términos del abecedario de las vocales, musicalizando el afán de llegar a ser amadas o unidas a la O, imagínate la furia de la U cuando casi la toca, pero siente que le faltan pelos en su cabeza, que le falta un sombrero que la cubra ubérrima y que la proteja del sol que la quema. Y ya para entonces la A subida en el último escalón, se yergue frondosa de ramas, y cubierta de yerbas y de aromas que la hacen sentir tan importante en el poder de su música y de su escalera, y todas, cada una a su nivel, se sienten completamente potentes y vigorosas, completan su misión de engrandecerse en la producción de su nombre, en la complementación, en el desarrollo de todo su vigor, desde la punta del dedo grande del pie de la O, hasta la cabeza repleta de maleza de la E, están hechas de formas que han producido formas, han estrechado la mesura de sus formas, han ejercitado sus músculos, han escuchado la

contracción de sus tripas, el sonido quisquilloso de sus costillas, las nucas y las astillas de los dedos, los pelos de las axilas, el contratambor, el contrasudor del olor, el azufre y el sopor, el humo blanco del aliento negro, el humo negro del aliento blanco, y la contracción intensa y soporosa, el cálido aliento de la boca abierta cuando se va cerrando y abriendo, y abriendo y cerrando en el movimiento lento y pausado, consciente del movimiento que hace cuando se cierra y se abre, control supremo de uno mismo sobre su propia muerte que observa cerrando los ojos, cayéndose en el silencio de la cerrazón de los ojos, oyendo el temblor de los párpados, y temblando con ellos en el esplendor del temblor, en la unión con el cuerpo del cuerpo que se muere y se abre, se contrae y se apaga y se divide y se cierra de todas partes y por todas partes lleno de permanencias.

FIN

(Giannina Braschi, nació en San Juan en el 1956; radica en Nueva York desde finales de los años 70. Su novela “Yo-Yo Boing” fue nominada en 1998 para el Premio Pulitzer de ficción, así como para otros prestigiosos premios: National Book Award, Robert F. Kennedy Book Award, y el American Library Association's Notable Book Award. Su labor literaria ha sido reconocida por importantes instituciones en Puerto Rico, Estados Unidos y España. Sus publicaciones premiadas incluyen: “El Imperio de los Sueños”, “LaComedia Profana” y “Asalto al Tiempo”. “Yo-Yo Boing” es su primer libro escrito en un particular bilinguismo polifónico.)

HISTORIA DE UNA VISITACIÓN – PEDRO CABIYA

Pero Clitemnestra pidió otro Bloody Mary y dijo que ella todavía no quería irse. Unánimes protestaron.
-Regresemos nosotros. Que Clitemnestra busque quien la lleve a su casa -dijo Pericles, el novio de Clitemnestra-. Qué irresistible combinación: encima de borracha, atrevida.
-El que me lleve a mi casa, gana -Clitemnestra amenazó. Ostensiblemente intimidado, Pericles masculló palabrejas ofensivas.
-Maldito yo por sacarte de noche para que bailes en pubs. Soy el artífice de mis propias humillaciones -postuló.
-Cálmate. No hagas una escena. Veamos si es capaz de apurar ese trago. Nos marcharemos cuando lo termine -Néstor, el intoxicado hermano de Pericles, intermitentemente aconsejó.
-Creo que voy a vomitar -anunció Proserpina, y vomitó sobre Heligábalo. Heligábalo se despertó.

-Está lloviendo y yo olvidé el paraguas -conjeturó.
-Además, yo no he dicho que este va a ser mi último trago, y tampoco crean que me lo voy a beber aprisa -advirtió Clitemnestra con décisión.
-Puta -aulló Pericles-. Párate, que nos vamos.
-Sí, puta -repitió Tais, que amaba a Pendes de soslayo.
-No te metas -Hermógenes, el marido de Tais, vociferó.
-Ahora mismo termino mi trago -intervino Clitemnestra con enfado y con un movimiento rápido de la mano sobre el rostro de Tais el Bloody Mary derramó. Se formó una garata, un salpafuera, un acabóse, una bullanga, un tintingó. Las separaron; las amonestaron; hicieron las paces con renuencia y todos en el automóvil se montaron.
En el camino Néstor propuso que antes de separarse anduvieran a casa de su madre a comer un bocado para bajar la nota que a fuerza de mucho Gin Tonic los seis habían agarrado. Todos aceptaron, si bien a Pericles no le entusiasmaba la idea de que la autora de sus días conociera a su prometida en ese deplorable estado. Llegaron. Doña Penélope vio de qué se trataba el asunto y puso a hervir unos pasteles de hoja que le había regalado aquella tarde su hermano Aristarco, luego de salir de la misa celebrada en honor de los fieles difuntos.
-Hay de plátano. Hay de yuca -observó doña Penélope, deseosa de satisfacer todos los gustos. Se sentaron a la mesa. En ese momento... ¡fuá! ¡Qué susto! Un apagón. Sobrecogidos por una ráfaga de nostalgia aplaudieron la llegada del quinqué con la gratitud que se depara a un convidado adusto. Una luz histérica iluminó el comedor y ahuyentó los escombros nocturnos. Las persianas colaban una leche tenue como la luz del cuarto menguante. Eran comensales buenos y pacientes, si bien consabidos tunantes. Sólo Clitemnestra compartir el banquete declinó. Como no quería saber de Pendes se había sentado en el sofá a engullir solitaria su ensalada de guisantes y su plato de arroz.
En medio del silencio, de pronto, un ruido. Como el que suscita un percusionista cuando quiere marcar el ritmo golpeando con una varita de veintisiete centímetros una superficie metálica. ¿De dónde proviene el sonido? Nadie sabe. Todos escrutan las tinieblas con inútiles miradas. Tin, tin, ten, tin, tin, tan, ton, tin, tun, tin, tin. Continúa. La situación se torna álgida. Hermógenes aprieta la mano de Tais. Tais la de Pericles. Néstor mira para todos lados intentando ubicar la procedencia de la pauta ubicua. Heliogábalo está embelesado y Proserpina no sabe qué esperar ante una circunstancia tan ambigua. Clitemnestra pone los ojos en Penélope y Penélope con espanto se santigua. Entonces, todos por concierto, descubren horrorizados el portento. Balanceada sobre las persianas que refrescan el comedor, una rata se pasea sin hidalguía y sin pudor. Su largo

y anillado rabo pelado hace resonar el aluminio de la ventana, tin, tun, tin, tan, tan, tin, ton.
Camina la rata blanca como una azucena, cruzando de un extremo del ventanal al otro. En medio de la oscuridad traspasada por la flébil luz del quinqué, como hipnotizados, como boquiabiertos, ninguno .reacciona. ¿Era un roedor, o era otra cosa? Súbito el animal se detiene y desfachatadamente con sus ojos rojos los ojos ensangrentados de todos penetró... Los miró con atención. El tiempo se había roto. Entonces la rata salta, olímpica, desde la ventana hasta el sofá, donde Clitemnestra, sin pensarlo dos veces, se raja energéticamente a gritar. En el sofá estaba, ahora, el animal grosero. Se formó una garata, un salpafuera, un acabóse, una bullanga, un escarceo. La rata buscó el suelo. Para qué te cuento aquello.
Todo el mundo brincó. Se armó un huidero. Querían atajar a la rata, capturar a la rata, arrinconar a la rata, matar a la rata. La rata en una canasta se metió. Se armaron con escobas, con sartenes, con destapadores, con bates de béisbol. Pericles lidereaba, escoba en alto; con el escándalo la anciana madre de Penélope, Casiopea, madrugó.
-¿Qué carajo pasa? -preguntó.
-Que se nos ha colado una rata -Hermógenes ofreció. La abuela hinchó las narices y el aire enrarecido olfateó.
-Poco me lo hallo -propinó-, cuando hay tanto borracho junto en esta casa.
La vieja también se armó. Se acercaron a la canasta. La rata vaticinó la emboscada y a la velocidad del rayo buscó regresar a la sala... y lo logró. Tras ella ocho personas, ninguna pudo agarrarla. Intentaban no tropezarse entre ellos, pero esa utopía fracasó. La rata se encaramó en el sofá, de nuevo. Pericles le tiró de lleno, pero el swing de la escoba falló; se apuntó, no obstante, unos cuantos floreros. La rata los evadió.
Esta vez buscó guarecerse en la cocina. En medio de la persecución de boca cayó Proserpina y Tais, que venía detrás, le metió el tacón del zapato por donde menos convenía. Heliogábalo se excitó. Proserpina se vació en groserías mientras la rata, esquivando palos, avanzaba por las estanterías hasta que logró meterse detrás del refrigerador. "La rata quedó atrapada", pensaron. Hermógenes adelantó una moción:
-No vamos para ninguna parte así. Necesitamos organización.
-Cierto -dijo Clitemnestra por darle la razón a otro, que a Pericles no. Acordaron que Heliogábalo guardaría la entrada de la cocina junto a Casiopea. Con Don Quinqué, Penélope alumbraría la escena. Hermógenes y Néstor moverían el refrigerador. Pendes y Clitemnestra, en guardia, matarían la rata en cuanto saliera... Luces, cámara, facción! Movieron el artefacto. La rata salió. No hubo tiempo para dar un solo palo. La rata,

blanca como una paloma, a todos burló y con malabares de circo fue a caer en el escurridor. Heliogábalo, reflejos acuciosos, empuñó el bate. El bate zumbó. Todo acabó en dislate pues la rata ya no estaba, había escapado; siete palos y seis vasos Heliogábalo por verla muerta rompió. Casiopea escupió un insulto. La rata entonces volvió a su escondite... pero ahora lo escaló y la vieron aparecer sobre sus cabezas, encima del refrigerador. En la oscuridad el quinqué operó lo suyo y la sombra de la rata se alzó. Con sus ojos enloquecidos, los ojos llorosos de todos auscultó.
Pericles zarandeó la escoba y le abanicó un azote. La rata de su atalaya cayó. Agredida, no chilló como suelen chillar las alimañas de tan reducido escote, sino que, rabiosa, bramó como cachalote, fanfarronería propia de bestias más feroces, menos escurridizas y de más porte, y con tal denuedo lo hizo que al más aguerrido de la banda espeluznó. Mohína, fue a parar de hocico al fregadero. Todos la daban por muerta mas, cuando se asomaron a verla, otra cosa la rata a entender les dio. Puesto que, de pronto recuperada, se precipitó del fregadero al suelo y a toda carrera sorteó una jungla de piernas hasta que a una covacha que había en la parte trasera de la cocina se metió. "Ya nos la puso fácil", Casiopea aventuró.
Fueron tras ella hasta pillarla delante de un costal de malangas que Penélope se había ganado en una rifa de los adventistas el mes pasado. Con lentitud cercaron la rata. La luz del quinqué la cegó. Hermógenes se enjugó un sudor helado. La rata, sobrecogida por la redada, dióse por muerta y sobre las malangas protestantes se orinó.
-Voy a tener que botarlas -Penélope aseguró- pues, ¿quién se come eso ahora?
-Yo -dijo Néstor, parcial con ese tubérculo-, eso se lava, se pela y se acabó.
Todos rieron. Fue una pausa breve y acto seguido sobre la rata se aglutinaron. ¡Pero la rata ya se había esfumado! Sacudieron las malangas y no la hallaron. Requisaron la covacha de arriba a abajo y por ninguna parte la sabandija vislumbraron. Regresaron perturbados a la cocina. ¿Cómo se había escapado? Culparon a Néstor por haberlos distraído, por payaso. Néstor los mandó al carajo. Entonces Clitemnestra sacudió su larga melena y comunicó:
-Pericles, no me toques. Tú y yo no nos hemos contentado.
-Yo no te he tocado -respondió Pericles, apareciendo ante Clitemnestra desde otro lado. Clitemnestra desorbitó los ojos y todos los músculos de su cuerpo voluntariamente congeló. La rata se había alojado en su cabello y agarrándose de las hebras hasta la coronilla subió. Desde allí la rata los contempló. Uno tras otro. Con sus ojos afiebrados los ojos idiotizados de todos abrumó.

Proserpina no lo pensó dos veces ni lo consultó. Empuñando el sartén con ambas manos impetuosamente se abalanzó. A tiempo se salió la rata, pero Clitemnestra no. ¡Gooonng! "Perdón", musitó Proserpina. Clitemnestra se desmayó. El quinqué no se rompió pero la claridad que despedía se abotagó. Pendes no sabía que hacer, conque tentó en la oscuridad, agarró a Proserpina por el cuello y la abofeteó. Proserpina se indignó al principio, pero después, sin saber por qué, como que le gustó. Descontrolado, Pericles la zarandeaba como un trapo y nadie por el momento la socorre. Se formó una garata, un salpafuera, un acabóse, una bullanga, un correcorre. Hermógenes y Néstor se lo quitaron de encima. Clitemnestra se incorporó. "¡La rata!", advirtió Tais, y ante la urgencia del alarido el hechizo se rompió. Todos acudieron a la sala. La rata estaba a medio camino entre el comedor y el pasillo que daba a las recámaras. El suspenso los paralizó.

-¿Quién descansa en esta casa si esa rata en alguna de las recámaras se acata? -Casiopea inquirió.

¿Quién saca de la recámara a la rata, quién se arrastra bajo cada cama, tasa todas las cajas y repasa cada lasca de la fachada barata? - Penélope agregó.

-¿Qué pasa si la rata en la recámara se embaraza? -Tais procuró. Todos coincidieron que si la rata entraba a cualquiera de las recámaras Casiopea y Penélope tendrían que mudarse de casa. La inminencia del cataclismo los amotetó.

-Tenemos que cerrar las puertas -Tais favoreció. Ante la provocación, Hermógenes se abrió paso y por encima de la rata heroicamente saltó. Cerró todas las puertas. La multitud aplaudió. La rata estaba atrapada entre Hermógenes y la congregación. La rodearon. Pero la rata los había ya captado de tal forma con su perversión que ninguno osaba dar el primer coscorrón.

La rata otra vez bramó. Todos recularon, menos Pericles, que nuevamente un sólido cantazo le arreció. La rata voló contra una pared, rebotó, cayó de espaldas, pero de inmediato se enderezó. Entonces todo el mundo golpeó, pero a ciegas, atolondradamente, sin dirección ni guía. Y cuando abrieron de vuelta los ojos, la rata ido se había, silenciosamente se había trasladado hasta la cocina. Ningún impedimento recibió. La persiguieron con furia, babeantes, enardecidos, crispados.

-Ya está bueno de tanto julepe -carraspeó Penélope y, encolerizada, como una serpiente, silbó.

-Si la cojo me la como asada -Heliogábalo borboteó.

-Viva la digiero yo -replicó Casiopea y eructó.

Transformados y endiablados, a la caza de la rata se entregaron como furiosos sabuesos, pues, azuzados por consecutivas derrotas, cada nuevo

fiasco los incitaba a entregarse con más pasión. Por tercera oportunidad la rata tomó ventaja de las hendijas y tras la nevera se fortificó. Y, como en la pasada ocasión, cual cabra montesa trepó hasta acaparar el clímax. Cuando llegaron a la cocina los vengadores no la veían hasta que de pronto la rata por encima del aparato surgió. Todos, al ver aquello, comenzaron a temblar. Demacrada, Clitemnestra alzaba el quinqué por encima de su cabeza sangrante pretendiendo fustigar las sombras, pero en cambio las hacía danzar. Y a la sombra de la rata más. Albergaron la sospecha de que perseguían algo que no era realmente una rata, o que hostigaban una rata que venía de otro lugar. La rata no se movía. Por cuarta vez, con sus ojos enigmáticos los ojos atónitos de todos escudriñó.

Pericles dejó caer la escoba y tuvo una epifanía que no fue capaz de articular. Abrió la boca y con los ojos brotados se mandó a berrear. El terror. Algo habla entrevisto y ahora el terror. Gritaba, se desgañitaba, se despepitaba, gargalizaba, babeaba, baladraba, clamaba, se desgargantaba, rugía, se desgalillaba, aullaba, moqueaba. Los demás olvidaron la rata y buscaban vanamente la manera de restaurarle a Pericles la aniquilada calma.

-Cállate, Pericles, tranquilízate -la madre suplicaba.

-Pericles, los vecinos, Pericles, carajo, por favor -la abuela imploraba. Pericles no reaccionaba. Pericles era el heraldo del terror.

311

Pericles no cesaba. Los otros, cortejados también por el vértigo y la histeria, sumergidos en la oscuridad impaciente de la casa, lloraban porque Pendes había llegado a otro sitio, se entristecían porque Pericles estaba empantanado en el infierno, se lamentaban porque Pericles era el cliente de la desesperación, se rasgaban las vestiduras porque, salvo que los arrastrara en su perdición, Pericles no conocería ya la redención. Pendes no tenía salvación. Clitemnestra dio el primer golpe. Los demás siguieron su ejemplo, de entrada con precaución, a la postre con gran denuedo. La llama del quinqué se marchitó. En medio de la repentina espesura temible, el silencio prevaleció.

En ese momento la electricidad retornó. La luz estridente de los bulbos incendió la geometría de los objetos familiares y el misterio insólito de las sombras se disipó. En la cocina, el neón estéril de las lámparas los evidenció en corro alrededor del cuerpo ensangrentado de Pericles. Alguien tocaba la puerta. El teléfono sonó. Un auto desconocido con colores giratorios, probablemente la policía, frente a la marquesina de la casa se aparcó. La rata, blanca como el feldespato, aprovechando la ira y la conflagración, había alcanzado el ventanal del comedor... Su pelado y anillado rabo se agitaba a la vez que la rata sosegadamente se retiraba

obedeciendo a una orientación contraria a la que tomara cuando por primera vez apareció. Es decir, que por donde mismo vino, se fue. Tin, tun, tan, ten, tun, tin, ton.

FIN

(Pedro Cabiya (Diego Den¡) nació el 2 de noviembre de 1971, en San Juan. También utilizó los seudónimos "Tobías Bendeq" y "Gregorio Falú" para publicar sus cuentos en numerosas revistas El cuento, Albatros, Casa de las Américas, Postdata, A propósito, Die Hónen, Metas, Dactylus, en periódicos y antologías: “Antología del cuento latinoamericano del siglo XXI”, “Manual de fin de siglo”, “El rastro y la máscara” y “La cervantiada”. A su primer libro de cuentos, “Historias tremendas” (1999), le seguirá próximamente su segunda colección, “Historias atroces”.)

CASA NEGRA (1904) – MARTHA APONTE ALSINA

Era una trampa de luz. Una cosa distinta de las tijeras obedientes, que salían volando del costurero prestas a cortar el arpa de los helechos, las margaritas de pétalos elásticos y los canarios morados. En nada se parecía al florero ni a la ja-ta-ca, el cucharón hecho con la mitad de un coco pulido atravesado por un palo rústico, útil para escarbar agua del barril donde caía la lluvia destinada a regar las plantas y dar de beber a las flores cortadas que Susan sostenía con una mano mientras apretaba el florero con la otra, tanto, que los dedos semejaban labios adheridos a una ventana. (Las flores están bien como caigan, decía mamá y ella de acuerdo, pero hasta cierto punto, porque siempre hay que desordenar un poco la rigidez del azar).
Tampoco se comparaba con las agujas de bordar mensajes navideños en cojincitos de cañamazo, alternando hilos dorados y rojos, de espaldas al mar africano de la bahía. Centrarla en la cintura y alinear la mirada con el ojo de la trampa de luz sólo se parecía a escribir comentarios al calce de las criaturas cautivas, en el álbum de fotografías que armaba pensando en Edward, cautivo también pero en un edificio de Wall Street donde subían y bajaban los valores de todo sin darse cuenta de tales conmociones el tallo de la caña de azúcar ni la nieve que golpeaba los ladrillos. Como era improbable que Edward L James sacara mucho tiempo para pensar en ella en medio de ocupaciones importantes, ella le mandaba souvenirs coleccionados en la nueva posesión caribeña: ejemplares de la flora y la fauna, tipos humanos, la imagen en cartulina de algún negrito angelical; en fin, piezas simpáticas que formaban un túnel por donde transitaba un calor capaz de abochornar a la nieve. Edward las apreciaba, aunque tardara en

responder a las cartas de Susan, porque no era posible sustraerse al calor que fluía desde la isla hasta su mesa.
Escribía en las páginas del álbum colocado sobre el escritorio, sabiéndose vigilada en silencio. La trampa de luz, traviesa e indócil, empequeñecía las cosas para amueblarse las entrañas, como una casita de muñecas. Las manos de Susan le abrían el apetito de capturar escenas domésticas, aunque en ocasiones Kodak delatara su malacrianza con bromas pesadísimas, cuando inesperadamente caía por allí el fantasma de una exposición doble, una canasta de ropas sucias que la sirvienta olvidó en el patio interior arruinaba el chorro luminoso de la fuente, o un súbito aguacero oscurecía una pose perfecta de mamá. A veces la cámara se portaba como si hubiera sido ella la dueña, y no al revés; entonces se oía el eco insolente de una carcajada en la oscuridad de su alma rodeada de espejos.
Mirando por el visor persiguió el paso de una nube a través del dormitorio, una sombra fresca que al alejarse dejó atrás la melancolía que inspiran los cambios, sobre todo en el cuarto donde había jugado con muñecas hasta ayer. Le fastidiaban la fragilidad de las cosas raras y el sumiso desenlace de los momentos felices. Por eso viajaba con su indócil trampita de luz: para, conservar con los ojos y las manos lo que la cabeza no lograría entender nunca; capturar sin derramamiento de sangre gentes y costumbres extrañas, trofeos de un mundo que ni siquiera alguien tan listo como Edward conocería si no fuera por ella.
La claridad de la mañana empozaba su dulce pelambre de polvo en el silencio de los pasillos. Aunque los demás habían bajado, todavía latía en la atmósfera el revuelo de los preparativos del viaje. Bobby volvió corriendo, y le dijo que avanzara con sus necias notas al tonto de Edward o la dejarían encerrada y allá que se las viera a solas con el fantasma de Jack Silverstar -uno de tantos espíritus de piratas torturados que rondaban desde los calabozos y aljibes de la cercana mansión del gobernador- quien seguramente la violaría antes de matarla, asarla y comerse los pedazos de su carne asquerosa en un carapacho de carey. Ella estiró las piernas bajo la falda y trató de recuperar la mirada de la niña que hasta el otro día no había estado tan distante de su hermanito. Con una mano sobre la cadera y la otra señalando al reloj de pared, Bobby imitó un gesto del gobernador Hunt. Entonces ella cortó con las tijeras obedientes el tallo húmedo de una de las margaritas del florero, se la puso al joven en el ojal, y él salió disparado, fingiendo una rabia que era más bien una sonrisa.
Se levantó, se acercó a la ventana de la sala, y vio que, en efecto, la esperaban todos, papá, mamá, Serena y el joven secretario de papá, Tim Thurley, que les acompañaría por desgracia para ella, pues no alentaba las

miradas desfallecidas del joven, ni aprobaba la extravagante . montura de sus espejuelos ni su rara costumbre de llorar con una facilidad alarmante. Al principio le conmovieron su mirada azul y su estatura -para no hablar de un delicioso enigma, cómo alguien tan bien plantado se dejaba ocupar el cuerpo por aquel aire frágil- y fue generosa con él, al punto de tomarle una foto para que la enviara a su madre. Aquel gesto bastó para convertirlo en un esclavo más incómodo que unos zapatos apretados. Tim Thurley escribía poemas, no mostraba ante la vida el comportamiento fácil de los hombres, esa forma de sentarse con las piernas abiertas y jugar al póquer y morder cigarros y enfrentarse valerosamente a las emboscadas de los enemigos. Como Mr. Hunt, si señor, pensó con cierta turbación, y guardó el álbum bajo la tapa del escritorio.

Caminó al patio interior sin dejar de esperar que Bobby saltara de cualquier escondite vociferando canciones de piratas. "Quince hombres sobre el cofre del muerto, ¡Ja, ja, ja! ¡Y una botella de ron!", pero ningún pirata, vivo o muerto, la asaltó en el breve espacio que la separaba de su familia.

El padre la vio y se le llenó el aliento con la brisa marina del pelo suelto, aquella maravilla dorada que a veces las manos, de apariencia sutil pero armadas de firmeza, trenzaban en gruesas borlas. La madre pensó que el viaje sería larguísimo; que, como siempre, la informalidad de su hija desafiaba al sentido común, y dio una orden tajante: no saldrían de allí hasta que Susan se recogiera el cabello bajo un sombrero. Mamá se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra, como siempre que tomaba una decisión inexorable. El duelo no se haría esperar, pensó Bobby, anticipando con regocijo la derrota de su hermana tras una batalla sangrienta. Pero Susan accedió sin remilgos, desapareció y volvió sin hacerse esperar, con el pelo recogido y un sombrero puesto.

Y qué sombrero, nada parecido a la simple galleta de colegiala con cinta de terciopelo azul que lucía la hermana mayor, Serena. Este era de la colección de mamá. Negro, de alas anchas hasta el nacimiento de los hombros y un velo en derredor, la cosa loca remataba en tres plumas de águila; de águila también el ojo de la maldita Kodak, el instrumento que su odiosa hermana, con hipócrita aire seductor, sacaba a toda hora para torturarlos. Con un gesto de la mano de dedos fuertes y delgados, salpicada de lunares castaños como sus ojos, Susan les ordenó que posaran, y a nadie le pasó por la mente desobedecerla, quedaron congelados, Mr. Hartman de buen humor y Bobby, aplanado para siempre, como quien ya no tiene ánimo de protestar porque la queja se la ha disuelto demasiadas veces en mero pataleo.

La salida de San Juan tenía un nombre tan altisonante como impronunciable, Paseo de C-O-V-A-D-O-N-GA, pero era apenas un camino

sombreado por almendros tropicales de viejas ramas retorcidas. Afortunadamente no había borrasca en el panorama y el cielo mostraba un azul que Susan no había visto en Ohio, donde el firmamento podía ser tan puro como éste pero más distante. La luz acá parece un fruto redondo y maduro, le oyó comentar a Mr. Moscioni, maestro incomparable en este "new fangled contraption" de la fotografía, como decía mamá, cronista oficial de La Fortaleza o Palacio del Gobernador y de cuantas secretarías, departamentos y dependencias componían el nuevo gobierno de Puerto Rico. Amén.

Aquella excursión de varios días era el primer viaje de la familia Hartman al interior de la isla donde residían desde la primavera de ese año. El gobernador Hunt había salido con su familia desde la mañana anterior, llevándose varios soldados de la guarnición y un séquito integrado por los funcionarios solteros y solitarios de La Fortaleza. Proctor, Watson y Adams: el mozo de caballeriza, el jardinero y el mecánico del automóvil del gobernador; Mr. Estabrook, contador; el Capitán Kuhn y Mr. Bain. También había arrastrado en su comitiva a los funcionarios casados y a sus señoras: Mr. & Mrs Barnett, Mr. & Mrs. Courtney, Mr. & Mrs Greenough y Mr. & Mrs. McGuire. Atrás sólo quedaban ellos, Thurley y Simmons, el chofer, que usaba unas gafas protuberantes para cuidarse dedos proyectiles de la carretera. Llegarían hechos polvo y polvorientos a una ceremonia y festín en un pueblo del centro montañoso, cuyo nombre se componía de vocales alineadas con la musicalidad de un aullido al revés,.U-T-U-A-D-O, dejó escrito en un mapa de la isla que guardó en el álbum para marcar el itinerario del viaje.

Simmons, un veterano del ejército de la frontera, recordaba con rencor el flechazo que le había cambiado el curso de la vida. Se desplazaba arrastrando una pierna como si su cuerpo hubiera sido un compás, pero eso no le había impedido echarse al lomo las cargas más pesadas, y mucho menos ser el chofer oficial de Mr. Hartman y pertrechar con provisiones y equipaje el vehículo de cuatro asientos donde viajarían, prestado por el U.S. Post Office. Simmons iba armado con un inmenso revólver calibre 44 de culata de marfil y, en una bandolera que le daba un aire de perdonavidas, suficientes municiones para enfrentarse a los indios caníbales y negros cimarrones que ninguno de ellos había visto en la isla, pero nunca están de más las precauciones. Junto a él, en el asiento del frente, iría Tim. Serena y Bobby se pelearon con Susan las ventanas del segundo -perdió, como siempre, Serenay en los restantes se acomodaron mamá y papá, rodeados de las cosas que ningún viajero sensato olvidaría. Guerrera armada contra el sol y los mosquitos, mamá llevaba en la falda un tesoro de secretos militares, otra caja negra con una cruz en la tapa metálica y adentro gasas,

medicinas color violeta, sales, aceite de castor, linimento Sloane, quinina, morfina, una jeringuilla. Era una réplica del botiquín que había usado en los meses siguientes al armisticio del 98, cuando dejara a sus hijos al cuidado de la abuela paterna para unirse al cuerpo de enfermeras que auxilió a los soldados heridos y a las víctimas de la campaña de hambre practicada por los españoles en Cuba. Mamá guardaba en la memoria el eco de fiebres alucinadas, los suspiros de un esqueleto moribundo, pilas resbalosas de piernas y brazos amputados, había visto muchas cosas y no era mujer que se sorprendiera ante la crudeza del mundo. En Santurce, en una amplia avenida de tierra bordeada de casitas terreras con sus pequeños balcones desiertos, el vehículo espantó a unos perros realengos que hozaban junto a varios cerdos en una cuneta, y dejó atrás el gesto suplicante de un perrito sarnoso, qué pena, se lamentó Susan, una buena foto perdida.

Era un 25 de noviembre, la luz se espesaba, se volvía precisa y obsesivamente apegada a las cosas como si fuera propiedad de ellas y no del sol o de la luna o de las bombillas incandescentes inventadas por Edison. Las primeras horas del viaje a Ponce, que duraría un día si tenían la suerte de que los caminos no estuvieran inundados -lo que les obligaría a remolcar el armatoste incautándose de la primera yunta de bueyes que se les cruzara en el camino- transcurrieron con la alegría característica de las reuniones familiares. El auto era una carroza dulce de himnos-"Prisoners of hope/ Lift up your heads/ The day of liberty draws near! ".

Y anécdotas. Tim les confió que su madre estaba bien -vivía en un pueblecito de Ohio, muy cerca de Canton, el lugar de origen de los Hartman, una casualidad hermosa- y sus ojos se deslizaron hacia la cintura brevísima de Susan, que hubiera querido desaparecer y escapaba a su manera, mirando a través del visor de la cámara las transformaciones del paisaje. Usted es un hombre de ideas extrañas, pero simpatizamos con la delicadeza de sus sentimientos, bromeó la Sra. Hartman cuando le oyó hablar de sus recuerdos de la guerra en Filipinas sin tonos heroicos, más bien levemente escandalizados. Pero Hartman padre opinaba lo contrario, un hombre tiene que apreciar los placeres de la vida, toma muchacho, a ver si te circula un poco esa sangre, le pasó una botellita de bourbon embutida en un estuche de cuero, mofándose de la mirada de desaprobación de la señora, pero hasta ella sonrió cuando Tim se declaró abstemio y explicó que había sido testigo de los efectos del alcohol en los hombres, él mismo, cuando bebía, se entregaba a salvajadas vergonzosas y gracias, pero no gracias.

Poco después tomaron la antigua carretera central, y tras recorrer campos de cañas florecidas e ingenios dormidos empezó la aventura del ascenso por sendas de tierra más parecidas a hilos finos que telarañaran la

cordillera que a vías transitables, comunicadas, eso sí, por pequeños puentes de piedra, saltadores sobre quebradas fragorosas y chorros de agua que caían con un rumor refrescante. Se detuvieron junto a uno de aquellos puentes que, honor a quien lo merece, eran prodigios de ingeniería española, y brindaron, con sendos vasos de jerez ellas y bourbon ellos, a excepción de Bobby, condenado al repugnante sabor de la leche, y de Thurley, que prefirió llenar su copa con agua de las corrientes nativas, a riesgo de contraer una enfermedad incalificable. Por lo visto era, a su manera, hombre de opiniones firmes, pues tuvo la osadía de no prestar atención a los consejos higiénicos de Mrs. Hartman. Serena leyó en voz alta unas líneas del libro que llevaba en la bolsa, en francés, idioma que no entendía su familia, aunque sí estaban orgullosísimos de que ella dominara la lengua, decía papá, de Victor Hugo: "On cherche, parmi les essences natives, de quel bois se chauffent ces belles chairs d'ombre". Los caballeros se separaron de las damas para atender las necesidades del cuerpo, no sin antes depositar el calibre 44 en las sensatas manos de Mrs. Hartman. Los nativos atacaban a los odiados españoles, pero nunca se sabía qué podía suceder en un país sumido en el bandidaje y las luchas intestinas entre facciones de gentes que, a pesar de contumaces diferencias ideológicas y odios ancestrales, se llamaban a sí mismos, todos y cada uno de ellos, puertorriqueños o "hijos del país".
-Los puertorriqueños son niños y el que se acuesta con niños amanece cubierto de mierda, ¿no es así Simmons?- exclamó sonriente papá.

Serena y mamá estiraron el mantel de cuadros sobre un lecho de musgo y florecillas para colocar el sobrio menú de la merienda: carne negra y blanca de pavo, jamón ahumado sazonado con miel, salsa de arándanos, ensalada de col agria, agua mineral enviada directamente desde Sarasota Springs. Papá y Simmons reían devorando con fuertes mordiscos los restos del pájaro de la cena de acción de gracias mientras Bobby ensayaba el ritual de escupir derechito, disparando el chorro de saliva sobre unas hojas de yautía, de piel más tensa que un tambor. Algo en aquellos gestos, demasiado cercanos a la furia de los perros encadenados de Fortaleza que Hunt alimentaba personalmente, la movió a volverse hacia el otro representante del sexo masculino, el tierno Tim que, sentado en una de los barandas del puente, sostenía en la falda el cuaderno donde dibujaba del natural ejemplares de insectos y bromelias -cimbreantes remolinos de verdosa chispa- y anotaba observaciones con el dulce embeleso de un naturalista romántico. Qué tentación pensar que no hubiera carecido de atractivos con alguna huella de virilidad, una cicatriz, por ejemplo, como la que marcaba, muy levemente, la mejilla de Edward y que a ella le pareció

irresistible desde que lo conoció gracias a la visita, auspiciada por el Department of Commerce, de varios businessmen; tan irresistible que, al día siguiente de conocerlo-qué atrevimiento, qué pensaría él de esta amazona del trópico, pues qué importa, que pensara la verdad- la acarició con los dedos mientras paseaban discretamente por los jardines de la Fortaleza, frente al mar, bajo el efluvio de los almendros en flor y la varonil agua de colonia. Pero pensando en Edward cometió el error de mirar a Tim y el artista le devolvió con arrobamiento una mirada que la avergonzó hasta las raíces del pelo.

Desde la altura conocida como Aibonito, que significa "the pretty princess", según mamá, cerca de unos peñones que trajeron a la memoria de Mr. Hartman las tetas de cierta corista y a la de Serena las catedrales descritas por Ruskin, divisaron la costa del sur, el legendario Caribe blanquiazul de los cuentos de Bobby, y se dejaron rodar por curvas y precipicios con hambre de piratas hambrientos a la vista de un galeón. Al cabo de horas llegaron a una playita de arenas azucaradas. Nunca, pensó Susan, en ninguna parte, existirá un caos mayor de colores y formas, tantas cosas distantes de la palabra, pero cómo explicar sin nombrarlo el centro luminoso, presente en todas partes y en ninguna, del cual irradian los caracoles. Parecen tirabuzones de luz, pensó Tim, se enredan en la osamenta de los corales o entre algas cristalinas, una sala de teatro con todo y furiosa orquesta wagneriana en su rosado laberinto. Mamá y Serena coleccionaban en una caja de cartón almejitas arrugadas de un caoba bruñido, de un violeta copa de vino, de un blanco diente de ajo, perfectas, insustituibles, desconocidas, abandonadas, tristes. Papá pateaba cocos secos, Simmons hablaba de la oportunidad empresarial que prometían aquellas aguas, eso sí, con un poco de empuje y mucho menos calor. Pero Susan no colecciona objetos sino fantasmas de objetos, las cosas no le importan tanto como la pérdida de las cosas, tiene la mirada avariciosa, como si no le bastara con ser quién es, como si la belleza no fuera ya la dueña natural del universo, pensó Tim; ante los súbitos trastornos de la bella, de la frivolidad al mandato, lamentó que quizás, desprovista de la cámara, sin el deseo prendido de los ojos y los senos palpitantes, no parecería tan segura de cada uno de sus pasos ni luciría tan intensa, tan conectada con la verdad de las cosas, tan Susan.

La costa se fue difuminando en el crepúsculo pero no era suya la luz madura que impresionaba a Moscioni, sino un resplandor de corte celestial y nubes en lenta coreografía de sacerdotisas cretenses, se dijo Serena, con respeto. Los demás coincidieron en su recogimiento melancólico, menos Bobby, quien corría por la playa llevando bajo el brazo un coco seco que tenía forma de pelota de fútbol, y Simmons, que guardaba silencio pero se

daba prisa recogiendo las cajas de las coleccionistas de caracoles y recordándoles que ya era hora de partir. Pensará en cuando cazaba búfalos en la pradera, rió Susan, o en que si no salimos de inmediato nos asaltarán los peligros de la noche, quién sabe si una manada de jabalíes, qué tipo loco.

Ya había oscurecido cuando llegaron a Ponce, atravesaron la calle frente a la iglesia protestante, y se estacionaron frente a una hermosa residencia con herrajes donde los esperaban desde el perro hasta los nietos, desde la criada hasta el ministro de la iglesia. No descansaron ni un segundo - ¿dónde fue Simmons?, preguntó Bobby y papá le respondió, se fue por ahí, a hacer lo que hacen los hombres, muchacho, antes de vestirse de etiqueta para cenar, en la mesa del anfitrión, Mr. Robert Miller, sopa de carey, ensalada de lechuga y tomate, arroz blanco y un fricasé elaborado con la selvática gallina de guinea naturalizada en la isla, amén de un pastel de calabaza asfixiado por cantidades obscenas de crema dulce. Mamá tuvo que refugiarse en el dormitorio, quitarse el corsé y encomendarse a Dios, la pobrecita, pensando que amanecería sin vida, qué mucho le gusta el pastel de calabaza, mientras los hombres y las muchachas decidieron que con el calor no valía la pena aspirar al sueño, y jugaron cartas hasta agotarse, póquer y bridge y todas las formas de ordenar el tiempo confiando el destino a la chata fortuna de la baraja, hasta tan y tan tarde que Susan ni siquiera se dio cuenta de que dormía, querido Edward y en Ponce hubiera quedado como el Rip Van Winkle del cuento si ala bendita Serena no se le hubiera ocurrido atragantarme una buena dosis del café prieto de estas tierras.

Les sorprendió el segundo día del viaje con el ánimo intacto y los cuerpos deshechos. La subida a Utuado, qué martirio. Mamá, la primera baja de la noche anterior, era la única que, gracias a un sueño profundo donde logró sofocar la insurrección de los jugos gástricos, mantuvo su compostura, qué linda mamá. Volvieron a rodar por caminos donde no hubiera podido moverse confortablemente una hilera de hormigas. El fogón del motor neutralizaba la brisa que mecía los árboles gigantescos- mangos que semejaban largas cabezas de bróculi, bucayos prehistóricos, de tronco pardo, recto y espinoso-para encender los cuerpos que sudaban bajo capas de ropa. Más de una vez, ante un río revuelto y en ausencia de reses, los hombres tuvieron que empujar el vehículo y levantar alas mujeres que se dejaban cargar con los parasoles abiertos. En esas peripecias de rescate Simmons era tan confiable como un caballo percherón. Se adelantó a Tim cuando éste, paralizado de terror y deseo, vaciló en acercarse a Susan. Fue Serena quien ocupó los brazos del secretario, pero Susan quien comparó la

fuerza animal del viejo veterano con la debilidad demasiado humana del otro.
El esplendor del paisaje disminuía con la acumulación del cansancio, la molienda de huesos, la insoportable dureza de los asientos. El primero en caer víctima del vértigo de las curvas fue Bobby. Había tratado de resistir, pues era poco el castigo de las náuseas en comparación con las burlas que sin duda le obsequiaría Susan. Pero su pálido silencio no engañó a mamá, quien le administró a la fuerza, cerrándole la nariz, una cucharada de una de sus misteriosas medicinas
y después lo abrazó hasta que se quedó dormido en su regazo, mientras papá, sentado entre sus dos queridísimas hijas, les comentaba que aquella flor, aquella fruta, aquella cotorra, eran las mismas maravillas que habían visto los ojos del Gran Almirante.
Se acercaron, por fin, en medio de la noche, al final de la ruta, un caserío de la altura rodeado de estrepitosas corrientes de agua. Llegaron a Utuado a eso de las diez, pero a pesar de la hora los escopetazos del motor alertaron a una banda de chiquillos y perros que corrían pegados a las ruedas provocando la indignación de Simmons porque no lo dejaban rodar a más de dos millas por hora. El famoso pueblo del aullido al revés no era más que una hilera de casas, de una y dos plantas con techos de cinc algunas y otras cobijadas con tejas, que rodeaban a la iglesia española. Pasarían la noche en la vivienda del alcalde, donde ya pernoctaban el gobernador Hunt y familia. Un criado les alumbró con un quinqué el breve camino a sus habitaciones. Las mujeres se retiraron de inmediato. Serena, Susan y mamá tratarían de acomodarse en una cama enorme e incómoda, con el mosquitero puesto parecía la balsa de un náufrago, los jirones de las velas arruinadas, todo muy gótico, qué primitivo. Mamá se desnudó liberando de su prisión de tiras de ballena unos senos de leche, Serena proyectó en el espejo su belleza fantasmal, tan callada como la heroína infeliz de una novela, y tan hermosa, pensó Susan, y tan triste y tan cercana ya a la suerte de la solterona. Con un aleteo repentino la abrazó y vio de cerca los ojos sorprendidos de la otra. No la dejó escapar del abrazo hasta sentir, como una represa que se desborda, un torrente de suspiros.
Después jugaron golpeándose con las almohadas pero en silencio, por encima del corpachón acogedor de mamá. Al otro lado del tabique se oían unos ronquidos estremecedores; aquellos bufidos de primer ejecutivo sólo podían proceder de Hunt.
-El gobernador ronca como camina- musitó Serena y las dos rieron con las caras hundidas en las almohadas, mientras Mrs. Hartman las reprendía pero también entre risas ahogadas.

De pronto un chillido, no, varios chillidos espeluznantes -¿tres, cuatro?- rasgaron el silencio de la noche, como un rayo que les recorrió las espinas devolviéndolas a los brazos de mamá y a la salmodia de sus oraciones infantiles. Después nada, silencio, o mejor dicho, el silencio de la noche tropical, el alto continuo de grillos y ranas cristalinas que sirve de fondo a la melodía ocasional de un ladrido.

-Espero que no nos haya seguido el fantasma de Jack Silverstar dijo Susan después de calmarse.

-O el del apache que flechó a Simmons, brrr- bromeó Serena.

-O se callan y duermen o las dos sabrán lo que es un fantasma de verdad- dijo mamá golpeándose la palma de la mano con el puño y el caso quedo cerrado.

En U-T-U-A-D-O el amanecer es un plato de neblina verde, y tragando filetes de neblina salieron para asistir a la ceremonia de inauguración de una escuela primaria. El acto no transcurriría en el pueblo sino en una hacienda, a varias millas de distancia por una carretera capaz de acomodar al automóvil del gobernador, aunque apenas unos meses antes había sido un caminito vecinal propio de un país de liliputienses. Al parecer los niños de U-T-U-A-D-O vivían en la calle, porque cuando los Hartman salieron de la casa del alcalde con un café en cada estómago y un saludo brevísimo a los familiares del dignatario, allí estaban, esperando, descalzos, con la ropa adherida a la piel que se les desbarataría encima a causa de los estirones del crecimiento, sobre todo los pantalones, que mudarían, si acaso, tan raras veces como los lagartos cambian de pellejo. Pequeños y prietísimos se acercaron sonrientes y posaron con la desvergüenza característica de estos nativos, que se mueven como si no creyeran ni en la luz eléctrica, ni en supersticiones ni en nada más que en reírse. Susan los retrató, descalzos, las cabezas cubiertas con sombreritos de paja. Por lo visto en esta isla adorable, fértil en basura y gente enferma, hasta los bebés usan sombreros. Los pequeños señalaban sin temor a la caja negra y posaban flexionando los brazos como el hombre forzudo del circo. Un muchacho descamisado le regaló unas bolitas negras que usaban en sus juegos y Susan las aceptó con una burlona reverencia y tres pasos de baile. Serena, en cuclillas, le abrió los brazos a un negrito desnudo, con el sexo -qué descaro, cuán necesitadas de instrucción moral estas gentes- hecho un badajito puntiagudo bajo la campana de la barriga, un cupido negro con la panza llena de parásitos, y ella se imaginó, mientras tomaba la foto, el calce que merecía: "a Puerto Rican baby boy in his native costume".

La ceremonia fue verdaderamente espectacular, los escolares, niñitos de siete y ocho años, cantaron una versión incomprensible aunque animadísima del Star Spangled Banner. Pero lo más interesante, algo digno

de contárselo a Edward, fue que el maestro de aquella escuela cuyos estudiantes eran niños blancos, fuese negro. Muy pintoresco, sin duda, comentó mamá, mientras papá posaba junto al maestro y varios de los pequeñuelos, estos sí, con zapatos, obsequiados por las damas de la Cruz Roja, los zapatos, no los niños.

Hunt, Mrs. Hunt y Miss Hunt viajaban en un inmenso automóvil negro, qué grande, qué rápido, válgame, los trabajadores de la hacienda, subyugados por aquella escultura monumental sobre ruedas como si hubiera sido la carroza del profeta. A la misma Susan le parecía digno de comparación con el automóvil del Rey de Inglaterra, pero Hunt no era un rey sino una encarnación de la libertad y la democracia: viril, seguro, franco, una fuerza irresistible. Susan no dejaba de mirar al majestuoso Oldsmobile y Hunt no dejaba de mirarla a ella. De pronto se le acercó, le dio una palmada casi masculina, pero no del todo porque los dedos se detuvieron un segundo de más sobre la espalda y la mirada ardió con un brevísimo destello de esos que el ojo humano apenas capta y la cámara se ruborizaría de captar.

-Oye, Susan, ¿por qué no me retratas con el Oldsmobile?

Chupando un puro separó las piernas, ladeó el ala del sombrero y puso los brazos en jarras. No se parece al Rey de Inglaterra sino al Presidente, pensó Susan mientras ajustaba la Kodak, qué calor, porque eran las once y ya no quedaba nada de neblina, sólo una humedad pegajosa, mamá aguántame el sombrero, y mamá grave, porque no acababa de decidir si era propio que la mocosa de Susan se luciera en público retratando al sinvergüenza de Hunt, ya le conocía la fama.

Fue en ese momento, pensó Susan, como si en lugar de vivir sólo le importara palabrear con la mirada, que pasó algo realmente insólito, yassah, cuando se presentó por allí la vieja loca del pueblo y sucedió lo más ultra pintoresco que te puedas imaginar, querido Edward. ¿Por qué, pensó Simmons, escupiendo un gargajo condimentado con tabaco, serán tan salvajes estos fornicadores nativos? Pobrecita, murmuró Serena, pero Susan no sintió compasión ni asco, sólo pensaba en la carta que escribiría dando cuenta de aquel espectáculo: "En los pueblos de esta isla hay personajes raros que deambulan libremente por las calles, como si se hubieran abierto las puertas del manicomio, mendigos que llevan todas sus pertenencias en un saquito, perros sarnosos, niños barrigones y desnudos, qué lugar éste". Pero aquella era una loca realmente escalofriante, viejísima, negrísima, flaquísima y alta, con el pelo blanco encaracolado que apenas se veía bajo un turbante, cubierta de andrajos, los pies descalzos y el dedo gordo de cada pie tan encallecido como la pezuña de un animal de carga, a un universo de distancia de los otros dedos.

Sucedió lo que era de esperarse, la loca hizo lo que nadie en sus cabales se hubiera atrevido a hacer. Se acercó al grandioso Oldsmobile, cuya carrocería estaba tan reluciente que reflejaba las nubes esbeltas y raudas como sueños de papel, y se paró a poca distancia del gobernador, con los brazos colocados en jarras y las piernas abiertas, un verdadero negativo fotográfico del otro, sacando al frente el vientre y el bulto de entrepiernas. Si en lugar de estar descalza hubiera llevado botas blancas y en vez de una boca sin dientes un bigote saludable, hubiera sido el negativo perfecto. Con un gesto de la mano el gobernador impidió que sus guardaespaldas la sacaran, se cruzó de brazos y encaró a la negra invocando una sonrisa, un gesto de buena voluntad que la vieja le devolvió con una carcajada húmeda, pero no en sus rasgos más bastos sino con el talento para la minucia que impide distinguir al original de la copia, al punto de que cuando la sonrisa del otro se fue congelando en una expresión que le oscureció la cara de rojo tomate, la negra palideció, logradísima y sincera imitación de la cólera.

Aquello no podía durar, qué espectáculo, la reacción de la plebe una risotada nerviosa que se regó epidémica, y el alcalde, que hasta entonces se había mantenido solemne junto a los niños abanderados, rompiendo filas y halándose los pelos cuando los militares se llevaron a la loca arrastrándola por los pies como si hubiera sido un enemigo muerto e insensible, pero no antes de que Kodak registrara el gesto desencajado de Hunt, que insistía en el retrato aunque no saliera bien, lo que no impidió que Susan pensara lo que habría de escribir en el álbum: "El gobernador, vitoreado por una multitud en U-T-U-A-D-O les devuelve el gesto".

La foto sería una sombra borrosa del verdadero suceso de la mañana. Porque cuando los guardias se la llevaron, la vieja empezó a gritar en una lengua que no se parecía a la de los isleños. Como Susan no tenía el talento de Serena para los idiomas y apenas sabía tres palabras en español que le bastaban para conquistar a los nativos, a su familia y a todos los que se le acercaban pensando en una rubita frágil y topándose con aquella muralla de carácter, los gritos de la loca se le parecieron a los chillidos escuchados la noche anterior: según informes de Simmons, la cruel cadencia de la matanza de un cerdo, consumada por los guardaespaldas de Hunt en colaboración con un nativo experto en la materia. Por lo visto Simmons y sus compinches habían encontrado al fin la versión isleña de un feroz jabalí. A la víctima la habían ensartado en una vara para asarlo según la usanza de los bucaneros, aunque en lugar de patas de palo y cuchillos en los dientes, Adams, Proctor, y Watson lucieran bigotazos, pañuelos al cuello y pantalones sostenidos por tirantes. Los soldados no eran muy afables y tampoco les agradaba demasiado el nerviosismo congénito de los nativos y

mucho menos si hablaban en lenguas más extrañas aún que el fornicador español, de modo que la vieja pudo haber terminado, si no masacrada como el cerdo, seguramente muy maltrecha.
-Stop- dijo alguien súbitamente. ¿Serena, por qué eres tan sentimental, por qué tu deber ha de ser siempre estar donde no te llaman, del modo más embarazoso y nunca, nunca, como es propio?, pensó mamá. Lo vio todo el mundo, cómo voló el sombrero de colegiala de Serena cuando la emprendió a golpes contra los soldados que vapuleaban a la loca y también cómo volaban el sombrero y los raros espejuelos de Tim Thurley, que acudió en defensa de la chica justo a tiempo de interceptar un golpe que hubiera privado del conocimiento a Miss Hartman. Después la cosa se complicó como suelen complicarse las cosas hasta que papá dijo "basta ya de desorden. A la loca la encerraron en una prisión construida a la carrera, una empalizada sobre la cual echaron el manto negro que el cura usaba en Semana Santa para cubrir la imagen de la Virgen y que llevaba consigo porque en la hacienda una devota le remendaba las mordidas de cucaracha. Pero antes que los soldados diseñaran siquiera aquel calabozo improvisado, Tim, caballero yankee en la corte del Rey de los Cimarrones, ya había tomado la preciosa carga del cuerpo de Miss Serena y se dirigía al balcón de la escuela, adonde también corrieron mamá con su botiquín y papá escandalizado, porque aquello no era un buen ejemplo de democracia, o más bien porque se le mezclaban los preceptos de la democracia con tan grosera afrenta a su familia.
En U-T-U-A-D-O, afortunadamente, la temperatura es más templada que en la costa, y los ánimos se suavizan pronto. Qué alivio. El gobernador presentó sus excusas al alcalde, el alcalde presentó sus excusas al gobernador, ambos corrieron donde Serena y mamá, que insistía en salir de allí enseguida y no miraba a nadie de la rabia, si bien con la brisa de la tarde y los olores del almuerzo se fue tranquilizando, al extremo de que ni siquiera se molestó en regañar a Bobby cuando el muchacho se fajó a puñetazos con dos chiquillos que nunca, seguramente nunca jamás, habían visto una ducha.
Después del banquete papá, mamá, Serena, Tim, los Bartnett, los Courtney, los McGuire, el gobernador, su mujer y su hija, se desplomaron junto aun riachuelo para disfrutarla sombra y sobrellevar el letargo provocado por la digestión del animal, cuyo sabor interesantísimo -a coño de india, pensó Simmons; almizcleño, opinó en voz alta mamá- amansaran buenas porciones de tubérculos del país y bastantes copitas de ron de la casa. Las fiestas aquí, le comentó a Susan la hija del alcalde, terminan "like a rosary at dawn". Qué quiere decir eso, qué significa. Susan notó con un desagrado que no le contaría a Edward que Tim ya no la miraba tanto y que

la bobita de Serena se encargaba de ponerle en el ojo amoratado un filete crudo.
-Bien hecho, hijo, pero habría que ponerte la vaca entera- dijo papá.
Bobby se aflojó los botones del pantalón, estaba rendido de tanto comer y de tanto combatir, él solito, con media docena de bravos aborígenes, por eso le pareció increíble que, incluso en aquel momento de solaz, Susan les ordenara posar como si estuvieran en un picnic del 4 de julio en Canton. Así pasaría a la pequeña historia, entre restos del memorable almuerzo, la escena final de una excursión al país de los puertorriqueños, se dijo Susan: ojalá queden ahí para siempre, inmóviles en su soponcio, las bestias carnívoras que otros ojos miraban por el agujero abierto en la tela de los santos.
Todo el día la tentaron los titeritos como si hubiera sido un animal; pero los adultos se habían olvidado de ella, ni siquiera agua le dieron. Mejor, la sed es pasajera, las cárceles también. Esa noche, cuando cayeran borrachos de agotamiento, los mosquitos se darían gusto con las pieles del color del vómito, porque los mosquitos no son delicados de estómago ni racistas. Aquella gente pisaba la tierra como si el suelo bendito fuera un fogón de carbones encendidos que hay que apagar a patadas. El más que mea de todos ellos ni siquiera sabía lo que era una invitación a bailar, a festejar, a hundirse dibujando la senda del rayo sobre las corrientes subterráneas, estremeciendo con las pezuñas de los pies laberintos de arañas y cadáveres olvidados; agitando alegremente, con las manos desarmadas, el pañuelo de las nubes.
De camino al caserón donde pasarían la tercera noche, los ojos de Susan se cruzaron con el ojo que asomaba por el agujero. Todavía está ahí, debe ser peligrosa, en qué estará pensando. Jugó al bridge con Serena y con mamá, que no hacían sino hablar del héroe de la tarde, qué mucho comiste, Serena, el amor no te quita el hambre, el mal de amores acabará por hacerte engordar. Arrullándola como a una muñeca, sentó a Kodak sobre la mesita de noche, junto a un jarrón rebosante de margaritas. Se sentía triste, le hacía falta Edward, le escandalizaba aquella extraña locuacidad de mamá, que nada tenía que ver con ella; estabalan sola como la vieja loca de la empalizada que ni siquiera se movió cuando la sacudieron las manos de uno de los chiquitos rn destosos.
Siempre, lo que se dice siempre, alguien la ayudaba á escapar, era un compromiso del populacho: los mismos que se burlaban de ella no toleraban su encierro. Como nadie sabía que era machorra, cada uno de ellos pensaba que quizás aquella vieja loca era su madre o su abuela, con esa vergüenza temerosa que es un sentimiento profundo, tanto como las burlas o el amor. Arrastrándose por el hueco abierto en la tierra, salió a la

frialdad del sereno. Bajo la luz de la luna vio la veredita del monte, desvistió su prisión del trapo de los altares y se lo echó encima, un botín de guerra impregnado con imágenes imborrables de hombres pálidos y mujeres de voces desabridas y risas tontas, el cura que perdiera el trapo de las imágenes, que se fuera al diablo por ñángara; el olor a claveles de muerto de aquellos blancos gringos, que no sudaban chorizo como los españoles, ni orines, como los cerdos, un tufo sin peso ni gracia. La muchachita de las manos delgadas la había invitado a bailar sin saberlo, con la ignorancia de los seres cómicos que se ríen del mundo por no entender el alcance supremo de sus propios gestos. En el monte, cuando no encontrara de quién reírse, se reiría de ella, tan jincha, con aquella cajita prieta en las manos, pájara tonta que construye su nido justo antes de un huracán. Se reiría de ella y también del coro de niños piojosos que cantaban sin entender ni jota, jooosé keniusí ha¡ de dons erlilai. Recordaría a los nuevos hijos de la raza blanca que se movían sobre ruedas, y la forma en que les abrumaba el calor; cómo comían, cómo dejarían allí, en aquella tierra, sus delirantes retortijones, atormentados por el espíritu de aquel puerco cerrero.

Susan no sintió retortijones porque apenas había probado la carne del animal. Tampoco se acordaba de la loca insolente; quizás por eso le sorprendió que, mientras mamá y Serena dormían nerviosas, su casita negra soltara de las entrañas una carcajada feroz de tripas hambrientas.

FIN

(Marta Aponte Alsina ha publicado un libro de relatos: “La casa de la loca” (1999) y dos novelas: “Angélica furiosa” (1994) y “El cuarto rey mago” (1996), que resultó finalista en el Certamen de Novela Sor Juana Inés de la Cruz de la Feria del Libro de Guadalajara en 1997. Su cuento "Versos pedestres" se publicó en la antología de narradoras latinoamericanas, “Esas malditas mujeres” (Argentina, 1998), editada por Angélica Gorodíscher.)